



DELPHINE BERTHOLON

**NUNCA
OLVIDES QUE TE
QUIERO**

Hacia tanto tiempo que no nos habíamos dicho nada..

Índice

<u>Resumen.....</u>	<u>5</u>
<u>Libro I.....</u>	<u>6</u>
<u>libro ii.....</u>	<u>113</u>
<u>libro iii.....</u>	<u>214</u>
<u>Agradecimientos.....</u>	<u>246</u>

RESUMEN

Texto. Madison tenía 11 años cuando fue secuestrada. Es una niña viva, alegre y divertida que desde muy pequeña ha desarrollado una fuerte personalidad, repleta de imaginación y creatividad, y que incluso en esta situación dramática, encerrada en la casa de su secuestrador no pierde el optimismo.

Durante los casi 5 años que dura su encierro, se desahoga escribiendo sin censura en un cuaderno que es su gran vía de escape y la única posibilidad de sentirse libre; describe al detalle sus sensaciones, la añoranza de sus seres queridos, su sorpresa por el gradual paso a la adolescencia... y todas las mil y una extravagancias que se le ocurren.

Léonore, la madre de Madison, intenta sobrellevar la ausencia de su hija escribiéndole cartas diariamente en las que le cuenta todo lo que pasa en la familia: sus esperanzas y penas, la muerte del abuelo, cómo su gato la echa de menos y algunas novedades acerca de Stanislas, el profesor de tenis de quien Madison estaba enamorada. Un joven que busca ser amado a cualquier precio aunque en realidad no sabe disfrutar de su libertad.

Una novela magistralmente narrada a tres voces que convierte un trágico suceso en una historia cargada de humor y emoción, que atrapa al lector y le invita a una reflexión sobre el amor, la libertad y la esperanza. Una novela que nos recuerda que la capacidad de ser feliz es también un estado del alma

LIBRO I

Guéthary, 9 de septiembre

tiempo despejado, 18°, suave oleaje

Cariño:

Larry ha vuelto a hacer sus necesidades en el baño. Ha dejado rastros por todas partes, una verdadera «asquerosidad», como dirías tú. He leído en una revista que el vinagre blanco le haría huir de la bañera y que la lejía lo llevaría de vuelta a su caja. ¡Y qué más! Le gusta tanto beber del grifo que no hay forma de sacarlo de allí, sobre todo ahora que acaba de aprender cómo se abre la puerta. En fin, por probar que no quede.

No hago más que hablarte del gato, es una ridiculez. Soy ridícula. Pero el ridículo no mata, al contrario que la desdicha, de modo que, ¿qué voy a hacer?, pues hablar del gato.

Estos últimos días parece deprimido.

Esta mañana he pasado un buen rato mirando afuera. Hace unos días que brilla el sol, y lo hago tan a menudo que la nariz se me ha puesto roja. Al parecer esto me da buen aspecto, eso dice tu padre. Tiro del sillón de rejilla hasta colocarlo delante de la ventana del salón, en el lado sur, para tener una vista despejada. Intento interesarme por las cosas más pequeñas para pensar menos en las grandes, así que me siento y miro. El cielo, sobre todo. Es increíble lo que pasa en él, a veces las nubes adoptan la forma de tu cara, de una ballena o de una camelia. Y otras el viento las hace avanzar tan deprisa que parecen aviones. Hoy tienen el aspecto de la nata.

¡Ah!, no te lo había dicho: he cambiado las cortinas. El sol las había atacado tanto que el rojo de las flores se veía pardusco. Cada vez que las corría, puede que por lo del defecto de Papy, me ponía triste. Así que el sábado nos fuimos con Amélie al centro a escoger una tela. Como el curso ya ha empezado, aquello parecía un hormiguero, hasta tal punto que tuve que salir; menos mal que tu tía hizo cola por mí. Las nuevas son muy sencillas, de algodón gris perla, pero cambian la luz de la estancia. El salón se ve más grande y no sé si eso es bueno. En estos momentos cualquier cosa me ahoga.

«¿Sabes qué pareces ahí sentada sin hacer nada?»

Pierdo con facilidad la noción del tiempo cuando estoy mirando por la ventana, de modo que tuve un sobresalto. Raphaël estaba apoyado en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados y los pulgares metidos bajo las axilas, como suele hacer. No sé cuánto tiempo llevaba allí pero un dolor brusco me atravesó la nuca, como si su insistente mirada me hubiera herido. No respondí y él se puso a rebuscar en la biblioteca. Tu padre escoge un cuadro cada vez que no sabe qué decir; lo ha hecho siempre,

claro... es su forma de confesar «te quiero». Pero después de ello tengo la sensación de que solo dialogo con obras de arte.

Se acercó con una monografía de Hopper en las manos. La hojeó un instante, su dedo se detuvo en una página y me la pasó. Miré el cuadro, *Eleven AM*.

«Pero está desnuda —objeté—. Además, apenas son las nueve.»

Creo que quiso darme un beso pero, al final, nada. Solo sonrió, esa sonrisa que tú no conoces de él y que significa nostalgia. Se puso la americana, se arregló el nudo de la corbata —la de las miosotas— y se fue a trabajar. Me quedé sola, con el libro en el regazo. Comparé el color de mi pelo con el de la mujer sentada en la butaca azul; Raphaël tenía razón: caoba, como el tuyo. Miré mis pies, y llevábamos los mismos zapatos. Por las manos cruzadas en una postura inquieta, asomada a la ventana, se adivina que espera a alguien; a alguien que, sin duda, no volverá. De pronto me entraron ganas de llorar, pero me mordí el labio inferior, levanté la cabeza hacia el techo, solté un suspiro y se me pasó.

Tu padre me mira siempre, en cambio yo ya no lo consigo. Dice: «Una mariposa nocturna, tu mirada». Lo repite cuando estamos en la cama, cuando ha bebido demasiado, cuando intenta abrazarme y yo tampoco lo consigo. A ti puedo decírtelo, mira por dónde.

Cariño, llaman a la puerta. Será Amélie: me acompaña a la consulta del doctor Lastiri por mis ataques de pánico, ya sabes, cuando el corazón empieza a latirme tan deprisa que me dan sacudidas y ya ni soy capaz de ir a comprar unas cortinas sola.

Nunca olvides que te quiero.

Mamá

Al principio

Cuando se fueron, me sentí tan mal que tuve que sentarme en el suelo: no tenía fuerzas ni para llegar a una silla. No sé cómo aguanté lo suficiente para no desplomarme en sus brazos, y en cuestión de abrazos debo decir que aquellos no eran nada del otro mundo. El «otro mundo» estaba formado justamente por la nube de espectros que acababan de despertar, pero claro, ellos no lo sabían. Desde su punto de vista, simplemente me traían una noticia... extraordinaria.

¡Un año y medio borrando su rostro! Milímetro cuadrado a milímetro cuadrado, a fuerza de negación, de borracheras, de libros leídos, de películas vistas y de ansiolíticos; un año y medio en el silencio, haciendo ver que... y de golpe Louison reaparecía bajo los rasgos fatigados de una pareja de inspectores arrastrando tras ellos la sombra de una niña a la que todos habíamos dado por muerta hacía años. Sonó mi móvil, no pude responder. Sentado sobre las baldosas esperé a que mis piernas se recuperaran, con la espantosa sensación de que los pelos de mi torso se convertían en espinas. Exactamente como el alma se apodera de un cuerpo en las películas de terror, los recuerdos me golpearon en el plexo solar, como un bumerán y a toda velocidad. El aire en mi estudio parecía haberse enrarecido, tenía que salir, costara lo que costase, cuanto antes mejor. Al cabo de un momento mis piernas se recuperaron. El resto, no.

Di un portazo: la carta que me habían traído se quedó allí, en la mesa de la cocina, aún cerrada.

En aquel momento no tuve valor para abrirla.

Delante del restaurante chino que linda con mi edificio, la hija de los dueños pasaba un trapo por los asientos de plástico. Como de costumbre, llevaba una falda tejana, una blusa de cuello redondo y unas merceditas de charol negro. En su eterno uniforme de domingo, siempre parece una muñeca recién extraída de una vitrina para sacar brillo al mundo. Como de costumbre, le dije: «Eh, Xuan». Me miró con un aire curioso bajo la cortina de su flequillo, me saludó con el extremo del mentón y se puso de nuevo a frotar los reposabrazos. Cuando me trasladé aquí hace cuatro años, ella apenas sabía andar: a esa cría es como si la hubiera visto nacer. En aquel momento cualquiera habría dicho que ni siquiera me había reconocido.

Me senté en el Pause Café, a pleno sol. Escuché el contestador: era mi madre, quien, algo tarde, me avisaba de la posible visita de la policía. En el otro extremo de la terraza, la Pelirroja leía *La sociedad de consumo* con las gafas de aviador apoyadas en la nariz; la semana anterior era un tratado sobre las fobias. Marco puso mi café sobre la mesa, con el olor a primavera tatuado en la camisa; desde hace unos días está haciendo un tiempo espectacular para ser abril, como si el cielo se hubiera trastornado. Con su fuerte acento del norte, me soltó:

— ¿Qué tal, Stan, todo bien?

— De miedo —respondí, o algo así que seguro que sonó a falso.

Marco es el mayor seductor de la historia —como mínimo el mayor mitómano del barrio—, pero en lugar de contarme con pelos y señales sus últimas hazañas como hace normalmente y en especial los lunes, cogió la pizarra de la acera y empezó a dar color a la guirnalda de ensaladas, al tronco de atún vuelta y vuelta y a la salchicha de Morteau con puré a base de pequeñas flores multicolores. El ángulo muerto de mi memoria acababa de anularse; imagino que se notaba. Mis ojos se perdieron en la contemplación de la Pelirroja, cuyo grácil cuerpo flotaba en un vestido *baby doll* de algodón verde. Siempre me he preguntado a qué se dedicaba para estar garabateando papeles a unas horas tan imprevisibles, pero nunca me atreví a dirigirle la palabra: «gato escaldado», como se suele decir. Bastó un instante observándola leer, bonita y estudiosa, y tomar notas en un Moleskine, para que casi olvidara lo que acababa de pasar. Encendí un cigarrillo con el gesto mecánico habitual, pero aquello no era lo habitual. El mechero que acababa de dejar sobre la mesa pareció hundirse en el mármol de imitación como tragado por una voz que hubieran expulsado del pasado, de unas profundas tinieblas:

«Si estás tan emperrado en autoasfixiarte, ¡hazlo como mínimo con clase!»

Louison había abierto la cremallera del bolso cilíndrico de cuero negro y, tras una excavación arqueológica en aquel cajón de sastre en el que llevaba sus cosas, había sacado un encendedor rectangular de metal dorado, algo mayor que una pieza de dómينو, con unas iniciales grabadas que no eran las mías y mucho menos las suyas, A. D. Con su habitual sonrisa pendida en el rostro, me había quitado de las manos el mini Bic en el que se leía algo espiritual del estilo de *I'm on fire* y se había levantado para tirarlo. Desde el bar, contemplé cómo sus nalgas moldeadas por unos Levi's se contoneaban hasta el cubo de la basura mientras pensaba que aquel culo, tarde o temprano, iba a perder el mundo. Con un pulgar pintado de azul Klein, había accionado la ruedecilla del mechero dorado para encender el cigarrillo que yo tenía entre los labios: «¡Feliz cumpleaños, yonqui!». Le eché el humo a la cara.

Desde luego, ella no fumaba. Pero se trataba de una libertad que no **tenía nada** que ver con una pretendida fuerza de voluntad, sino de algo tan simple como que jamás lo había conseguido, a pesar de todas las estrategias desplegadas para engancharse. Horas y horas escondida en un rincón del jardín intentando tragarse una calada, montones de paquetes echados a perder para conseguir ser como todo el mundo, litros de lágrimas vertidas ante la incapacidad de «apurar uno» entre clase y clase, pero no había nada que hacer, su cuerpo nunca quiso saber nada de eso. Hecha ya una mujer, claro está, sacaba gran partido de ello. «Venciendo sin peligro, baby, se triunfa sin gloria», le decía a menudo, porque no soportaba que la llamara «baby». Aquel primer regalo, el primogénito de una larga lista, apenas duró un mes. Louison me regalaba constantemente mecheros, pero se estropeaban al cabo de unas semanas, incluso aquel que me trajo de Moscú, el que llevaba el sello del ejército soviético. Cuando uno mira hacia atrás, el símbolo resulta asombroso.

En el otro extremo de la terraza, la Pelirroja recogía sus cosas. Echó el libro de Baudrillard, el boli y la agenda en su cesto de paja y se fue del bar, no sin antes hacer un gesto con la mano a Marco. Me pregunté si había que registrarla en su palmares,

pero, en consideración a mi salud mental, decidí que no. El viento se metía en su vestido y conseguía que se hinchara como una Granny Smith y, sin duda porque el Edén ya no quedaba muy lejos, me acordé de las palabras de Juan: «Y al principio fue el Verbo». En medio de aquellas palabras sagradas, pagué la cuenta.

Pasé por el quiosco; por supuesto, el suceso era motivo de grandes titulares. Compré una nutrida selección de diarios, sin ser plenamente consciente de que todo aquello era verdad.

De nuevo arriba, abrí la carta.

La leí.

Siempre quise ser escritor, pero después de Louison no he vuelto a escribir una línea. Escribir habría significado para mí hablar de ella, y en aquella época era incapaz de hacerlo. De todas formas, a través de la sutil trama de las existencias, alguien parecía querer que ejecutara mis sueños. No estaba seguro de querer revivir aquel año terrible durante el que me mantuve vivo bajo la forma de un felpudo, pero no podría escuchar los demonios de otro sin afrontar los míos: la extraña misiva apareció, pues, para reabrir la caja de Pandora. No estaba mal, ya que llegaban vacaciones. Las de Semana Santa. La resurrección.

La primera vez que vi a Louison fue tres años antes, en el Jardín de Luxembourg. Estaba tumbada en la hierba, boca abajo, con el móvil adherido a la oreja. Sus piernas batían el aire, ahora una, ahora otra, con la regularidad de un metrónomo, y me distraían momentáneamente de la culpable contemplación de la parte posterior de su cuerpo. Llevaba unas sandalias blancas tan finas que parecía tener los pies encerrados en una caja torácica, unos vaqueros ceñidos y una camiseta beis excesivamente grande, tanto que a cada momento se le resbalaba del hombro y ponía al descubierto la parte de arriba del sostén, un triángulo de blonda negra que más tarde yo conocí al dedillo. La primera vez que oí su voz, vino a ser básicamente: «Vale. Pues que te den». Acababa de colgar. Supongo que se dio cuenta de que yo la observaba con la tenacidad de una cámara de vigilancia, porque torció el gesto. Seguro que no era más que una reacción malhumorada contra su ex interlocutor, pero fuera como fuese, yo me había apoderado de ella: según mi colega Antoine, siempre he sido un poco erotómano.

Sonó otra vez su móvil. Pareció dudar, pero por fin respondió: «¿Sí? Yo misma». Acto seguido unos niños lanzaron una pelota y ya no oí más. Los huesos de los extremos de sus pies reiniciaron su danza hipnótica, yo intenté sumergirme de nuevo en la lectura de *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, en vano. Es uno de los mejores libros que he leído, pero ella era capaz de eclipsar a Murakami. En realidad, era capaz de eclipsarlo casi todo.

Al acabar la conversación, dejó el teléfono sobre la hierba y se puso boca arriba. La camiseta, con el movimiento, aún se abrió más. Con dos dedos se colocó bien la manga en el hombro antes de tumbarse. Se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el

cielo, de un azul impecable; yo me quedé inmóvil, con los ojos fijos en sus labios rosa entreabiertos ante el verano. Imaginaba la textura de su piel, el olor de sus rizos rubio glaciar que, como un sol, se desparramaban por el césped, pero se levantó bruscamente. Se quitó las briznas de hierba del pelo, se frotó la espalda con la palma de la mano. Llevaba en el cuello una larga cadena de la que colgaba un dije con forma de manzana y empezó a toquetearlo con gesto nervioso cuando sonó de nuevo el móvil. Recogió el bolso de cuero negro y, mientras respondía a la llamada, se alejó por la avenida del jardín:

«¿Sí? Yo misma.»

En aquel instante, lo que más deseaba en el mundo era saber su nombre. Me enteré de él más tarde, y también de que posaba para pintores y fotógrafos para pagar el alquiler de su habitación en la rue des Canettes, lo que explicaba en parte la avalancha de llamadas que aquel día habían echado por tierra todos mis anhelos de seducción (aparte de que llevaba bermudas y no conozco a nadie que sea capaz de seducir llevando bermudas). Era de provincias; su padre era carpintero, su madre no trabajaba. Nunca tuve el placer de conocerlos pero —evidentemente— vi fotos de ellos. Viven en una casa de pueblo hecha de piedra dorada, cerca de Villefranche-sur-Saône y, a pesar de que es de propiedad, sus modestos ingresos y los dos niños a los que tienen que mantener no les permiten financiar los estudios de su única hija, y menos los descalabros presupuestarios en la sección de zapatos de mujer de Bon Marché. Menos mal que tenía una beca.

Y lo más importante, era guapa.

Estudiante de Bellas Artes, 22 años, se ofrece como modelo para artistas.

Llamar a Louison, 06 23 12 XX XX.

PD: No me desplazo por menos de 50 euros por hora.

Condición de musa a convenir.

Naturalmente, recibía gran cantidad de llamadas. Un sesenta por ciento procedía de hombres que la tomaban por puta, y un veinticinco por ciento, ante el tono descarado del anuncio, optaban por probar suerte sin meterse la mano en el bolsillo, pero los quince restantes eran efectivamente artistas interesados en lo que podía ofrecerles, y algunos habituales incluso le pagaban muy bien. A fuerza de oírle responder «¿Sí? Yo misma», decidí que tenía el alma desdoblada y con el tiempo aquello se convirtió en una broma particular entre nosotros. Decía: «Yo misma se ha comprado unos zapatos nuevos», o «No cuelgues, Yo misma está agobiada con el cartón de la leche y la harina para tus putas crepés», o bien «Yo misma te quiere mucho, ¿sabes?». Me moría de celos de todos aquellos hombres que no eran yo en sus inmensos estudios con cristalera, por no hablar de aquella exposición en la rué de Seine titulada *Un elfe a ma porte*, en cuya inauguración aprendí que, en la jerga de los fotógrafos célebres, *elfe* significa «en cueros» y *a ma porte*, «en mi catre». Mi carácter

pacífico me obligó a abandonar la galería antes de terminar las noventa y dos botellas de champán y los setenta y cinco litros de Campari; la desaparición, aunque saludable, dio pie a una escena espantosa según la cual yo era un repugnante anormal sin el mínimo respeto por el trabajo de los artistas, ni el mínimo respeto por el susodicho *elfe*, ni el mínimo respeto por nada en el mundo que no fuera mi propio ombligo, y Louison me castigó sin ella durante casi tres semanas a base de «Yo misma no puede, tiene un compromiso». Imagino que era mejor eso que la ocurrencia de un fotógrafo célebre salpicando con sangre fresca sus senos en 30 X 40.

Pero aquella tarde, mientras observaba cómo se alejaba por la avenida, tan frágil entre los árboles excesivamente grandes, no tenía idea de lo que me esperaba. La camiseta demoníaca resbaló por última vez de su hombro mientras cruzaba la verja por el lado de Guynemer y yo... yo pensaba que era tan bonita que los alisos tenían que haberse inclinado a su paso, como en un cuento. Digamos que menudo efecto me había hecho. En los días que siguieron, abandoné la cuestión de aprobar el examen como si se tratara de una antigua amante de la que uno se ha cansado, y vagué por el Luxembourg con la esperanza de volver a verla. A pesar de todo, mi tesina estaba consagrada al marqués de Sade, y mi exposición, cual una guillotina, caía en 13 de septiembre. Estábamos a mediados de agosto y no había redactado ni una sola línea de la tercera parte. Pero... el eclipse había empezado.

Volví a diario durante diez días, en los que me mordieron la piel todo tipo de insectos en celo, pero ella no apareció. Con el alma destrozada, acepté pues la semana en Bandol que me proponía Antoine para terminar entre el olor de la madreSelva el estudio de *Los ciento veinte días de Sodoma*; tampoco era cuestión de echar por la borda el resto de mi carrera.

Mi carrera... Cumpliré veintiséis años en mayo y actualmente soy profesor de francés, un destino banal, la seguridad del empleo, todo lo que Louison odiaba. Trabajo hace casi dos años en un colegio de Meaux, «Zona de Educación Prioritaria». Los niños llegan a mí sin saber escribir, y la semana pasada, Cathy, compañera de artes plásticas, recibió un par de bofetones de tres chicas de 5.º B que alegaban que era lesbiana. El último tema de redacción que propuse a mis alumnos estaba planteado así: «Inventad un mundo en el que lodo sea posible». En la mayoría de los casos leí el guión de *God of War II* con muchas faltas de ortografía y pocos cambios de ritmo. Cultivo a pesar de todo la esperanza de llegar a ser un mecanismo favorable en la formación de las generaciones futuras y, a pesar de mis numerosas desilusiones, cada alumno que consigue gracias a mí amar los libros constituye mi pequeña victoria personal. Digamos que en la gran inutilidad del mundo me siento útil. Sin embargo alguien está avivando para mi futuro próximo algunas modificaciones, por las buenas o por las malas. Una mujer joven me robó la vida; una niña parece querer devolvérmela.

ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART
ME LLAMO MADISON ETCHART

Hoy es un día especialmente especial.

Hoy R. me ha traído un cuaderno.

He ido detrás de ti durante mucho tiempo y hoy te tengo. En tu interior tienes líneas de un azul que parece diluido en agua y unos márgenes rosa fluorescente, exactamente igual que la falda que seguía poniéndome para jugar al tenis, que se había quedado demasiado corta y me obligaba a llevar un short debajo, todo por culpa de Stanislas. Mides 21 x 30 centímetros y en la tapa llevas a Dora la Exploradora. Escribo estas palabras gracias a un bolígrafo retráctil con una mochilita que se balancea en su extremo sujeta por una especie de escubidú verde (cada vez que R. me trae algo, cualquiera diría que cree que tengo cuatro años y medio, pero vamos a dejarlo). Dice que tú eres para mí y solo para mí, que te puedo garabatear y hacerte lo que me dé la gana, que nunca vendrá a mirar qué tienes dentro. Da igual. Voy a buscarte un escondrijo.

No hay muchos escondrijos por aquí. O al menos no hay ninguno lo suficientemente grande para que se meta una chica. Pero un cuaderno, aunque sea de tu tamaño, podría caber.

He pensado mucho antes de estrenarte: mi cerebro tenía que configurarse de nuevo como un ordenador que ha estado demasiado tiempo desconectado. Desde luego, he escrito mucho en mi cabeza porque no puedo evitarlo (además, antes de ti no te creas que ha sido pan comido todos los días). Lo que pasa es que en la cabeza es distinto: se puede corregir, y a ti no voy a hacerte tachones, ya que R. olvidó comprarme corrector blanco. Si estuviera aquí, mamá repetiría constantemente que tengo el «Síndrome de la vuelta al cole». ¡Siempre lo mismo! Estoy tan emocionada con las nuevas provisiones que duermo con ellas, pero en realidad no duermo por el miedo que me da que se estropeen o que al darme la vuelta pueda doblar las hojas o que los cartuchos de tinta se despachurren y hagan unos estragos bestiales. La última vez que tuve el síndrome, hice compras de adulto, me refiero a cosas serias del tipo:

- una pluma con plumilla metálica plateada
- cuadernos Clairefontaine
- una agenda con tapas de plástico imitación cuero
- notas de quita y pon aunque no con forma de corazón

y nada de las cosas que me gustaban cuando estaba en primaria, más o menos del estilo de:

- rotuladores con brillos
- carpetas con estrellas
- lápiz de dibujo Hello Kitty
- gomas con forma de cosas (sobre todo de nube)

No quería que los demás se pitorrearan de mí, y más cuando voy un año adelantada y soy bajita para mi edad. De todos modos, luego lloré mucho por haber obligado a mamá a comprar todas esas mierdas para mayores (¡además, las otras niñas de la clase tenían notas adhesivas con forma de corazón!)... Eso sí, había dormido con la pluma de plumilla plateada y mi agenda de plástico de imitación que apestaba como las muñecas Barbie cuando son nuevas, preguntándome si mis senos empezarían a crecer un día y se parecerían a los de mamá, que son los más bonitos que he visto en mi vida, incluso en la tele. No voy a mentirte: pensaba en cualquier cosa para no pensar en el mañana, porque me entraba un canguelo... Nos habían enseñado el colegio en CM 2. Y me pareció feo y enrevesado, tipo laberinto, con paredes verde oliva agrietadas e hileras de puertas amarillas, rojas y azules marcadas con números absurdos del tipo «224». Me preguntaba cómo se podía sobrevivir en un lugar donde había más clases que fotografías mías en el libro que Papy me dedicó, me refiero a que a eso se le llama VERTIGINOSO, y me había hundido la moral hasta el fondo de mis Converse. Pero finalmente la cosa funcionó. Encontré a Sabrina a los cinco minutos ante el tablón de anuncios y a partir de ahí todo fue fácil, porque con Sabrina siempre todo era fácil, especialmente perderse y reencontrarse en los lavabos de chicas para untarse «cosmic blue» en los ojos, algo que está ESPECÍFICAMENTE prohibido por todas las madres del mundo (excepto por la madre de Sabrina) cuando se acaba de entrar en sexto. Vamos, que me dejaría cortar un brazo si alguien pudiera asegurarme que una vez manca sería teletransportada a su lado en la clase 224.

Evidentemente: IMPOSIBLE.

ME LLAMO MADISON ETCHART

Me comía el coco pensando que ya no sabría escribir, pero como dice papá, es mi «fuerte» (sobre todo cuando aún lloraba a causa de un cero en cálculo mental). Después de reflexionar, todavía sé escribir si se considera la cosa desde un punto de vista técnico, pero tengo un problema en el hombro como cuando forzaba demasiado

el revés para impresionar a Stanislas. Así que quizá espere a que me salga de nuevo una ampolla en el dedo medio, así dejaré de preguntarme si estoy a seis pies bajo tierra con los otros muertos de mi familia desde el más predecesor de mis predecesores, que era sombrerero en Ruán en 1750 y que medía el mundo en contornos de cabeza, si Papy sigue en la superficie de la tierra fotografiando la vida en blanco y negro, dejaré de dar vueltas sobre mí misma hasta que ya no pueda tenerme en pie, recordaré el mar que golpea contra los acantilados sin tener ganas de gritar y también empezaré de nuevo a respirar sin pegar golpes contra las paredes. Mi cabeza es como un gigantesco juego de mikado y no sé por dónde empezar. En cualquier caso, mis senos han empezado a crecer.

Mierda.

(No hay escondrijo.)

Uf, R. se ha marchado. Solo quería decirme que vendría su madre, así he sabido que era domingo. Ahora que te tengo a ti, lo próximo que voy a pedir será una radio despertador digital con cifras luminosas y un botón especial para ver la fecha. Esto ya será más difícil de obtener, pero de todos modos me gustaría saber qué edad tengo EXACTAMENTE. No puedes imaginarte hasta qué punto es horrible no saber qué edad se tiene exactamente.

Cada semana, la madre de R. viene a visitarle y cada semana él me avisa, como si eso fuera a cambiar algo para mí. Puede que lo haga para hacerse el simpático, no sé. Cuando comprendí que era algo que se repetía todos los domingos, empecé a hacer unas marcas en la pared (una cada semana) con el mango del cepillo de dientes: las hago de cuatro en cuatro, con forma de almohadilla como en las teclas del teléfono, estilo prisionero durante la guerra. Las grabo debajo de la cama para que él no pueda verlas, aunque eso me obligue a hacer de espeleóloga, pues la cama es increíblemente baja. Pero teniendo en cuenta que no sé cuándo hice la primera, solo consigo un indicio. De momento hay once. Quizá fuera ya han empezado las clases, y yo no estoy con Sabrina ante el tablón de anuncios para saber si iremos a la misma clase.

En fin...

Leo de nuevo lo que he anotado y en lo concerniente a mis pechos debo precisar.

Sería mejor decir: excrecencias.

Al escribir EXCRECENCIAS me dan ganas de empezar a girar sobre mí misma hasta que no me tenga en pie. En casa de Papy, durante las vacaciones de primavera, vi un reportaje en Discovery Channel en el que un agricultor sujetaba una gallina por las patas y la hacía girar por encima de su cabeza a una velocidad demencial, como si fuera un nunchaku. Luego le colocaba la cabeza bajo el ala y zas: la gallina se dormía. Parecía un número de magia. De pronto, cuando realmente tengo demasiadas ganas de pegar golpes contra las paredes, giro sobre mí misma con los brazos extendidos

como hélices y luego meto la cabeza bajo el brazo. Lo que pasa es que nunca me duermo, al contrario, me duele mucho la cabeza, seguramente porque soy una niña y no una gallina. En fin, resumiendo.

ME LLAMO MADISON ETCHART

ME LLAMO MADISON ETCHART

ME LLAMO MADISON ETCHART

Realmente es una maravilla escribir mi nombre. Me gustaría tener bolis de muchos colores distintos para hacer las A rosa, las D verde, las S naranja, las R azul, las M morado, como hacía antes en mis cuadernos de poesía con el estuche de rotuladores. Pero incluso todo en negro queda bien.

LEONORE ETCHART

AMÉLIE CAPDEVIELLE

FRANCIS CAPDEVIELLE

También bien.

SAMUEL ETCHART

SABRINA FORET

JULIEN CAPDEVIELLE (= el que era sombrerero en Ruán. Es mi antepasado favorito de nuestro árbol genealógico, porque me encantan los sombreros. Cuando sea mayor, diseñaré sombreros, además ya he empezado mi carrera aunque aún no sea internacional. También haré bolsos, cinturones y tal vez joyas, pero esto ya es menos seguro.)

NATHANJASO STANISLAS UHALDE(= ♥) Mejor aún.

RAPHAEL ETCHART

El Día del Volvo Negro, antes de comprender que el gato no estaba enfermo y que en realidad no necesitaba que le enseñara el camino para ir hasta la casa del padre de Stanislas, que es veterinario, R. me había preguntado cómo me llamaba. Luego dijo «Raphaël» ofreciéndome la mano por encima del volante, y se la estreché. Menos mal (lo tenía en la punta de la lengua) que no dije: «¡Ah! ¡Qué guay como mi padre!». No sé explicar muy bien por qué, pero no me gustaría nada que lo supiera.

Por eso le llamo R.

Un día te explicaré el Día del Volvo Negro, pero ahora mismo me entrarían ganas de morderme los puños y, como estoy tan contenta de escribir en tu interior, otra vez será.

Pregunto a menudo por el gato. R. dice que se llama Catherine, un nombre nada creíble para un gato (el mío se llama Larry), que está muy bien y que fuera tiene un jardín magnífico en el que se pasa el día pegando brincos persiguiendo insectos y sobre todo mariposas.

Evidentemente: TONTERÍAS.

A veces intento al menos soñar, imaginar el jardín allí arriba, en alguna parte. Procuero convencerme de que noto la hierba bajo los pies y también el sol, que veo el cielo y que es increíblemente azul (aunque sea gris, aunque llueva, da igual). Sueño que hay algo alrededor de mi cuarto, por encima, por debajo, al lado, que está lleno de flores de todos los colores, como el jardín de casa, lo único que, por culpa de las paredes, no puedo verlas. Sueño que un día mi cuarto será transparente y que podré ver a través de él como en los submarinos de la Costa Azul, en los que tienes la impresión de caminar por el fondo del mar. Parece que me encuentre en medio de un bosque muy frondoso con cantidad de ardillas (me gustan mucho las ardillas), marmotas, gnomos y elefantes. Allí habrá una cascada siempre a la temperatura ideal, es decir a 22°, unos columpios que llegarán hasta la luna, plantas carnívoras simpáticas y pájaros con un trinar extraordinariamente melodioso. Habrá uno que incluso sabrá silbar *La javanaise*, que es la canción predilecta de mamá, y si es posible tendrá la cabeza azul (si es posible).

Papá dice que la gente no siempre es tan amable como parece.

Lo dice por la señora Jaso, que es nuestra vecina y la especialista intergaláctica en lagartonería. Hace cosas como llamar a los gendarmes el día que Amélie organizó una barbacoa por su treinta cumpleaños (es verdad que estaba pedo y que se pasó horas berreando una antigua canción de un grupo que se llama *Nirvana*, pero aun así...). O bien afirma que Larry se afila las uñas en las tuyas de su jardín, lo cual es una tontería, pues Larry es demasiado pequeño para saltar la pared. Y una vez nos vino a contar que el señor Salazar (nuestro vecino del otro lado) engañaba a su mujer con la chica de la panadería, otra tontería aún más grande, pues el señor Salazar tiene como mínimo quinientos años y la chica de la panadería todavía va a la universidad. En broma, mamá dice siempre: «A la señora Jaso le encanta que le hagan caso». Y con lo de hacer caso quiere decir contar un montón de historias (verdaderas o falsas pero sobre todo falsas) a gente que ni le va ni le viene. De todas formas, cada mañana nos saluda con frasecitas como «¡Un día espléndido!» o «¡Con este vestido nuevo, Léonore, parece usted Julia Roberts!». A veces nos trae tomates del huerto, y cuando me ve en la ventana de mi habitación me saluda con los dedos completamente pegados, estilo reina de Inglaterra. En fin, dejémoslo. Todo esto para explicar que R.

es todo lo contrario: no es tan malo como parece y ya no me da tanto canguelo, seguramente a causa de aquel día que lloró. No creo que alguien que tiene lágrimas dentro pueda ser realmente malo (aunque Papy me contó que había visto al oficial nazi llorar a escondidas de los demás oficiales nazis después de haber golpeado a su chica, Esther Krakowski, en plena calle, cuando Esther Krakowski solo tenía seis años y los dientes separados, todo por culpa de la estrella que llevaba cosida en el vestido, pero procuro no pensar demasiado en ello). Podría explicarte por qué R. lloró, pero antes tendría que contarte lo del día en que dejé de aparentar que soy sordomuda, y antes de eso debería explicarte el Día del Volvo Negro, porque si no, como historia, no valdrá un pimiento.

ME LLAMO MADISON ETCHART

He dado vueltas y más vueltas y más vueltas y ahora me siento como en diagonal.

EM LALOM EMAPISN DHCATOT

Lista de las cosas que tenía en casa y que aquí echo especialmente de menos:

a) Mi reloj sumergible de plástico verde que tiene cronómetro, despertador, pone la fecha y el coeficiente de las mareas (y también la hora).

b) El espejo de bolsillo Helio Kitty que está en mi estuche de no maquillaje.

c) El pastel de carne de mamá (y todos los sabrosos platos de mamá).

d) Larry.

e) El lector de DVD para ver todas las películas de terror que existen (aunque en realidad ya no me dejan, desde aquella vez en que no quise subir a nuestro coche porque tenía miedo de que nos machacara a todos como Christine).

f) $e = mc^2$ *mon Amour* de Patrick Cauvin (que es un seudónimo), mi libro favorito (aunque salga una inútil que se llama como mamá) y también mis *Harry Potter*.

g) Los paseos con Stanislas en su scooter azul eléctrico, h) Mi cuaderno de poesías: «Poesías para S. U.».

Me gustaría mucho hacer como la señora Jaso. Sé que no está bien, pero no soporto a Alice. Pensar mal de Alice me ayuda un poco a no morderme los puños y dar vueltas sobre mí misma hasta que no me tengo en pie. A eso de que un chico extraordinariamente inteligente como Stanislas encuentre algo en una chica que no sabe hacer nada más que llevar las uñas pintadas de rojo se le llama INCOMPRESIBLE.

i) Mi bodyboard.

j) El olor de mamá cuando se ha puesto su crema de lavanda.

k) Mi Harrap's inglés-francés/francés-inglés para contar más cosas a Hikari («Hikari» quiere decir «Luz» en japonés), la chica de Tokio con la que me carteo, que me escribe con papel Helio Kitty y me ha mandado el espejo citado en b).

l) La barba de papá contra mi mejilla los sábados por la mañana cuando no se afeita.

m) Las Converse arco iris en las que he marcado S.U. con rotulador indeleble.

n) El guijarro agujereado que Sabrina recogió en la playa de Lafiténia y me dio como amuleto, pero que olvidé meterme en el bolsillo el Día del Volvo Negro.

o) Unos Mister Freeze (pido a R. que compre, pero dice que no tiene congelador, así que me pregunto en qué planeta estamos).

R. me prometió que un día me enseñaría la casa.

— ¿De verdad hay una casa? — pregunté.

— ¡Claro!

— Usted dice que hay un jardín, pero en realidad no hay ningún jardín. O sea que a lo mejor tampoco hay casa.

— Y según tú, ¿dónde viviría yo? ¿En una cueva? ¿En una nave espacial? ¿En Júpiter? Si no hay casa, ¿dónde vivo yo?, vamos a ver, ¿puedes decírmelo? Y hay un jardín. Exactamente como te dije. Lleno de mariposas y de hierbas altas. Incluso hay una cabaña en lo alto de un árbol centenario. ¿Por qué no quieres creerme? ¿Soy un mentiroso? ¿Tengo pinta de mentiroso?

Levanté los hombros al estilo de «por una oreja me entra y por la otra me sale». Parecía ofendido.

— ¿Me traerá un radio despertador digital con los números azules y la fecha?

R. se levantó de la cama, donde se había sentado como cada vez que me contaba trolas. Abrió la puerta y salió. El pestillo hizo el curioso ruido de un pestillo que se cierra. Luego pegué la oreja al hierro, pero como siempre no oí nada.

p) Larry Un tubo de corrector blanco.

q) La cama de papá y mamá, que es la mejor cama para jugar a pelearnos con Nathan porque rebota como una cama elástica.

r) Nathan (que es el hijo de la señora Jaso pero no es intergalácticamente lagartón y además es el primer chico que me besó aunque yo no estuviera del todo de acuerdo).

s) Google, para poder teclear «Guía de nombres de pila» y saber cuántos se llaman Raphaël en Francia (así me enteré de que desde 1946 hubo 1.960 Madison y 7.431 Stanislas. También busqué «Sabrina» y «Nathan», pero ya he olvidado los resultados pues los números y yo no hacemos muy buenas migas).

t) Oír «Twist» en lugar de mi nombre y saber que acaba de llegar Papy.

u) Todos los botellines de Gini, de Orangina y de Coca-Cola que están alineados en la bodega de casa, como las muñecas rusas en la cómoda de Amélie (que guarda porque se las regaló su antiguo amor, un oceanólogo llamado Vadim que le rompió el corazón, hasta tal punto que aún no tiene marido a pesar de que sus ojos parecen dos esmeraldas).

v) La arena en la parte de abajo de mi bañador plateado cuando volvemos de la playa.

w) El collar secreto en forma de corazón en el que hay una foto de Mounie y que es de oro auténtico.

x) El sol que entra con tanta fuerza en el salón que se diría que un cohete está a punto de aterrizar en el sofá.

y) La guitarra que me presta tío Samuel para tocar «Yesterday» (cuando se lo suplico).

z) Mi cama de hierro forjado que pinté de azul eléctrico con papá aunque mamá no estaba DE NINGÚN MODO de acuerdo y en la que me entreno para convertirme en una gran gimnasta aunque no sea ni rusa ni japonesa.

Y querría muchas cosas más pero el alfabeto no es suficientemente largo.

*Guéthary, 21 de diciembre,
viento intenso, 2º, bajamar*

Cariño:

Estoy vacía. Un montón de huesos... vacío.

Me atiborran de medicamentos y los psicólogos hacen como si escucharan mi silencio, pero cada una de sus preguntas se atasca en mí como una moneda en una fuente seca. Sus deseos no se cumplen; los míos tampoco. El precipicio es tan profundo que la caída de los cuerpos en él no provoca sonido, ni salpicadura.

Tu padre escogería una Vanitas para decir lo que soy.

Léonore, la pluma y el tintero.

Paso la mayor parte del tiempo en casa, ni siquiera me interesan ya las nubes.

La semana pasada, la galería me sustituyó definitivamente por una rubita quince años más joven que yo, soltera y sin niña. Al principio pensé que podría volver. La gente viene para ver las pinturas y usted no es más que un icono entre otros iconos, una figura paralizada en medio de retratos: usted cree que siendo invisible será más fácil esquivar su mirada.

Pero determinadas miradas son inevitables... además de que en Biarritz nos conoce todo el mundo.

Sueño con espacios abiertos, desierto, ciudades superpobladas. Sueño con poder ser anónima, olvidada, engullida en la multitud que aquí ya no aguanto. Quisiera desaparecer en una megalópolis donde la gente dejara de mirarme así, con su lástima, su compasión, sus pensamientos inencontrables... ¡Quisiera que dejaran de mirarme como si tú estuvieras muerta!

Te siento latir en mí, Madi.

Nadie quiere creerme, pero si estuvieras muerta, cariño, yo lo sabría. Mi corazón se ha detenido, pero el tuyo resuena en mi vientre, muy fuerte, como un tambor. Estás en alguna parte. No sé dónde ni con quién, pero estás en alguna parte, con los pies en el suelo y la cabeza alta.

No es que lo crea, Madi. Lo sé.

Dentro de unos días llegará la primera Navidad sin ti después de once años. Raphaël ni siquiera quería comprar el árbol, no quería hacer nada de nada. Amélie nos ha invitado el día 24 y Papy el 25, aunque según él, ¿para qué? Pero yo no estoy de acuerdo. Tus zapatos estarán junto al abeto, cariño. Créeme, ahí estarán, entre guirnaldas brillantes y bolas iluminadas.

Si estuvieras de viaje, celebraríamos la Navidad, ¿verdad que sí? Pues estás de viaje, aunque ignoremos el destino.

No es más que eso: un viaje.

Tu padre te ha buscado tanto en estos seis últimos meses... ni te lo imaginas. Por supuesto no me ha dicho ni una palabra de los días sin sueldo que ha pedido a la editorial, ni una palabra de los largos y negros días que ha pasado recorriendo carreteras, creyendo reconocerte en cada encrucijada. Intenta ahorrármelo; es su forma de hacer las cosas, es así. Pero he visto el cuentakilómetros del coche. Y he visto su mirada estas noches. He visto la botella de vino que se vaciaba demasiado deprisa y sus brazos alrededor de mi cuerpo intentando agarrarse pero sin encontrar dónde hacerlo puesto que ya no soy nada.

Tu padre y yo, cariño: un combate de fantasmas.

Quisiera ser más fuerte, pero no lo consigo.

Nunca olvides que te quiero.

Mamá

Los hombres de arena

Una voz nasal afinada por un acento meridional auténtico sonó por el altavoz:

—Señoras y señores viajeros, el tren exprés regional en dirección a Tolón presenta en estos momentos un estado de sobrecarga inusitado. Vamos a retrasar unos instantes la salida para poder encontrar una solución...

Poniendo en peligro nuestras vidas, Antoine y yo acabábamos de encontrar plaza —una forma de hablar, pues estábamos de pie— a bordo del famoso TER después de habernos librado de una muerte segura aplastados bajo un contenedor de carritos, machacados por un padre de familia numerosa al borde del infanticidio y violados por una horterilla de la cuarta edad, condición que trataba de ocultar con el minishort y las chancletas con plataforma que llevaba. Unos diez minutos más tarde, lapso de reflexión ordinaria según la gente del sur, surgió de nuevo la voz bonachona precedida por el cascabel de la SNCF:

—Señoras y señores viajeros, no queda otra solución que viajar en este estado de sobrecarga inusitado. ¡Así pues, nos vamos, abróchense los cinturones!

Lancé una sonrisa cómplice a los cuatro adolescentes apretujados frente a nosotros, con el montón de mochilas por encima de la pirámide humana como guindas en un pastel. Cuando se anunció la salida, el más joven, sin poder aguantarse, soltó una carcajada, que pronto imitaron sus compañeros, y la risa tonta se apoderó del conjunto del vagón.

—¡Y os animan a que os apuntéis a expediciones de aventuras! —se desternillaba Antoine sin soltar la bolsa del ordenador que aguantaba por encima de la cabeza a falta de sitio donde dejarla—. ¡Ir a África, recorrer China, subir a trenes impensables...! ¿Para qué, chaval? Basta con irse a la playa. De verdad que ni en Italia es tan fuerte. Por Dios, ¡me encanta Francia!

—Atención al cierre inminente de las puertas —atronó la voz del revisor en un tono falsamente despótico—. Que se aparten las mujeres y los niños. La SNCF, que les habla a través de mí, les ruega que retiren de inmediato los equipajes cuando sus compañeros de viaje quieran bajar... ¡y gracias por su extraordinaria comprensión!

Un efecto Larsen que habría pulverizado el tímpano de un sordo precedió a un «¡La madre que lo parió!» que, en mi opinión, no iba destinado al público, lo que dio más alas al cachondeo general, hasta el punto de que la sexagenaria que teníamos a la izquierda, con los ojos inundados de lágrimas, lanzó dirigiéndose a la concurrencia: «¡Ahhh, me he hecho pipí en las bragas!». Con más de una hora de retraso, el tren superpoblado salió por fin del andén de la estación Saint-Charles en un ambiente de suprema alegría.

Sin duda alguna, estábamos en Marsella.

Después de veinte minutos de ascenso bajo un calor espantoso, llegamos a un pequeño edificio con la fachada de un ocre rojizo y situado idealmente por encima de la senda que seguía la costa. Antes de pasar la puerta del piso, Antoine consideró que tenía que advertirme:

— Agárrate, chaval. Al lado de esto, *La naranja mecánica* es pura discreción.

Abrió las catorce cerraduras y entramos en un dominio que iba a ser el nuestro durante una semana. Apenas había puesto un pie en su interior, cuando casi me ahogo.

— ¿Y has tenido que esperar veinte años para enseñarme esto, anormal?

Con un simple intercambio de miradas, empezó de nuevo el ataque de risa que nos había dado en el tren; pese a que ambos andábamos algo deprimidos por aquellos días, Antoine y yo acabamos tumbados en el suelo, sujetándonos las costillas como si nos hubiéramos tomado cantidades industriales de psilocybes. Tapicería bicolor con motivos geométricos, apliques de aluminio, embaldosado de tablero de ajedrez, moqueta caqui con estampado de burbujas, lámparas globo, sillones cóncavos de escay blanco y cortinas con flores psicodélicas; no faltaba detalle: la guarida de tía Zita era una maravilla de diseño años setenta mezclado con un toque de artesanía provenzal y una ingente cantidad de horteradas de un Kitsch subido, reliquias barrocas de sus orígenes italianos.

— ¿Viene a menudo? —le pregunté, ya calmado, pasando el dedo por encima de un televisor de la posguerra cubierto de polvo blanco.

— Fuera de temporada. El resto del tiempo lo pasa en Aix. Aunque sus gustos echen para atrás, tiene una casita estupenda, estilo invernadero y piscina con efecto cascada. Eso sí, las tareas domésticas nunca han sido su fuerte, y menos aquí: prefiere con mucho asarse en la playa mientras se toma un rosado.

— Pero ¿a qué se dedica? —pregunté, sorprendido por las propiedades de una mujer cuya familia, por lo que yo sabía, era bastante modesta.

— Jubilada de Gaz de France —respondió Antoine—, heredera de un viñedo en el Mezzogiorno que le compraron a precio de oro unos americanos (con eso fue con lo que mi padre compró el restaurante, ya ves), pero sobre todo y lo más importante: divorciada sin hijos de un broker aficionado al adulterio... Se buscó un abogado de aupa, no te cuento lo que debió de costarle.

Señaló con el dedo una imagen de la Virgen, una de esas baratijas horribles que cambian de color según el tiempo, colocada con amor sobre un velador octagonal de fórmica amarilla.

— ¡El Estupro y la Oración, colega! Zita es la rica de la familia, pero de un agarrado que no veas.

— ¡Una cosa explica la otra! —dije bromeando mientras Antoine subía las persianas de madera clara e inundaba de luz la amplia estancia.

Abrimos los ventanales y un soplo de aire salino nos inundó los orificios nasales. Las cigarras de cerámica colgadas en las paredes hacían juego con el exterior, tanto que parecían vivas, brillantes y monstruosas sobre un fondo mandarina retro-pop. La terraza dominaba la ensenada de Renecros, la playa y el mar, línea añil puro trazada como con una regla bajo un cielo límpido, animado por algunos cúmulos de buen tiempo con formas elásticas. A lo lejos un gran tres mástiles pasaba por el horizonte y recordaba el dibujo de la lata de atún Petit Navire.

—¡Creo que ya no voy a querer marcharme de aquí!

—Sí, dímelo a mí —respondió Antoine con la mayor seriedad—, que lloro a moco tendido cada vez que tomo el tren de vuelta...

Mientras él bajaba a abrir el agua, el gas y la luz, yo iba dejando mis cosas sobre un cubrecama de felpilla pardusca en un estado de alucine absoluto. Aquella mañana habíamos salido de París bajo un cielo cargado como un heroinómano a un paso de la sobredosis; pero en Bandol el astro resplandeciente difractaba sus rayos entre palmeras y pinos piñoneros de frondosidad exuberante, y estábamos a 28 grados. Respiraba a pleno pulmón el perfume de las higueras y madresevas, acodado en la balaustrada, con los ojos perdidos en la peligrosa contemplación del cénit. Me había criado en el mar bravo, en los lugares del surf y con impermeable de marino, y en muy pocas ocasiones había estado en la Riviera. La costa Azul y la costa vasca son tan diferentes como si pertenecieran a países distintos; lo comprendí rápidamente cuando, después de instalarnos y cambiarnos, decidimos ir a probar el Mediterráneo antes de que fuera demasiado tarde. Ya habían dado las seis cuando llegamos a la playa y el sol se hundía en las olas. De todos modos, tuvimos que esquivar a familias untadas de crema y castillos de arena monumentales para encajar nuestras toallas en un rectángulo en el que habría cabido un libro de bolsillo. Cuando era pequeño, mis padres alquilaban una villa en los altos de Antibes con la intención de que conociéramos una nueva costa; pero supongo que en esa época, en la que medíamos menos de un metro, mi hermana y yo éramos más fáciles de colocar. En todo caso, había olvidado hasta qué punto las playas del sudeste, ridículamente pequeñas a cualquier hora del día, presentaban también en el mes de agosto ¡un estado de sobrecarga inusitado!

—Stanislas —me dijo serio Antoine al ver mi cara de agobio—, no empieces a protestar. Aquí, como borregos: todos van al volver a casa a duchar a los crios y tomarse el Pastis en su jardincillo. Dentro de diez minutos, chaval, tendremos una soberana paz.

Emití algún sonido de reserva pero él tenía razón: un cuarto de hora más tarde, la playa se había medio vaciado y la vista quedó despejada sobre un azul de Prusia con aspecto de albufera. Al cabo de poco, en vez de niños histéricos, botes hinchables y conversaciones a mil decibelios de nuestras vecinas de toalla (Christelle y Marinette, memorables), pude ver por fin la ondulación del agua en su lascivo movimiento hacia la arena, tan distinta a la colérica resaca del océano... El sol descendía por el horizonte y llenaba de brillos aquella extensión reverberante. Al contemplar a las últimas chiquillas corriendo por la playa con el cuerpo mojado, recuerdo que pensé

de repente en Madi. Aquel verano se cumplían dos años de su desaparición, un 14 de junio tormentoso que iba a quedar para siempre grabado en los sombríos anales de Aquitania. La «Sección Madison» había quedado reducida a unos diez policías: si bien la investigación seguía adelante, otras cuestiones habían tomado la delantera en la escena jurídico-mediática, y la opinión pública, que se había movilizadomasiivamente durante los primeros meses, había abandonado la historia de mi vecinita y había dado prioridad a otra. Para alivio del mundo, nadie a excepción de sus padres imaginaba a Madi viva —incluso su abuelo había arrojado la toalla—, y al contemplar a aquellas muchachas bronceadas saltando en la arena, tan alegres, tan libres y tan vivas, mi corazón se llenó de espuma. Como si quisiera disipar estas tristes reflexiones, una pequeña ninfa de pelo color ceniza abandonó su clan de amigas y se nos acercó con un cigarrillo en los labios. Tenía la piel de color caramelo, llevaba un biquini chocolate, sus ojos eran almendrados y su cuerpo habría llevado a un santo al infierno, pero no podía tener más de quince años. Desde el momento en que nos habíamos introducido en ese perímetro, a las cinco adolescentes les había dado la risita escondidas en sus pareos y nos dirigían alguna mirada de una discreción discutible; imaginaba, pues, que la guapa rubita había sido la escogida por el grupo para el juego de las exploradoras y me intrigaba ver cómo iba a montárselo.

—Hola... —dijo, zalamera, al llegar hasta nosotros—. ¿Tenéis fuego? Se nos ha muerto el mechero.

Le pasé el mío, comprado en la estación de Marsella y adornado con el logo del Olympique. Encendió su cigarrillo con un juego de labios muy apropiado, pero Antoine, que justamente liaba uno para él, levantó la cabeza y le dirigió una mirada de desprecio.

—Eso no te hará ni mayor ni más sexy, pequeña. ¿Qué edad tienes? ¿Trece años? ¡Qué ridícula, por favor!

Los ojos almendrados de la muchacha se volvieron mortíferos. Soltó un brusco «¿Me he metido yo contigo?» y, enojada, lanzó mi mechero a la arena antes de dar media vuelta murmurando algún insulto que empezaba por «c» y que el mistral se llevó. Cada uno de sus pasos ponía al descubierto uní inedia luna de piel pálida entre el muslo y la nalga y su generoso trasero mostraba que había conservado los delicados pliegues de las horas pasadas al sol. Antoine se levantó, completamente satisfecho, y fue a lanzarse de cabeza al agua. Las muchachas lo siguieron con los ojos, rencorosas y excitadas al mismo tiempo ante aquella virilidad tan latina del desagradable efebo. Antoine no es alto, pero tiene buena planta, es delgado, musculoso, y con el torso en V jaspeado de castaño claro, como su pelo; la naturaleza le ha dado una piel mate y unos iris translúcidos; a decir de las mujeres —empezando por mi hermana Mia, quien lo encuentra muy de su gusto—, emana una fuerza y una seguridad que no deja indiferente a ninguna. Por el simple placer de conseguir también aquella mirada, me lancé tras él al agua helada por el viento, y diez ojos pospúberes siguieron la blanca estela de nuestro impecable crol.

— ¡Acabamos de desperdiciar una demostración gratuita de seducción en la playa!
— grité a Antoine cuando lo alcancé a la altura del pontón flotante—. ¡Eres un cenizo, yo lo que quiero es aprender!

— ¿Tú no tienes que redactar una tesis? Algo sobre unas vírgenes sodomizadas...

Me eché a reír y él me dejó atrás: siempre ha nadado mejor que yo. Una sueca fatal de nombre Lovisa lo había abandonado a finales de julio y aquello explicaba su súbita aversión por las mujeres en general y por las rubias en particular. Su relación había durado dos años, y desde la ruptura no se peinaba, llevaba una barba abundante y, calzado con alpargatas, reivindicaba sus orígenes calabreses con unos discursos de una falocracia bastante elemental pero que tenían el efecto de alejar a cualquier representante del sexo opuesto. Yo, por mi parte, en aquella época tenía una visión más bien compartimentada de las chicas: la punta de un pecho, la mano de aquella, el vientre de la otra, un pendiente en lapislázuli, la curva de una nalga o el pliegue del codo, unos zapatos de pitón verde y unos cuantos nombres acabados en «ine», en «a» o en «ie» constituían en suma un patético rompecabezas en el cajón de mi espíritu. Aparte de Alice, con la que salí un año de forma esporádica entre el curso de preparación y la licenciatura, nunca había vivido esa situación, claramente poco envidiable, a la que denominan «la pareja». Tampoco era un ave de presa y, si he de decir la verdad, siempre había preferido leer en el calor de los bares que correr por los locales de moda. Mis aventuras nacían de una ecuación debida al azar —la chica adecuada en el lugar y momento adecuados—, pues yo también tengo la suerte de gustar a las mujeres, don heredado de mi padre, quien me legó el pelo oscuro, los ojos negros y la altura. Aquel año, por tanto, era un joven soltero de veintitrés años que, sin aprovecharlo excesivamente, sucumbió de vez en cuando a las insinuaciones de una nueva juventud; las parisinas me parecían mucho más excitantes que las chicas de provincias. Resumiendo, era un tipo perfectamente normal.

Cuando salimos del agua, las adolescentes ya habían desaparecido. En su lugar vimos dos gaviotas que se peleaban a picotazos a la luz de los últimos rayos: estábamos casi solos. La playa desierta tenía el aspecto de estar en el otro extremo del mundo, algo que me pareció más agradable por el hecho de no haber salido de París en todo el verano. Me tumbé sobre la toalla, dejando que la tibia arena me reanimara, y cerré los ojos. Aproveché hasta la última gota de la impetuosa calma de aquel inicio del atardecer y empecé a adormecerme mecido por el soniquete de las cigarras por encima de nuestra cabeza. Pero detrás de los puntitos negros que el sol había dibujado en mi retina apareció de repente la desconocida del Luxembourg, cual sirena que venía a perseguirme hasta los confines de la tierra. Me puse de pie de un salto y levanté la gorra Pastis 51 bajo la que Antoine se escondía de la puesta de sol.

— Eh... Tengo que decirte algo.

Abrió los ojos y me examinó con aquella mirada verde agua que tanto le envidiaba.

— ¿De qué vas, tan serio?

— Creo que he encontrado a la mujer de mi vida.

—Ahhh —berreó hundiendo la cabeza en la arena—, ¡déjame en paz! ¿No preferirías ir a tomar un aperitivo?

Así pasamos una semana, siguiendo el obsesionante ritmo de las olas mediterráneas; pero ni los biquinis, ni las vírgenes torturadas por curas sádicos, ni el anisete por vía intravenosa pudieron con mi obsesión respecto a «La chica de la camiseta demasiado grande». Había acabado la tercera parte, *Poesía del horror y Horror poético*. Faltaba la conclusión, pero al parecer mi carrera estaba a salvo. Tomamos el tren a la mañana siguiente para volver a París y un extraño malestar empezó a oprimirme el pecho, como si hubiera tenido la mala suerte de aguantar a un luchador de sumo arrodillado sobre mi tórax. Me había acostumbrado al *far niente*, al lento vaivén estructurado a través de un montón de pequeños detalles: el baño matinal, el café en el puerto y el repaso a la prensa, las tardes de estudio en la tranquilidad del piso, las veladas en el puerto emborrachándonos al son de una orquesta de jazz; la perspectiva de volver a París, a sus palomas enfermizas y sus sirenas de policía, me ponía de un humor de gulag. En compañía de Antoine, bronceado como una aceituna, ahogaba pues mi tristeza en la terraza del Narval, arguyendo que el único punto positivo de nuestra vuelta a la ciudad era la posibilidad de ver de nuevo a mi misteriosa desconocida.

—Por favor, Stan —soltó él, hasta la coronilla de oírme hablar durante toda la semana de una chica a la que ni conocía—, ¿qué te hace pensar que es tan distinta a las demás? ¡Tu rubita querrá bolsos de piel de mamut, que te compres un monovolumen, estará de morros contigo porque sales a cenar conmigo y te mandará a un instituto de belleza a que te depilen la espalda! Todas son iguales, ¡una especie de parásito concebido para comernos la vida! ¡Como en *Shivers*, la película de Cronenberg!

Tomé un trago de Pastis moviendo la cabeza, no sin pensar que por suerte no tenía pelo en la espalda. Antoine estaba en la Escuela de Imagen y Sonido, donde todo el mundo le consideraba un zumbado porque no soportaba a Tarkovski, Rohmer y los *Cahiers du cinema*.

—Un parásito inmundito —prosiguió mientras liaba un cigarrillo—, una especie de cagada viviente que se introduce en el interior de la gente y les produce unas ganas de follar salvajes. De golpe y porrazo, el inmueble se transforma en corte de los milagros de la jodienda y, francamente, permíteme que te diga que es algo que da pena ver. Y con las chicas pasa lo mismo: te metes ahí y pierdes hasta la camisa. Déjalo, tío. Te lo digo yo: parásitos.

Pidió la sexta caña, encendió el cigarrillo que había liado y el camarero, como para echarme un cable, nos trajo un cuenco lleno de galletitas saladas. En la bahía, la puesta de sol parecía una resistencia eléctrica que ensangrentaba poco a poco los veleros de recreo.

—Una vez más —concluyó Antoine agarrando su vaso—, ¡Hitchcock tenía razón! Las mujeres son ganado.

—¿No lo decía de los actores?

—Es lo mismo.

Dicho esto, se tomó la cerveza de un trago, eructó a conciencia y lanzó un «Was?» agresivo a unos ingleses con sombrero que tomaban unos cócteles azul marino en la mesa de al lado. Llevaba como de costumbre un bañador rosa que había encontrado rebajado en una tienda del puerto, una cosa larga, de tela ligera estampada con medusas y destinada a rechazar más si cabe los avances femeninos. Con su barba, que había alcanzado un estadio sin retorno, y sus bellos ojos escondidos tras unas Ray-Ban, acabábamos de pasar una semana de perfecta tranquilidad.

—Vamos, tío, nos abrimos.

Dejó tres billetes de diez sobre la mesa, se sujetó con los dedos el extremo de la lengua para apartar de ella unas hebras de tabaco y se levantó del asiento. Yo lo imité, un poco aturdido por los anisetes: por aquella época no bebía nada y el aguante de Antoine cada día me dejaba más pasmado. Hoy sé que las penas de amor tienen la virtud de multiplicar por diez la capacidad de absorción del hígado, pero en aquel tiempo, protegido por mi rompecabezas, aquello me parecía apabullante.

—Me zamparía un helado —había dicho dando brillo a la alfombra persa que le hacía las veces de cabellera—. Espliego, aún no lo he probado. ¿Me prestas pelas? Me lo he fundido todo en el Narval.

Desde que llegamos le había dado por probar los sabores más increíbles: una especie de reto estival, me imagino. Caminamos pues por el puerto, entre familias que empujaban cochecitos de lo más vanguardista, adolescentes enfurruñadas, dependientas teñidas y viejos veraneantes. Para quien estuviera asqueado de las mujeres como Antoine, Bandol era el punto de vacaciones ideal: no había nada que llevarse a la boca a menos que uno fuera gerontófilo, pedófilo o marsellófilo, y nosotros no éramos ninguna de esas cosas. Por lo que se refiere a mí, el célebre hombre me había impresionado como si yo no fuera más que un vulgar trozo de película y me había convertido en algo tan receptivo a los encantos femeninos como una rueda de bicicleta. De todas formas, nunca he creído en el flechazo, terreno reservado a los poetas un poco inocentones, pero la desconocida del Luxembourg me había abrasado. Si hubiera sabido hasta qué punto, habría abierto las compuertas de mi corazón antes de que las llamas destrozaran las zonas habitadas, pero...

En Délice des Îles, Antoine se dirigió a la joven que estaba en el mostrador —cuyo top blanco, superceñido, avisaba: «Hablad despacio, soy rubia»— y pidió un doble de espliego con verbena. Con un gesto que indicaba fastidio, la lolita aquella hundió la cuchara plateada en el recipiente morado, luego en el verde y seguidamente levantó hacia Antoine unos ojos de una vacuidad sideral:

—¿Normal o barquillo?

—Barquillo.

Yo tomé unos churros para quedar bien y deambulamos por el mercado artesanal que se desparramaba cada tarde cara al mar, como una cueva de Alí Baba de pesadilla.

—Es... Hum... Es... interesante.

Compré para mi madre y mi hermana unas pamelas de paja suficientemente alucinantes para que les gustaran, miramos durante unos minutos a un grafitero, que llevaba una mascarilla de las de las obras en la nariz y dibujaba a toda velocidad unos lobos que aullaban sobre un fondo lunar marciano; luego subimos al piso. Detrás de nosotros lanzaron sin motivo aparente un petardo y Antoine orinó en el callejón intentando escribir Lovisa en la pared, lo que no le impidió abrir una última cerveza al llegar a casa, con el pretexto de que había que vaciar del todo el frigorífico.

Lo vacié, pues, pasé el aspirador y la fregona, limpié la bañera, fregué los lavabos, entre otras gozadas... claro que, después de todo, el invitado era yo.

Al día siguiente a las 9.46 de la mañana subimos al tren exprés regional que nos iba a llevar a Marsella, nos tomamos un café horrible frente a la estación en un rincón de hierba asquerosa y saltamos al TGV en dirección a la capital.

Solo el acento del revisor nos recordó por última vez las vacaciones, al conminar a Antoine a que dejase de llenar de humo los lavabos del coche 8.

Cuando R. ha venido a traerme la comida, te he guardado rápidamente en tu escondite. Lo que me costó encontrarlo... Al principio te metí entre los muelles de la cama. Pero al ser un catre, el colchón es muy delgado y me daba miedo que él te notara cuando se sentase a contarme trolas. Luego te introduje por detrás del lavabo, pero tus extremos sobresalían y se veía un trocito de la zapatilla de deporte de Dora. Ayer conseguí por fin separar un poco el zócalo de la pared haciendo palanca con un tenedor, a la izquierda de la mesa plegable: entras a la perfección en el agujero y, aunque tenga que limpiarte cada vez porque te quedas lleno de un polvillo blanco, me parece un lugar muy adecuado como escondite.

Como cena, para variar, me ha traído dos huevos al plato con una loncha de beicon y un tomate cortado en cuatro trozos. Aún tengo un poco de hambre, pero no hay cuidado. Seguro que le asusta pensar que me volveré obesa porque no hago ejercicio... Ja, ja, ja, me mondo. A veces pienso que si consiguiera hacerme enorme me dejaría marchar. Pero no lo consigo. Como dice Stanislas, tengo un buen «potencial». Me encantaba que dijera aquello, admirando mis muslos bajo la minifalda rosa. Sé perfectamente que tiene veintiún años y que solo le gustan las idiotas de remate con dedos pintarrajeados, pero un día me liaré mayor y ese día... ya veremos.

O igual no lo veo nunca más, ni a papá, ni a mamá, ni a Amélie, ni a Samuel, ni a Papy, ni a nadie en toda la capa de la Tierra. Igual me quedo aquí toda la vida comiendo huevos al plato con una loncha de beicon y un tomate partido en cuatro, escuchando el tiempo que fluye como la lluvia pero sin hacer ruido. Aquí es como si me viera crecer y es igual que observar cómo crece la hierba: un palo. Me siento como una lenteja puesta a germinar en un pedazo de algodón para un experimento de ciencias naturales. Una vez (seis marcas bajo la cama) había girado tanto sobre mí misma a fuerza de repetir todo eso que me di contra el depósito del váter y me abrí la cabeza. La sangre salía a borbotones, inimaginable. Cuando vi tanta sangre en mis manos, de entrada lloré porque me entró un canguelo de cuidado: ¡parecía que se me vaciaba el cerebro como una lata de pimentón! Pero luego reflexioné y pensé que se vería obligado a llevarme al hospital para que me pusieran grapas, como en verano en el camping, cuando me hice un corte en el pie con la rejilla de la piscina, y que allí un médico se daría cuenta, o bien que podría escaparme aprovechando el arreglo, o que mi compañera de habitación operada de apendicitis sería policía. Entonces, aunque mi cráneo estuviera tocando las maracas, aquello me dio algo de esperanza. Pero R. llegó mucho tiempo después y la herida se había secado. Recuerdo la jeta que puso al verme tan sanguinolenta, estilo bistec. Se lanzó hacia mí y me preguntó: «¿Estás bien... estás bien... estás bien?», puede que mil veces, pero no respondí, ya que estaba en mi período sordomudo. Intenté una salida del estilo me desmayo pero no funcionó. Salió y volvió con desinfectante, gasa y esparadrapo. Me limpió la herida sujetándome por el mentón: aquello picaba como un demonio, nada que ver con el producto que utiliza mamá. Me puso la gasa en la cabeza y el esparadrapo encima, apartando el flequillo. La gasa era demasiado grande y me tapaba la mitad del ojo izquierdo; de pronto tuve la impresión de ser un pirata. Evasión descartada.

Todavía conservo la cicatriz, la noto en la frente cuando paso el dedo por encima, tiene como unos bultos y un hoyo en el centro. Me pregunto si es muy fea y estoy segura de que sí, lo que me hunde la moral hasta el fondo del fondo de las Converse. He intentado mirarme en las cucharas pero no funciona, me veo borrosa y deformada. Dejémoslo. Aquella noche me dio una barrita de chocolate con arroz inflado (algo rarísimo) y me hizo prometer que no lo haría más. Se lo prometí cruzando los dedos en la espalda. Después de aquel accidente, pensé en hacerme más daño, algo más grave, pero volví a reflexionar y, teniendo en cuenta el tiempo que tardó en llegar, si me clavo un tenedor en el vientre o algo así corro el riesgo de morir. Y no quiero morirme, ni mucho menos (aunque a veces crea que sí).

Pienso mucho en la muerte desde que estoy aquí. Antes casi nunca pensaba en ella.

Cuando comprendí realmente lo que quería decir «morir» acababa de cumplir siete años. Cuatro días antes, en mi cumpleaños (que es el 14 de abril), Mounie me había regalado un libro sobre los gnomos. Es una pasada de libro, parece una enciclopedia, es decir que el libro hace como si los gnomos existieran REALMENTE. Tiene unas láminas en las que se explica de forma muy científica la constitución de un gnomo, su esqueleto, sus órganos, sus sentidos (por ejemplo, tienen un olfato extraordinariamente desarrollado), allí aprendes que miden 15 centímetros (sin el sombrero puntiagudo), que un macho pesa 300 gramos, cosas así. Tiene también sus recetas de cocina, habla de sus amigos, sus enemigos (los troles, una verdadera asquerosidad), sus costumbres, su vestimenta, su lengua (en gnomo, «buenas noches» es «slitzweitz», y «gracias», «te diéws». A veces hablo a R. en gnomo y eso lo saca de quicio, y entonces es cuando yo me parto. Si existiera una letra vigésimo octava en el alfabeto, añadiría mi libro sobre los gnomos. Pero da igual porque no existe una vigésimo octava letra en el alfabeto).

Cuatro días después del Día de los gnomos, Mounie ya no estaba. Fue tan rápido que se habría dicho que PUF: desintegrada. Mamá me explicó que su corazón había dejado de latir de golpe y porrazo, exactamente igual que aquella vez en la que se paró el reloj de péndulo del salón. Pregunté si se podía poner en marcha otra vez, como habían hecho con el reloj, si vendría un señor a reparar a Mounie, pero mamá dijo que no podía repararse a la gente. Entonces comprendí que no la vería nunca más y que aquello era «morir». Tuve la impresión de que me habían partido el vientre en dos con una sierra mecánica.

Y luego llegó la fiesta de Fabienne.

Aquel día pasaron muchas cosas, así que tendré que hacer una digresión, aunque la señora Piégay diga siempre que vale más evitarlo (claro que en mi último boletín escribí: «Imaginación desbordante y gran sentido de la imagen», insisto en subrayarlo. Papá dice que son cualidades útiles para una futura diseñadora, y seguro que tiene razón). La fiesta fue en febrero, el sábado 18 para ser más precisa. Me acuerdo porque recibimos invitaciones como las de las bodas, en papel brillante con letras doradas de lo más recargado, lo que me impresionó muchísimo. Fabienne celebraba que cumplía doce años y ya tenía pecho, y eso que estábamos en la misma

clase. (Ya sé que te hablo mucho de mis pechos, pero es algo que me inquieta en especial. En realidad, las excrecencias me duelen, entonces me pregunto si no tendré un cáncer o una terrible enfermedad, pero claro, hablar de esto a R.: IMPOSIBLE.) El jardín de los Elzekian es magnífico: su padre es el director del mayor hotel de Biarritz y decir que es rico sería como decir que el océano es profundo. En realidad, a aquello podría llamársele parque: tiene árboles exóticos, estanques con peces chinos y nenúfares, pequeñas sendas con azulejos e incluso una fuente con náyades que simulan que vierten agua. Fabienne había colgado lamparillas de papel crepé de todos los colores y su madre nos servía un ponche rojo rabioso con un cucharón de plata. En cuanto nos percatamos de cómo apañárnoslas con aquel cucharón (tampoco era tan complicado), ella se metió en la casa y nos dejó tranquilas. Hacía mucho frío, pero con los pulmones se aguantaba. Era realmente mágico porque los árboles y las plantas estaban congelados. Había como una puntilla blanca en el borde de las hojas y los témpanos colgaban de las ramas estilo estalactitas: la luz coloreada de las bombillas los atravesaba y parecía que todo el jardín estuviera lleno de piedras preciosas. Fabienne había invitado a la mitad de nuestra clase y también a un grupo de 6.º B (la clase de Nathan). Comimos caramelos, tomamos ponche y Coca-Cola, bailamos y yo salté en el aire como hago siempre. Luego Fabienne abrió sus regalos y sopló las velas (su pastel de cumpleaños era enorme, con rosas hechas de mazapán y frutas escarchadas de tamaño natural, ¡incluso la pina!). Y entonces BUM: los lentos. Me aterrorizan los lentos porque es algo que te da un aspecto de lo más ridículo, así que con Sabrina (que opina lo mismo que yo) fuimos a sentarnos en la mecedora al fondo del jardín. El asiento de tela estaba tieso por la escarcha y cuando nos balanceábamos soltaba unos chirridos que parecían carcajadas. Empezamos a hablar, pero Hervé Salagna vino a invitarla a bailar; como Sabrina está enamorada de Hervé Salagna (un tipo delgado como un alambre y con unos dientes espantosos, pero sobre gustos no hay nada escrito), me abandonó. Me quedé columpiándome sola con los muelles que se guaseaban. Las estrellas aparecieron con la noche y se habría dicho que alguien había pegado broches de diamantes en todo el cielo. Aunque no fuera siempre una alegría loca con mamá, quien no me dejaba hacer casi nada (por otro lado, sin Amélie: *niet* fiesta), aunque Mounie se hubiera volatilizado en el sistema solar, aunque Stanislas me tratara estilo niña simpática dándome un azote en las nalgas cuando fallaba un servicio, recuerdo haber pensado que la vida era estupenda. No sé bien cómo explicarlo, pero probablemente por eso dejé hacer a Nathan cuando vino a sentarse a mi lado.

Vino R. a decirme «Slitzweitz». De no haber aparecido, no habría sabido que era de noche. Siempre quiere que me ponga el pijama (se da la vuelta, ¡eso sí!), espera a que me haya acostado y me arropa como a un bebé. Cuando le da por ahí me cuenta un cuento, siempre historias bobaliconas, con ositos o princesas débiles salvadas por valerosos caballeros. Por supuesto, cuando se va me levanto otra vez. Pero es tan tonto que se cree que en cuanto pone el pestillo PAF: me duermo. Yo creo que R. no es muy listo. Tampoco es muy guapo. La cuestión es que no puede decirse que sea feo feo porque tiene una cara increíblemente simétrica, algo muy poco corriente. Y se nota más por sus grandes gafas de concha que se asientan perfectamente en su nariz. Cuando la gente que no es simétrica se cala las gafas, como papá o el doctor Lastiri,

por ejemplo, siempre les quedan como ladeadas. En cambio R. es como si hubieran dibujado una mitad de su cara en una hoja de papel de calco, la hubieran doblado por la mitad y calcado los rasgos en el otro lado, incluso su pelo moreno que se encrespa tipo esponja. Sus ojos son muy pequeños, estilo clavo de olor, y la barbilla es un poco grande, pero gracias a esa simetría el conjunto no es excesivamente catastrófico. De vez en cuando, incluso pienso que tiene una sonrisa agradable, con sus dientes tan bien alineados. Lástima que la boca le huelga tan mal, debe fumar como una chimenea. Claro que Stanislas también fuma (algo fatal para un deportista, pero vamos a dejarlo), aunque no tiene nada que ver. El olor de Stanislas es como un salón de té adonde vas a calentarte cuando hace mucho frío. R. simplemente apesta, aunque siempre vaya bien afeitado, lleve camisas perfectamente planchadas y corbatas con flores, como si acabara de salir de un trabajo muy serio (a veces habla de la «Compañía», pero no tengo ni idea de qué compañía se trata).

— ¿Por qué no tiene hijos?

Se rascó la parte de arriba de la frente (aquel punto que recuerda un acantilado porque su pelo cae como en cascada), lo que significa: No tengo intención de responderte.

— Tampoco está tan mal. En serio. ¿Sigue sin tener novia? Seguro que gusta a las chicas... ¿No?

— No.

— Vamos a ver, ¿qué edad tiene?

— Muchas preguntas haces hoy. ¿Por qué no lo has preguntado antes si te interesaba tanto?

— Antes no me interesaba. Ahora sí.

— ¿Es por culpa del cuaderno? ¿De lo que escribes ahí?

— ¿Por qué responde a mis preguntas con preguntas? Eso es un coñazo.

La mano que rascaba su acantilado fue a meterse entre sus muslos.

— Tengo treinta y un años. Es decir, en octubre.

— ¿Ah, sí? ¿Es Libra o Escorpión?

— ¿Te gusta la astrología? Te creía más inteligente. Eso son sandeces.

Me ponía tan nerviosa que no respondiera lo que yo quería saber que pasé a la técnica del enfurruñamiento: cruzo los brazos, frunzo las cejas y echo los labios tan adelante como puedo, funcionaba requetebién con mamá. R. soltó un suspiro como mi globo que se deshinchaba.

— Escorpión, para tu información.

Pensé: «¡Me extraña!». Pero dije:

— Te diéws. ¿Y cuántos días faltan exactamente para su cumpleaños? ¿Podría hacerle un dibujo, escribir una poesía, algo así?

Abrió la boca pero volvió a cerrarla. Durante el segundo en que la mantuvo abierta, mi corazón pareció que iba a desengancharse como una vagoneta de una atracción de feria en una curva. Se levantó de la cama demasiado deprisa.

—Es tarde. Tengo que fregar los platos.

Cogió la bandeja de mi cena y se dispuso a salir.

—Pero ¿qué le importa? ¿Por qué no quiere que sepa el tiempo que llevo aquí? ¡Ya está bien, mierda! ¡Tengo derecho a saberlo!

Estaba de pie en la cama, metida en aquella cutrez de pijama de Winnie el Osito como todas las cutreces que me obliga a ponerme. Además, ¡este pijama está desgarrado! Me entraron ganas de llorar, pero había llorado tanto antes que ya no me quedaban lágrimas, y ya había aprendido a transformarlas en salidas desagradables.

—¡Pues haga un hijo en vez de coger los que no son suyos! ¡De todos modos me están buscando! ¡No han dejado de buscarme! ¡No me creo nada de sus trolas! ¡Me buscan y algún día me encontrarán porque es imposible que no lo hagan y usted se pasará la vida en una asquerosa cárcel!

Se cerró el pestillo. Seguí gritando, pero no mucho tiempo. Luego me mordí un poco el puño, sin llegar muy a fondo, pues tengo que contar lo que pasó en la fiesta de Fabienne. Escribir en tu interior es lo único que me consuela. Antes de ti, la cabeza se me quedaba completamente negra, como si mi cerebro fuera un papel efecto roca que se hubiera arrugado muchísimo. Pero ahora todo va mejor.

Dónde lo había dejado.

Pues Nathan vino a sentarse a mi lado en el columpio. Cuando apoyó su trasero, el hielo se agrietó con un ruido de cristal y él rió. Llevaba su enorme parka de camuflaje y unos tejanos de skate. Le daba un aire de mayor, me refiero a más «adulto». Nathan y yo nos conocemos desde que éramos muy pequeños, pues somos vecinos, pero tiene casi dos años más que yo (como siempre está sobre el monopatín en lugar de estudiar, ha repetido curso. Aparte de eso, como chico es más bien pícaro, lo comento por lo que diré a continuación).

—¿No tienes frío? —me preguntó.

—No, es *cool*.

—Salagna y Déchaud han metido aspirina en la Coca-Cola.

Todo el mundo sabe que aspirina + Coca-Cola = afrodisíaco. No sé si es cierto, porque Déchaud siempre es el que se lleva la palma con las trolas, pero aquello me inquietó un poco.

—Mierda —dije—. ¡Me he tomado cuatro vasos!

—Yo también... ¡Soy un perrito caliente! Guay, tu vestido.

Llevaba aquel de los años sesenta con grandes topos rojos, leotardos de lana negros y botas de india con flecos. Un conjunto de lo más resultón; tengo que confesar que me había estrujado los sesos delante del armario. Dije: «*Thanks*», y hubo

un momento de vacilación. Nos quedamos sentados en la oscuridad, sin hablar, observando el humo blanco que salía de nuestras bocas. Era curioso porque me sentía incómoda, un poco como con Stanislas. Lo que pasa es que Nathan y yo nos hemos visto desnudos montones de veces, pues no bañábamos juntos cuando éramos más pequeños, nos pegábamos cabezazos en la cama de mis padres peleándonos, quiero decir que era mi mejor colega. Pero pasaba algo distinto a lo normal, y eso me incomodaba. De pronto ya no salió humo de su boca y puso la mano encima de la mía. Aquello me molestaba pero tampoco conseguía moverme. Tenía la impresión de haberme convertido en una de las estatuas de la fuente de Fabienne y el corazón empezó a latirme muy deprisa, como si estuviera a punto de saltar del pecho estilo delfín en un aro. Me volví hacia Nathan. Estaba increíblemente inmóvil y miraba al frente, pero de repente se movió y puso su boca sobre la mía. No supe qué hacer, había oído contar historias de lengua, pero aquello ya me parecía demasiado repugnante. Afortunadamente no duró más de una milésima de segundo. Nos separamos sin atrevernos a mirarnos. Apartó la mano cuando vio a Sabrina salir de la noche: con su vestido gris con volantes bajo un abrigo azul parecía un pez flotando en la oscuridad de los fondos marinos. Nathan se levantó a todo correr y miró el reloj.

—¡No fastidies! ¿Las seis ya? Mi madre me mata.

Yo dormía en casa de Sabrina. Su padre vino a buscarnos media hora más tarde, como habíamos decidido. En el coche, Sabrina charlaba y respondía a todas las preguntas sobre la fiesta pero yo permanecí muda, tanto que el señor Foret me preguntó si me pasaba algo. Le dije: «No, estoy muy bien», pero Sabrina no se lo tragó. Se pasó el resto de la velada intentando que le contara lo que no quería contar. No dije nada: me sentía rara y también tenía la impresión de haber traicionado a Stanislas. Para tranquilizarme, me decía que era culpa de la Coca-Cola drogada, pero Sabrina pensaba que los chicos habían hecho una broma y que la historia de la aspirina era una trola impresionante. Por supuesto, nunca supimos la verdad, pero dejémoslo: toda esta digresión sobre mi inimaginable primer beso era para enlazar con el día siguiente.

Sabrina vive en la planta baja de un edificio moderno cuyo ventanal da a una terracita con guijarros. El domingo por la mañana su madre nos despertó muy pronto: gritaba una barbaridad; Sabrina se levantó de un salto y yo la seguí corriendo hasta el salón. La cristalera estaba abierta de par en par, las cortinas se hinchaban como velas de barco en la tempestad y el viento arremolinaba los papeles que había encima de la mesa.

En la terraza estaba el cuerpo de un hombre, aunque no parecía realmente un hombre. Estaba retorcido, con la cabeza llena de una sangre muy negra, como tinta de sepia, y su pierna dibujaba un ángulo anormal, como si se hubiera levantado en el sentido contrario (creo que fue aquello lo que me dio más miedo). En cuanto la madre de Sabrina nos vio, corrió rápidamente las cortinas, pero ya era demasiado tarde. Nos llevó a la cocina y nos sirvió copos de maíz intentando hacer ver que no pasaba nada, pero claro, no funcionó.

Cuando llegaron los gendarmes, el padre de Sabrina me acompañó a casa en coche. Durante el trayecto no nos dijimos ni una palabra, creo que estaba terriblemente molesto por la situación. No conté nada a nadie, porque temblaba al pensar que mamá me prohibiría salir después de una historia como aquella o que no pararía de preguntarme si estaba bien o si quería ir al médico; total, que me pareció que me traería problemas. Curiosamente, con Sabrina tampoco hablé del tema.

Como no fui al entierro de Mounie porque era demasiado pequeña, así fue como vi mi primer muerto. Me he preguntado muchas veces cómo puede uno sentirse desgraciado hasta el punto de saltar por una ventana y aterrizar hecho cisco en la terraza de alguien. Pero no estoy más que en el comienzo de mi vida y hay muchísimas cosas que ignoro.

Guéthary, 21 de marzo,

24°, cielo negro, mar blanca

Cariño:

¡Adivina a quién he visto hoy! ¡A Stanislas! Ha venido a pasar el fin de semana con su familia. Hacía mucho tiempo que no lo veía. En realidad, no lo había visto *desde que*.

Nueve meses.

Es verdad, es un chico guapo, y además brillante. Su padre hubiera preferido que estudiara medicina como su hermana, pero aun así las cosas le van muy bien. Tiene intención de subir a París el año que viene para el diploma, y su madre las pasa canutas. No me lo ha dicho, ni hablar, es demasiado exquisita, pero a mí no me la da. En fin, volviendo a Stanislas, ha dejado a Alice. ¡Y sé que la noticia te hará feliz! Claro que nunca me has hablado de ello, pero ¿tú qué crees? Tu madre tiene ojos y los usa para ver, cariño. Nunca se te han dado bien los secretillos, además he leído tus poesías (perdón). Pero ya estaba al corriente, precisamente porque escribiste S.U. con rotulador en tus braguitas y, como sabes, soy yo quien hace la colada.

Fui a ver al señor Uhalde por cuestión de Larry: el tontaina ese se pasaba el día vomitando, y siempre que podía lo hacía en los zapatos de tu padre. No te preocupes, lo que ocurre es que tiene el pelo tan largo que le emborra el estómago como un edredón. No puedes imaginarte con qué rapidez ha crecido. No lo reconocerías. Esto también te lo he dicho. Mil veces. ¿Dos mil? ¿Por qué contarlas? Pero no puedo evitar compararos, eso cuando no te imagino creciendo en alguna parte como un arbusto en el fondo del jardín. Desde que naciste, cada vez que hacías algo nuevo, pensaba: «¿Por qué tendrá que crecer tan deprisa?». Lo cierto es que crecías con mucha más rapidez que el resto.

Aquel día en que preguntaste por qué no podías ver tus ojos y en cambio sí tus manos, tus brazos y tus pies. Cuando escribiste una poesía con las palabras imantadas de la nevera, tendrías unos cuatro años. Decía: «Boca y corazón en trocitos sueño». Tus primeros pasos entre tu padre y yo, en el minúsculo círculo que formábamos con los brazos unidos. ¡Raphaël estaba tan orgulloso como si acabaras de entrar en la Politécnica! Aquel día que volviste de la escuela después de una semana en Preparatorio, con ese aire tan característico tuyo de cuando algo te mortificaba. Amélie, Mounie, Papy y yo estábamos tomando el té en el salón, ¿te acuerdas? Tu abuela te preguntó qué ocurría. Pinchándote la mejilla con la punta de la trenza respondiste: «Cada mañana la maestra dice: "Empecemos con la lista", entonces va recitando nuestros nombres y nosotros respondemos "Presente"». «Claro, bonita, ¿y qué?» Nos miramos

todos como idiotas rematados. «Pero lo que no sé... es a quién llama lista.» Aquello hizo reír tanto a Amélie que se atragantó con un bocado de pastel y Papy tuvo que hacerle la maniobra de Heimlich.

Tengo un recuerdo de cada día de tu existencia, y efectivamente cada día pensaba: «¿Y por qué tiene que crecer tan deprisa?».

El día en que preguntaste cómo sabía el hombrecillo que enciende y apaga la luz de la nevera que íbamos a abrir la puerta antes de que la tocáramos. ¡Te preocupaba saber si le cansábamos mucho! Tu primer diente, cuarenta de fiebre, aquello sí que fue un baile. La escarlatina. Las paperas. Cuando tuvimos que decirte que Mounie había muerto. Tu cara que, de golpe, mostró un gesto de sorpresa. Tus labios, que se entreabrieron y no dijeron nada. Tu piel, que se cubrió de pequeñas placas rojas y parecía que tu corazón acabara de sufrir una implosión. Te abracé para consolarte, te hablé del cielo y de los ángeles, pero no tenías consuelo. Todo lo que yo podía decir o hacer ya no servía para nada, igual que le pasaba a Amélie conmigo. Ahora comprendo lo que sentiste: lo que no puede soportarse. Evidentemente, también yo lloré a mi madre. Evidentemente, a mí también me pareció injusto que se fuera tan deprisa, tan pronto. Aunque a pesar de los viajes de Papy, sabía que había tenido una vida agradable y, para atacar la pena, me repetía: «Mamá tuvo una vida agradable».

Pero ¿y tu vida, Madi? ¿Y tu vida?

Releo lo escrito, algo que en principio evito hacer, pero quiero seguir hablándote y cuando lloro ya no puedo escribir, entonces lo leo otra vez, lloro otra vez, y esto no se acaba nunca. Me doy cuenta de que he vuelto a hablar del gato. Perdóname. Es muy difícil contar siempre novedades a alguien que no está aquí, yo no tengo mucha imaginación, al contrario que tú: tantas poesías que leo, leo y releo hasta que mis ojos se secan como el papel vegetal. Pero lo que no sabes, lo que quizá sea en definitiva la razón que explique que te hable tan a menudo de él en mis cartas, es que la inquietud de aquel día nació «por Larry».

«Por Larry» supe inmediatamente que acababa de pasar algo irreversible, una cosa que no iban a poder cambiar ni todas las policías, ni los carteles, ni los números de teléfono gratuitos, ni nada de nada. «Por Larry» supe que te había ocurrido algo tan grave que a partir de entonces jamás el aire volvería a tener el mismo sabor, que ya no habría ni sabor ni tampoco aire, «por Larry» todas las tardes después del colegio volvías corriendo, «por Larry» llegabas con las mejillas enrojecidas a las seis en punto cada día desde hacía diez días, «por Larry» te arrodillabas en el helado suelo de la cocina, «por Larry» comprendí hasta qué punto era raro el retraso, y creo que también él, Larry, lo comprendió. Aún lo veo esperándote al final del patio, veo a ese lince minúsculo, torpe y desaliñado, mientras yo me retorcí las manos junto a la carretera: tú eras

su maestra. no era más que una especie de guardiana que traía atún en unos recipientes reciclables, en cambio tú, cariño, tú eras la que iluminaba el mundo, su mundo, de la misma forma que iluminabas el mío.

Hace tiempo que ha dejado de esperarte. Es un animalito, qué le vamos a hacer.

Tu padre volverá pronto. Voy a ponerme colirio, si no me dirá que vuelva al médico para que me recete otras pastillas.

No necesito pastillas. Te necesito a ti.

Nunca olvides que te quiero.

Mamá

El nacimiento de los mitos

Al salir del cine aquel sábado, al principio no reconocí nada, como si la sala de proyecciones se hubiera excavado en la pendiente de una falla espacio-temporal. Durante un segundo tuve la sensación de haber entrado en algún lugar dos horas antes y de haber sido arrojado a otro país mediante un complicado sistema de vórtices invisibles. Una mujer de espesa cabellera, con un abrigo acolchado y gorro de piel, me miró con insistencia al pasar a mi altura. Siguiéndola con la mirada, distinguí en el movimiento los tubos multicolores que surgían del blanco como enormes Legos, y la descomunal maceta dorada en lo alto de la columna: parecía aún más surrealista que de costumbre, aislada de esa forma en medio de la nieve en el perfecto desierto de la explanada del museo Beaubourg.

Nunca más he vuelto a ver un fenómeno como ese en París. Lo más curioso fue la rapidez con la que el polvo blanco se pegó al asfalto, como las limaduras a un electroimán. Las calles estaban desiertas, la gente, helada hasta los huesos, apelotonada en los bares de los alrededores frente a un ponche o a un batido de chocolate caliente. Levanté la cabeza: los copos, pesados, se deslizaban perezosamente desde un cielo deslumbrante. Respiré, mi aliento perforó el aire y empecé a andar. Puede parecer una tontería, pero sabía que pasaría algo. Sin duda, mi pensamiento no se dirigía a ella. Hacía seis meses del episodio del Luxembourg y había acabado con el luto de aquel no encuentro. De un tiempo a esta parte frecuentaba a Mathilde, o más precisamente el lecho que ocupaba ella en el edificio de sus padres, una maravilla arquitectónica situada en el distrito decimosexto, un barrio que por otro lado nunca he soportado, con sus elegantes charcuterías, sus centros de bronceado y sus aceras desiertas. No estaba enamorado de Mathilde, en parte a causa de Rusty, un perro estúpido y feo al que ella rendía un culto incondicional. Siguiendo una especie de efecto bumerán, no me sentía ni más ni menos deseable que aquel fox terrier de pelo rapado que hacía que el sótano apestara y, al ver que Mathilde le besuqueaba todo el tiempo como si se tratara del bebé más sublime que hubiera podido engendrar un ser humano, cada vez me costaba más besarla. Pero claro: tenía unos pechos preciosos.

Cuando me cansé de observar las suelas de mis zapatos marcadas en la nieve, entré en una librería que me había aconsejado Antoine. Se trataba de una tienda de estilo antiguo, con estanterías de madera encerada a lo largo de las que se deslizaban unas escaleras. En las mesas se alineaban las novedades y las obras que «despiertan pasiones» a modo de mil hojas, y el cuero antiguo de las cubiertas daba al local un aire apergaminado. Con su pinta de italiano degenerado, Antoine tenía gusto. Cuando mi mano se acercaba a una edición antigua del *Viaje al fin de la noche*, sonó el teléfono junto a la caja, al fondo de la tienda.

«Yo misma.»

El corazón se me contrajo como una anémona de mar a la que pinchas con la punta de un palo. Detrás de la imponente arca estilo Renacimiento con candelabros

esculpidos que hacía las veces de mostrador, estaba ella inclinada, con el perfil sombreado por el pelo recién cortado en una melena corta. A juzgar por el movimiento de su hombro bajo la lanilla de un jersey de mohair rojo, estaba anotando algo.

—En cambio este... creo que no. Pero podría pedírselo... De acuerdo... ¿El jueves que viene?

Se puso a reír, una risa cortante y fría como una placa de cristal.

—Será un placer, señor Patouillet, ya lo sabe usted... Pues claro, ¡por supuesto! Que pase un buen fin de semana.

Colgó y levantó la vista hacia el cielo. En el gesto, su mirada se cruzó con la mía.

—¿Puedo ayudarle?

Su sonrisa, un claro en el bosque: me sentí preso en la trampa de los halógenos como una liebre ante los faros de un coche. Dio la vuelta al mostrador y se acercó a mí. Sin saber por qué, de repente le pedí una obra que ya tenía, y no una cualquiera, pero fue lo primero que me vino a la mente.

—Busco un libro... Un libro de fotos...

—Ahí tiene la sección, a su derecha, después de la de Teatro. ¿Qué está buscando? ¿Algún título en concreto?

—Un libro de Francis Capdevielle.

—¿Capdevielle? No me suena. Y la fotografía es mi especialidad.

Volvió detrás del mostrador para consultar el ordenador y me indicó que me acercara. El parquet sonaba como la hierba, suave, blando y crujiente. Me pidió que se lo deletreara. Se lo deletreé.

—¡Ah! Sí. Tengo cuatro títulos. Al parecer solo en blanco y negro... *Almas vacías*, *La decadencia de los sensatos*, otro, veamos, sobre... Tokio, y el último...

—*Twist*.

—*Twist, doscientas veces ella*, eso es... —Levantó la vista—. ¿Este?

Asentí. Hizo clic sobre el ratón con una uña de un verde metalizado y sus cejas se fruncieron como dos animalitos.

—Curioso, está descatalogado. El libro no tiene ni tres años, son libros que en principio deberían estar disponibles. —Movié la cabeza—. No lo entiendo. Lo siento mucho.

—Da igual.

Se acercó un poco más a la pantalla.

—La niña de la portada —murmuró como para sus adentros—, diría que la he visto en alguna parte...

Desde donde me encontraba no podía ver la imagen, pero aun así la miraba, como hacía ella. Una extensión lacustre encajonada entre colinas negras. Un único punto de luz, un tronco de niña emergía del agua oscura en el centro del cliché, con un collar de lis alrededor del torso desnudo, pálido como una luna. En torno a ella, los círculos concéntricos de su movimiento, como aros, iban a quedar impresos en la superficie del agua para la eternidad. Me sabía aquella foto de memoria.

—Lo siento —repitió ella.

Parecía tan sincera que me entraron ganas de tranquilizarla.

—En realidad, ya lo tengo.

Una emoción fugaz cruzó su rostro.

—Vaya...

—Sí, conocía al fotógrafo. Pero lo quería para un regalo.

Una señora rellenita me empujó con fuerza con la cadera, se excusó, toda sonrisas, y preguntó por la sección de Bienestar. La que aún no tenía nombre recuperó su expresión normal, decidida y socarrona, luego pasó al otro lado del mostrador para acompañar a la señora. Sonó el teléfono, con contundencia. Pero antes de contestar, se volvió hacia mí.

—Puede que le parezca que tengo mucha cara, pero aprovechando la ocasión me gustaría verlo, el libro. Trabajo aquí sábados alternos. Si no le importara pasar un día...

—Lo intentaré...

Me sonrió y luego descolgó un viejo artefacto de baquelita naranja de los que ya solo se encuentran en los anticuarios. El sonoro «Yo misma» planeaba aún detrás de mí cuando la nieve me golpeó el rostro; ya de noche, la luz de las farolas daba un tono lechoso a la capa que cubría los capós de los coches y el asfalto brillaba como una pista de patinaje. Estuve a punto de resbalar y en el escaparate de la tienda de enfrente vi el reflejo de un hombre borroso, despeinado, con un abrigo de espiguilla y una nariz tan grande que desbordaba el encuadre como si fuera el pico de un cernícalo. Tuve que rendirme a la evidencia: aquel hombre era yo. Mi primer encuentro con «la chica de la camiseta demasiado grande», ¡y yo con aspecto de salir de un cubo de basura!

Me precipité hacia el Cavalier Bleu, pedí un whisky y llamé a Antoine.

—¿Qué pasa, Stan? ¡No me digas que vas a ir por el libro! ¡Te va a tomar por un calzonazos! Además —añadió en tono macabro—, no es la mejor época para liarse con una chica.

—Ah, ¿o sea que según tú hay buenas y malas épocas?

—¡Lo que yo te diga, tío! ¿Cuando faltan cuatro días para San Valentín? Todo lo que puedes sacar es invitarla al restaurante, pero de follar, nada de nada.

En la mesa de al lado, un bebé se puso a llorar con unos berridos tan regulares como los de una máquina. Colgué. Antoine tenía razón en algo: llevarle el libro habría sido el comportamiento típico de una babosa (precisamente el que iba a ser el mío durante el año que seguiría, aunque entonces aún no lo sabía). Por otro lado, eran las 18.30 y aunque echara a correr sería imposible llegar antes de que cerraran. Por primera vez eché en falta el scooter que tenía en el sudoeste. No sabía qué hacer, pues no podía esperar quince días para volver a verla. Eran 2.200.000 habitantes: ¡haberla encontrado de nuevo era como un milagro! Pero el llanto del bebé se hacía cada vez más insoportable y empecé a preguntarme qué cono hacía yo allí, cuando dos muslos conquistados de antemano me esperaban, abiertos y acogedores; en aquel preciso instante la madre sacó un seno de su pullover y el pequeño empezó a mamar: aquella calma, tan brusca, tenía algo de abisal. El poder femenino apareció ante mí sin duda bajo los rasgos de una madre, pues acto seguido decidí llamar a Coralie, una de mis pocas ex con las que conservaba la amistad. Le conté la situación por medio de una embrollada cronología, explicación incomprensible que ella fue punteando con algún «ah», «oh» y «comprendo», antes de proporcionarme un consejo que solo una mujer podía ser capaz de dar.

—Haz de hombre.

—¿Y eso?

—Buscas el número de la librería, la llamas y la citas en el bar donde estás ahora.

—Pero dirá que no, ¡ni siquiera me conoce! Además, no tengo el libro...

—Déjate de libros y de monsergas. Dirá que sí, ya verás, aunque solo sea por el efecto sorpresa. ¿Se cree muy lista? Tú, más. Y andas muy bien de olfato.

Coralie trataba a los hombres a baquetazos y estudiaba medicina, lo que a mis ojos le confería cierto prestigio. Mi padre siempre había soñado con acabar esa carrera, pero le echaron en segundo: así pues, se hizo veterinario, detalle que tiene algo que ver con mi odio a los animales domésticos. Luego esperó con fervor que sus hijos satisficieran su sueño en su lugar y no le daba ningún corte insistir en ello.

«¿Escritor? ¡Serás un muerto de hambre el resto de tus días, hijo mío!»

Mi hermana pequeña, más sensata y al tiempo más lanzada que yo, al final le obedeció: Mia, hoy alumna en prácticas en el hospital de Bayona, tiene intención de especializarse en dermatología. De modo que pasé oficialmente a ser el perro sarnoso de la familia; menos mal que el eccema recurrente que me martirizaba la palma de la mano desde lo de Louison parece erradicado... ¡La pequeña de la familia vale!

Aquella noche, motivado por Coralie, encontré pues el número de la librería por medio de una operadora de voz cascada como un rallador de queso, pero a partir de aquel momento paralicé la etapa siguiente. Fuera, por fin había dejado de nevar.

El bebé, ya harto, se había dormido en el fondo de su cochecito y poco a poco el bar se vació de familias congeladas. Mentalmente, fui repasando las distintas opciones fumando un cigarrillo tras otro: me parecía que aquellos diez números que brillaban en la pantalla del móvil tenían la categoría de un código secreto, algo así

como la oscura combinación de una caja fuerte inviolable. De pronto me entraron ganas de ver a Mathilde, tal como habíamos quedado: una relación simple, insulsa y sin riesgo, con la cabeza entre dos airbags que esconderían mi nariz ante el mundo. Pero no me moví: cada tintineo de vasos me hablaba de una posibilidad, cada café que sacaba la ruidosa máquina contenía una esperanza, en el bar resonaban todas las conversaciones que no habíamos tenido todavía. Luego, alentado por el whisky y la desesperación, llamé.

Para mi sorpresa respondió:

—De acuerdo.

En vista de que nunca llegaría a ser obesa a causa de mi potencial, dejé de comer.

En los platos de plástico, la yema se ha secado, resquebrajándose estilo Sahel, y el moco blanco tiembla como la gelatina. En los cuencos para bebés, la leche se coagula y empieza a parecer queso fresco. R. no los retira, deja que se amontonen, como si eso fuera a hacerme cambiar de opinión. Claro que yo podría enjuagarlos en el lavabo, pero significaría decir: «Vale, has ganado», y eso NI EN SUEÑOS. Me he pasado horas ante la rejilla de ventilación porque en algún momento no puedo soportar el olor; apesta como un cubo de basura.

Y dentro de mi cabeza hay un pájaro carpintero.

Me he lavado porque se me ha ocurrido que tal vez me sentaría bien. Pero he vuelto a soñar con la bañera de casa y los azulejos azules, con todos los productos que convierten la espuma en algo tan gigantesco que puedes esconderte dentro como bajo un edredón, y ha sido aún peor. He observado cómo el agua circulaba por encima de mis excrecencias: parece que empiezan a convertirse en senos, pero si es así, serán microscópicos, lo que hunde mi moral hasta el fondo del fondo de las Converse (aunque a decir verdad ya no tengo Converse sino unas zapatillas de deporte imitación cuero especialmente horribles). Además, después de haber saltado tanto contra las paredes, tengo manchas amarillas por toda la piel, como si fuera un animal de la sabana (pero no uno simpático, ¡más bien tipo hiena!).

La ducha de mi cuarto es un cuadrado de plástico marrón con un tubo de plástico marrón y una cortina de plástico marrón que se pega a las piernas, algo realmente desagradable. Como el agua no cuele bien, a menudo se inunda y luego huele aún peor porque impregna el suelo y sale moho por todas partes, como en el queso azul de Causses. Me he quedado de pie en el plato de la ducha hasta que el agua ha salido helada, pero sigo teniendo el mismo dolor de cabeza. Me he secado, me he vestido. No tengo ni idea de dónde encuentra R. esa ropa tan cutre. El otro día volví a intentar explicarle que no se podía llevar una ropa tan espantosa, que yo tenía un estilo y cierta fama (mamá habla de «pingos», pero respecto a la moda su opinión no vale un pito) y que tenía que devolverme SIN FALTA mis cosas. R. se limitó a refunfuñar, como si estuviera hasta la coronilla de oír mis quejas, y dijo también que le «daba demasiado la vara». Resultado: unos vaqueros descoloridos con bordados de flores en el trasero y una blusa con flores aún peores estilo peonía y unas mangas abombadas espantosas.

MIERDA.

No sé por qué tiene esa perra con las flores; si no me dieran ganas de vomitar, sería como para partirse de risa... Él considera que soy bonita, «que estoy bien», y que con la ropa que llevaba parecía Punky Brewster. Al ver que no tenía ni idea de quién era esa, me contó que era la protagonista de una serie que él veía de niño, una huérfana con un perro extraordinario pero un *look* de espanto (o sea, de lo más molona, teniendo en cuenta el gusto de R., y cuando salga de aquí voy a picar «Punky Brewster» en Google). Pero de golpe y porrazo me di cuenta de que R.

también había sido niño y eso me pareció rarísimo, pues ni se me había pasado por la cabeza. Aproveché la ocasión y pedí otra vez poder ver la tele, telefonar a mis padres, recuperar mi mochila de clase, pero por supuesto no quiso saber nada de ello.

¡Menos mal que te tengo a ti!

Escribo en tu interior tumbada en la cama, pero sigue doliéndome la cabeza. Seguro que si tuviera un espejo vería en él a una rana mutante y no a mí, pues no paro de llorar, hasta el punto de que ya no puedo ni abrir los ojos. Por todos los medios trato de transformar las lágrimas en cosas desagradables, como hago siempre, pero en este momento no funciona.

MIERDA MIERDA MIERDA MIERDA MIERDA Y MÁS MIERDA.

Esta mañana, junto al chocolate y la rebanada de pan, R. me ha traído el periódico. No lo había hecho nunca y he pensado que había pasado algo extraordinario en el mundo que sigue viviendo sin mí. Me ha emocionado tanto que se lo he arrancado de las manos. Con un suspiro me ha dicho:

—Me gustaría que colaboraras, Madison.

Era el *Ouest France*, pero él había tachado todas las fechas con un rotulador negro, en todos los artículos, en todas las páginas: parecía lenguaje cifrado. En el periódico había disturbios, muchos niños muertos en un país que se llama Darfur, unos gráficos incomprensibles para mí en las páginas de economía, la historia de un muchacho que había disparado contra su padre con un fusil de caza por una discusión sobre la Playstation (más bien tenía que haber escrito: ¡el mundo que sigue muriendo sin mí!), pequeños anuncios de casas de vacaciones, el resultado de un partido de fútbol (el PSG perdió contra los Girondins, ¡vaya!), el tiempo, malo en la zona de nuestra casa, mi horóscopo, que decía: «Forma Olímpica». Claro que todo eso también podía haber pasado ayer o hace un mes. Seis meses. Diez meses. Mil años.

Lo que quería él era demostrarme que en el universo ya no existe nadie que piense en mí.

—¿Qué te parece? ¿Todavía crees que vendrán a buscarte? Mira, hace un montón de tiempo que todo el mundo te ha olvidado. Mejor sería que dejaras de darme la lata con tus historias de polis y cárceles. ¡Porque la poli no vendrá! ¡No va a venir nadie! ¿Lo entiendes? No estamos más que tú y yo y hay que contentarse con esto.

Señaló con el dedo la pila de platos sucios, el pan duro y todos los cuencos que yo no había ni tocado.

—Y ahora vas a dejarte de historias. Si te vieras la cara... da miedo.

De repente vi en los acantilados de su pelo dos pequeñas señales rojas en las que no me había fijado nunca. Se habría dicho que había tenido cuernos y se los habían

cortado: esa es la impresión que me dio. ¡Suelta sin cesar tantas trolas asquerosas! Arrojé el periódico a la otra punta del cuarto.

— Eso no significa nada. No le creo. No le creeré nunca, es un puñetero mentiroso.

Pareció que iba a soltar una risa sarcástica pero no hizo ruido, fue exactamente la mueca de la pitón que vi en el zoo de la Palmyre, y luego recuperó su aspecto serio. Eso le da una pinta realmente débil, algo así como un profesor inútil que quisiera ejercer la autoridad. Dentro de mi cabeza, yo iba repitiendo ¡GILIPOLLAS-GILIPOLLAS-GILIPOLLAS! Se levantó de la cama y pareció que me hubiera oído.

— Como quieras. Mientras tanto, puedes esperar sentada el despertador. Y el espejo, tres cuartos de lo mismo. Tu cuaderno, cuando lo encuentre, lo echaré al fuego. A ver si te enteras de quién manda aquí. No eres más que una niñata, Madison, y te juro que vas a dejar de hacerme la vida imposible.

Noté que se me cerraban los puños con tal fuerza que las pequeñas protuberancias de encima quedaron completamente blancas. Me entraron ganas de gritar TÚ NO ERTES MI PADRE, miré la parte de arriba de su mejilla, allí donde parece más frágil, y tuve ganas tic empezar a golpearle con todas mis fuerzas.

Me vi cogiendo un cuchillo del montón de platos que tenía allí para clavarle la hoja en su asquerosa barriga. Pero claro, no lo hice. La cuestión es que tiene la punta demasiado redonda para hacer daño y además me da canguelo: no creo que sea capaz de matar a nadie, y a veces, cuando lo pienso, me odio a mí misma. Por fin R. se fue y se llevó el periódico. Me quité toda aquella mierda de ropa, me quedé desnuda y empecé a pegarme contra las paredes con los hombros, los brazos, las piernas, a gritar, gritar, gritar tan fuerte que ahora mismo ya no puedo hablar, pero ¿HABLAR a quién?

ME LLAMO MADISON ETCHART ESTO ES UN SOS.

Ayer grabé la duodécima marca en la pared. Y aunque sea una nulidad en cálculo mental, como mínimo sé que eso significa tres meses.

«Pero ¿POR QUÉ?», había preguntado justo después del Día del Volvo Negro. En aquella época le planteaba miles de preguntas, todo el tiempo, sin parar, siempre las mismas (evidentemente porque quería las respuestas, pero también porque esperaba que aquello le sacaría tanto de sus casillas que se desharía de mí. Lo que pasa es que no funcionó). Al cabo de unos días, después de tanto cotorrear, él me dijo:

— ¿Por qué crees que se secuestra a la gente?

— No lo sé.

— Piensa un poco.

— ¡No lo sé! ¡Normalmente no se secuestra a la gente!

En vista de que veía que iba a ponerse nervioso y que me acoquinaba muchísimo aunque me las diera de lista, respondí:

— En las películas, por dinero.

— Pues en la vida es lo mismo.

De repente, aquello me consoló un poco. Porque quería decir que tenía una RAZÓN y que por fin pararía de darle vueltas a los porqués en mi cabeza como si fueran colores de un cubo de Rubik.

— ¿Cuánto?

— Quinientos mil euros.

— ¡Uf! Mis padres no son millonarios, ¿qué se ha creído?

— Pues que espabilen. Pueden vender tu casa, ¡yo qué sé! De todas formas, he sido claro: o pagan o estás muerta.

Entonces esperé mucho tiempo. No sé explicar muy bien el porqué, pero desde el primer momento pensé que no me haría nada. En realidad creo que él tampoco tiene valor suficiente para matar a nadie. Aun así, siempre tengo miedo de que lo haga (sobre todo porque me pongo pesada adrede), pero bueno. De forma que cada vez que R. venía a mi habitación, le pedía noticias sobre el dinero. Me contaba bolas de todo tipo (como que mis padres habían llamado a la policía cuando él les había prohibido que lo hicieran, de repente se había enfadado y había anulado la «transacción», o bien que no conseguían reunir la suma, que esperaban la respuesta para un crédito y un montón de rollos de ese tipo que me hacían pensar que aquella historia del rescate en realidad no tenía ni pies ni cabeza). Pero la semana de la cuarta señal en la pared me dijo que se habían negado a pagar y que se había terminado.

— ¡No es verdad!

— Sí es verdad. Lo siento, Madison, pero tus padres han preferido seguir con la casa.

— Júrelo escupiendo si es verdad.

— Puedo escupirte mis pulmones si eso sirve para complacerte.

— ¡No es verdad! ¡NO ES VERDAD! ¡Usted es un mentiroso de mierda!

Empecé a golpearle pero aprisionó mi puño en su enorme mano, y mi puño en su enorme mano parecía la piedra del juego «piedra, papel y tijera». Ya que seguía exaltada, me torció el otro brazo en la espalda y creí que iba a partírmelo por la mitad. Era la primera vez que me hacía daño y creo que ni a él le gustaba la idea.

— Sé razonable — refunfuñó apretándome el puño con más fuerza, tanta que noté que sus uñas penetraban mi piel como las garras de Larry cuando está asustado.

Pero luego siguió en un tono meloso, como si hablara con una débil mental:

—Se han hecho a la idea, Madison. Su vida sigue sin ti. Podría matarte, evidentemente, como dije que haría. Pero si dejaras de ser tan testaruda, tal vez nos entenderíamos.

Mis ojos eran como un jarrón que se ha llenado tanto que a la fuerza se derrama cuando se meten las flores en él.

— ¿Ya ha estado en la cárcel?

Hizo como que se escandalizaba, como la señora Jaso cuando intenta que alguien crea que no está al corriente de algo que precisamente ella ha contado a todo el mundo.

— ¡No!

—Secuestrar niños y pedir dinero a sus padres para soltarlos es cosa de criminales. ¡Y los criminales van a la cárcel!

Me soltó y en mi brazo quedó la marca de sus dedos en un rojo vivo, parecía una quemadura del sol en forma de mano. Entonces lloré porque no podía contenerme. Y por fin él desapareció tras la puerta de hierro.

— ¡No me das miedo! ¡NO ME DAS MIEDO!

Grité procurando recuperarme, pero claro, no era verdad.

Después de ese episodio hice como si me hubiera vuelto sordomuda. Aquello duró hasta el día en que me abrí la cabeza en el lavabo.

Gané yo.

Por supuesto, lo del despertador no lo permitió y lo del teléfono menos. Pero estuvo de acuerdo con la mochila y me trajo unos Z'animos como prueba de tregua. Me comí todo el paquete para que estuviera contento, lo que pasa es que luego tuve un yunque que se retorció donde antes había tenido la barriga. Lo primero que busqué en la mochila fue la navaja suiza que me regaló Samuel y que nunca abandono. Pero, ¡cómo no!, R. se la había quedado. No me gustó que metiera las narices en mis cosas. De todos modos, nunca habría imaginado que me alegraría tanto recuperar mi libro de matemáticas. ¡Y mis deberes! Pero lo más importante, LO MAS IMPORTANTE, en la mochila está mi iPod, el que me regalaron cuando cumplí once años. Escuchar mi música me hace llorar mucho porque me recuerda mi vida de antes, la casa, las tardes en la playa de Lafiténia con Sabrina, mis padres, Papy, Amélie (¡y Stanislas!), y también los días en que refunfuñaba porque papá quería que cortara el césped cuando yo tenía intención de ir al cine con mis compañeras. Ahora me doy cuenta de que no siempre era buena chica y de que era bastante egoísta, pero seguro que esa no es razón suficiente para que se hayan «hecho a la idea»...

A veces me pregunto si en realidad no he sido yo quien ha inventado a R. Me parece tan increíble esta asquerosa historia... Es posible que me atropellara el Volvo negro aquel día, que ahora esté muerta, completamente tiesa, y me encuentre al principio de la eternidad, que es como una gran carretera desierta sin fin, con un viento frío rolando como un tornado que proyecta trocitos de hielo contra mis ojos.

En este caso, R. sería simplemente un demonio enviado para castigarme por haberme portado mal, pero en realidad no existiría, y eso me parece mucho más lógico que lo de estar prisionera sin comprender el porqué, con este hombre que me da de comer, que me cuida y me viste como si yo fuera una ardilla domesticada. Viéndolo así resulta muchísimo menos tortuoso lo de encontrarse a seis pies bajo el suelo.

Pero claro, ya está bien, ¿no? ¡Ni una sola línea! ¡Y doce marcas en la pared!

Por supuesto hay otros periódicos y sé perfectamente que esa cuestión de la mierda del rescate es un cuento chino. Porque los padres quieren a sus hijos, aunque tengan un carácter de aquí te espero, aunque no siempre sean muy obedientes, e incluso aunque sean una nulidad en cálculo mental (además yo destacaba en TODO el resto. ¡En francés siempre saqué la mejor nota! A ver si no va a contar eso...).

Pero pienso en mamá y en cómo la odiaba aquel día, aquel Día del Volvo Negro, ¡y me dan ganas de dar vueltas sobre mí misma hasta que no pueda tenerme en pie...!

LOS DIENTES DE LEÓN

Ya que estoy bajo tierra, me invento
historias
intento creerme que hay dientes de león
bajo mi cama.

Piedras azules para alcanzar el cielo
y mi enamorado, lejos, lejos, al final de todo.
Allí donde no se cuentan trolas.

Un libro mágico en mi armario,
una fórmula de mago,
abracadabra. Te saco de aquí.

Pero armario, no tengo,
ni libro mágico, ni piedras,
sola estoy en el fondo de un agujero.

M.E.

Si ahora mismo hiciera una lista de todo lo que deseo, el detector de mentiras estaría en a).

Guéthary, 14 de abril,

viento fuerza 9, mar embravecido

Cariño:

Es de noche. Te escribo en el secreter de nuestra habitación, de tapadillo, no puedo entretenerme. Tu padre está en la ducha, tengo un oído puesto en el ruido del agua. Si supiera de todas estas cartas, creería que estoy loca.

Te mantengo viva.

El viento acaba de aumentar un punto. Ha aullado y llorado por nosotros, todo el día, para que los techos se vinieran abajo y nosotros nos mantuviéramos dignos, de pie en el caos, esperándote.

Sabíamos que no vendrías.

Pero te hemos esperado.

Perdona mi letra. De repente tengo un sobresalto porque los postigos chascan, el parqué vibra, las puertas respiran.

Toda la casa está más viva que yo.

Raphaël había dicho: «No es una buena idea». ¿Y qué? Las buenas ideas ya no existen.

Pero nosotros no aullamos, cariño. Nosotros no lloramos. Contemplamos el techo mordiéndonos los labios. Y nos mantuvimos dignos.

¡Doce años! Ahora eres una jovencita y yo intento imaginar qué aspecto puedes tener... ¿Has cambiado realmente? ¿Has crecido? No hace ni diez meses y ya tus rasgos se difuminan y tu voz se enturbia. Tengo que mirar el libro de Papy y los álbumes de los recuerdos para recuperar todos los detalles de ti. Si la memoria fuera una máquina... Si esto pudiera funcionar como un vídeo en el que cada mañana se engranara la vida...

No he podido evitar pensar en la última vez que te vi, con tu faldita negra, tu camiseta con una palmera y tus botas camperas. ¡Y el capadlo de plástico que usabas como cartera!

Aquella mañana no me dijiste adiós. Cada mañana, el beso que chasqueaba contra mi mejilla... ¡Cada mañana! Y pensé, mientras te ibas de morros hacia el autobús, cuando tu pequeña silueta no se volvió ni una sola vez: «Ahí está. ¡Ya empieza! ¡Ya empieza!».

Y aquello me hizo reír.

Pues sí, Madi: en mi fuero interno me había reído. Porque sabía perfectamente por qué ponías cara de pocos amigos, y era tan bonito ese enfado de cría... ese amor de cría.

Pero ellos dijeron: «Pues eso, se ha fugado».

Se lo explicamos, pero estaban convencidos. ¿Cómo hacer razonar a gente como esa? Al fin y al cabo hacían su trabajo.

«¿No tiene móvil?»

Y maldije mis huesos por no haber cedido a un capricho recurrente... Maldije mis huesos por haber sido una madre ejemplar... Todas aquellas extraordinarias ideas, toda la educación, ¡y además Françoise Dolto! Pedí al cielo haberte juzgado mal, haberme equivocado, sí, claro que puede ser capaz de fugarse, ¡cómo no, con aquel aire ceñudo!

Ya veía las bandadas de pájaros muertos surcando el techo.

Al cabo de veinticuatro horas tu rostro estaba fijado en las paredes.

Al cabo de cuarenta y ocho horas, la región entera estaba en pie de guerra.

Al cabo de setenta y dos horas, testigos de todos los rincones de Europa llamaban al número gratuito.

Fuiste a Praga, a Londres y a Berlín.

Montaste en un monovolumen, en una berlina color crema, en una furgoneta negra con cristales ahumados.

Te vieron en un autocar, en un tren, en un barco.

Una estación. Estaciones.

Aeropuertos.

Las batidas. Los perros.

Nos descoyuntaron el ordenador. Comprobaron los filtros. Hicieron el seguimiento del historial informático.

Nos interrogaron. Nos acusaron. Nos intervinieron el teléfono.

Hurgaron en el Larrun. Dragaron los estanques. Esperamos que tu cadáver llegara a la playa arrojado a ella por las olas como si fuera un tapón de corcho.

Confiamos en recibir una petición de rescate, que nunca llegó.

Y más carteles. Más helicópteros.

Y tú estabas en Nantes, en Burdeos, en Milán. Dijeron: «En foto, todas las niñas se parecen».

Desaparición de una menor, 11 años, Madison, 1,45 m, más bien menuda, media melena castaño-rojiza, ojos color avellana. En el momento

de su desaparición llevaba camiseta de color violeta con una palmera plateada, minifalda negra con bordados de nido de abeja, botas camperas, mochila escolar de plástico azul celeste transparente.

(¡Tú no te pareces a nadie, Madi! ¡A nadie!)

Lyon, Bruselas, Saint Pée sur Nivelles.

Y el libro de Papy, responsable de todo, pero no dio ningún resultado.

Nada dio ningún resultado.

Y aquella mañana, Madi, me había reído. Porque no sabía que no volvería a verte.

La lámpara del pasillo sigue encendida, la puerta de atrás sigue abierta.

Feliz cumpleaños, estés donde estés. Nunca olvides que te quiero.

Mamá

Twist

— ¿Y pues?

En el Cavalier Bleu se había sentado frente a mí con la indolencia de alguien que te conoce desde hace mil años, luego llamó al camarero para pedir una copa de vino.

— ¿Y pues qué? — pregunté, desconcertado por su desenvoltura.

— No sé, ¿eres tú quien me ha llamado!

— Sí, ¡pero tú me has pedido que pasara otra vez...! Vamos a ver, ¿cuál de los dos tiene derecho a decir «Y pues»?

Ella sonrió de aquella forma inimitable que a partir de entonces yo iba a odiar tantas veces, aquella sonrisa de «muy bien, jovencito, te lo tomas así pero no sabes con quién estás hablando». En efecto, no lo sabía.

— ¿No me has traído el libro?

— No, no vivo cerca de aquí. Pero he pensado que si quedábamos sería más fácil que te lo pasara... ¡Me ha parecido que te intrigaba tanto...!

— La niña es aquella que desapareció hace un par de veranos, ¿verdad?

Era difícil no acordarse de ello, con el vapuleo mediático que provocó la desaparición de Madison. Durante más de seis meses fue la niña más buscada de Francia. Sus padres habían suplicado frente a las cámaras de televisión internacionales, su cara de muñeca acaparó parabrisas de coches, mostradores de bares, portadas de periódicos. Yo mismo había participado en muchas batidas, fijado carteles, investigado entre el vecindario. Se difundió su descripción en toda Europa vía Interpol, el informático de la editorial de su padre creó una web, se localizó a los pedófilos liberados recientemente, los vigilaron, los interrogaron; pero al cabo de tres semanas la esperanza de encontrarla viva les había abandonado a todos. La policía no tenía ninguna pista: nadie había visto nada, oído nada, el número gratuito acumulaba unos testimonios estrambóticos que, a pesar de que los revisaron todos, no llevaron a ninguna parte. La foto del cartelito de búsqueda, mil veces multicopiada, me atormentó durante años: con el tiempo, los colores perdieron intensidad, al igual que la esperanza, empalidecieron con el sol en los escaparates o en la corteza de los árboles, y las extrañas facciones del pecoso rostro por encima de una sudadera roja con la efigie de un grupo de rock se hacía cada día más espectral. Aquella niña a la que yo adoraba no era más que una idea, un dato abstracto, los restos descoloridos de una sublevación popular de gran envergadura. Su nombre se convirtió en una marca registrada, en el código de barras de siete letras de una sociedad desbaratada: por encima de la imagen de la cría se superponía la de un monstruo sin rostro del que se nutrían los fantasmas del mundo, aunque para mí ella siguió siendo la niña de la falda rosa, atípica y claramente superdotada, a quien daba clases de tenis los sábados por la mañana en el Athletic Club de Biarritz. Entonces asentí.

—Madison. Madison Etchart.

—Ah, sí, el juego de palabras... *Twist*... ¿Verdad que no la encontraron?

Negué con la cabeza y terminé la bebida: los cubitos tintinearón, pero aquel sonido cristalino me pareció un carillón fúnebre.

—Ahora entiendo mejor por qué el libro está descatalogado. Doscientas fotos de una niña que desapareció es algo un poco fuera de lugar, en plan comercial... ¿Has bailado alguna vez el madison? —preguntó en un intento súbito de distender la atmósfera.

—Hace mucho, en la boda de un primo. No te creas, no fue el momento más glorioso de mi existencia... En realidad, era un primo lejano. Alguien apenas conocido. Mejor dicho, un extraño.

Me sonrió, como por educación, luego su mirada caqui se perdió en la contemplación de lo que tenía en el vaso. Encendió un cigarrillo.

—Capdevielle, ¿así que le conoces?

Moví la cabeza soltando el humo, lo que le hizo arrugar los ojos.

—Es su abuelo. Éramos vecinos, él y yo. Soy de Anglet —me pareció oportuno añadir—. Está en el sudoeste, hacia Saint-Jean-de-Luz.

—Lo conozco. Tuve un novio surfista.

Un velo negro pasó por delante de mis ojos, como una nube que, surgida de la nada en un cielo límpido, apareciera bruscamente para ocultar el sol.

—Ya no aguanto esta zona —suspiró ella, llevándose a los labios la uña metalizada de su pulgar—. Me imagino que tú también haces surf.

—De vez en cuando... Pero no se me da muy bien.

Ella tomó un trago, yo masqué un cubito. Era un momento de lo más paradójico: en un estado de excitación pura, estaba por fin hablando con «la chica de la camiseta demasiado grande». Sin embargo, aunque aquella desconocida constituyera mi futuro, y yo esperaba aquello más que nada en el mundo, también estaba reabriendo el pasado con un escalpelo. El olor del Larrun después de la tormenta me angustiaba, me parecía tan real como si se tratara de aquella noche que pasé allí arriba buscando a Madison con una linterna en la mano, en medio de los ladridos de los perros, los *walkie-talkies* y el barro. A cada paso temíamos descubrirla en el fondo de una hondonada, víctima de un accidente; pero era una niña sin complicaciones, equilibrada y más bien sensata, a pesar de su temperamento enérgico: nadie imaginaba a qué habría ido allí sola, a trepar por el monte en lugar de volver a casa. Yo era el que mejor sabía que era una chica deportista, con resistencia, que nadaba bien, por lo que era poco probable que se hubiera ahogado en un mar cuyas trampas conocía al dedillo pues casi había nacido en su interior. En cuanto a la fuga, no me lo planteé ni por un segundo. La hipótesis que todo el mundo tenía en la cabeza, de la que nadie quería hablar, hacía más funesto el ambiente de las batidas: a pesar de

nuestros gestos, no estábamos seguros de querer encontrarla, convencidos de que todos nuestros afanes solo nos llevarían a dar con el cadáver.

—Parece que está bien... Al libro, me refiero. Es difícil en una sola imagen, pero me recuerda el trabajo de Sally Mann. Más prosaico, más directo... *Immediate Family*, ¿lo conoces?

Probablemente porque me impresionaba, asentí. Las mentiras entre nosotros empezaron así a los once minutos de conversación, pues yo no tenía la menor idea de quién podía ser Sally Mann. Pedí un tercer whisky para despistar. Ella me imitó.

—¿Crees que tiene una relación...? —preguntó de golpe, como si se le acabara de ocurrir cuando nuestras consumiciones llegaban a la mesa—. ¿El libro del abuelo y la desaparición de la pequeña?

Aplasté, nervioso, la colilla en el cenicero.

—La policía lo pensó. Interrogaron a quienes lo habían comprado... Es decir, a aquellos a quienes pudieron seguir la pista, incluyéndome a mí, por cierto. Pero eso no llevó a ninguna parte. Además, el libro se había vendido poco, acababa de salir.

—Pero ¿tú qué opinas?

—¿Yo? Nunca he pensado que tuviera nada que ver —dije encendiendo otro cigarrillo en el acto—. Pero claro, había que probarlo... Se probó todo.

Tenía el vaso vacío y sus ojos brillaban, con una orla de carbón, animados por destellos. Me miró estilo bombilla de despacho de comisario.

—Fumas mucho —dijo, agitando la mano por delante de su rostro.

—¡Algunos tienen la potra de no haber empezado nunca!

Sonrió, levantó los brazos y entrelazó los dedos por encima de su cabeza. Doblada hacia atrás, como un muchacho, se desperezó. Sus hombros soltaron un crujido. Al arqueársele el pecho noté los latidos de una vena azul en su cuello. Mantuvo la postura unos instantes y luego fijó su mirada en la mía.

—Tengo un hambre...

—¿Prefieres quedarte aquí o que vayamos a otra parte? —pregunté, aprovechando la ocasión.

—¿Sabes cocinar?

Repasé la mañana de aquel día, visité mentalmente mi estudio para comprobar si podía llevar allí a la mujer de mi vida sin echar a pique lo que aún no existía, y no era el caso. Mi cerebro proyectó una serie de planos espectaculares de calzoncillos sucios, cama deshecha, ceniceros llenos, parquet poco presentable, calcetines agujereados colgados en los respaldos de las sillas, tapa del váter levantada y otras catástrofes importantes que aparecen cotidianamente en un piso de soltero. Sin embargo, siguiendo la incongruencia que me caracterizaba en presencia de Aquella que aún no tenía nombre, respondí:

—Por si puede tentarte, te diré que preparo la pasta como nadie.

—Mejor me lo pones, porque yo no he tocado un cacharro de cocina en mi vida.

Y no exageraba. Salimos al frío: la nieve se estaba helando y teníamos que mirarnos los pies para no perder el equilibrio.

Hasta entonces no me había fijado en que llevaba unos increíbles botines rojos, abombados alrededor de los tobillos como globos hinchados con helio. Mal que me pese, me fijo siempre en ese tipo de detalles a causa de las mujeres con las que me he criado. Mía y mi madre han rivalizado eternamente en inventiva en este campo, una especie de juego estúpido que a veces llevan hasta el absurdo. Desde que mi hermana pequeña cumplió los quince, una competición feroz se desencadenó entre ellas, y a partir de entonces en nuestras comidas familiares no faltan nunca las referencias a tal o cual tienda, tal o cual tendencia, y la guinda de los postres suele ser algún ejemplar de *Vogue* que provoca, según la ocasión, gritos de histeria o resoplidos pecuniarios. En momentos así, mi padre adopta su típico aire cansado (a pesar de que no puede sentirse más satisfecho de tener la esposa y la hija que mejor visten de toda la zona) y me pide implícitamente que le eche una mano. Nos burlamos de ellas y las chanzas rituales constituyen los únicos momentos de complicidad entre él y yo; nuestras relaciones cotidianas son más bien tensas. De Madison me gustaba precisamente su libertad en cuanto a la ropa, una imagen muy alejada de la que establecen las revistas, algo tanto más sorprendente porque los crios cultivan una tendencia natural hacia el gregarismo. En cambio Louison era, igual que mi madre y mi hermana, una de las tantas víctimas de la sociedad de consumo; de ahí a decir que me enamoraba locamente por cuestiones de Edipo... no me atrevería.

—Bonitos zapatos —le dije señalando sus pies.

—¿Verdad? ¡Me han costado un riñón! ¿Dónde vives?

—Ledru-Rollin.

—Tengo que recoger la bici.

—No creo que con este tiempo sea aconsejable andar en bici.

—¡Huy, qué delicado! No estamos lejos. Te llevo en el portaequipajes...

Avanzábamos con prudencia, uno al lado del otro en la noche. Yo la imaginaba encaramada en una enorme bicicleta negra, su silueta a contraluz estilizada como una figurita de teatro chino y, por supuesto, no me atreví a contradecirla.

—Es una bici holandesa —siguió ella—, podría llevarla sobre un nevero. ¿No confías en mí?

Sonreí, aunque solo medio convencido, pensando en el periplo que nos aguardaba. Su sola presencia me electrificaba, notaba el roce de los faldones de nuestros abrigos que se bamboleaban al viento, y en mi interior aquello era tan intenso como si se tocaran nuestros brazos, nuestras manos, como si nuestras pieles se deslizaran en aquel roce. Mi neocórtex trazaba ya los planes más audaces cuando ella se detuvo bruscamente y me miró de hito en hito.

—Oye, ¿no esperarás que nos acostemos?

Me quedé boquiabierto, estupefacto ante aquello que de pronto tomé por un episodio de telepatía. Como mi respuesta lardaba en llegar, se puso de nuevo en marcha. Con las piernas temblorosas, conseguí alcanzarla y me hice el ofendido.

— ¿Por quién me has tomado? — Luego, para perfeccionar mi defensa, añadí como por reflejo—: Salgo con alguien. Se llama Mathilde.

Me arrepentí en el acto de lo que acababa de decir, pero ella me sonrió entreabriendo el círculo rojo que le hacía las veces de boca.

—Mucho mejor. Porque no quisiera que te imaginaras algo.

—No me imagino nada.

— ¿Y yo —preguntó—, cómo me llamo?

— ¿Cómo voy a saberlo?

Esbozó una especie de mueca que parecía decir: «¡Sorpréndeme!»; reflexioné un instante.

—Te llamas Yo misma.

Se rió.

— ¿Cómo?

—Te llamas Yo misma, y hace poco que te has cortado el pelo. Antes lo tenías muy largo. Casi hasta la cintura.

Aminoró el paso, frunció las cejas con la misma expresión que en la librería al reconocer a Madi en la portada de *Twist*: una sorpresa de inquietud mezclada con emoción. Mi móvil, en el bolsillo, empezó a sonar. Estrujé las teclas a ciegas con un gesto precipitado.

— ¿No contestas?

No tenía necesidad de mirar la pantalla para saber quién llamaba: hacía más de dos horas que tenía que haber ido a casa de Mathilde y ella solo tenía paciencia con su perro. Moví la cabeza no sin pensar hasta qué punto el progreso era perjudicial para el amor.

—Oooh —saltó ella—. Comprendo. Pero oye, podía haberme tapado los oídos y así no habría oído tus maravillosas mentiras...

En el fondo de mi abrigo, el móvil soltó el pitido de un mensaje. Lo suprimí sin pesar, pero, asaltado por cierto sentimiento de culpabilidad, decidí mandar un mensaje amable en cuanto tuviera ocasión.

—Todos sois iguales —suspiró ella a modo de comentario—. ¡No tenéis huevos!

Atada a una señal de dirección prohibida en la esquina de la rué Vieille du Temple, nos esperaba la bici holandesa. Ella rebuscó en su bolso, sacó un manojito de llaves adornado con unos amuletos africanos y quitó la cadena de seguridad. Exactamente como la había imaginado, la bicicleta era demasiado grande para ella, y nada más ver el entrelazado de varillas metálicas que formaba el portaequipajes

empezaron a dolerme aquellos huevos que se suponía que no tenía. Pero de la misma forma que a partir de entonces iba a actuar, sistemáticamente, contra el espíritu rebelde que me había caracterizado, renuncié. Ella arrojó su bolso tubular de cuero negro en la cesta de delante del manillar y empezó a pedalear. Me agarré como pude, sin saber dónde poner los pies, y aquel metro ochenta de ridiculez enfiló la rué des Francs Bourgeois. A causa de mi peso, estuvimos a punto de caernos en cada cambio de sentido y Aquella que seguía sin nombre, achispada por el vino, se fue saltando indefectiblemente todos los ceda el paso del camino. La máquina mortal nos abandonó por fin, hechos puré pero vivos, frente a mi edificio, no sin antes rasgar entre sus cadenas la poca dignidad que le quedaba a mi abrigo.

Cuando se volvió, después de sujetar la bici a un contenedor de basura, con las mejillas encendidas y los ojos enrojecidos, anunció:

—Yo misma se llama Louison.

En ningún momento me había parecido tan bonita.

Durante todo el trayecto de vuelta del colegio había estado reflexionando.

Se había desencadenado una tormenta inimaginable y en el techo del autocar la lluvia sonaba como una ametralladora. Todo el mundo gritaba porque los chicos hablaban de las bromas que iban a gastar para fin de curso, cosas como lanzar huevos desde las ventanas o rociarnos con crema depilatoria (lo que mosqueaba a todas las chicas, sobre todo a Sabrina, que tiene el pelo larguísimo). Pero yo miraba las gotas que se deslizaban por los cristales como si fueran larvas, imaginándome qué habría pasado en un mundo ideal con una madre ideal y sin una idiota de remate con los dedos pintarrajeados.

La noche anterior, Stanislas había llamado a casa; mi madre no solo no me había avisado sino que, ADEMÁS, oí que le decía:

«¡Vaya detalle! A las mujeres les encantan las sorpresas, ¡le gustará muchísimo!»

De entrada pensé que la sorpresa era para mí, pero no tardé en comprender que todo aquello volvía a ser culpa de Alice: Stanislas había decidido llevarla a pasar el fin de semana a San Sebastián por su cumpleaños, y mi clase de tenis: PATAPUM, anulada, como si no tuviera ninguna importancia, como si yo no fuera más que un moscardón atrapado con un revés de raqueta. En un instante mi moral se hundió hasta las entrañas más profundas de mis Converse. Subí enseguida a mi habitación para llorar, cerré la puerta con llave, a pesar de que es algo FIGUROSAMENTE prohibido por la ley de la casa, y después pasé el resto de la velada enfurruñada.

Aquella mañana, el 14 de junio, salí sin despedirme de mamá porque la consideraba una traidora asquerosa. Es verdad, podía haber contestado: «Ni hablar, aquí no se anula nada», enojarse y salvar mi cita, ¡pero no! Lo que dijo fue: «Jolín, ¡qué detalle!», cuando de detalles, nada, se comportaba como un gilipollas total, y por culpa de ella no iba a verle en toda la semana. (Ahora ya no se lo tengo en cuenta porque evidentemente mamá no podía saber que era una solemne guarrada por su parte alegrarse por la tontaina de los dedos pintarrajeados, lamento haber pensado cosas tan horribles y lo que quisiera sería pedirle perdón...)

El autocar me dejó en mi parada; como seguía lloviendo, esperé un momento bajo el porche de la casa embrujada. Dicen que está embrujada, pero es por el tipo que vive en ella. En la fachada de entramado negro hay unos curiosos escudos de armas con cabezas de lobo, y el viejo aterroriza adrede a los crios que pasan por allí con trucos como agitar las cortinas o hacer chasquear los postigos. Pero con los años eso ya no da resultado y ahora cuando lo veo le saco la lengua. Resumiendo. La tormenta había amainado y me puse en marcha. Estaba impaciente por ver a Larry porque solo hacía quince días que lo tenía: aún era un bebé y me necesitaba mucho. Pero además traía un cuatro en mates (lo que iba a fastidiar considerablemente la media general), de modo que andaba despacio. Arrancaba las hierbas altas al lado de la carretera preguntándome qué liaría con mi sábado, dado que lo más guay de mis planes se había ido al traste.

Fue entonces cuando oí el Volvo negro.

Se acercaba a lo lejos detrás de mí, pero claro, no le presté atención. Al llegar a mi altura, disminuyó la velocidad y yo volví la cabeza. El coche se veía súper reluciente después de la tormenta, con las llantas que brillaban como joyas. Me detuve cuando bajó el cristal.

—¡Pequeña!

R. se había inclinado hacia mí desde el asiento del conductor. Tenía a su lado a Catherine en una caja de plástico beis, casi idéntica a la que tengo yo para llevar a Larry, solo que la mía es marrón.

—Perdona que te moleste pero no soy de aquí... ¿No conocerás por casualidad a un veterinario?

—¿Qué le pasa? —pregunté acercándome un poco para ver mejor al gato.

R. sonrió, y su sonrisa era verdaderamente agradable, con unos dientes blancos y bien alineados. La tempestad resonó encima de nuestras cabezas y un gran rayo azul cruzó el cielo. Es algo bastante corriente en nuestra zona, como si la naturaleza quisiera recordar a todo el mundo que es ella quien manda.

—¡Creo que no le gusta mucho viajar! Hace unos días que no quiere comer. En el hotel me han dicho que por aquí hay un veterinario, pero me he perdido.

—Sí, sí —respondí, porque soy servicial—, hay uno, el doctor Uhalde, en Anglet...

—¡El doctor Uhalde, exactamente! ¿Por dónde hay que ir?

Teníamos que gritar para oírnos porque volvía a llover mucho. Se lo señalé con el dedo:

—Por allí, recto, y luego...

—Oye, ¿no me acompañarías? —gritó a través del cristal cuando el cielo petardeaba como la Motobecane del señor Salazar—. Estoy completamente perdido, ¡y además con este tiempo! Luego te dejo en casa, ¿de acuerdo?

Dudé, pero solo un momento, y luego respondí:

—¡De acuerdo!

Aquel «De acuerdo» quisiera arrugarlo en mi mano como un papel grasiento que uno echa a la basura. Mamá me lo había repetido hasta la saciedad, que no hablara con desconocidos, que anduviera con cuidado con esos «pirados» que circulan por ahí, pero en aquellos momentos no se me pasó por la cabeza ni por un instante. Y fue por la buena pinta de R. con su pelo encrespado, su coche reluciente, la preciosa gata de tres colores en su cajita, la demencial tormenta que me caía encima y sobre todo —sobre todo— por Stanislas. Porque evidentemente era una suerte increíble poder verlo. Durante la semana estudia literatura en Burdeos, pues al parecer quiere ser escritor (a veces me imagino en mis sueños que un día hablará de mí en un libro, ¡y naturalmente dirá cosas maravillosas a propósito de mi potencial y también de mi belleza y de mi inteligencia extrema!). Era viernes por la noche, y yo sabía que él había vuelto a casa de sus padres: si íbamos a ver al doctor Uhalde, podría pasar un poco de tiempo con él mientras su padre curaba al gato en aquella sala

completamente verde que huele a farmacia. ¡Aupa! Subí sin reflexionar al Volvo negro y cuando lo pienso, cuando pienso en lo tonta de remate que fui, me dan ganas de morderme los puños hasta dejar de respirar.

Al principio, R. siguió mis indicaciones. Yo aguantaba a Catherine en mi regazo y jugaba con ella pasando el dedo por la rejilla. Era una preciosidad, con unos ojos muy grandes que parecían chocolate con trocitos de caramelo (Larry es un gato lince, gris y atigrado, con los ojos verde fluorescente). Le pregunté cómo se llamaba la gata, y entonces nos presentamos con un apretón de manos por encima del volante: yo dije «Madison» y él dijo «Raphaël». No sé explicar por qué, pero fue lo primero que me pareció sospechoso, aquella coincidencia. Aunque luego, después de Les Embruns, giró a la izquierda, hasta una callejuela en lugar de seguir recto, y empecé a inquietarme. Le dije que se había equivocado de camino, pero en un cruce desierto paró el coche de golpe y me puso en la cara un pañuelo que olía a detergente. Todo pasó tan rápido que no entendí lo que ocurría. PUF: se acabó.

Lo único que sé es lo que noté al despertarme.

De entrada, el ruido. TAC TAC TAC TAC TAC.

Estaba completamente oscuro, quiero decir de un negro como no suele verse en la vida real, lo que se llama: ABSOLUTO. Me incorporé, pero mi codo chocó contra algo, luego mi cabeza, y después mis piernas. Como estaba tendida de lado, quise volverme para ponerme de pie, pero me volví a golpear y el TAC TAC TAC se aceleró. Todo el negro empezó a vibrar a mi alrededor como si me encontrara encerrada en una lavadora en el programa de centrifugado. Casi no podía moverme, y el suelo en el que estaba echada me quemaba la piel al rozarme. Pensé no puede ser-no puede ser-no puede ser y creí de verdad que estaba teniendo una pesadilla, pero luego empecé a recordar lo que había pasado: la tormenta, Stanislas, el gato... Entonces sopló un viento de pánico inimaginable.

Estaba en el maletero del Volvo negro.

Por culpa del detergente, mi cerebro jugaba al yoyó y empecé a asfixiarme: como si hubiera olvidado las instrucciones para respirar. El camino tenía que ser pedregoso, pues me encontraba como una brizna de paja a merced del viento, con la única diferencia de que no había horizonte ni campo de trigo, tan solo unas paredes contra las que topaba una y otra vez sin poder evitarlo. Había perdido la noción del tiempo, me preguntaba si llevábamos mucho rato circulando en coche y si estaba muy lejos de casa. Intenté oír alguna señal; en un momento determinado creo que pasamos por una vía de tren porque oí una campana y el coche se detuvo, pero no estoy segura. Las preguntas empezaron a rodar en mi cabeza como las bolas de una máquina del millón: quién era R., qué quería, si iba a morir, qué había hecho mal, adonde íbamos, si había aire suficiente en el maletero, si R. era un sádico como los que salen en los informativos, y por qué, sí, sobre todo, ¿por qué YO?

Sigo sin tener las respuestas a todas estas preguntas, excepto a una: no había aire suficiente en el maletero y acabé por perder el mundo de vista. Me desperté en el catre de mi cuarto de cemento con la típica lámpara enrejada que se ve en los garajes.

Entonces, vomité, vomité, vomité, creí que no iba a acabar nunca, y luego noté que la garganta me ardía y tuve la impresión de haberme tragado un vertedero de basuras.

Ahora soy capaz de recordar la escena de mi «secuestro» desde fuera, en cámara lenta (cuando en realidad todo había tenido un ritmo acelerado), como si fuera una película. Lo único es que la veo en blanco y negro. Yo al borde de aquella carretera es como el mundo visto por Papy. Antes me costaba imaginar la vida sin color. Claro que existía su «trabajo», como dice él, todas las fotos y libros que ha publicado, pero es distinto porque en las fotos no hay movimiento, al menos no el movimiento de la vida. Bueno. Tendré que hacer otro inciso porque el caso de Papy es una historia de aquí te espero. Nació con una rara enfermedad de la vista, una especie de superdaltonismo que se llama «acromatopsia» (¡me ha costado mogollón de tiempo acordarme de la palabra!). Con esta enfermedad, el rojo parece gris, el azul parece gris (pero es otro tipo de gris), el amarillo parece gris (un gris más bien claro), la hierba parece gris, las flores parecen grises (eso debe de ser guay, como el parque de un cuento de hadas de los que dan yuyu), la tarta de fresas parece gris, el cielo parece gris (incluso cuando hace sol) y así: todo lo que hay en el universo es gris. Es algo hereditario, afecta a una persona de cada cuarenta mil. Quiero decir que a eso se le llama MAL FARIO. Mi bisabuela (que murió al traer a Papy al mundo porque en aquella época, como me contó él, los hospitales no valían un pimiento) era portadora del gen malo. Estoy bastante al corriente del tema porque evidentemente tecleé «daltonismo» en Google, de modo que voy a dar-te una pequeña clase de genética:

Mujer	Hombre
XX	XY

El daltonismo aparece en el cromosoma X, lo que significa que tiene que haber un progenitor portador de un X malo y, ADEMÁS, heredar de este X malo, cuando existe la posibilidad de tres distintos; eso es lo que yo llamo MAL FARIO, ya me entiendes. En el caso de la mujer, tiene que pillar el cromosoma malo del padre Y ADEMÁS el cromosoma malo de la madre, pero Mounie veía en ténicolor con sus dos X perfectos: existe la misma posibilidad de que mamá sea daltónica que de encontrar un murciélago vampiro en nuestro salón. ¡Me habría dado muchísimo menos la vara sobre mi forma de vestir si hubiera visto en blanco y negro! En fin, dejémoslo. Sea como sea, es algo que no preocupa a mi abuelo. Sin eso ni siquiera habría sido fotógrafo, habría seguido con la mercería de mi bisabuelo, Jean-Baptiste Capdevielle, a quien tampoco conocí, pues murió de una neumonía mucho antes de que naciera yo (fatal, porque, pensando en mis sombreros, habría sido una pasada tener una mercería para mí sola), de todas formas a él le habría fastidiado de lo lindo tener que buscar un carrete de hilo violeta en medio de miles de otros colores. Pero Papy siempre dice que tiene un «superpoder», y cuando yo era pequeña me imaginaba que era del estilo de Spiderman quien, cuando caía la noche, saltaba de casa en casa lanzando destellos blancos por el aire para detener el mundo: creía que cada vez que fotografiaba algo, aquella cosa se recomponía en la cajita mágica del aparato. Cuando fotografiaba una casa, yo pensaba que tenía una minúscula casita en el interior de la cámara, y también que el mar se empequeñecía, con sus surfistas que

eran minúsculas figuras sobre unas tablas del tamaño de una cerilla. De repente, no quise que me tomara ninguna foto porque me daba yuyu que naciera una Yo microscópica y quedara encerrada en aquella cámara para siempre, una idea especialmente aterradora. Una vez, en el zoo de la Palmyre, Papy fotografió un elefante. Cómo soñé yo con aquel minielefante, imaginando que podía haberlo llevado en el bolsillo a la escuela, pensando en los números de circo que le podía enseñar, por ejemplo deslizarse sobre mi regla o saltar sobre la grapadora como si fuera un trampolín. Evidentemente, quise recuperarlo... y así rompí su Leica preferida. Papy se enojó muchísimo conmigo, pero al cabo de un tiempo me dejé fotografiar porque i ne contó cómo funcionaba la cámara y comprendí que no corría ningún peligro (mi decepción fue como cuando Nathan Jaso me dijo que Papá Noel no era más que una solemne bola, pero pasemos). Me acuerdo de aquella mañana en que empezó el libro sobre mí: hacía mucho sol y calor como en una barbacoa. Fue poco después de la muerte de Mounie, puede que dos o tres meses después. Antes, Papy viajaba mucho, sobre todo a países donde había guerra, porque era su oficio. Nosotros veíamos los informativos todo el día por satélite, y a menudo Mounie lloraba. Mi abuelo es guapísimo y, aunque ya no sea joven, tiene estilo como los actores de las películas policíacas antiguas, siempre con pantalón gris, mocasines relucientes y americana de lino. También tiene los ojos muy azules, tanto que da la impresión de que puede verse lo que pasa dentro de su cabeza, como cuando se observan los cangrejos en un orificio en la playa. Resumiendo: en todo caso, después de la muerte de Mounie, no volvió a marcharse y lo que hizo fue empezar a acribillarme. Supongo que era su forma de decir «La vida sigue», ya que siempre cuenta que yo soy el futuro del mundo, aunque yo no entiendo qué quiere decir con eso. Entre mis siete y mis diez años, me hizo doscientas fotos. ¡Imagínate! ¡Doscientas! Cada vez que nos veíamos, foto al canto. Para mí era algo muy chachi porque sacaba toda mi ropa, los sombreros que me había hecho yo, y teniendo en cuenta que las fotos iban a ser en blanco y negro, le importaba un pito que llevara o no colores conjuntados. Me lo pasaba en grande, como cuando me disfrazaba, aunque aquello lo hacía por algo que tenía mucha importancia: sabía que un día mucha gente me vería en unas páginas de papel brillante, igual que aquellos colegiales a los que había fotografiado en Tokio, y eso me llenaba de orgullo.

Papy me había prometido que me llevaría a Tokio cuando cumpliera doce años. Teníamos que ir a ver a Hikari y aquel habría sido mi primer GRAN VIAJE. Nunca he ido en avión, y Japón habría sido mi primera vez. Pero claro, Hikari me debe de odiar con tantas cartas a las que no puedo responder, y eso me da ganas de empezar a girar sobre mí misma hasta que no me tenga en pie. ¡Hay tantas cosas que aún no he hecho nunca...!

Cuando se publicó el libro el año pasado, Papy me dedicó el primer ejemplar, la «primera tirada», como dicen en el ramo. Escribió: PARATWIST, LA QUE DA COLOR A MI VIDA. Mi abuelo suele escribir en mayúsculas; cuando le pregunté por qué, me respondió partiéndose el pecho que era algo «viril», y cuando quise saber qué quería decir «viril», contestó que quería decir «fuerte»: por eso yo también escribo las cosas que son muy fuertes en mayúsculas. En la portada hay una foto

tomada en el lago azul cuando yo tenía nueve años, un día en que íbamos de excursión. Pasé un frío de muerte, pues nos encontrábamos a mucha altura y el agua estaba helada como la nieve, tanto que cortaba la respiración. De repente, mamá discutió con Papy, le dijo que por su culpa me pondría enferma, pues ya tenía los labios completamente azules (pero mamá siempre tiene miedo a que me ponga enferma y yo no me pongo nunca enferma). Es una foto muy chula y espero que ahora mismo todo el mundo la mire y piense en mí. En el libro de Stanislas, escribí en turquesa: «Para el profe de tenis que más mola, M. E.» y dibujé un corazón rojo atravesado por una flecha. Estuvo tan contento que me abrazó y me lanzó por los aires diciendo que yo era su «alumna más molona», y aquel fue el mejor día de mi vida.

En fin...

A veces me pregunto si R. conoce el libro, pero claro, preguntárselo: IMPOSIBLE.

(Ahí viene.)

MIS MUÑECAS

En toda mi vida no he hecho más que huir.

Huir de lo cotidiano, como si para mí fuera poco la vida familiar. Tantos viajes, reportajes, vivacs, hoteles y aeropuertos... Tantos años inmortalizando la muerte, los tanques y los cielos plomizos...

El odio: mi fondo comercial.

Pues vuestro amor: mis cadenas.

Mis mujeres: mis cadenas.

Mi hogar: mis cadenas.

Pero toda esta libertad: ¡ridícula! Mis grandes ambiciones: ¡ridículas!

Por supuesto, creía ser un hombre, pero no estuve donde tenía que estar un hombre, nunca he sido más que un crío que lo quería todo a la vez... ¡la ilusión del heroísmo es tan confortable, y la vida hace tanto daño!

Ha tenido que morir vuestra madre, ha tenido que morir para que yo me diera cuenta de que todo lo que quería era estar cerca de vosotros / vivir a vuestro lado / morir a vuestro lado. Toda mi vida quise crear para que existiera algo en vez de nada. La Nada ha vencido. Toda mi vida he buscado un sentido pero no he encontrado nada. Y durante ese tiempo, vuestra madre, muerta sin que yo le haya dicho te quiero, años sin decir te quiero... ¡esta evidencia! ¿Qué sentido tiene remachar tal evidencia?

Como siempre: me equivoqué.

Erais mi país, pero el mundo es tan grande que no comprendí que el mundo erais vosotros. Ese miedo de estar prisionero, ¡y encadenado por mí mismo!

Me reí de vosotros (Madison), oh, con ternura, pero me reí. Léonore, un baile a pesar de todo, claro: ¡no había más que mirarla y nacía la música! Mi Twist, mi tercera muñeca, aquella con la que habría podido expiar.

Pero me la robaron.

Me la robaron y sin duda ella tenía razón, sin duda se ha vuelto minúscula a fuerza de que yo la inmovilizara en mis papeles. ¿Es posible que se haya convertido en algo tan pequeño (una partícula, un quark) que ya no se la pueda detectar...?

Ya sé, ya sé lo que dicen (¡Su investigación! ¡Palos de ciego!), ya sé, pero ellos no saben nada.

¿Cómo decolorar lo que nunca ha tenido color?

Igual la sombra / Igual la luz.

Sin cesar, muñecas más, lo peor supera lo peor.

Ya no sé cómo vivir. Lo intento, pero ya no vale un pimiento.

No tengo miedo: ¡la última rebelión de un viejo, ignorante toda su vida!

He amado la vida. La he amado demasiado y me he saciado de ella / hasta enfermar. Y hoy, juzgar en mi alma y conciencia que ya no vale la pena. Partir hacia el infinito, helarse en el infierno o, por la gracia de Dios (¡dios!), reencontrar a mi Lucie y pedirle perdón,

Perdón por haber estado siempre

(en otra parte)

Perdón por haberos amado

(tan mal)

Perdón, pero mi corazón,

ahí está atropellado al borde de todas esas rutas

surcadas en vano,

esos desiertos / esas llanuras / esas ciudades ocupadas,

nunca he comprendido nada, nunca, pero quizá hoy hago lo que hay que hacer,

por primera vez

lo que hay que hacer,

y más allá de los tiempos y más allá de las noches,

(muñecas mías),

sigo siendo vuestro padre.

Guéthary, 2 de noviembre,

9º, cielo blanco, mar negro

Cariño:

Por primera vez desde hace un año y medio estoy contenta de que no estés aquí. No, eso no es exactamente lo que quiero decir.

Pero.

Sé que nunca leerás estas cartas. Si un día te encontramos sana y salva (no abandonaré nunca, Madi, nunca. ¡Que me traigan tus restos a la puerta para obligarme a abandonar! ¡Que me los traigan!), las quemaré en la chimenea porque estarás en mis brazos y las palabras, todas estas palabras, ya no tendrán sentido.

Sé que nunca leerás estas cartas, por ello te revelo la verdad. Cruda, sucia, triste, sí, esta verdad es una auténtica marranada, Madi.

No hay poesía.

A él, tu abuelo, mi padre, ¡sin duda su acto le pareció poético! ¡Valiente! ¡Artístico! «Ultima rebelión», escribió. ¡El día de Todos los Santos...! Eso, los símbolos, su manía, ¡los símbolos! Siempre egoísta, siempre, ¡este padre jamás pensó en nadie más que en él! ¡Tras sus grandes discursos humanistas! ¡Este arte! ¡Esta tara! ¿Poesía? ¡No hay más que ira! Voy a desbordar de ira, cariño, soy un embalse que explota, ¿comprendes? ¡Exploto!

¿Poética la silla tumbada sobre la vieja marca que dejaron los aceites de motor?

¿Poético su cuerpo en el fondo del garaje, colgando de un hilo como una marioneta?

¿Poética la puerta corrediza con forma de horca?

¿Poético ese cadalso... esos ojos en blanco?

¡Poesía, y qué más!

¡Ridículo, sí! Él mismo encontró la palabra justa: ¡ridículo! Toda su vida ridícula, ¡este padre! ¿Y yo decía que el ridículo no mata?

Yo también:

«Como siempre: me equivoqué.»

Durante toda nuestra infancia, nuestra madre lloró en las soperas. No perdió de vista la televisión, el teléfono, el correo. Y cuando él estaba en casa, espiaba cada uno de sus gestos para saber dónde... la amante, cuándo, cómo y de qué edad.

Y yo amaba a este padre. Le amaba como amamos sistemáticamente aquello que se nos escapa.

Le amábamos.

Le amábamos casi tanto como te amo a ti, cariño.

Casi tanto.

De uno en uno vais desapareciendo como aquellas siluetas contra las que se tira en la feria.

Las noches con él, colocando las películas en cajitas en el salón. Los días enteros esperando frente a la habitación oscura a que saliera por fin y se dignara mirarnos. Todo lo que traía, aquellos manjares que no habíamos probado nunca. ¡Las partidas de dardos, de billar, y luego de tiro al arco! Las mañanas en el lago, en verano, con su bañador a rayas y nuestra madre, radiante, que devoraba con los ojos a ese Dios universal. Y las imágenes de otros lugares, las que hacían soñar. El mundo, tan vasto, y nosotros sin saber qué hacer en ese estúpido piso parisino, la ciudad cuna de los periódicos que nos daban de comer. Ansiábamos disfrutar de nuestro padre durante más tiempo. ¡Una sola palabra de él y nos habríamos marchado para seguirle, a donde fuera, como fuera, al precio que fuera... con tal de estar con él!

Una palabra que él nunca pronunció.

Todo lo que sabía decir era hasta la vista.

Una vez más lo ha conseguido.

Nunca olvides que te quiero.

TU MAMÁ, HUÉRFANA

La isla desierta

— ¡«Para el profe de tenis que más mola»!

Tumbada de forma extraña en mi cama, con los pies contra la pared dentro de sus botines de helio, Louison sostenía el libro cual una sombrilla por encima de su rostro. Se dio la vuelta para mirarme, mientras yo servía el enésimo vodka en unos vasitos blancos con forma de dedal. Sonreí y encendí un cigarrillo.

—Creo que estaba un poco enamorada de mí.

—Cuando yo era pequeña —declaró ella volviendo a su posición inicial—, me enamoré de mi profe de música, el señor Tournel, en quinto. Te lo juro, se parecía a Rimbaud, tenía los ojos grises y el pelo oscuro peinado a lo zuavo... ¡Un poco como tú! Estaba loca por él. ¿Sabes? La primera vez que me masturbé, lo hice pensando en él.

Hice girar el líquido viscoso en el vaso, sin saber muy bien adonde quería ir a parar ella, si me estaba excitando o simplemente se había emborrachado. Pero como parecía decidida a contarme la anécdota, me senté en el suelo con la espalda apoyada en el radiador.

—Desde hacía algún tiempo, dormía con la almohada entre las piernas, así, ¿ves? —Cogió la mía y se la metió entre los muslos—. Probablemente tenía la idea de que era agradable, pero nunca había ocurrido nada. Además, no es el tipo de rollo del que hablas con las colegas en quinto, ya me entiendes...

Pensándolo bien, ahora tampoco. Parece mentira lo remilgadas que son las chicas en esto, ¿verdad?

—Sí —solté, sin saber qué otra cosa responder, hipnotizado por mi almohada entre sus muslos.

—De noche imaginaba que era una chica de campo encerrada desnuda en un ataúd de cristal por una banda de piratas sanguinarios; era mi gran fantasía en aquella época, no me preguntes por qué, es increíble lo que me excitaba eso del ataúd. En fin. De modo que me acariciaba mientras me contaba a mí misma la historia de los piratas, el miedo que me daba que me violaran, y de pronto el señor Tournel aparecía por encima del cristal, vestido con harapos, como un naufrago, con los pectorales bronceados que destacaban bajo la tela que levantaba el viento. Veía su rostro al trasluz inclinado hacia mí, como si se dispusiera a besarme. Sabía que me veía completamente desnuda y la situación era bastante embarazosa, pero, cómo no, aquel era mi pasaje preferido. Entonces, apretaba la almohada entre las piernas y ... ¡de repente fue una auténtica explosión! Te juro que me angustió, fue muy fuerte... Hasta pensé que estaba enferma. Una sensación tan distinta de todo lo vivido hasta entonces...

Se quedó en silencio un momento, claramente perdida en los pasillos de sus recuerdos. Yo la miraba fijamente sin tener la menor idea de lo que tenía que hacer.

Me planteé seriamente lanzarme sobre ella, pero el canguelo me paralizaba, me impedía hacer cualquier movimiento. ¡Todo era tan fácil con las otras! ¡Todo había sido siempre tan fácil! Louison era mi castigo por aquellos años de desenfreno y de conquistas pasivas, una especie de tortura militar: suplicio de la gota, desgarró, evisceración. Por otro lado, tenía unas ganas terribles de vomitar y no sabía con certeza si el abuso del vodka era la causa o si ella, y solo ella, me provocaba vértigo. Con un gesto brusco, Louison cogió la almohada y la lanzó al otro lado del estudio.

—Ahora se ha convertido en una rutina —dijo con un suspiro—. ¡Y pienso en cosas mucho menos católicas! Es triste envejecer.

—Para mí eran los catálogos de 3 Suisses. Las páginas de lencería... ¡Hay que reconocer que tu historia es mucho más rebuscada que la mía!

—¡Por supuesto! A mí lo que me encanta son las páginas de «intimidad» con señoras de esas tan dignas con un falo artificial en la mejilla.

—Exactamente; ¡y debajo la referencia «Utensilios para el masaje»!

—Tienes razón, ¡utensilios para el masaje! —Se rió ella antes de liquidar el vodka—. ¡Hablas con unas perífrasis...! En fin, esperemos que los pequeños perversos como tú no aprendan demasiado pronto todas las sutilezas del mundo moderno...

El disco se paró. Lo cambié, sustituí a Chet Baker por Eddy Louiss y luego fui a echarme agua en la cara. Ante el espejo, jadeé frente a un piel roja enfermo, sensación agravada por los reflejos verduscos de las baldosas que me jaspeaban la tez como si tuviera manchas de moho en la piel. Cuando volví del baño, bastante más airoso, Louison había cogido de nuevo *Twist* y lo hojeaba con atención. No me lanzó ninguna mirada, absorbida como estaba por el libro, o simulando estarlo. Me senté de nuevo como un desgraciado contra el radiador, y la observé: se detenía mucho tiempo en cada página, estudiando el trabajo de Francis Capdevielle como una alumna aplicada, moviendo el ojo bajo su flequillo rubio. Durante la cena me había enterado de que ella era también fotógrafa, aunque de momento neófita. Me enteré de que había estado en Bellas Artes, pero no soltó nada de los talleres con cristalera que iban a acabar destrozándome unos ocho meses más tarde.

—¿Sabías que Helmut Newton era daltónico? —me dijo por fin—. Estaba orgulloso de serlo. Siempre decía: «¡Es algo que nunca me ha impedido ver!».

Sin consciencia de ello, me levanté y fui a sentarme a su lado en la cama. Miramos la última imagen: Madison con un vestido vaporoso y una sofisticada espiral en la cabeza —sin duda una de sus creaciones—, suspendida de un árbol como un pez en el anzuelo. En segundo plano pude reconocer, desdibujado, el cobertizo de herramientas de mi casa. Louison levantó la vista.

—¿Así que está muerto? Capdevielle...

—Se suicidó.

—¿Por esto? ¿Por su libro?

—No lo sé... En parte, sin duda. Durante la investigación es posible que pensara que sus fotos habían incitado a alguien. Que si no se hubiera publicado el libro, no habría ocurrido nada. Era una persona seria, pero también algo radical...

—Yo creo que simplemente se sentía demasiado desgraciado por haber perdido a su pequeña. Viendo estas fotos te das cuenta de hasta qué punto la quería... Nadie hace un trabajo así sin sentir un amor extraordinario.

A petición suya, le había dejado leer mi último cuento, un relato sobre una mujer en un país sin nombre devastado por la guerra y ya había captado en ella cierta sensibilidad. Pero ante *Twist* se había conmovido profundamente: recuerdo que durante un segundo incluso pensé que se iba a echar a llorar. Tal vez los humanos la dejaban fría, pero en cuanto se trataba de arte, Louison era de lo más sensible. Aquella primera noche intuí que no era lo que daba a entender: durante toda nuestra relación me aferré a ese instante en que un corazón se manifestó tras la pantalla irónica que proyectaba al mundo para protegerse de él.

—¿Me lo prestas?

—Trátalo con cariño, ¿vale? Es muy importante para mí.

—No te preocupes.

Cogí un sobre grande del escritorio y metí el libro en él. Guardó *Twist* en su bolso tubular de cuero negro y me dedicó una sonrisa alegre, guasona (su sonrisa) y acto seguido se dedicó a distender la atmósfera de una forma algo desconcertante.

—¿Sabías que la gente chinga como una descosida después de un entierro?

—Eros y Tanatos —asentí—. La propia vida es una hecatombe.

—¿Eh?

—Existimos porque han muerto miles de espermatozoides, porque tan solo uno ha sobrevivido. Y todos los días nuestras células se autodestruyen... ¡Una especie de suicidio colectivo, ya ves!

Me levanté para servir una última copa.

—Puede parecer una chorrada, pero pensándolo bien, nos ponen en el mundo e inventamos la muerte.

Louison se echó a reír.

—¿Siempre hablas así o lo haces para impresionarme?

—Simple biología, querida. Nacemos para morir... es como una especie de pacto.

—Y para ti ¿chingar es desafiar a la muerte?

—Aceptarla en todo caso. Firmar el pacto. Arriesgarse a engendrar algo mortal.

Le pasé el vaso, lo levantó.

—Por el pacto con la muerte.

Levanté el mío al mismo tiempo, brindamos.

—Por el pacto con la muerte.

Lo apuramos de un trago, lo que selló nuestros destinos con la sombra de Madison por encima de nuestra cabeza: su rostro de diez años, abierto sobre la cama, parecía observarnos. En aquel instante, a pesar de que siempre había estado convencido de lo contrario, de golpe pensé que Madi estaba viva. No sé cómo explicarlo, pero de pronto fue así: estaba seguro de ello.

Encendí el enésimo Marlboro, alterado por aquella curiosa certeza. Se hizo un silencio dorado, como una pasta de caramelo de cristal irisado que se extiende. Louison se había tumbado y tenía la vista fija en el techo, perdida en la larga fisura que surcaba el yeso encima de mi cama.

—Entonces, ¿qué opinas? —preguntó de pronto al cabo de un momento, apoyándose en los codos con aire preocupado.

—¿Qué opino de qué?

—De mi pelo, ¿de qué va a ser? Desde luego está claro que me espías...

—Está bien.

—¿Cómo bien?

Puse cara de estar reflexionando y luego abrí los brazos como si hubiera querido abarcar toda la cordillera de los Pirineos.

—Así de bien.

—Con eso me vale —dijo, satisfecha, y volvió a apoyar los pies en la pared.

Aquella noche no desafiamos a la muerte: simplemente se marchó. Ni siquiera conseguí darle un beso: tampoco lo intenté, a decir verdad. Hice un esfuerzo para retenerla bajo algún pretexto falaz, la incompatibilidad intrínseca del vodka y la bicicleta, por ejemplo, pero no hubo nada que hacer. Eso sí, me dio su número de móvil: destacaba allí, sobre mi mesa, escrito con trazos gruesos por una mano torpe utilizando un lápiz negro. No lo toqué por miedo a que se borrara. Tampoco lo copié en otra parte, como si lo que me gustara fuera su fugacidad, la incertidumbre que representaban aquellas cifras tan friables que una ráfaga de viento podía alterar.

Puse en remojo los platos de los macarrones con vieiras, ordené el estudio por segunda vez (durante la primera, Louison me había esperado divertida tras la puerta, mientras yo disimulaba algunos detalles vergonzosos) y tomé una ducha bajo la que me hice una paja salvaje pensando en ella. Incapaz de conciliar el sueño, recuerdo que me entraron ganas de llamar a mis padres, algo que no me ocurre casi nunca, cansado como estoy de los reproches silenciosos de mi padre y de las inquietudes sonoras de mi madre. Llamarles... ¿para decirles qué? No lo sé, se me ha olvidado. Tal vez para agradecerles que también ellos, en su época, hubieran aceptado el pacto. Que me hubieran puesto en el mundo, tan mortal como soy, tan

imperfecto, tan potencialmente desgraciado. Naturalmente, no lo hice: eran las tres de la madrugada.

Cuando volví a encender el móvil, encontré once mensajes, pero estaba demasiado borracho para escucharlos. Me bastó y me sobró con la sarta de insultos del primero: había olvidado del todo la existencia de Mathilde. Con la solemne despreocupación que dan los amores nuevos, mandé este mensaje lapidario: «Perdóname, te dejo». No sabía qué otra cosa podía hacer; es algo que siempre he odiado: romper. Toda mi existencia se centra en encontrar la palabra justa, pero en esos casos me siento totalmente incapaz de hacerlo. Pensaba en Louison, en la célebre falta de «huevos» con la que me había juzgado sin ni siquiera conocerme. Me avergonzaba mi cobardía y estaba algo triste, evidentemente, pero en cuanto hizo su aparición el sobrecito de «mensaje enviado», me sentí extraordinariamente aliviado. Las rupturas son crueles y, digan lo que digan, al que se va siempre le toca el mejor papel. Vibró el teléfono, apareció su nombre, yo iba de fantasma. Había dejado a Alice siguiendo los pasos correctos; aquello había sido peor. Me tocó aguantar las lágrimas amargas, el chantaje del suicidio y todo lo clásico del género; no tenía ganas de revivir aquel infierno. Sabía que en cuanto pasara la tormenta no me arrepentiría de nada, me deslizaría hacia otra cosa y, en este caso, sabía perfectamente hacia qué. Pero aquella noche imaginé de verdad que la sensación de perder a un cabrón de marca mayor le haría un poco menos difícil el período del luto. Me equivocaba por supuesto. Me la imagino hoy, a Mathilde, con sus rizos oscuros en el rostro, tras semanas de llanto, de gemidos, de estrujar Kleenex y de no comer, de beber en exceso y vomitar su desgracia por los lavabos de los bares, pues ahora conozco las penas de amor: unas penas tan extrañas que te quieren matar pero no te matan nunca.

Ya casi te he acabado y eso me angustia muchísimo. Así que hace mucho tiempo que no he escrito: hay 19 marcas en la pared (=133 días = unos 5 meses = estaremos hacia noviembre pero no hay forma de asegurarlo y eso me pone de los nervios. Aquí el tiempo no pasa como afuera y, de no ser por las # en la pared, podría pensar que llevo un millón de años en este lugar). Lloro todo el día escuchando «Without you I'm nothing», porque era mi canción para Stanislas. La oía pensando en él, escribiendo mis poesías y también para dormirme, soñando con el día en que sería mayor y él me querría. Pero ya no sé si algún día seré mayor. He estudiado mates, he revisado mi inglés (*It's creepy, creepy Hallowe'en, The creepiest night I've ever seen, I'm scared I'm scared, spiders spiders, witches and ghosts, ¡witches and GHOSTS!*). He releído cuatro veces *El viejo y el mar* porque era la novela que estudiábamos en la última ficha de lectura. Me gustaría tener otros libros, aunque este es una pasada, pues tienes realmente la impresión de estar allí. ¡Lo que más me gusta es el final, el ataque de los tiburones, del que no me canso nunca! Pero todo lo que me da R. son revistas estúpidas que lee su madre (historias de famosos que no paran de casarse, de descasarse, de adoptar hijos, de comprarse yates y de hacer dieta) y él sigue tachando con rotulador negro todos los sitios en los que aparecen fechas. A veces incluso corta todo un artículo. Espero que algún día se olvide de alguna. He arrancado hojas en blanco de mis cuadernos de clase para dibujar sombreros porque lo que no quería era garabatearte a ti. Pero como era fin de año me quedaban muy pocas páginas. ¡Tengo tantas ganas de aprender cosas...! A fuerza de estar encerrada aquí, me da la impresión de que me estoy quedando en Babia. Hace semanas que pido un diccionario enciclopédico, pero R. dice que es demasiado caro. ¡Además de estar como una chota es un rácano!

¿Qué va a ser de mí si ya no puedo escribir en tu interior?

No estoy muy en forma actualmente, tengo un muermo... De modo que te he releído y me ha parecido curioso ver cómo ha cambiado mi letra entre el principio y hoy. Me refiero a que ha cambiado de forma. Las letras no son tan rectas, ni tampoco tan redondas. Escribo inclinado, como el doctor Lastiri. Seguro que me estoy transformando: mis senos ya son distintos cada día que pasa (aunque no hacen tanto daño), por eso imagino que pronto aparecerá la historia de la sangre. Si ocurre aquí, ¿qué haré?

Puede que sea verdad.

Puede que a todo el mundo le importe un comino. He contado mis recuerdos en tu interior porque quería creer que todo eso era un rollo, lo del rescate, que mis padres no podían pagar y toda la pesca. Quería seguir esperando, pensar en los que me quieren fuera de aquí, guardar en el recuerdo los detalles de antes para que, una vez libre, todo pasara a ser normal con la máxima rapidez, borrar de mi cabeza este espantoso asunto y retomar el curso de mi vida. Pero R. dice que ahora mi familia me cree muerta porque no ha pagado. Y si mi familia me cree muerta, ya nadie me busca. He desaparecido de la faz de la tierra, pfffruit, como una pompa de jabón que explota. De modo que a no ser que un día R. se harte de mí, permaneceré aquí

durante toda la eternidad. Claro que si R. se harta de mí, también me puede enterrar en su «maravilloso jardín» para que no cuente lo que pasó, así que he dejado de buscarle las pulgas porque, como dice papá, soy valiente pero no temeraria... Es a lo que llaman SIN SALIDA. Lo he probado todo. Comer, no comer. Hablar, no hablar. Moverme, no moverme. Gritar, no gritar. Ser amable, ser mala. Pero nada ha funcionado. Lo único que sé es que no saldré nunca de aquí, pues es como si ya no existiera, y eso me hunde la moral hasta el fino fondo de las Converse, a más profundidad que la del resto de mi existencia. Además, me empiezan a doler de verdad los ojos a fuerza de no ver más que la luz eléctrica: me da tanto miedo la oscuridad que la dejo encendida siempre. Encima, hay demasiado polvo, aunque R. baje una vez por semana el aspirador para que limpie la habitación. Me ha traído unas gotas para los ojos, pero la cosa no va muy bien. Me vuelvo loca dando vueltas en estos 9 m² (lo he medido a ojo de buen cubero, con mis pasos; lo que demuestra para qué sirve un libro de mates...): doy vueltas y más vueltas pero las paredes siempre están ahí. ¡Una bonita casa! Eso fue lo que dijo R. el día que lloró. «Una bonita casa.» Yo estaba en mi período sordomudo desde hacía unas semanas y sabía perfectamente que aquello le entristecía. Así que decidí hacer como si él fuera una mesilla de noche. Ya no le hablaba, no le miraba y, en cuanto entraba, me metía bajo la manta estilo árbol muerto. Me había contado todas sus trolas sobre el jardín para intentar engatusarme y también había dicho que un día podría ir, pero que tenía que ser más tarde, cuanto tuviera confianza en mí. A veces decía que había salido el arco iris porque la lluvia había pasado por el cielo, o al contrario, que no me perdía nada porque hacía un tiempo de perros. Que Catherine había encontrado novio, un gato callejero completamente negro, tan rápido que lo había bautizado como Flash Gordon. Que mi padres esperaban respuesta de Cofinoga y que esta tardaba por culpa de los burócratas. Él los conoce bien con la Compañía, a los burócratas, ve todos los días a esa panda de inútiles. Dijo que me lo prometía, que la próxima vez que lucra al supermercado se acordaría de comprarme un cuaderno. Pero la mayor parte del tiempo no decía nada: se quedaba sentado en el borde de la cama y yo volvía la cabeza hacia la pared intentando respirar con la máxima lentitud. Aquel día me había hablado de su madre, que nunca había sido muy amable con él pero que no tenía más familia, ya que su padre le había abandonado cuando era muy pequeño. También dijo que, a pesar de todo, su madre lo había salvado, pues su padre había querido ahogarlo cuando nació, como a un gato recién nacido. Yo seguía en plan árbol muerto, ya que estaba segura de que su cuento de la lagrimita no era más que un camelo. (Y si en realidad era cierto, ¡mucho mejor para todos que su padre lo hubiera ahogado! R. en un saco de patatas, plaf, al fondo del pozo, ¡liquidado!) Al cabo de poco, como yo seguía sin decir nada y no me movía ni una millonésima de milímetro, oí que empezaba a llorar. Aquello no había pasado nunca y no se ha repetido. ¡Imagínate! Me dejó pasmada. Resoplaba cosa mala y su voz temblaba como si fuera muy viejo.

— ¿Por qué me haces esto, Madison? Te he proporcionado una bonita casa, ¿de qué te quejas? Lo he pintado todo de blanco para ti, te he comprado ropa, ¡te he montado un armario! He trabajado meses para que tuvieras tu propia ducha, ¡tu propio retrete! No es fácil, créeme, ¡he sudado la gota gorda! He comido polvo, ¿y todo para

qué? ¿Para que ya no me hables? ¡Nunca estás contenta! ¿Tienes ducha propia en tu casa? ¿Tu propio retrete? ¡Me extrañaría! ¡Una ingrata, eso es lo que eres! ¡Una princesita de mierda!

Oí que se levantaba del colchón, volvió a resoplar, pero yo no me moví. Chascó el pestillo. Después vino el silencio.

En *El viejo y el mar* hay un pasaje que siempre leo dos veces: «Por otra parte — pensó él—, todo el mundo mata de una forma u otra. La pesca me mata como mínimo tanto como me hace vivir. El niño me hace vivir pensó él—. No tengo que andar con cuentos».

Me pregunto si para R. soy lo que el chiquillo para Santiago. Me pregunto si le ayudo a vivir, si por eso lloró aquella vez, porque estaba a punto de matarme y no era lo que había querido de entrada. Le detesto, claro, aunque a veces parece tan frágil...

Pero bueno... una princesita de mierda, ¡y qué más!

Hoy es domingo.

El día de la marca en la pared, pero también el día de la buena comida (aunque nada que ver con la de mamá, que conste). Creo que R. es una nulidad absoluta en la cocina, por eso siempre me tocan huevos al plato. Pero el domingo, como su madre viene a comer con él, ella le prepara algo y, por la noche, comparte los restos conmigo (un detalle por su parte, hay que reconocerlo). Así que, cuando estoy de un humor aceptable, arrastra la mesa plegable al centro de mi habitación y nos instalamos estilo *tête-à-tête*. Hoy había albóndigas de carne y calabacín gratinado. No estaba mal, aunque le faltaba un poco de sal.

—Le falta un poco de sal.

—Ya lo sé. Nunca pone suficiente, dice que es malo para las coronarias.

—*What?*

—El corazón. Taponas las arterias.

—Ah. Pues la próxima vez me baja un poco de sal, ¿vale? A ver, ¿podríamos hablar de nuevo de mi radio despertador? ¿Y también de mi ropa? Porque mire — dije enseñándole mi blusa—, por aquí está rota.

—¿Y si me tutearas?

—*I don't think so.*

—¿Por qué no?

—*Because you're not my friend.*

—Si sigues hablándome en inglés, es como si me tutearas, para que lo sepas.

—«¡Para que lo sepas!» ¿Su Compañía es un patio de recreo o qué? ¡Para que lo sepas!

R. adoptó otra vez su típico aire ofendido. Me encanta cuando se ofende: sus cejas increíblemente simétricas descienden por debajo de las grandes gafas como si se metieran en una madriguera.

—Vale, era una broma. Pero de tutearle, nada.

—Como quieras —dijo levantando los hombros—. No vamos a hacer un drama.

—Y de mi despertador, ¿qué?

Se rascó el acantilado.

—Te lo advierto: no habrá ni fecha, ni radio.

—Pues ya no será una radio despertador, para que lo sepa.

Se puso a reír. Algo que tampoco ocurre a menudo. La mayor parte del tiempo su cara no expresa nada; de tan hueca parece un plato sopero.

—Como mínimo, tendrás la hora. A la espera de que puedas salir...

—¡Puedo salir!

—Seguro. Habría el peligro de que te largaras a la primera ocasión.

—¡No! ¡Además, usted me vigilaría! Y estoy tan cansada que seguro que no puedo ni correr.

—Ya veremos.

—Sin hablar de salir, ¿no podría subir a ver la tele? ¿Con usted? Veríamos algo chulo donde no me enteraría de nada que pudiera fastidiarle a usted, un documental sobre los elefantes, algo así.

Tragó su última albóndiga, bebió un trago de agua y puso la jeta de «no pienso responder».

—Pfff—resoplé—. En primer lugar, ¡no lo entiendo!

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Por qué me retiene? De todos modos, no conseguiré el dinero. Entonces, ¿qué? ¿Me hará daño? Puede decírmelo ahora mismo, al punto donde he llegado... ¿Me hará cochinas como los tipos que vemos en los informativos?

—Sé que te parece extraño, pero mis intenciones son puras, te lo juro. No tienes por qué inquietarte.

—¿Ah, no? ¿Es maricón?

Se puso rojo como una amapola.

—No, no soy maricón. Pero no soy así. No te pasará nada.

—¿No me pasará «nada»? ¡Si ya me ha pasado! ¡Llevo meses aquí sin ver el sol y todo el mundo me da por muerta! ¿A eso le llama usted «no pasar nada»?

Apoyó la cabeza entre las manos.

—No empieces, Madison... Por favor... ¡No empieces!

Entonces vi que llevaba en el dedo meñique un anillo nuevo, grande y cuadrado, con una M que brillaba sobre su falange.

—¿Qué es?

—Era de mi padre —respondió sin mirarme—. Se llamaba Martin.

—¡Y un huevo!

Puse mala cara y se hizo un largo silencio, negro como un canto rodado que se hunde en el fondo de un lago después de unos cuantos rebotes. Acabamos de cenar sin decir nada. Al cabo de un rato, suspiró.

—De acuerdo.

—De acuerdo, ¿qué?

—La M es de Madison.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que me caes muy bien.

—Vaya. ¿Y yo voy a sacar unas estupendas Converse de caerle bien?

—Cuando te da por ahí, eres tan paliza...

—Y usted tan majara...

Recogió los platos de plástico, los cubiertos y salió. Luego me arrepentí de haberle llamado «majara», porque la idea de tener un despertador, incluso sin fecha y sin radio, era superguay; así que es probable que eso haya quedado, como quien dice, pendiente de un hilo.

En su reloj, cuando se fue, vi que eran las 22.22. Empecé a contar los segundos como si yo misma fuera un reloj, pero en algún punto hacia el 2.024 debí de dormirme.

A eso se le llama: regreso a la casilla de salida.

Viajes

— ¡Con esta historia de locos, no te quedará más remedio que bajar de nuevo!

Mi hermana, con la maleta de ruedas apresada entre las piernas, estaba a punto de salir por la puerta. Pero, como siempre, le costaba dejarme y prolongaba el placer, siguiendo un pequeño ritual muy nuestro.

— Espero el visto bueno de la policía — respondí—. No tiene ningún sentido volver al vacío. Además, pasado mañana terminan las vacaciones. Realmente no puedo ausentarme: ¡a eso se le llama abandono del puesto!

Mia, que había subido unos días para ir de compras, rollo competencia con mi madre en sus juegos de elegancia —y, teniendo en cuenta el número de bolsas de papel charol, la lucha se preveía encarnizada—, tenía la vista fija en mí con cara de decir: «A mí no me la das».

— Mamá te echa de menos —dijo por fin con aquella mueca característica heredada de la susodicha mamá—. Sufre por ti, Stan, dice que en tu facultad hay un montón de delincuentes juveniles y de posibles asesinos en serie... Bueno, ¡ya la conoces! ¡Al menos haz lo posible por llamar más a menudo! ¿Vale?

— Sí. Y tú no le piques con jeringas contaminadas...

Se echó a reír.

— Te cachondeas, ¡pero eso a mí me lo suelta cada fin de semana! Bueno, me las piro, que el tren no va a esperarme.

Sacó su equipaje al rellano y se dispuso a bajar la escalera, tarea harto complicada con la carga que llevaba.

— ¿Te ayudo?

— No, te lo agradezco, tengo que aceptar mis debilidades con la tarjeta... Hasta muy pronto, chaval —concluyó con aire conspirador antes de desaparecer en el piso de abajo. —Desde allí, añadió gritando—: ¡Y dile a Antoine que donde quiera, cuando quiera!

Me reí y cerré la puerta. Como siempre, contemplando su partida asomado a la ventana, me sentí un poco culpable. Enseguida vi que cruzaba el patio, encaramada en sus tacones, centrada en su garbo como una provinciana que se las da de parisina. Si bien Mia ha subido con regularidad a verme, yo no he bajado a Anglet desde Navidad: mis clases, mi vida, consejos escolares, correcciones, todos los pretextos valen. No echo de menos a la familia. Quizá soy un mal hijo, no sé, o tal vez se trate de una etapa, una forma de decirles: ahora soy un hombre y hay que romper el círculo vicioso de nuestras servidumbres mutuas. He pasado mucho tiempo viviendo para hacerles felices, a ellos, a mis padres, y tengo la sensación de que no lo he conseguido nunca, a pesar de todos mis esfuerzos. Desde niño, jamás me felicitaron por mis éxitos. Mis fracasos, en cambio, inundaban nuestro hogar como las peores

plagas de Egipto: una mala nota y el cielo se agujereaba bajo el influjo de una serie de úlceras que producían mil estragos; la menor travesura —en efecto, hice algunas, como todo el mundo, cosas de niños, robar un caramelo o hacer novillos— y durante días y días llevaba la vergüenza pegada a los talones y la quemazón en las nalgas por haber fallado. Nunca me faltó nada, incluso tuve una juventud fácil, hasta el punto que la juventud puede ser fácil. No dudo de que posea una serie de cualidades: la frivolidad no se cuenta entre ellas. Mi madre siempre ha cultivado un gran sentido de la tragedia: dolor de cabeza y, sin duda alguna, meningitis... una muerte segura muy pronto. ¿Un suspenso en una asignatura? Paro, pobreza, en un abrir y cerrar de ojos, ¡un sin techo! ¿Se ha quemado el pastel? Ya es vieja, no sirve para nada... tiene Alzheimer. ¿Cómo, la pista de patinaje? ¿Y todos estos crios mutilados, las manos cortadas bajo el filo? ¡Dios mío, fumas...! Así se empieza, hijo, jeringas, sida, y para rematarlo, ¡la alcantarilla! Por no hablar del cáncer, ¿eh?, porque lo lleva escrito. ¿Ir al extranjero? Insectos transgénicos, francotiradores emboscados, atentados perpetrados por suicidas... ¡Y el equipaje perdido! No es de extrañar que yo viva en el miedo. Hablo de todo esto porque —lo digo con el peso de los años— mi encuentro con Louison no solo puso de relieve el drama de la familia Etchart, sino también el mío personal, por insignificante que sea en comparación. Imagino que estaba predispuesto a la dependencia y que mi relación con ella tuvo algo de síndrome de Estocolmo, experiencia que, salvando todas las distancias, me permite hoy comprender mejor la historia de Madison. El amor y el odio son dos sentimientos fáciles de confundir: ni uno ni otro tienen la menor piedad.

La mañana siguiente a nuestra primera velada le mandé un mensaje al que no respondió, algo así como «Por el placer de desafiar la muerte contigo uno de estos días, Stan». No servía para nada, lo sabía. Después de haberme quemado la sangre durante cuarenta y ocho horas bajo un cielo niquelado que también parecía tener resaca, por fin me armé de valor.

— ¿Sí?

— ¿Louison?

— ¡Yo misma!

En el otro lado del hilo se oía un jaleo ensordecedor.

— Soy Stanislas... ¿Qué tal? ¿Molesto?

— ¡Estoy en Milán!

— ¿Cómo?

— ¡En Milán! En una feria de arte contemporáneo... ¡Eh, Diego! *Hi! It's so great to see you!...* ¿Stanislas?... *A second, please!* ¿Sí? Disculpa, tengo que dejarte, lo siento...

— ¿Cuándo vuelves?

— Todavía no lo sé, pero te llamo, ¿de acuerdo? ¡Besitos!

Colgó y en consecuencia me vi obligado a hacer lo mismo. Me quedé allí, con el móvil en la mano, en aquella estrecha guarida de la que no salía más que para ir a la facultad y a la escuela de prácticas para la formación de profesores. De Italia solo conocía Catanzaro, de donde procedía la familia de Antoine. Por lo menos es una ciudad que nadie conoce, lo que siempre me permitió parecer algo menos provinciano en las cenas de los viajados; porque yo nunca había salido de Europa, ni siquiera tenía pasaporte. Nací en Bayona y no salí del País Vasco hasta que subí a París, empujado por ese mismo Antoine que entraba en la Escuela de Imagen y Sonido: asustado ante la idea de perder a mi mejor amigo, le seguí, pensando en el fondo que no estaría tan mal cortar el cordón umbilical con una familia que, desde hacía unos años, me asfixiaba un poco. De todas formas, de no ser por este impulso, probablemente me habría quedado en mi pueblo para siempre, me habría casado con una chica de la zona, y de nuestro bello planeta no habría visto más que unas postales. Vivía en el interior de mi cabeza, dentro de mis libros, y a decir verdad, tenía bastante con ello. Aún no lo sabía y lo comprendí demasiado tarde, pero esa fue una de las razones por las que Louison nunca se enamoró de mí: yo era un sedentario; ella, una guerrera. Yo era una persona de costumbres; ella, un culo de mal asiento. Yo quería construir; ella, explorar. Ella se comportaba como si fuera a vivir eternamente; yo, con una conciencia aguda de mi mortalidad. Algunos dicen que los polos opuestos se atraen —y sin duda la cosa iba por ahí al principio—, pero de nuevo, como con mis padres, enseguida tuve la sensación de no sentarme nunca suficientemente a gusto. Ella es de la opinión de que, hagas lo que hagas, estés donde estés, siempre es más verde el jardín del vecino: al no pasarme la vida saltando de avión en avión, para ella yo era un ser que no encerraba sorpresas, un palurdo sin arrojito que soñaba con la realidad en lugar de enfrentarse a ella. Me imagino que es algo que comparten muchos fotógrafos; Capdevielle era igual, al menos hasta la muerte de su mujer. No obstante, su libro más bello es el que compuso en su jardín.

Para ella, claro, yo habría podido cambiar, adaptarme, afrontar mis terrores, pero Louison no me quería, y contra la falta de amor no hay nada que hacer. Luego viajé. Fui a Nueva York, a Marrakech, a Roma. Incluso recorrí México, desafiando insectos transgénicos y traficantes de droga mal que le pesara a mi madre. No sé si lo que quería era demostrarme a mí mismo algo o impresionarla a ella, aunque evidentemente nunca ha sabido nada de esto. En cualquier caso, hoy tengo pasaporte. Incluso con sus sellos estampados. Unos cuantos. He tomado el avión, solo, he hablado con desconocidos, solo, he vagado por ciudades que no conocía, solo. Y sigo opinando que el mundo está aquí.

A mi manera, debo de ser patriota.

La Compañía manda a R. «de viaje».

Dos o tres días, según él. Me ha traído provisiones, víveres que no hay que cocinar y que no se estropean con el calor: es decir, galletas y latas de atún con tomate. Lo de las galletas me gusta porque no como a menudo: dos paquetes de Z'animos, Figolu (no me entusiasman pero bueno) y chocolate con vainilla. También me ha traído dos botellitas de leche, manzanas «Pink Lady» (es lo que pone en las pegatinas rosa que llevan), orejones y una botella grande de Coca-Cola. Además, un libro, *Pinocho*, con unas ilustraciones especialmente logradas. Por supuesto, ya lo he leído y soy demasiado mayor para esto, pero la señora Piégay nos contó que lo que tienen de extraordinario los cuentos es que uno puede ver en ellos una historia nueva en cada etapa de la vida. De modo que así veré si he envejecido mucho desde la última vez. Hace muchísimo tiempo, debió de ser en primero cuando lo leí. Pero lo más importante, no te lo pierdas: ¡ya tengo el despertador! Es cuadrado, rodeado por una goma rosa y con los números digitales verdes. Tenía miedo de que me trajera uno de esos de agujas porque 1) hacen tictac y eso te pone de los nervios + 2) no me habrían ayudado mucho a distinguir el día de la noche. Le he preguntado: «¿Estamos en Navidad?», y ha respondido «Más o menos». K. es el especialista intergaláctico en este tipo de respuestas.

Creo que se siente muy culpable por dejarme: no ha parado de excusarse, y cuando nos hemos dicho «Slitzweitz» tenía lágrimas en los ojos. A veces es un blandengue. Yo estoy contenta: voy a quedarme tranquila. Tengo intención de hacer saltar la cerradura (lo que no me he atrevido a hacer aún porque me daba canguelo que me oyera), y eso me emociona muchísimo. Yo lo llamo UN GRAN PROYECTO.

Te dejo porque tengo que pensar. Además, como ya sabes, no te quedan más que dos páginas y tengo que ahorrarte para cuando pasen historias realmente importantes.

(Son las 21.35 y es demencial saberlo.)

Bueno, no es nada importante, más bien es una historia de nada: me he pasado la mañana (de 10.03 a 14.27 para ser precisa) intentando forzar la cerradura.

Con un cuchillo, pero como tiene la punta redonda no era práctico. Con un tenedor, pero las púas son demasiado grandes. Con las grapas que he sacado del centro de las revistas de imbecilidades sobre los famosos, pero eran demasiado pequeñas. Luego he probado con la punta de mi pluma Dora: cuestión de exploración, pero no vale un pimiento para eso y además me da miedo romperla. Luego he llorado tanto que me he puesto nerviosa, he empezado a golpear la puerta, he pedido socorro, aunque sé desde hace siglos que no sirve de nada. Mi habitación debe de estar especialmente bien insonorizada, porque yo tampoco oigo nada de fuera, ni siquiera a R. cuando llega.

He hecho un esfuerzo para tranquilizarme respirando profundamente, he tomado una ducha muy caliente y lo he vuelto a intentar con las grapas. Pero no ha resultado mejor que la primera vez, y encima me he pinchado el dedo y me he tenido que chupar la sangre como cuando me pasaba lo mismo haciendo mis sombreros. Después he tanteado con la lengüeta de la que se tira para abrir las latas de atún con tomate, también he fabricado un destornillador con la cápsula de aluminio de una de las botellas de leche, que he retorcido hasta darle forma de punta, pero *NIET*. Luego he pensado en el cepillo del pelo y le he arrancado una de las púas metálicas. Ahí sí que estaba convencida de que lo conseguiría, de que tenía el diámetro adecuado, pero aquello no ha girado ni una milésima de milímetro. ¡Si tuviera mi navaja suiza!

He puesto la habitación patas para arriba, pero no he encontrado nada útil. Cuánto me gustaría tener a mano Google para poder teclear: «¿Cómo forzar una cerradura sin herramientas y utensilios?», porque no es el tipo de historias que se enseñan en la escuela.

Busco nuevas ideas pero nada.

(Tengo la moral ya sabes dónde.)

Son las 11.26 de la mañana. He dormido muy mal.

Ayer por la noche miré cómo cambiaban los minutos en el despertador. Por primera vez apagué la luz del techo, porque los números verdes iluminaban estilo lamparilla de noche y pensé que por fin tal vez podría descansar normalmente, como en casa. Fue largo, todos esos minutos pasando por el bloque de goma rosa, y pensé que en definitiva tal vez no era tan chachi eso de saber la hora. Cuando por fin me dormí, tuve una pesadilla horrible en la que estaba paralizada. No podía ni moverme ni hablar, pero oía todo lo que pasaba a mi alrededor. Había gritos extraños, como relinchos de *pottocks* en días de tormenta, notaba que las sombras me rozaban y pasaban por encima de la cama. Evidentemente, no acertaba a ver de quién o de qué se trataba, pues no podía mover la cabeza, pero sabía que eran cosas increíblemente horripilantes. Me preguntaba si estaba soñando (exactamente como cuando estuve en el maletero del Volvo negro), y claro, la respuesta lógica dentro del sueño fue NO, por lo que creí que aquello era real. Cuando me desperté, primero pensé que era verdad que estaba paralizada y no conseguí hacer el menor movimiento: ¡imagínalo que horror! Luego chillé porque creía que tampoco podía hacerlo, pero al oír mi propio grito conseguí por fin levantar las piernas. Me incorporé y comprendí que esa historia de parálisis era otra bola del desbarajuste de mi cabeza. Eran las 5.42. Me costó mucho ser capaz de levantarme por el yuyu que me daba la oscuridad: he perdido la costumbre. Fue una mala idea lo de apagar la luz, no lo haré más. Por fin conseguí levantarme para accionar el interruptor; tenía las piernas como gelatina de membrillo (me encanta, pero en las piernas no es muy agradable). Me comí todo un paquete de Z'animos para recuperarme pero la pesadilla todavía sigue trotando en mi cerebro como un unicornio mutante.

No creía que iba a escribir nunca esto en tu interior, pero echo en falta a R. Tengo mucho miedo de que no vuelva, de que haya tenido un accidente o esté en coma sin poder decir dónde estoy yo, porque entonces me moriría de hambre con un sufrimiento terrible y no vería nunca más la luz del día.

No tengo nada que contar porque todos los días se parecen como dos gotas de agua, y seguro que incluso dos gotas de agua son más diferentes que mis días. A pesar del despertador, tengo la impresión de vivir en un reloj parado.

CÓMO ME SIENTO

Encerrada en el interior
de una caja
soy alta como tres manzanas pero aun así
encerrada dentro de mí
como en una jaula con barrotes
de sangre y de piel
¿Dónde estás, cielo?
¿Dónde estás, tormenta que ruga como una mamá
enloquecida?
Encerrada dentro de unas preguntas
complicadas como laberintos
y mi corazón que salta, polichinela negro
desastrado
¿Dónde estás, sol?
¿Dónde estás, mar que va girando y se aplasta
en el suelo?
Me ahogo en una botella de leche caducada.

Es tu última página y no sé cuándo podré seguir escribiendo. Gracias por haber estado conmigo, quisiera decirte que estoy bien, que todo funcionará, que seguro que seré suficientemente astuta para conseguir un nuevo cuaderno. A ti voy a esconderte detrás del zócalo para el día en que salga de aquí y quiera acordarme de cómo me sentía en todos los momentos que existieron hasta aquí. Solo espero que R. no tarde en volver. Hasta muy pronto. Feliz Navidad. Madison.

Guéthary, 5 de noviembre,

11^º, brisa, mar calmo

Cariño:

Siempre he vivido para los demás y ahora ya no tengo a nadie para quien vivir.

Ayer por la noche me peleé con Raphaël. La ira, que es mía, me ha vuelto loca, loca hasta el punto de destrozarle el corazón.

Mañana vamos a enterrar a mi padre y le hablé de ti, de lo unidos que estabais Papy y tú, de cómo te habrías hundido si supieras... si pudieras saber. Sugerí que estaría bien leer uno de tus poemas en el funeral, el del árbol dorado, por ejemplo. De esta forma, cuando volvieras, tal vez se aliviara tu sufrimiento por no haber podido estar junto a nosotros para despedir a tu abuelo.

Después de mirarme durante mucho rato sin decirme nada, Raphaël respondió que tarde o temprano tendría que aprender a vivir con esta idea: la idea de que quizá no vuelvas. Recibí estas palabras como cuchillas de afeitar en el plexo solar y le acusé de abandonarte. Le acusé de renunciar, le traté de cabrón, de asesino, de inútil. Chillé diciendo que aceptar esa idea era como matarte. ¡Le acusé de querer matarte, Madi! Al renunciar, ¡te asesinaba! ¿Lo entiendes? ¡Tu propio padre te asesinaba!

Le golpeé, le golpeé con fuerza en el pecho, y su pecho era como un peñasco en el que mis puños se rompían como las olas. Me dejó hacer y no sé cuántos golpes le di —muchos—, pero no protestó. Cuando por fin lo dejé, caí de rodillas, sudorosa, temblorosa, agotada. Ni siquiera solté una lágrima, había superado las lágrimas.

Raphaël no hizo nada, no añadió nada. Fue a encerrarse en su despacho, dio la vuelta a la llave y no he vuelto a verle. Supongo que se quedó dormido allí, tal vez, no lo sé.

Pero esta mañana, en la cocina, he encontrado un libro sobre Munch abierto encima de la mesa, abierto por la página de *La pubertad*.

Una niña de tu edad, con pelo largo, castaño, sentada, desnuda, en el borde de una cama: parece observarnos con sus ojos inmensos y oscuros. Está delgada, casi demacrada. Sus brazos, excesivamente largos, están cruzados por encima de sus muslos encubriendo un pubis que se adivina imberbe. Está muy erguida —demasiado erguida— sobre un colchón cubierto de un blanco inmaculado que contrasta con la pared que tiene detrás, de un pardo inquietante, casi escatológico. Partiendo de ella, desde su espalda, una sombra negra parece echarse a volar.

Evidentemente, conocía el cuadro; pero fue como si lo viera por primera vez. Esa sombra negra representa su infancia, cariño.

Tu infancia.

Tu inocencia.

Entonces he comprendido que todo aquello de lo que acusaba a tu padre era falso, pues él te imagina exactamente como te imagino yo: haciéndote mayor. Y he sentido vergüenza, una vergüenza enorme. La ira se ha vaciado de golpe, mi plexo se ha desatascado como un fregadero que se purga, y entonces, por fin, he llorado.

Alguna vez olvido que él también ha perdido a una hija. En momentos así, me convierto en un monstruo. Y sin embargo, Madi, él nunca me lo ha reprochado.

He decidido volver a tomar las pastillas. No soporto esas pastillas porque cada día me alejan un poco más de los sentimientos humanos. Naturalmente, cauterizan la desgracia, pero si no siento nada tengo la impresión de estar muerta. En la aflicción, la culpabilidad, el terror, como mínimo estaba viva. Pero si seguimos así, Raphaël me dejará. Hará las maletas y yo me quedaré sola en esta casa demasiado grande, ahogándome por tanto espacio, ausencia y luz. Otra pérdida y no sobreviviré. Acabaré como mi padre, colgada o desbordada: ridícula, egoísta.

Y en esta muerte, cariño, acabaré con el odio que siento por mí.

Nunca olvides que te quiero.

Mamá

La época de los eclipses

Aquella noche cenábamos en casa de un amigo de Louison, Pierre Marchal-Schmetz, a quien llaman Pim's por sus iniciales, un tipo diez años mayor que ella, fotógrafo reconocido. Los otros invitados, todos gente mayor, conversaban sobre los índices de crédito, el auge del sector inmobiliario y el deseo de tener hijos, más o menos compartido, como aquella pareja, Charléne y Cédric, que se tiraron pullas y más pullas desde el comienzo de la velada.

Era el día de San Valentín, y me sorprendió muchísimo que a las seis de la tarde mi móvil mostrara el número de una náufraga que creía perdida para siempre en el triángulo de las Bermudas de mi imbecilidad. Louison me anunciaba que volvía al instante de Milán: la habían invitado a la casa de uno de sus «mentores» y opinaba que podría aprender mucho si la acompañaba. Lo de aprender me interesaba tanto como leer un tratado sobre el cultivo de la patata en Tanzania, ¡en cambio acompañarla...! Me excusé con Antoine, con quien tenía previsto pasar una velada a base de un alto índice de alcoholemia destinada a machacar a todos los enamorados que circularan por los restaurantes con guirlandas de jazmín en el cuello. El comentario que obtuve fue: «Qué asco me das», sin duda merecido, pero la vida parecía ofrecerme una segunda oportunidad y no podía dejarla escapar: así pues, quedé con Louison a las nueve delante de un edificio de lujo a dos pasos del Sacre Coeur. Llevaba un vestido espectacular de lana calada verde abeto y unos zapatos de tacón a conjunto que situaban su metro sesenta y cinco en las esferas maniquinescas. Yo había vaciado mi armario y dado mil rodeos durante más de diez minutos delante del triste montículo de mis posesiones, pero los vaqueros y el jersey a rayas que había escogido no estaban a la altura, como me dio a entender Louison cuando exclamó: «¡Qué mono!», con un rictus de condescendencia en el rostro. Menos mal que llevaba chaqueta.

—¿Cómo? ¿Piensas tener un hijo? —preguntó a Cédric, quien jugaba con una miga de pan sobre el mantel.

—A mi edad, no veo que sea una cosa tan rara...

—Pues si me lo permites, se trata de otra muestra de tu enorme egocentrismo. Consideras que tienes unos genes tan únicos que engendrarás la última maravilla del mundo.

—Los niños y los locos dicen las verdades —saltó, guasón, el cuarentón de mi izquierda, François, por lo visto redactor jefe de una revista de modas de la que yo antes jamás había oído hablar.

—Que me doubles la edad no significa que veas ni la cuarta parte de lo que hay aquí dentro —replicó inmediatamente y en su mismo tono aquella a la que habían llamado niña, señalándose la cabeza con un índice pintado de negro.

—¡Hala, esa, desde que se peina como Louise Brooks, se pone más tiesa que un ajo!

—En fin, como veis —prosiguió Cédric señalando a Charlène—, no estamos en ello... «Divergencia de opiniones», como se suele decir.

—¡Litote! —exclamó Pim's desde el extremo de la mesa, y todo el mundo se echó a reír, salvo la interesada.

La única persona que estaba más perdida que yo era una estadounidense llamada Tracy que apenas había superado la adolescencia y que no entendía ni una maldita palabra de la conversación. Estaba sentada a la derecha de Pim's y quedaba claro que era su última conquista. Enseguida se hizo patente que Pierre Marchal-Schmetz, a quien de entrada yo había tomado por gay por su apodo de galleta y su loft de *yuppie* neoyorquino, era el ex de Louison, y ante su entusiasmo por mis orígenes vascos, comprendí de inmediato que se trataba precisamente del famoso «surfista» cuya simple evocación había eclipsado la luz de la mirada de Louison la noche en que nos conocimos. Tenía treinta y tres años, la edad de la resurrección, decía complacido, y el aire de un grabado de moda. Su mirada, de un azul intenso, arañada por unas arruguitas probablemente sexys, se animaba en cuanto abría la boca. Tenía los dientes blancos, la nariz recta y un pelo castaño sutilmente despeinado que se rizaba alrededor de sus orejas, extraordinarias como el resto. Si lo escanearan, el tipo pasaría tranquilamente todos los criterios de selección del macho reproductor perfecto: rasgos delicados, mandíbula cuadrada, barba estudiada, un metro ochenta y cinco de musculación sin grasa y de dandismo posmoderno, el eslabón más elaborado del ser sexuado desde el fin del reino de la partenogénesis. En efecto, sin duda alguna, había acertado en lo de ponerme chaqueta.

—Claro que tú eres aún un bebé —dijo Cédric a Louison, al tiempo que me lanzaba una grácil mirada—. ¡Puedes aprovechar la vida con toda tranquilidad!

—¡Huy la delicadeza del yunque! ¡Qué tipo más cerril! En ti, lo que se acelera con el tiempo es la rudeza.

Pim's se dedicó a llenar otra vez las copas con Saint Emilion a aquellos espíritus impacientes y Tracy como si quisiera que perdonaran su mutismo, saltó:

—Pierre, ¡muy bien cocina! —Esfuerzo que se vio coronado por un breve silencio.

—*You're right, Tracy* —dijo por fin François en un arrebató de generosidad—. *Pim's is exceptional.*

En aquella mesa todo el mundo hablaba inglés, la primera,

Louison; sin embargo, nadie se preocupó de utilizar un dialecto que aquella pobre desdichada pudiera comprender. Yo me había percatado enseguida de que Louison escogía adrede los términos más rebuscados de su vocabulario, maniobra que venía a demostrar unos celos persistentes. Tracy, a pesar de su aspecto en general llamativo —senos grandes, ojos grandes, boca grande, cabellera pelirroja y ropa de diseño—, tenía un chasis de Esfinge, y en mi opinión Pim's había perdido con el cambio; pero la presencia de la joven parecía provocar de lo lindo a Louison. Por supuesto, todo aquello no lo vi claro hasta que pude contemplarlo en perspectiva, pues allí mismo me veía incapaz de echar mano a tanta ironía. Jamás me había sentido tan provinciano, y Louison, en su pequeña venganza, no hacía nada para que yo me

sintiera cómodo. Aquella gente era insoportable: me entraban ganas de sacarla de la mesa, como se haría con una pepita de oro del fondo del tamiz, imperceptible entre la grava. En realidad, se integraba muy bien en aquella familia de esnobs, aunque yo por aquel entonces era incapaz de admitirlo: era demasiado bonita y por ello yo le adjudicaba una evidente grandeza de espíritu.

—Y tú, Stanislas, ¿a qué te dedicas? —preguntó por fin Charléne como para sacarme del apuro.

Pero Louison respondió por mí:

—¡Quiere ser escritor!

—¿En serio? ¡Genial! ¿Sabías que Cédric es agente literario?

—Mi carrera puede... prescindir de agente.

—Eso no puede decirse, ¡nunca se sabe! ¿Tienes algo publicado?

Louison deslizó entre sus labios un grano de uva negra y yo moví la cabeza.

—Escribo para mí. Estoy acabando mis estudios. Luego ya se verá. Aún no he escrito nada publicable, si he de ser franco.

—¡Eres demasiado modesto, Stan! Me ha dejado leer uno de sus cuentos y, te lo aseguro, su estilo tiene un encanto especial. Algo así como un clasicismo replanteado para el siglo XXI, ¿entiendes a qué me refiero?

—En todo caso, leeré lo que sea encantado —propuso generosamente el agente literario—. Como mínimo podré darte una opinión de profesional.

—Qué amable, pues sí, quizá... Aún estoy verde. Alargo demasiado las frases, abuso de las negaciones y tengo la lamentable tendencia de sobrehilar las metáforas...

—¡Me encantan tus metáforas! —exclamó Louison con aquella sonrisa demoníaca que me atontaba más que una dosis letal de benzodiazepinas.

—¿Estudios de qué? —quiso saber François, masticando un cuarto de manzana bajo su incipiente calvicie.

—Prácticas para la formación del profesorado. En letras.

—¿Profe? ¡Vaya! Puede que un día me seas útil —suspiró Cédric mirando a su mujer—. Si la señorita deja de amargarse y asume de una vez sus treinta y cuatro...

—¡Oye, déjala tranquila! —exclamó Louison—. Cada cual hace lo que quiere, estamos en democracia. Joder, normalmente son las chicas las que tienen prisa. ¿Te ha dado un subidón de hormonas o qué?

Pim's soltó una carcajada y Louison —¿o fue efecto de mi imaginación?— lanzó a Tracy una mirada victoriosa. Pero la americana, visiblemente presa de un aburrimiento abisal, cada vez bostezaba de forma más ostensible. Pierre se levantó, puso música y sirvió una ronda de vodka.

Tracy aplaudió y empezó a moverse sobre el parqué encerado mientras su galán se dedicaba a transformar la estancia en discoteca a base de luces indirectas y música

festiva. Louison, con los ojos brillantes por el alcohol, empezó a contonearse en la pista rivalizando como podía con *el jeté* de ballet de la de los rizos americanos, y me pareció satisfecha con su numerito. Ya en aquellos momentos tenía que haberme percatado de que una historia con aquella chica era tan razonable como lanzarse desde el viaducto de Millau sin cuerda elástica... Y sin embargo ...

Aquella noche Louison y yo desafiamos a la muerte.

Su espalda pálida, donde se extendían constelaciones de pecas, se movía al ritmo de una respiración regular. Yo era incapaz de dormir, aprovechaba el mínimo estremecimiento de aquel cuerpo increíble tras el que me había amarrado como a una isla que esperaba que estuviera efectivamente desierta. Era el inicio de un eclipse que tenía que durar ocho meses, pero entonces me sentía como el alpinista que clava su bandera en lo alto del Everest después de semanas de sabañones y de comidas liofilizadas.

Nos habíamos acostado en su habitación de la rué des Canettes, más alejada de casa de Pim's que mi propio estudio; pensé que me había invitado allí para demostrarme que no vivía en un lugar mejor que el mío, caso de que me hubiera acomplejado el lujoso piso de Pierre. Desde la cama y sin despegarme de ella, observaba la habitación con curiosidad, puesto que nos habíamos lanzado uno sobre el otro con tanta prisa que no había visto más que una braguita negra sobre una piel blanca. El dormitorio era sencillo, unos quince metros cuadrados como mucho, y daba a un minúsculo baño. Las paredes estaban cubiertas de libros de arte y de revistas de lujo, pero había destinado todo un lienzo de pared a guardar montones de cajas de zapatos perfectamente clasificadas, en cuyo frente una foto Polaroid mostraba el par de zapatos que contenían. Por encima del rincón que hacía las veces de cocina destacaba la reproducción de un tapiz antiguo con Caperucita Roja en la linde de un bosque de inquietantes árboles, y en el frigorífico, sujetas por unos imanes, una serie de fotos de Louison en distintas capitales del mundo. (Cuando pude observar las imágenes de cerca constaté que en la mayor parte estaba también Pim's. Unos días después, las quitó todas; entonces pensé que lo había hecho por delicadeza.) En la gran mesa de despacho, formada por una plancha de cristal apoyada en unos cubos de hormigón, había material fotográfico y cámaras de distintos formatos. Una puerta roja, que más tarde comprobé que correspondía a un armario, remataba el cuadro. Ciertamente era un lugar minúsculo, pero cada cosa tenía su sitio y el conjunto de objetos había sido elegido con cuidado. Me impresionó un poco: yo era un crack en el campo de la literatura y dominaba la historia del cine por mediación de un amigo monomaniaco, pero no sabía absolutamente nada de fotografía aparte de lo que había oído a Capdevielle hablando de su trabajo durante un aperitivo en uno de nuestros jardines. Siempre he pensado con amargura que hay tantas cosas que aprender que una vida no basta, constatación que me deprime aplicada tan solo al campo de la literatura. Pero recorriendo aquella habitación recuerdo que me emocionó la perspectiva de que Louison iba a abrirme las puertas a un mundo desconocido. Suponiendo que aquel mundo, percibido brevemente, no hubiera estado a la altura de mis esperanzas, en él aprendí lo suficiente para que hoy pueda afirmar hasta qué punto poseía talento el abuelo de Madison.

Amaneció sin avisar, y Louison ya no estaba. Encontré una nota en la barra, garabateada en lápiz, como era costumbre en ella: «Gracias por esta noche, Xxx... Yo misma. P.D.: Cierra de golpe al salir». Bueno. Accioné el tapón de la bañera para liliputienses y tomé una ducha, me vestí y cerré la puerta de golpe, siguiendo sus órdenes, no sin antes haber observado con lupa las fotos de la nevera. La relativa frialdad del mensaje junto con los besos de Pim's conservados en papel satinado me impidieron llamarla por teléfono: el comportamiento de Louison ponía en cuestión mi ideas sobre las mujeres, en general tan preocupadas a la mañana siguiente por si habían sido tan solo una aventura. No quise parecer demasiado acelerado y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, no di señales de vida.

Unos días después, una llamada me demostró que había obrado correctamente: al parecer, mi silencio alteró su gran seguridad, ya que me preguntó si la invitaba a cenar. Tragándome una emoción desconcertante solté un «Vale, haremos un sacrificio» y reservé una mesa para dos en el mejor restaurante del barrio.

—Han pintado la pared del fondo, ¿verdad?

Hacía veinticinco minutos que esperaba a Louison y aquello me obligaba a tranquilizar a un camarero que tenía otras cosas en que ocuparse. La sala de aquel local selecto normalmente estaba abarrotada y, superada cierta hora, las reservas se anulaban. Siendo nuestra primera cita, no me apetecía nada pasarme la noche dando vueltas con aquel frío en busca de un plan B; así que había adoptado el papel del simpático parroquiano, estrategia pensada para que les resultara más difícil echarme:

—Un color muy cálido. *Cosy*, diría yo. ¿Lo han pintado con cal o han utilizado esponja...?

Cuando por fin apareció, Louison no se disculpó, pero se deshizo en una sonrisa que bien habría podido incendiar una ciudad.

—¿Sabes que todavía tengo agujetas por lo de la otra noche? Creía que no conseguiría aparcar la bici de tanto como me duelen las nalgas.

Con un beso, borró de golpe los reproches que llegaban a mis labios, y el enfado de haberla esperado tanto tiempo desapareció en un instante como por arte de magia.

—Me alegra verte —me dijo quitándose el abrigo—. ¡He tenido un día de locos! François, el que viste en casa de Pim's, ¡me ha tenido horas trabajando un plano! Además, con esta gen te todo son poses de contorsionista mongol; no puedes imaginártelo, estoy hecha polvo.

—¿Eres modelo? —pregunté, sorprendido.

—¡Anda ya! ¿No ves que soy bajita? No, poso para artistas. Pintores, fotógrafos... O participo en instalaciones. En una ocasión tuve que permanecer doce horas dentro

de una caja de cartón, ¿te imaginas? Pero claro, pagan bien. Como mínimo, mejor que la librería.

Descruzó las piernas, cubiertas por unos ceñidos vaqueros desgastados, y desdobló la servilleta.

—¿Has pedido el vino? ¡Tengo una sed de...!

—No, te esperaba. Como no conozco aún tus preferencias...

—¡Oooh! —exclamó—. ¡Y encima *gentleman!* ¿No se pasará usted de perfecto, señor Uhalde?

Me lo tomé como un cumplido y sonreí. Sin pensarlo dos veces, llamó al sumiller y le pidió un borgoña tinto.

—¿Te parece bien? —me preguntó mientras cerraba la carta.

—Sí, muy bien. Perfecto.

Era verdad: me encanta el borgoña. Me molestó un pelín que no me lo hubiera consultado, pero la conversación se reanudó con más brío y olvidé el incidente, sobre todo porque el vino resultó delicioso. Su frágil silueta temblaba en el resplandor de las velas, hablaba animada, confiándome sus esperanzas y dudas en cuanto a la difícil carrera que quería emprender: ilustradora o fotógrafa y, permitámonos una locura, ¿por qué no las dos cosas? Me contó sus viajes por África, Suecia, simplemente Italia, y yo compartí su entusiasmo sin darme cuenta de que ni en una sola ocasión me había hecho una pregunta personal. Intercambiamos unas cuantas ideas importantes sobre la vida, siguiendo la consabida técnica de las dos personas que, atraídas mutuamente, todavía no se conocen. Después del primer plato, coincidimos en que procedíamos de un medio sociocultural similar, a pesar de que el mío, sobre el papel, tenía más categoría.

—¡Somos de pueblo, tío! —exclamó, relajada por el alcohol—. París está hasta los topes de gente de pueblo, basta con no parecerlo.

De pronto me inquietó.

—¿Yo lo parezco?

—Que lo parezcas o no, no tiene importancia.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¡Eh! ¡Que te estaba pinchando! Es triste, pero el mundo ha cambiado... El personaje pintoresco del artista sin pasta ya no está de moda.

Llegó el plato fuerte. Di las gracias al camarero con una inclinación de cabeza, y él me lo agradeció, pues Louison seguía con su carrerilla como si aquel hombre fuera invisible.

—Bellas Artes está lleno de *beatniks*, pero solo parecen capaces de trastear entre telas en una casa ocupada y hecha cisco antes de acabar muriendo demasiado jóvenes bajo los perniciosos efectos del amianto. Tal vez los más listos se hagan célebres a título póstumo, pero yo quiero triunfar...

Ataqué mi trozo de buey argentino que amenazaba con enfriarse y Louison suspiró.

—Son cosas que no me gustan mucho, veladas a las que no puedes faltar, exhibirse... En fin, gracias a Pierre —dijo clavando el tenedor en su milhojas de cangrejo— he conocido a mucha gente. La verdad es que me ha echado una mano, me ha presentado a François, que me pasa muchos curros, y en contacto con él he aprendido mogollón de trucos.

—¿Estuvisteis mucho tiempo juntos?

Louison tomó un bocado de su plato. Hizo una especie de mueca que daba a entender que aquello le gustaba y saboreó lo que tenía en la boca un segundo para así poder prolongar el suspense.

—Casi dos años. Lo conocí en una fiesta en la Escuela. Yo estaba en primero. El daba clases. Fue un flechazo.

Hice un cálculo rápido mientras volvía a llenar las copas.

—¿O sea que se acabó hace más de un año?

Me lanzó una mirada torva y replicó en tono guillotina:

—Algo así, sí.

Se llevó el borgoña a los labios, que se le mancharon demorado. Siguió un silencio incómodo. Louison observaba la sala con la única intención de no tener que mirarme a mí. Mastiqué una judía verde; no sabía qué hacer para poner de nuevo en marcha la conversación, pero gracias a su formidable capacidad para no mostrar nunca sus sentimientos durante mucho tiempo, ella retomó la palabra:

—Existe una teoría según la cual hay menos artistas mujeres porque con la maternidad realizamos la creación definitiva. ¿Por qué romperse la cabeza pintando, haciendo escultura o escribiendo libros? De todas formas pasaremos a la posteridad.

—Es verdad —asentí—. Desde la prehistoria, los tíos se vengan de su incapacidad para procrear...

—Pero a mí me parece que ya no nos gusta ser solamente eso... Me refiero a madres. Yo fui mucho tiempo hija única. Cuando nacieron mis hermanos, encima gemelos, tenía más de trece años... ¡Para mí fue un choque dejar de ser el centro del mundo!

—Yo tengo una hermana. Conozco el problema, aunque no tengamos edades tan dispares... Seguro que por eso intenté llamar la atención. A mi padre le hubiera gustado que me interesara por la ebanistería, o algo por el estilo... A mi madre le parece peligroso, ¡él se ha hecho daño tantas veces! Así que en el fondo creo que está contenta de que haya optado por una profesión artística. De todas formas se preocupa por mi futuro...

—¡Habría preferido que fueras funcionario!

—Sí, o abogado, ¡mejor aún!

Louison dejó el tenedor en el plato vacío.

—A los padres... les cuesta comprender. En fin, mi padre quizá convencerá a los gemelos, quién sabe. Sobre todo a Colin, es muy manitas.

—Como mínimo tú eres terca. En cambio yo estoy a punto de convertirme en profe simplemente para que estén contentos.

Se encogió de hombros.

—Pensando en todos los profes que he tenido que aguantar, la educación nacional tendrá suerte de contar contigo, Stan. Lo importante es que eso no te impida escribir. Hemos venido aquí para hacer grandes cosas, y no es cuestión de dejarse atar de pies y manos por los aguafiestas del productivismo.

Levantó la copa y, con aire alegre, brindamos por nuestro lugar eminente en el mundo.

—¿Los señores tomarán café?

La cena había sido deliciosa, del primero a los postres. Mientras tomaba el digestivo, ella me lo comentó.

—Me alegra —respondí—, me encanta este restaurante.

Omití añadir que en aquella época quedaba por encima de mis posibilidades. Cuando nos levantábamos de la mesa, le expliqué en tono confidencial:

—No vengo a menudo, lo reservo para las grandes ocasiones. Es mi recurso secreto, ya ves.

—Me siento orgullosísima de que, con lo bajita que soy, pueda dar motivo a una gran ocasión.

Pagué arrojando el primer puñado de sal en la herida abierta de mi cuenta corriente. Fuera, nos atacó la piel una bruma densa, glacial como recién salida de un congelador; Louison se apretó contra mí y hundió la cabeza en el hueco de mi hombro. En el vestíbulo de mi edificio, se quitó las botas para subir la escalera: le dolían los pies. Nunca comprendí cómo conseguía pedalear con aquellos tacones. En sus calcetines aparecía la familia Simpson al completo, ¡y me sentí aliviado al comprobar que no era perfecta! Aproveché para atreverme a imitar al abuelo: «Recuerdo una época en la que las calles estaban pavimentadas con oro», declaración patética que consiguió que se partiera de risa, sin duda porque estaba borracha. Consciente de no ser el tipo más gracioso del planeta, procedí a servir un dedalito de vodka, algo que iba a convertirse ya en una costumbre, y luego puse *Ascenseur pour l'échafaud*. La ceguera, igual que a Tiresias, me convertía en visionario, y lo de no conseguir utilizar correctamente las zonas que quedaban al norte de mi cintura no tenía ninguna importancia.

Cariño:

La noche del funeral de tu abuelo, Raphaël y yo hicimos el amor.

Hacía mucho que no pasaba. En realidad, no pasaba *desde que*, y nunca lo reanudamos. Era un instante suspendido, como una grulla en origami en un tiempo replegado.

Resulta que le quiero. Sigo queriéndole y me sigue pareciendo igual de atractivo, con su mirada sombría y sus anchos hombros. Pero desde que te perdí, esa parte de mi cuerpo parece que vive un sufrimiento perpetuo.

La ausencia de Papy ensombreció mi infancia, Madi, ahora que se ha ido para siempre puedo decírtelo. Su semilla engendró dos hijas, pero durante mucho tiempo no fue para nosotras más que una especie de Papá Noel que venía seis veces al año, un ser mágico que aparecía como surgido de la nada, magnífico y bronceado, con manjares exóticos y de palabras exquisitas a puñados. ¡Qué alegría despertaba cada vez! ¡Una alegría que te dejaba sin aliento!

Pero no era eso lo que necesitábamos Mounie, mi hermana, y yo. Necesitábamos una familia.

Cuando por fin en su vejez mis padres se instalaron a dos pasos de aquí, creí que tal vez podríamos recuperar el tiempo perdido. Sé que vino por ti, Madie, para estar cerca de ti. De algún modo, me devolviste a mi padre. Pero el tiempo perdido no se recupera nunca.

Escogí a Raphaël porque era bueno y de fiar, con los dos pies en el suelo y las dos manos en mis ojos para impedir que viera lo peor del mundo. Se ancló en mi vida y enseguida supe que era para siempre. Es verdad que es editor de arte, pero no tiene nada de artista (no creo que lo sepas, pero así nos conocimos papá y yo... Publicó el segundo libro de Papy, *La Décadenc*, ¿sabes?, aquel sobre Estonia en el que aparece la foto del niño con las aceitunas que tanto te gusta). Enseguida me sedujo por su gusto y su cultura, pero Raphaël antes que soñador sigue siendo constructor.

Eso es todo lo que yo quería: una roca que no se desmoronara nunca.

El día en que tú naciste fue el más bonito de nuestra existencia. Eras el fruto perfecto de nuestro encuentro, la coronación ejemplar de una complementariedad radiante. Cuando ya eras un poco mayor, a menudo pedías un hermanito o una hermanita, y a tu padre le hubiera gustado satisfacerte, pero a mí no me apetecía. No era cuestión de egoísmo, más bien lo contrario: temía dispersarme. Quería ofrecerte todo el amor que era capaz de brindar, a ti y solo a ti. Quería que nosotros te satisficiéramos

plenamente, como no me satisficieron a mí. Por suerte, tu carácter y la educación que te dimos te ahorraron el síndrome de la marisabidilla consentida, el de tantos hijos únicos. Tú eres única, eso es verdad, Madi, pero no por falta de hermanos.

Eres única porque eres quien eres.

Hace quince días empecé a notar unos dolores en el bajo vientre. Tenía vértigo pero es algo corriente en mí por los tranquilizantes que me mantienen viva. *Desde que se me alteró la regla*, y es posible que algún día me haya olvidado de tomar la píldora con tantas pastillas como trago una mañana tras otra.

Me ha costado un poco establecer la relación. Pero la semana pasada, atormentada por la duda, hice pipí en una tira de plástico.

Estoy embarazada, cariño.

Hice el amor la noche del entierro de mi padre y aquella misma noche fabriqué vida. Creía que era estéril, pero ahí está, ha llegado. Tal vez haya aquí material para la poesía: la naturaleza es algo tan curioso...

No he dicho nada a Raphaël.

No quería este embarazo. ¿Sustituírte? ¿Quién podría sustituírte?

Así veía a ese bebé. Un hijo de repuesto. Una falsificación.

Un sucedáneo de ti. Y la idea, cariño, me resultaba insoportable. Acudí a un médico que no conocíamos, a una clínica ginecológica donde se practican abortos.

Fui sola, como una persona mayor.

Tomé el tren hacia Burdeos y allí me fui. Durante el viaje, te busqué con los ojos, como cada día que Dios nos da. Pero no estabas. Nunca estás.

La sala de espera parecía un vestíbulo de estación: había montones de mujeres con barrigas grandes, parejas de enamorados, médicos con bata blanca que iban y venían empujando unas puertas numeradas. Escogí una revista de una mesa de color almendra que hacía juego con las butacas, pero las manos me temblaban tanto que tuve la impresión de que todo el mundo oiría la vibración de las hojas. Me dio tanta vergüenza que la cerré y la dejé sobre mis rodillas.

Encima del *Elle*, junté las manos y esperé.

Había niños corriendo y jugando a la rayuela en las grandes piezas de embaldosado gris moteado. Una niña de unos cinco años, rubia como el trigo, saltó sobre la baldosa que estaba delante de mí. Se detuvo y a la pata coja me miró de arriba abajo, aguantándose sobre una pierna, inmóvil. Estuvimos así mucho rato, mirándonos de hito en hito. Mi cabeza empezó a dar vueltas y por fin ella dijo: «Cielo».

No jugaba. Se dirigía a mí, lo vi en su mirada. Por lo menos así lo capté yo, con gran violencia.

Una enfermera pronunció mi nombre. Me levanté y a mi alrededor todo me pareció irreal.

Aquello me recordó la primera vez, aunque la primera vez tu padre estaba a mi lado. Me recordó a Ti. El día en que supe que te esperaba a Ti.

Y allí abajo, en la fría cabina, oí su corazón.

Feliz Navidad, Madi: se te ha concedido el deseo.

Tendrás un hermanito o una hermanita.

Nunca olvides que te quiero. Hoy aún más que los otros días.

Mamá

EL ÁRBOL DORADO

Delante de mi ventana hay un árbol,
un árbol tan grande del que te puedes colgar
para soñar

Estamos en otoño y me cuelgo de él,
mi Papy viene hacia mí,
en el sol,
y en el ojo doble de su gran aparato
me cuelga (clic) al fondo de una imagen

En las hojas doradas disfruto en sueños, disfruto con ser amada sobre un árbol
colgada.

M.E.

LIBRO II

Han cambiado bastantes cosas en estos últimos tiempos.

Como ves, eres un nuevo cuaderno, también he conseguido un calendario gracias al que ahora sé en qué día estamos (por tanto, he dejado lo de dibujar almohadillas en la pared porque era muy deprimente. Ahora hago cruces en casillas: XXX). Pero tengo que contarte muchas cosas de antes de llegar a HOY.

Hace dos años, día tras día, que estoy con R.: te conseguí a ti y al calendario el día de nuestro «aniversario»; el aniversario de mi secuestro (te juro que está majara). Supongo que yo también, igual que mis padres, me he resignado. Por supuesto que hace una eternidad que sé que esta historia del rescate era un camelo, pero eso no cambia casi nada, ni para mí ni para ellos: después de tanto tiempo, seguro que piensan que estoy muerta y yo procuro hacerme a la idea. Algo que, como comprenderás, no es lo que se dice fácil.

Desde Dora (que está detrás del zócalo donde también te escondo a ti) hubo otro cuaderno antes que tú, pero R. lo quemó en el lavabo cuando dio con él; se ve que no tuve mucho cuidado. Algunas cosas no le gustaron, detalles sobre lo de que me acaricio, que según él es pecado mortal, pero aun así a veces sigo, porque es realmente pesado con sus letanías de cura. De aquel día ha quedado una gran marca negra en el techo de mi habitación: tosimos muchísimo y esto apestó a humo durante semanas, pero R. dijo que así me acordaría siempre de mi falta. No te cuento lo que lloré, ¡estilo crecida del río Nivelles...! A partir de entonces conseguí negociar que llamara y no entrara antes de que yo dijera «Adelante», explicándole que no era para esconderle secretos sino porque una chica de mi edad necesita intimidad en su habitación. Creo que fue porque utilicé la palabra «habitación» por primera vez por lo que por fin cedió y ahora lo respeta. No quisiera que tú también acabaras inmolado en el lavabo, aparte de que ese incendio microscópico me provocó asma o un rollo así bastante desagradable.

Sé mi edad exacta: tengo TRECE años y DOS meses. Mis senos han crecido (¡resulta que no son tan pequeños!) y desde hace unas semanas tengo el «menstruo», como dice R., así que casi soy una auténtica mujer. El día que pasó esto, puso un espejo en mi estancia y dijo que era una forma de celebrar el acontecimiento: a él le parecía un acontecimiento extraordinario, pero a mí me pareció espantoso (tuve un dolor de barriga como si me hubiera tragado una herradura, pero dejémoslo). En el lugar del espejo, vi una chica alta y delgada, con una cabellera muy larga llena de reflejos rojos, los pómulos prominentes, la tez pálida como un fantasma. Tuve un sobresalto, corrí hacia R. y le pregunté, asustada:

— ¿Quién es esa?

No pretendía hacer una gracia: realmente creí que había alguien más allí y me parecía extrañísimo. Por un segundo me pregunté incluso cómo íbamos a vivir las dos allí dentro, cuando para mí sola el espacio ya era excesivamente justo.

Vaya experiencia la de encontrarse con una misma después de no haberse visto durante tanto tiempo.

Yo soy más bien mona, sobre todo cuando tengo color en la cara, así que me entró el canguelo al verme esa cara abatida; tardé días en acostumbrarme a pasar por delante de mi reflejo. En todo caso, ahora ya no tengo nada que ver con la que era antes.

Voy a recuperar los puntos esenciales de lo que se quemó en el cuaderno anterior para el día en que os confíe a todos a Stanislas Uhalde para que mi vida se convierta en una novela (eso es lo que he decidido, si algún día salgo de aquí. Es mi nuevo GRAN PROYECTO). Puede parecer raro, pero sé que un día me evadiré. También sé que vivo una experiencia fuera de lo común y que por ello nunca seré una chica como las demás. Habría preferido que esto no ocurriera, claro, pero ahora que ya está hecho hay que intentar sacarle alguna ventaja. En *El ingenuo*, Voltaire escribió: «Desgracia es buena para algo», y como Voltaire era majo (y además estuvo entelegado, lo que nos acerca mogollón), seguro que tenía razón.

La noche en que R. volvió por fin de su viaje, me encontró en un estado deplorable. Me consoló tanto verle, que le salté al cuello y él me abrazó. Me traía un regalo: una cafetera eléctrica de la marca Electrolux. (Así que me pregunté si su famosa «Compañía» no sería Electrolux; pero no dije nada porque de según qué sospechas vale más no hablar.)

Preparé café con mi nuevo aparato y luego charlamos mucho rato. Le dije que había tenido un miedo terrible de que no volviera nunca más, entonces me prometió que diría a la Compañía que no le mandaran más de viaje (hasta hoy ha mantenido su palabra). Le supliqué que dejara una nota, una carta o lo que fuera diciendo que yo estaba allí por si le pasaba algo, pero él afirmó que no le pasaría nada de nada... Cualquiera diría que se tiene por un tipo inmortal estilo Highlander. En fin. Cuando me tranquilicé, volví a pedir permiso para salir, pero respondió que no era tan sencillo, que aún no estaba a punto y que había cosas que arreglar.

Dije:

—¿Cosas como qué?

—Como que asimiles que tu familia te cree muerta. Que no sirve de nada intentar volver con ellos porque puede sucederles una desgracia. En realidad, puede sucederle una desgracia a cualquiera con quien intentaras contactar. ¿Lo entiendes, Madison? Todo lo que hago lo hago por tu bien, aunque no lo entiendas. No te dediques a jugármela.

Aquello ni siquiera me hizo llorar, pues no sabía por dónde navegaba (hoy tampoco estoy muy segura de saberlo. ¡Me encantaría que le creciera la nariz cuando me cuenta trolas! Seguro que ni siquiera se llama Raphaël... Pero por supuesto no tengo prueba alguna porque la vida no es *Pinocho*).

Pasó el tiempo y creí que iba a volverme loca para siempre: Dora se había acabado y ya no tenía cuaderno donde desahogarme, pero no me atrevía a decírselo a R. por miedo a que quisiera ver su interior (teniendo en cuenta lo que le pasó a su sucesor —al que llamaba el Cuaderno Burbuja porque estaba lleno de círculos de colores—, pienso que hice bien). Los únicos libros que tenía eran los cuentos para niños que le gustaba leerme por la noche: Érase una vez, patatín, patatán. Pensé en serio que R. se creía mi padre, aunque claro, papá nunca me habría apalancado en el sótano; ¡pero eso a R. le supera! Me había traído un pijama nuevo, tan formidable como el anterior, de felpa fucsia, con un loro de colores bordado. Parecía que R. no quería que me hiciera mayor, y en cambio se alegró de que tuviera la regla, pero como está majara no sirve de nada buscar algún sentido en la sandía demasiado madura que tiene por cabeza. .. Bebía café en exceso, lo que hacía que me temblaran las manos, y en aquella época acabé por comprender que se podía ser desgraciado hasta el punto de lanzarse por una ventana y aterrizar hecho añicos en la terraza de alguien (pero por supuesto aquí no hay ventana). Menos mal que hoy te tengo, tengo otros libros, y cuando cumplí doce años R. me regaló por fin un diccionario enciclopédico. Hace catorce meses que lo leo todas las noches; estoy en la letra P, en la palabra «Pago» (pez de la familia de la dorada). Cuando una palabra nueva me gusta, la anoto en un bloc. Por ejemplo me gusta especialmente *maelstrom* porque quiere decir «remolino» y así es exactamente cómo me siento.

Pero al cabo de unas semanas, cuando me encontraba en la desesperación más profunda, se produjo un acontecimiento extraordinario: mi estancia quedó invadida de hormigas rojas, tan rojas y tan brillantes que se habría dicho que eran huevas de mújol que se movían de dos en dos. ¡Imagínate! ¡Montones y montones de hormigas! Daba un yuyu de muerte, y además mordían, con lo que no paraba de rascarme hasta hacerme sangre. Pero, por decirlo de algún modo, ¡por lo menos pasaba algo! Algo que no era comer, dormir y dar vueltas sobre mí misma, algo sorprendente que se parecía a la vida. Las observé todo el día entrar en colonias, parecía que se metían en mi habitación por el agujero que yo había abierto detrás del zócalo para esconderos. A priori, pero estábamos aún en invierno, hacia mediados de febrero según mis cálculos; y precisamente puede que lo que quisieran fuera calentarse, no sé, no soy ninguna autoridad en entomología.

A R. le entró el pánico cuando vio aquello. Se fue corriendo y estuvo fuera exactamente veintinueve minutos. Luego volvió a abrir mi puerta y dijo:

—Ven.

¡Era la palabra más increíble que podía pronunciar! ¿Te das cuenta? ¡Abandonar mi cuarto! Aquel día era un martes teniendo en cuenta que la antevíspera había hecho la marca trigésimo primera en la pared. Ocho meses en cautividad y, ¡por primera vez iba a SALIR! Fue curioso porque en aquel momento no di ni un paso: me quedé pegada a la pared del fondo como si llevara enganchado un celo de doble cara de los más efectivos. Aquella puerta abierta a un pasillo negro me había metido el miedo en el cuerpo hasta un extremo inimaginable, como si se tratara de la boca abierta de un monstruo con dientes de navaja de afeitar dispuesto a despedazarme si

la cruzaba. Estaba completamente paralizada (igual que el día que me besó Nathan Jaso), y R. tuvo que venir a buscarme. Empujó la puerta cuando salimos y vi que se cerraba por medio de una barra de hierro que se deslizaba entre dos anillas: la cerradura que yo había intentado forzar durante todo un día no servía para nada, ¡menudo tiempo perdido!

—Qué lástima haberte deslomado con esta cerradura a saber cuántas horas, ¿verdad?

Debí de ponerme roja como una amapola, pero afortunadamente estaba oscuro. No sabía que él se había percatado de mi intento de fuga, y aquello me fastidiaba porque tal vez tendría menos confianza en mí. Como mínimo comprendí de dónde salía aquel ruido raro del pestillo... Le cogí la mano sin hacer ningún comentario y avanzamos por el pasillo oscuro. Oía más a moho y humedad que mi cuarto. En el suelo había arena y no se veía nada a un palmo. Anduvimos a ciegas en una especie de laberinto subterráneo, pero seguro que R. conocía de memoria el camino con tantas veces como lo había recorrido. Yo le apretaba la mano con todas mis fuerzas y notaba que me temblaban las piernas. Creo que no duró mucho, menos de un minuto, pero a mí me parecieron horas y horas. Al final de un túnel llegamos al pie de una escalera de hormigón. Encima se veía un resplandor amarillento y a lo lejos se oía música. Entonces empecé a sentirme tan mal que no podía ni respirar: mi corazón latía tan deprisa que creí que iba a pararse de golpe, como el de Mounie.

R. se puso en cuclillas y me miró a los ojos.

—No pasa nada. Por fin verás la casa. ¿A que tenías muchas ganas de ver la casa, Madison?

Asentí. Me tomó de nuevo la mano y subimos los escalones. Los conté mentalmente para no tener tanto miedo. Uno. Dos. Tres. Cuatro. La luz era cada vez más viva, la música, más fuerte. Cinco. Seis. Siete. Música clásica, con muchos violines. Ocho. Nueve. Una puerta... Diez. Once. Doce. La música estalló, trece, una música increíblemente triste con unos acordes de cuerdas que atravesaban el pecho, y cuando seguía a R. bajo la luz, catorce, aquello parecía una escena de cine de tan demencial como se veía todo.

Detrás de la puerta, era verdad que había una casa.

Yo había imaginado montones de cosas, pero era una casa completamente normal, con la única particularidad de que todas las cortinas estaban corridas, las persianas bajadas y la estridencia de los violines era terrible en el espacioso comedor de estilo rústico, con tapicería amarilla, muebles de madera oscura, iluminado por una araña con palmatorias de imitación en tono burdeos y bombillas con forma de llama. El embaldosado del suelo era marrón y por encima se veía una antigua alfombra persa raída, con agujeros, toda deshilachada. De las paredes colgaban unos cuadros con paisajes espantosos y fotos familiares en unos marcos recargados; se habría dicho que todas las personas allí representadas estaban muertas. La primera cosa que pensé fue que la casa de R. olía a vejez, a soledad y a tristeza. Pero le dije:

—Esta casa tiene su gracia.

Parecía inquieto, pero procuraba no demostrarlo: iba mirando a un lado y otro como si tuviera miedo de haber olvidado algo, de haber cerrado mal una ventana o dejado una entrada accesible. Pero yo, en una fracción de segundo, había pasado la estancia por el escáner ¡y tenía la seguridad de que por desgracia todo estaba en orden...! Por la forma en que estaba colocado el gran armario ropero comprendí que se encontraba a la derecha de la famosa puerta por la que habíamos salido y servía justamente para esconderla: quien entrara en aquel salón no tendría la más mínima idea de que detrás había un laberinto de pasillos y al final de todo una niña, y aquello me hundió la moral hasta el fondo del fondo de las Converse.

R. señaló el sofá de terciopelo amarillo gastado, con adornos rebuscados que colgaban hasta el suelo, y ordenó:

—Siéntate. No te muevas. Si te mueves o gritas, te mato. ¿Está claro?

Obedecí, pero pregunté si podía bajar un poco la música, porque aquello realmente me destrozaba los oídos.

—No puede destrozarte los oídos, es Beethoven.

Beethoven o no, me destrozaba los oídos, pero cerré el pico. Salió medio minuto y yo pasé el láser por el salón con los ojos, deprisa, un teléfono, deprisa, una puerta de entrada, deprisa, un ordenador, pero no había nada de eso, a excepción de una gran tele LCD como la de casa y que se daba de bofetadas con la decoración. La cadena de música era también muy moderna, y cerca de las ventanas vi una cajita con una luz intermitente: una alarma, seguro, en Guéthary tenemos una, aunque no es de la misma empresa y esa sé cómo funciona. Todo era anticuado pero estaba extraordinariamente limpio y ordenado. Me fijé en los libros de una estantería, al lado de una impresionante colección de coches en miniatura. Cómo no, busqué el libro de Papy, pero no estaba, solo vi clásicos. Hoy los he leído casi todos: *Rojo y negro*, *El ingenuo*, *Cándido*, *Las ilusiones perdidas*, *Nuestra Señora de París*, *Cartas persas...* (En estos momentos leo *El último día de un condenado* de Víctor Hugo, que me parece super extraordinario.) Todos sus libros huelen a polvo, y en su interior, en la guarda, llevan escrito, en tinta violeta descolorida por el tiempo, MONA LUNEL. Luego me enteré de que la madre de R. se llama Mona, de modo que son suyos. Lo que no sé es si se trata de su nombre de soltera o del nombre del padre de Raphaël. En cualquier caso, «Raphaël Lunel» sería realmente un patronímico tonto ¡con tantas aliteraciones!

En fin, sigamos.

R. volvió enseguida al comedor: bajó la música cuando vio que no iba a gritar, y eso nos benefició a los dos. Dijo que se ocuparía del problema de las hormigas y fumigaría mi «habitación»: aquella noche tendría que dormir con él, porque los productos eran tóxicos. Cuando vio la cara que puse, añadió que, evidentemente, él dormiría en un sillón para vigilarme, pero que yo podría utilizar su cama. Al imaginar a R. en mi cuarto me entró el canguelo por si encontraba a Dora detrás del zócalo, algo que habría sido catastrófico. Claro que la última vez, al ver que las hormigas entraban por allí, había colocado bien el pedazo de madera y aquello me tranquilizó.

Para cerciorarse de que no haría ninguna tontería, me encerró en su habitación dando dos vueltas a la llave. Me explicó que, de todas formas, si encontraba un sistema para salir o si tenía intención de atacarlo, la alarma se pondría en marcha y se activarían todas las trampas con las que había llenado el jardín. Se trataba de unas trampas peligrosísimas, minas antipersonal, explosivos, sistemas con flechas que atraviesan el cuerpo si alguien se acerca demasiado al portal. Dijo también que la casa estaba aislada en pleno campo, de modo que no serviría de nada organizar planes o pedir auxilio porque la armaría gorda. Después de contarme todo aquello se fue. En su reloj eran las ocho de la noche.

Inspeccioné la habitación centímetro cuadrado a centímetro cuadrado; no tanto con la esperanza de encontrar algo para fugarme (sus historias sobre las trampas me habían metido el miedo en el cuerpo) como por curiosidad. Me refiero a que no era un lugar muy interesante, ni siquiera tenía espejo, como había esperado yo. Aun así, era extraordinario estar por fin en un lugar nuevo, ¡mirar cosas que no había visto mil veces! Me extasié en cada detalle, el cubrecama de raso acolchado, la ridícula butaca de madera tapizada con hilos dorados, las dos mesillas de noche de nogal con sus abominables lámparas con forma de velero, abrí los cajones de la cómoda y vi los calzoncillos y los calcetines de R. increíblemente ordenados. En el suelo, sobre las mismas baldosas marrones de todas las habitaciones, había una alfombra de piel de cordero, y en las paredes, más fotos con marcos dorados. Allí pude verlas de cerca: R. y una señora mayor frente al mar. R. y la misma señora mayor frente a una iglesia. R. y la señora mayor de excursión... Imagínate: ¡solo fotos de R. con su madre! Salvo una en la que se veía un niño en un jardín y creo que era él de pequeño. Debía de tener seis años, pero reconocí su pelo encrespado. Ya llevaba gafas sobre aquel rostro increíblemente simétrico, un buzo con pantalón corto de terciopelo azul marino, calcetines blancos hasta las rodillas y un jersey de cuello alto amarillo mostaza. Está claro que R. creció en los ochenta, se veía por la moda. En fin. Su madre tiene un pelo gris azulado que se le encrespa por la parte de arriba como a su hijo y ya no tiene nada de joven: unos surcos recorren su rostro como si le hubiera pasado por encima una cosechadora. Tiene unos ojos increíblemente tristes, pero le dan un aire malévol.

En la habitación hay además una ventana, que tenía los postigos cerrados y las persianas bajadas. Dudé mucho, pero por fin no hice ningún gesto para abrirla porque tenía demasiado miedo de que todo aquello explotara o algo así. Ver la casa de R. me hizo comprender que estaba más chalado de lo que imaginaba, porque era demasiado banal, estaba demasiado limpia, era demasiado anticuada, y con todas aquellas fotos resultaba realmente angustiada, eso sin tener en cuenta que en los cajones de la mesilla de noche no había más que ejemplares de la revista *Auto-moto* (y un tipo que lee *Auto-moto* para dormirse no puede ser normal).

Al cabo de unos veinte minutos, R. volvió y dijo, orgulloso:

—Mañana se acabaron las hormigas.

No pegué un salto hasta el techo porque sin duda aquello quería decir que volvería a mi cuarto. De modo que intenté aprovechar al máximo mi noche de «libertad».

— ¿Podemos ver la tele...? ¡Por favor! ¡Tengo tantas ganas de ver la tele! ¡Por favor, R., por favor!

— ¿Qué?

— ¿Qué qué?

— ¿Cómo me has llamado? ¿Herr?

— No... —respondí, cortada, porque se me había escapado—. R. La letra.

— Ah, vale, creí que me hablabas en alemán.

— Yo no hablo alemán. Estudiaré español y también japonés, y quizás incluso ruso.

— No me quieres llamar Raphaël porque es el nombre de tu padre, ¿verdad?

Fruncí el ceño y seguro que también puse cara de «No pienso responderte».

Me miró y sonrió a su estilo serpiente.

— Voy a poner un DVD.

— ¿En serio?

— ¿Qué quieres ver?

— ¡Una del Oeste! ¡O una de terror! ¡O de ciencia ficción!

— Tengo *E. T.*

— ¿No tiene algo menos viejo...? Esa la he visto un montón de veces...

— *E. T.* o nada.

— Bueno, vale, pues *E. T.*

Nos instalamos en el salón, en el sofá amarillo, y vimos *E. T.* Aunque me la sé de memoria fue una pasada ver imágenes, y encima R. había preparado palomitas, como si estuviéramos en el cine. Durante la película, encendió unos cuantos cigarrillos.

— Eso le matará —dije agitando la mano por delante de mi cara.

— Tu tía, la morena..., también fuma bastante.

— Sí, pero lo hace porque está triste. Dice que los cigarrillos sustituyen a los besos.

— Puede que yo haga lo mismo, ¿tú qué sabes?

Seguimos mirando la película sin hablar, yo comiendo palomitas y él fumando. Al final, cuando el extraterrestre vuelve a su planeta, lloré como cada vez, y R. me tomó el pelo.

— ¡Qué blandengue eres!

— ¿Qué pasa? ¡Es triste!

—Me parece estupendo. Mi madre también llora.

—¿Su madre es la señora de las fotos de su habitación? —pregunté.

Asintió, pero con un gesto extraño.

—Le diré una cosa: yendo de vacaciones con su madre no encontrará novia.

—Pero ¿qué perra te ha dado con buscarme novia? ¡No necesito ninguna novia!

—Si tuviera novia no me necesitaría a mí.

—No lo entiendes, Madison. No entiendes nada.

—¡Explíquemelo! ¡Piense que soy muy lista! Sé que se las da de malo pero en realidad es un tipo simpático... Déjeme marchar, ¡por favor! No sé, ¡véndeme los ojos, métame en el Volvo negro y abandóneme en cualquier parte! ¡En una carretera, en un campo, da lo mismo! No les contaré nada, se lo juro...

—¡Basta! —ordenó con una voz tajante al tiempo que se levantaba del sofá.

Yo también me levanté, pero esta vez no le obedecí. Estar fuera de mi cuarto me exaltaba. Me sentía tan cercana al exterior, a la vida, allí, justo detrás de las persianas, que ya nada me daba miedo, y entonces empecé a dar vueltas en el salón, hablando cada vez más alto:

—No diré nada a nadie, ¡haré como si lo hubiera olvidado todo! Se lo aseguro, explicaré que tengo amnesia, que no sé lo que pasó, ¡no podrán encontrarle! ¡No le encontrarán nunca, ni siquiera sé dónde estamos...!

—¡Madison! ¡Para!

—Se lo ruego, ya basta, ¡quiero volver a casa! ¡Por favor!

—¡CÁLLATE!

—Solo quiero volver a casa... ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

—Así aprenderé a ser amable, ¡puñeta! ¡Así aprenderé! ¡Se te da la mano y tú te tomas el brazo!

—Si la casa está tan aislada, ¿qué puede importar que grite, eh, qué puede importar? ¡Ojalá nunca hubiera subido a aquel Volvo asqueroso! No tenía que haber pasado nunca por aquella carretera de mier...

R.. se lanzó sobre mí para taparme la boca con la mano. Me debatí con él, pero me sentó por la fuerza en el sofá hasta que me tuvo inmovilizada.

—Si aquel día no hubieras subido —murmuró mirándome fijamente con aquellos ojos de clavo de olor—, te habría pillado otro día. No sirve de nada que te hagas mala sangre, porque lo nuestro era inevitable.

Gruñí entre sus dedos, pues no entendía nada de lo que me contaba.

—Pero ¿tú qué crees? ¿Que aquella mañana me levanté pensando: «Venga, hoy voy a secuestrar a una niña»? Te escogí, Madison. A ti y no a otra. Un día te vi en la calle y supe que eras tú. Te paseabas por Saint-Jean-de-Luz con tu tía, era invierno,

un poco antes de Navidad. Había nevado y llevabas botas de agua, un impermeable y un sombrero de lluvia rojos. No puedo explicarte por qué, pero en cuanto te vi lo supe. Fue como un clic. Supe que eras el objetivo que debía alcanzar, la que iba a dar sentido a mi vida. Te observé durante meses, seguí tus progresos en tenis, hice guardia delante de tu casa en coches de alquiler, frente a tu colegio... y el escondite lo hice para ti.

R. dejó de hablar y me observó hasta el fondo de los ojos para saber si podía quitar la mano. Tenía la cara llena de lágrimas, pero agité la cabeza de arriba abajo para decir que vale. Poco a poco, aflojó la opresión y aspiré una gran bocanada de aire. La luz halógena que iluminaba el salón se arrastraba en zigzag delante de mis pupilas como cuando vas en coche y, detrás de los cristales, las farolas de la autopista desfilan a toda velocidad en la noche

—Aprendí tus costumbres —siguió en voz baja—. Tus horarios, tus trayectos, tus preferencias. Lo sé todo, ¿entiendes? Lo sé todo de ti, y aquel día estaba convencido de que subirías a mi coche. Ibas a subir aunque en el fondo sabías que era algo que no debías hacer. Subiste porque estás colada por el hijo del veterinario, subiste porque hacía poco que tenías el gato y por ello no ibas a dejar a Catherine en la estacada. También estaba al corriente de la tormenta, había estudiado el tiempo hasta el último detalle, imagen de satélite tras imagen de satélite. Todo estaba planeado, Madison, ¿ves? Absolutamente todo. No dejé nada al azar y aquel día no hubo azar. O sea que ahora mismo vas a dejar de tomarme por un gilipollas. No pensaba que fueras tan astuta, eso es verdad. Pero yo soy mucho, muchísimo más astuto que tú.

A partir de aquella noche ya nada fue como antes.

La revolución bolchevique

—¡Me voy a Rusia! —exclamó Louison sentándose en el bar de debajo de su casa, del que nos habíamos convertido en habituales en aquellos cinco meses de relación.

—¿Cómo? Pero ¿cuándo?

—Dentro de una semana, si no hay novedad.

—¿Y me lo dices así, de golpe y porrazo? ¿Te quedas conmigo o qué? Ya tengo los billetes, mis padres nos esperan...

—No te lo tomes así, Stan, ¡estoy tan contenta! Me habría gustado ir a tu casa, pero esta es una oportunidad que no puedo desperdiciar, ¿no lo entiendes?

—No, no lo entiendo. De verdad, *baby*, no lo entiendo.

Me lanzó una mirada asesina por aquel mordaz «*baby*» que le acababa de soltar en las narices. Encendió el cigarrillo, con el célebre mechero A. D. que me había regalado ella cuando cumplí los veinticuatro. Hizo un gesto al dueño pidiendo un café.

—Oye, tengo toda la vida para ir a la costa vasca. Además, sabes bien que no soporto esa zona.

—Entonces, ¿por qué dijiste que sí?

—No sé. Para que estuvieras contento, insististe tanto...

—¿Y Yo misma se va para cuánto tiempo? —pregunté por fin, sin dar crédito a que fuera yo quien dijera lo que estaba diciendo.

—Un mes y medio.

Llevaba un vestido retro estampado con lágrimas multicolores y en él vi la señal precursora de un cataclismo de gran envergadura. Tragué la información pero seguro que palidecí, pues me tomó la mano por encima de la mesa mientras con la otra ponía azúcar en su café.

—Si no he comprendido mal, ¿nos separamos?

Frunció las cejas y puso cara de no saber qué le contaba.

—No, ¿por qué? No veo la relación.

—Dejas colgadas nuestras vacaciones en el último momento para irte a la otra punta del mundo con... ¿con quién, vamos a ver?

—Con mi colega polaco. Viktor, ya te he hablado de él. Con él fui a Suecia.

—De modo que —dije— dejas colgadas nuestras vacaciones para irte a pasar el verano en Rusia con un polaco... Así que llego a la conclusión de que para ti nuestra relación tiene poca importancia.

—Basta, Stan... —respondió estrechándome la mano—. Hacía mucho tiempo que no estaba tan bien con alguien. Compartimos muchísimas cosas y además, gracias a ti, estoy progresando en mi trabajo... nunca había hecho fotos tan buenas como desde que te conozco. Me siento en una efervescencia intelectual tan provechosa... Me aportas mucho.

—Sí, te apporto, Louison. ¿Pero te importo algo?

—Oye —replicó ella, irritada, retirando la mano—, me voy porque es importante para mí. Podría solicitar una beca con las imágenes que traiga, puede que incluso piense en una exposición. Siempre he soñado con ir allí. ¿Tú crees que una relación tiene como objetivo destrozarse los sueños del otro?

Me cañé. El argumento era imparable, pero aquel no era el problema: esperaba que me pidiera que me fuese con ella, aunque sabía que no lo haría. Desde que nos habíamos conocido estaba siempre a punto de marcharse, semana en Berlín, fin de semana en Roma, seminario en Bruselas, no deshacía las maletas sino era para volver a llenarlas; pero ni en una sola ocasión se le ocurrió que podría acompañarla. Yo era el espigón donde Louison tomaba el sol para descansar de sus distintos periplos, y a mí me consumía una pasión que tenía que disimular constantemente. Aunque se pasara el tiempo decepcionándome, unas horas de amabilidad me bastaban para que lo olvidara todo. Y a cada segundo que pasaba estaba un poco más enamorado de ella. A pesar de nuestras diferencias fundamentales, éramos dos seres apasionados, independientes, y nuestros caracteres, así como nuestras anatomías, parecían imbricarse a la perfección. Podíamos pasarnos horas charlando con una copa en la mano, compartíamos libros, películas, puntos de vista sobre el mundo, ella leía mis cuentos, yo la ayudaba a clasificar sus fotografías: nos enriquecíamos al aportar una mirada virgen al trabajo del otro, y nos reíamos mucho. Entre intercambio intelectual e intercambio intelectual, intercambiábamos fluidos, en cualquier parte, a la hora que fuera del día y de la noche, lo de posar frente a los pintores le había proporcionado un cuerpo de bailarina, flexible y atlético. Louison era de las que sienten tanto interés por el sexo como los chicos, cuando no más. Yo ya sabía que existían mujeres así, a decir de Antoine y de algún otro, pero nunca había encontrado a ninguna. He de confesar que antes de ella me había especializado en historias sin mañana, pocas veces propicias al juego desenfrenado. En cuanto a Alice, bajo aquel escaparate pícaro se escondía una niña sensata, educada con el catecismo, y fuera de la postura del misionero se sentía incómoda. Así pues, Louison fue para mí un gran descubrimiento, como ya me permitieron presagiar sus confesiones sobre el onanismo el primer día. Aun así, flotaba entre nosotros una vaga diferencia que me empujaba irremediabilmente hacia ella, como si quisiera descubrir el misterio. ¿Qué misterio? No había tal misterio, para saberlo hubiera bastado preguntarle: «¿Me quieres?»; pero claro, yo no preguntaba nada, convencido de que su respuesta me obligaría a perderla. Tenía la ilusión de que a la larga el amor actuaría por contaminación, como un maravilloso virus que fagocitaría sus dudas para hacer un hueco al idilio unificador que yo imaginaba. Yo también habría querido encerrarla en un sótano para que no se alejara nunca más. Habría querido obligarla a quererme, revolver en la sien: me sentía incapaz de vivir sin ella. Pero había aprendido a

conocerla, y Louison era como esas algas submarinas que cabecean desde su bulbo al ritmo de las mareas. Iba a donde la llevaba la ola y absorbía el sustancioso tuétano de cada encuentro: ya se tratara de mí, de Viktor, de François o de cualquier otro, los seres humanos no eran para ella más que alimento —afectivo, espiritual, económico, sexual—, y una vez roídos hasta el hueso, para ella ya no teníamos ninguna utilidad. Contra Pim's solo se enfurecía por el relativo desinterés que mostraba ante ella, cuando Louison habría deseado que permaneciera eternamente como un ser insignificante enamorado en la espumosa estela de su brillante orgullo... pero el rutilante macho tenía otras ocupaciones.

—Perfecto —acabé por decir, acorralado—. Supongo que no puedo luchar contra los bolcheviques. Pero no estoy seguro de que vaya a esperarte.

Ante aquel patético intento por conservar algo de dignidad, esbozó una sonrisa terrible.

—Haz lo que quieras, cielo. Eres un hombre libre —concluyó, y se colgó su eterno bolso de cuero negro—. Te dejo, Yo misma tiene que ir a buscar un visado.

Se levantó sin ni siquiera darme un beso y se dio media vuelta. La seguí con la vista mientras abría el candado de la bici aparcada al otro lado de la place Saint-Sulpice. Nuestra historia me parecía demasiado frágil para aguantar dos meses de separación: sabía que Louison era infiel por naturaleza y que el alga submarina tendría sin duda mil encuentros formidables en el curso de sus aventuras en tierras moscovitas. Tuve que rendirme ante la evidencia: el virus no había penetrado en su carne y mucho menos en el órgano de piedra que le hacía las veces de corazón. Estaba mortificado. De repente pensé en Mathilde: por fin comprendí lo que había podido sentir aquella noche cuando apagué su llama con tres palabras y con el tacto de un extintor portátil. El amor pensé. ¡El amor y sus sórdidos juegos de manos! Una nube de turistas, como una bandada de estorninos con cámaras, empezó a hacer fotos de la terraza. Como tenía un gran sentido de lo trágico, no me deshice en lágrimas ni corrí a lanzarme al Sena: por algo soy hijo de mi madre; estaba realmente de un humor de gulag. Iba a encender un cigarrillo, pero la piedra de A. D. se rompió de pronto y tuve que ir a pedir cerillas a la barra: el bosque de símbolos era ya asfixiante. Faltaba la guinda del pastel: en breve tendría los resultados del certificado de aptitud; en principio no sabía ni por qué milagro me habían admitido, dada la poca concentración que puse en ello en aquel período tan agitado.

Pasó el vendedor de periódicos gritando: «Han llegado los extraterrestres, ya los tenemos aquí, señoras y señores, han llegado los extraterrestres, compren la gaceta del día, ¡han llegado los extraterrestres!», siguiendo su habitual estrategia comercial. Ya que el apresurado comunicado de Louison había caído sobre mí como la desgracia sobre el mundo, me dije que el horror del susodicho mundo aliviaría un poco mi malestar: compré el *Liberation*, básicamente por una cuestión léxica, y me lancé de cabeza a sus artículos. La barbarie corriente suele reconfortarme, y aquella mañana esperaba encontrar una historia lo suficientemente sórdida para desviar mis ideas de la terrorista con vestido retro. Tuve suerte: las páginas de «sociedad»

eclipsaron la traición de Yo misma arrojándome una fotografía que yo conocía demasiado.

CURIOSO ANIVERSARIO

POR LA DESAPARECIDA DE AQUITANIA

La «célula Madison», que se había reducido a un simple temblor a pesar de las constantes sacudidas de la familia Etchart, ha recuperado la efervescencia de las primeras horas: la niña, que contaba 11 años en el momento de los hechos, desapareció hace tres años de la Costa Vasca, el 14 de junio, en circunstancias aún desconocidas. La pequeña, a la que se vio por última vez cuando bajaba del autocar que la llevaba a casa desde la escuela Jean Rostand de Biarritz, donde acababa sexto, parece haberse volatilizado en aquella carretera de los alrededores de Guéthary sin dejar el menor rastro. Pese a que los gendarmes encargados del caso optaron enseguida por la tesis del secuestro, no consiguieron juntar indicios válidos, y las pistas que se siguieron no dieron resultado alguno. La investigación sigue, aunque solo se ha destinado a ella una decena de agentes... agentes que se están moviendo de nuevo desde que una tal Muriel B., médium y radiestesista, les ha proporcionado nuevos elementos que, según la policía, serían tan inquietantes que valdría la pena tenerlos en cuenta. «En efecto —explica el teniente coronel Carlotti, encargado de la investigación—, la señora B. nos ha confiado unos detalles sobre el caso que nunca ha divulgado la prensa. No es corriente tener que recurrir a este tipo de especialistas, pero en un caso tan grave no queremos desechar ninguna pista.» Después de tres años de búsqueda infructuosa, es pues el sector paranormal el que reactiva las investigaciones para intentar comprender qué pudo haber pasado con la niña. «La señora B. ha dado instrucciones sobre búsqueda precisas —prosigue Carlotti—. Según ella, la pequeña estaría bajo tierra, aunque viva, y en nuestra región: "En algún punto cercano al Nivelles, próximo a la frontera española aunque en territorio francés", precisó B. La mujer ve también un vehículo negro y las letras R y L, aunque no puede determinar si dichas letras corresponden al lugar donde se encuentra retenida Madison, al nombre de su secuestrador o incluso al automóvil.» Por consiguiente, la policía peina la provincia de Lapurdi, inspecciona los vehículos negros registrados en la zona (en particular los Renault) y se interesa por todas las casas, pueblos y personas cuyos nombres contengan las dos letras citadas por la médium. «Nos anima que se hayan reanudado las investigaciones —nos ha confiado con cierta amargura Raphaël Etchart, padre de la desaparecida—. Pero no nos hacemos ilusiones respecto al origen de la información... En tres años hemos recibido cientos de cartas como las de la señora B., y todas las hemos remitido a la policía. Léonore y yo seguimos convencidos de que

Madison está viva. No teníamos ninguna necesidad de encontrar a un charlatán más para confirmar nuestras esperanzas.»

Las letras R y L me recordaban a Louison y Rusia, el vehículo negro, su maldita bici holandesa con la que se dedicaba a abandonarme, claro que podrían recordar cualquier cosa a cualquier persona. Estaba consternado. Ávido de detalles, llamé a mi madre.

—¡Cariño! ¿Qué tal? ¿Sabes que hace tres días que intento localizarte? Queríamos saber cuándo llegabas.

—¿Qué es esa historia, mamá?

—¿Qué historia?

—La de la médium, ¡sobre Madison! ¡Acabo de leer un artículo en el periódico!

—Señor —suspiró, con su voz aguda—, ¡lo que les faltaba a esa pobre gente! ¡Aquí enseguida montan una tormenta en un vaso de agua, imagínate!

—Pero... ¿han sacado algo en claro?

—Cuentos chinos, ya sabes. Ayer encontraron un zapato de niña en la carretera de Ciboure, cerca de una casa llamada Elorri. Imagínate que en el patio había una furgoneta negra... Analizaron el zapato y encontraron sangre, 0 positivo, como la de Madi. Y nada, ¡aquella gente se había marchado!

—¿Entonces? —pregunté, asombrado.

—¡Entonces nada! El zapato era de la hija del pobre hombre que vive allí, un viudo, por si fuera poco...

—¿Y la sangre?

—Se había lastimado el pie yendo en bici. Al menos eso es lo que contó a la policía, y no sé por qué esa niña tendría que mentir...

—No, claro. Además, es el grupo sanguíneo más corriente... Pero ¿hacen pruebas de ADN?

—Supongo, cariño, ¡pero no soy policía! ¿Te imaginas sus padres? Estuvieron a punto de anunciarles la recuperación del cadáver de su hija... La madre... ¡pobrecita! ¡En su estado!

—¿La has visto? ¿Cómo está?

—Ya no sale. Vi a la señora Jaso en el mercado y me dijo que Léonore guarda cama desde finales del segundo trimestre... Después de todo, ya no es tan joven. Me acuerdo que cuando tu hermana yo también tuve que estar en la cama. Oh, créeme, no tenía nada de divertido... ¿Y tú? ¿Qué tal todo? ¿Cuándo venís? ¡Estoy tan impaciente por verte!

—Ya me verás, mamá. Pero Louison ha tenido un contratiempo.

—Vaya... ¡Con la ilusión que me hacía conocerla! Tú no sueles deshacerte en alabanzas sobre nadie, ¡y mucho menos sobre una chica!

—Pues igual me equivoqué, mamá...

—¿Cómo que «me equivoqué»? No, no, no, ¡no tires la toalla tan deprisa, Stanislas! ¡Lo que faltaba! Vosotros, los jóvenes, al primer tropiezo en la perfecta trama del amor ¡lo mandáis todo a paseo! Piensa, cariño, que una pareja exige compromiso, esfuerzo, adaptación... ¡No me extraña que hoy en día toda la juventud se divorcie! ¡No estáis dispuestos a luchar!

—Llego el 21, mamá, ¿vale? —intervine para frenar lo que parecía que iba a degenerar en una verborrea que no tenía humor para seguir—. ¿Papá irá a recogerme?

—Claro. Llámame cuando sepas los resultados, ¿de acuerdo? ¡El 21! ¡Diez días! ¡Qué contenta estoy! Supongo que comes bien, ¿no? ¿Ya te cuidas?

—Sí, mamá...

—Piensa que últimamente hay muchos casos de gastroenteritis, o sea que lávate bien las manos, porque sería una verdadera estupidez que te pusieras enfermo en vacaciones.

—Vale, te dejo, tengo otra llamada.

—Bien, de acuerdo, te quiero mucho, cariño...

—Yo también te quiero.

Colgué y fijé la vista en la Madison de la página del periódico. *Elorri* significa «espino» en vasco: el nombre perfecto para una casa de los horrores, ¡el patronímico perfecto! Aquella investigación «mediumnítica» me parecía ridícula y, con más razón, me ponía a cien. Pero hoy debo reconocer que las coincidencias son inquietantes, y me gustaría ver a la tal señora B. y hacerle algunas preguntas sobre mi futuro...

En aquellas circunstancias, me fui de la terraza bastante deprimido y avancé en un estado medio inconsciente respirando el dulce perfume de los tubos de escape. Hacía un tiempo desconcertante para estar a principios de verano, es decir, fresco y relativamente desapacible, que daba a París un aire de circo: todo el mundo se negaba a admitir la situación climática y por todas partes veías circular siluetas estrambóticas, lo que habría hecho las delicias de Madison: vestiditos estampados y plumones acolchados, shorts microscópicos y botas de agua, camisetas con tirantes, sandalias y paraguas, blusas vaporosas y parkas con cuello peludo: las combinaciones indumentarias más insólitas caracterizaban aquel desagradable mes de julio. Nada de extraordinario, era el principio de la guerra fría.

«Fríó» es, en efecto, el adjetivo más adecuado: me di cuenta de que no había llorado ni una sola vez, ni durante ni después de mi relación con Louison. Mi padre me enseñó que un hombre no llora. Pero creía sobre todo que había pasado aquellos meses en un estado de tensión tal que fui incapaz de producir lo que fuera, no me

salieron ni palabras, ni lágrimas. Y aquella mañana, abriéndome paso entre el gentío en la place de l'Odéon, no era más que un espectro entre otros espectros: con los ojos secos y el corazón muerto.

Después de mi ataque de nervios la noche en que salí por primera vez, R. decretó de golpe y porrazo que era hora de dormir. Como no tenía ni pizca de sueño porque los acontecimientos me habían trastornado, dije:

—No tengo el pijama, no tengo el cepillo de dientes, no sé dormirme sin el iPod, ¡y además no me he lavado!

—Por una noche dormirás sucia, princesita. Lo superarás.

Le miré estilo «Si mis ojos fueran ametralladoras, estarías muerto», pero se percató de que buscaba camorra y no mordió el anzuelo. Buscó un fusil en el ropero y luego colocó de nuevo el armario frente a la puerta que lleva a mi cuarto. Tiró de mi mano y me encerró con él en su habitación, dándole dos vueltas a la llave. Cuando sacó el fusil, tuve un miedo terrible, porque nunca había visto un arma, excepto en las imágenes de guerra de la tele, e hice un movimiento de retroceso. Pareció molesto.

—Es solo por precaución. Por si te da por inventarte algo o tienes intención de ponerte a gritar otra vez. Pero no pienso utilizarlo... es decir, si te portas bien.

Entonces me anduve con cuidado. R. encendió una de las lámparas de la mesilla: sacó de la cómoda una camiseta grande que podía servir como camión y se dio la vuelta. Me la puse para quitarme los vaqueros estampados con flores y el horripilante jersey verde pistacho que llevaba aquel día. Luego me dijo que me metiera en la cama, precisando que había cambiado las sábanas por mí. Él permaneció vestido y se instaló en la butaca de tapicería hortera. Seguía apuntándome con el fusil, tipo sheriff en las películas del Oeste, y aquello me daba canguelo.

—Ese cacharro me da canguelo. ¿No puede dejarlo? No voy a escaparme, ¿adonde quiere que vaya...?

Reflexionó un segundo, bajó el fusil. Luego, lo mantuvo como un bastón, pero no lo soltó en ningún momento. Por primera vez, me dije que no solo tenía miedo de que me fugara: tenía miedo de MÍ. Por eso, los platos y las tazas de plástico, los cubiertos con las puntas romas y todo lo demás. Siempre había creído que se comía el coco pensando que al estar tanto tiempo encerrada podía hacerme daño a mí misma, pero al verlo tan tenso con su fusil me dije que creía que YO era PELIGROSA. No soy una ardilla domesticada, porque una ardilla no puede hacer daño a nadie, y aquel fue un pensamiento tan chulo que me envalentonó.

—Se ha tirado el rollo con lo del rescate, ¿no?

Se puso rojo amapola. Esperó un momento y luego dijo:

—Solo quería estar contigo.

—¡Si ya estaba con usted! ¿Por qué tenía que contarme esa bola? ¡Es una chorrada, ya me había hecho prisionera!

—No digas «prisionera». No es una palabra agradable.

—Puede, pero es la mejor que se me ha ocurrido, para que se entere. Si le gusta más, tengo «rehén».

—Prefiero «visita». O «amiga»... «Inquilina», en última instancia.

—Sí, pero esas palabras designan a gente que puede ir y venir como le da la gana, así que es una tontería.

—¿Lo ves, Madison? Por eso no te quiero comprar el diccionario.

Lo dijo con amabilidad, más bien en broma, y aun sin ganas, sonreí. Resultaba realmente cómico estar en aquella cama tan limpia, con almohadas bajo la cabeza, tic palique con R., sentado en su butaca como una abuela junto a la cama de un nieto enfermo, aunque en realidad el niño enfermo era él.

—Bueno, ¿qué? —pregunté, porque no pensaba quedarme a dos velas con la pregunta—. ¿Para qué la historia del rescate?

—Hacías demasiadas preguntas —dijo levantando los hombros—. No me gusta que me pillen desprevenido. Querías una explicación y te di una.

—¡No lo pensó mucho!

—Cada uno hace lo que puede. No todo el mundo es tan listo como tú.

—Ah, ah —respondí—, usted es un gracioso.

Luego se hizo el silencio. Sabía que tenía que aprovechar aquel momento especial para sacar en claro los máximos detalles, pues a pesar de mi ataque, R. parecía estar de buen humor, como si le gustara verme allí, en su cama, en su casa. Ya cuando veíamos *E. T.* comiendo palomitas, me había fijado en que sonreía, y tú sabes que eso es algo rarísimo. Me refiero a que era una sonrisa de verdad, no aquello forzado y cínico que me dirige cuando me pongo coñazo. Aquella era la sonrisa de una persona realmente feliz. Pero claro, todo lo que yo quería saber tenía que molestarle...

—¿Y cuánto tiempo me tendrá aquí? ¿Un año? ¿Mil años?

—El tiempo que haga falta —respondió, y aquello me puso terriblemente de los nervios.

—Pero ¿el tiempo que haga falta para qué?

Bajó la cabeza y empezó a jugar con el anillo con la M que lleva en el dedo meñique. Me crucé de brazos y adopté la técnica del enfurruñamiento. Como nada cambiaba, al cabo de unos cuantos segundos volví a preguntar, más imperativa:

—¿Tiempo para qué?

—Para que me quieras.

—Pues entonces, la palmaré aquí.

Me volví y me puse las dos almohadas sobre la cabeza. ¡Que le quisiera! ¡Aquello sí era fuerte! ¡Imagínate! ¡Que le quisiera!

Me había dejado pasmada. No nos dijimos nada más, y al cabo de un momento oí que se levantaba, por los crujidos de la butaca tapizada; apagó la lámpara de la mesilla de noche.

—¡Encienda la luz! —ordené.

Lo hizo. Me incorporé y le miré otra vez.

—¿De quién es esta casa? ¿Usted es rico?

—No. Es de mi madre. La heredó de una tía lejana.

—¿Y por qué no vive aquí su madre si la casa es suya?

—Ha vivido aquí mucho tiempo, pero ahora le da miedo el aislamiento —explicó, recalcando la palabra «aislamiento»—. Prefiere la ciudad. Aquí es muy complicado para ella. Es vieja.

—¡Y lo bien que eso le va a usted! ¿O no? —exclamé, irónica—. Lo habría tenido mal para mantenerme encerrada de haber tenido siempre a la abuelita encima.

Vi que la mano de R. apretaba fuerte la culata del fusil, pero me importaba un pito porque el poder lo tenía yo.

—Yo me casaré con un hombre muy rico —dije para hacerle rabiar aunque no fuera verdad—. Tendrá un descapotable azul eléctrico y me llevará de vacaciones a unas islas increíbles donde tendremos un yate enorme como los de los famosos que salen en las revistas de su madre. ¡Comeremos montañas de caviar, me comprará vestidos muy caros y nos ducharemos con champán!

—¡Pues menudo tufo!

—Y a mí qué. Lo que quiero decir es que a usted no lo querré nunca.

—Lo sé. Estás enamorada de Stanislas.

—Exactamente. Estoy enamorada de Stanislas, y es para toda la vida.

—¡Anda que...! —saltó, satisfecho consigo mismo—. ¡Resulta que te gustan los viejos!

—Stanislas no es viejo: es un hombre maduro. Usted sí que es viejo.

Y me coloqué de nuevo las almohadas por encima de la cabeza. A mi espalda, suspiró, y ya no nos dijimos nada más. Hice como que dormía, pero claro, no pegué ojo en toda la noche, y él tampoco: de vez en cuando me daba la vuelta estilo «Me estiro mientras duermo» y entreabría un párpado para ver qué hacía R.: seguía allí, en su butaca, mirándome sin hacer nada más que mirarme. Mi cabeza iba a la velocidad de la luz, pues en realidad era algo increíble lo de saber OFICIALMENTE que no había rescate. Es cierto que me lo había imaginado, pero prefería seguir creyendo que era verdad, porque las otras razones que habrían podido empujar a R. a mantenerme encerrada en su sótano me daban canguis. Aquella noche pues no sabía qué pensar. «Mis intenciones son puras», me había dicho un día. ¡Y un huevo! Pero por otra parte es verdad: nunca tuvo malos gestos, ni siquiera ahora que casi parezco una mujer de verdad (además me suelta todos esos sermones como si fuera a

meterme a monja). Nunca he entendido por qué lo hizo, me refiero a lo de secuestrarme. Creo que está tan solo en el mundo que lo que quería era una amiga y tenerla allí para cuando la necesitara y, mala suerte, le gusté yo... ¡Ya sabía yo que me quedaba chachi el impermeable rojo! Mierda, a veces me arrepiento de tener tanto estilo. (Llaman. Vuelvo.)

R. tiene ciática: apuesto a que esperaba que le compadecería. Nos hemos peleado otra vez por las mismas cosas y, ya ves, acaba de irse dando un portazo, o sea que mi salida ha quedado anulada. Dice que no soy amable y que le culpabilizo todo el tiempo, cuando hace lo posible para que yo sea feliz. A lo que yo he respondido que nadie puede ser feliz doblado en una caja y que a veces preferiría estar muerta (lo que no es verdad, pero no soporta que se lo diga) antes que ver sujeta todos los días.

Eso es a lo que se le llama: nada nuevo bajo el sol (aunque aquí la expresión tenga un sentido especialmente relativo).

Bueno.

Al día siguiente de aquella noche, los dos teníamos unas ojeras increíbles, como si nos las hubieran pintado con tinta china. Cuando oí crujir la butaca hice como que aún dormía. R. salió de la habitación después de haber pasado la llave, luego volvió con una bandeja en la que traía mi desayuno. Como siempre, chocolate en un bol de plástico, dos rebanadas de pan con mantequilla y mermelada de arándanos (antes me la traía de albaricoque, hasta el día en que le dije que la prefería de arándanos) .

—¿Has dormido bien?

—¡Increíblemente bien! —dije para tirarme el rollo—. ¿Y usted?

Pero no se enfadó, acercó su mano a mi pelo. Lo acarició, como para peinarme. Sé que le gusta mucho mi pelo y veo cómo lo mira: según él, mis cabellos parecen «plumas de pájaro exótico». Nunca los había acariciado así; pero curiosamente no me molestó mucho.

—Es la primera vez que te veo al despertar...

—Sí, ¡y espero que sea la última! —respondí echándome hacia atrás para que apartara la mano—. Porque no tiene ninguna gracia que te apunten en la cabeza con un fusil mientras duermes, no sé si me explico.

Me pasó la bandeja y empecé a comer con ganas. Pareció que le gustaba: desde mi huelga de hambre, creo que siempre tiene miedo de que vuelva a las andadas. Pero incluso cuando estoy deprimida hago un esfuerzo, porque no quiero ponerme enferma. Para él sería un riesgo demasiado grande que me viera un médico, por ello sé que tengo que ir con mucho cuidado y no pillar algo grave. Cuando acabé la primera rebanada dije:

—¿No cree que podría usar una vajilla normal, ahora? No voy a decapitarlo con un trozo de plato.

—Esta vajilla está muy bien. El plástico es higiénico.

—Me da la impresión de ser un bebé.

—¡Eres un bebé! Mira cómo te comportas, todo el tiempo con caprichitos con esto caprichitos con lo otro.

Reflexioné un momento y después pregunté:

—Si usted tuviera elección..., si pudiera volver atrás..., ¿me volvería a escoger, o elegiría a una niña menos peñazo?

—Me gusta que seas peñazo —dijo con una sonrisa amable—. Demuestra que tienes carácter.

—¿No me cambiaría por otra?

—¡En la vida!

—Mierda —respondí—. ¡Me ha tocado!

Se puso a reír y luego dijo que en cuanto acabara el desayuno se ocuparía de las hormigas. Mojé el pan en el chocolate.

—Empiece, no hace falta que me espere. Por la mañana suelo comer despacio, si no mi barriga hace unos estragos catastróficos.

De repente cambió la mirada y su expresión me metió el miedo en el cuerpo. Comprendí que por su cabeza pasaba algo oscuro y dejé el pan en la bandeja.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Con la que montaste ayer, no te puedo dejar aquí sin vigilancia. Podría ausentarme un par de horas.

—¿Y qué? De todas formas me encerrará. Me encantaría tener un libro. He visto algunos en el salón.

—Cómete el pan.

—Ya no tengo hambre.

Nos dirigimos una mala mirada, como en un duelo de cowboys. R. suspiró y sacó de la cómoda un fular y un rollo de cinta adhesiva.

—¿Cómo? ¡Supongo que no me atará!

—Me veo obligado a hacerlo, no es porque sí.

—¡No! ¡No puede hacerlo! ¡Eso es una guarrada! ¡No me puede atar!

Me levanté de la cama, volqué la bandeja y el chocolate salpicó la alfombra de piel de cordero. Eso le enojó: me cogió por detrás y en un santiamén me tapó la boca con la cinta adhesiva. Me debatí, pero R. es mucho más fuerte que yo y en unos segundos ya no pude decir nada. Gruñía con todas mis fuerzas a través de la mordaza.

—No quiero hacerte daño, Madison... Por favor, cálmate. Voy a atarte las manos, ¿vale? No me queda más remedio, porque te quitarías la cinta adhesiva. Si te pones nerviosa, puedo lastimarte, mientras que si estás tranquila todo irá como la seda, ¿entiendes?

Lo decía en un tono apacible. Como si lo que estuviera ocurriendo no fuera grave. Yo seguía debatiéndome, intentaba explicarle que no haría nada, que no gritaría, que

no intentaría escaparme, pero claro, no me entendía porque mis explicaciones eran borborigmos.

—No puedo arriesgarme. Intenté confiar en ti, pero me fallaste, y no una vez sino dos. Lo siento mucho. Dame las manos.

Pero yo seguía debatiéndome porque aquello en la cara me desquiciaba, y noté que él perdía la paciencia.

—¿Prefieres que te golpee? ¡Dame las manos, Madison! Si no, te pongo a dormir con el producto del primer día.

Entonces le tendí las muñecas, pues sabía que no había nada que hacer. Me las ató a la espalda con el fular, muy fuerte, precisando que, por amabilidad, había escogido una tela y no una cuerda que podía cortarme la piel. Imagino que creía que se lo agradecería... ¡Vaya morro! Gruñí «CABRÓN», pero claro, no me entendió, porque salió algo así como «Ummmooonnn». Me dijo «Perdón» y me abandonó en el dormitorio, amordazada y atada como un salchichón humano, tan solo con las piernas libres para poder andar. Estaba hecha un basilisco, ¡una auténtica olla a presión! Me lancé contra la puerta varias veces gruñendo con todas mis fuerzas, pero me hice daño en el hombro y tuve que dejarlo. Presa de rabia, fui agrandando la mancha de chocolate de la alfombra, frotándola con los pies, para que él no volviera a verla y, tal vez, su madre le riñera.

Luego me tendí en la cama y me puse a llorar. Es especialmente espantoso llorar con una mordaza porque al cabo de poco ya no puedes respirar. La nariz se tapa y te ahogas, una sensación muchísimo peor que la de un resfriado de campeonato, cuando crees que vas a morir ahogada dentro de ti misma. En fin, que no te lo aconsejo: creí que había llegado mi hora. Después, gracias a lo que llaman INSTINTO DE CONSERVACIÓN, conseguí calmarme. Me sorbí los mocos y me calmé un poco. Aquello me había dejado totalmente agotada y por fin me dormí (o tuve un patatús, no lo sé muy bien) Fue K. quien me despertó cuando oí que la llave giraba en la cerradura.

Simulé estar muerta. Me quedé completamente tiesa en la cama, con los brazos junto al cuerpo y los ojos muy abiertos, para que se asustara. Durante unos diez segundos noté que me miraba sin rechistar... luego se precipitó hacia mí. Lo de tomar el pelo a ese anormal está tirado. Me sacudió por los hombros diciendo «¡Madison! ¡Madison!», y como siempre, me atacó los nervios que pronunciara mi nombre. En su boca, mi nombre parece una palabrota. Yo, cuando pienso en mí, me llamo «Twist», porque ese es un nombre al que él no llegará. ¡Nunca llegará a Twist!

Me arrancó la cinta adhesiva de la boca y, como me hizo daño, tuve que moverme.

—¡Me habías asustado, Madison! ¿Cómo estás? ¿Bien?

—No empecemos... —murmuré, cuando en realidad habría querido chillar, pero tenía la voz ronca—. ¡He estado a punto de ahogarme...! ¡Está totalmente pirado! ¡Mierda!

Me puse a llorar otra vez, y él, a disculparse. Me soltó las manos diciendo que le había obligado a hacerlo, que si «colaborara» más eso no ocurriría. Y tal y cual. Me froté la boca, las muñecas, me sequé los ojos. Él parecía realmente apenado, y entonces aproveché:

—Por favor, necesito tomar el aire... Se lo ruego, un poco de comprensión... No me encuentro bien... Resulta que cuando una persona nunca ve el exterior puede volverse loca... Seguro que lo sabe. Yo no quiero volverme loca... Dice que soy su amiga... ¡A los amigos no se les hace esto...! ¡Nadie dejaría que se volvieran locos!

Me abrazó con amabilidad y respondió que tenía que pensarlo. Aquello me consoló un poco, pues luego me llevó de nuevo a mi cuarto. Pero me escoltó con el fusil, como si fuera una criminal. Abajo, lo había limpiado todo, e incluso había puesto una alfombra nueva.

—Quería esperar a tu cumple, pero se presentó la ocasión.

Era una gran alfombra de lana azul muy suave (R. sabe que es mi color preferido) y por una vez bastante bonita. Debo confesar que me hizo ilusión porque, con el cemento tapado, aquello no parecía tan frío. Le di las gracias. Eché una ojeada al zócalo y me tranquilizó ver que todo parecía normal. Lo único raro que vi fueron unos trozos de limón a lo largo de las paredes, ¡y ahí sí que pensé que aquel tipo perdía aceite! Cuando se disponía a marcharse, le pedí que se quedará un rato más y dejara la puerta abierta. Nunca lo hace, tienes miedo de que le ataque para intentar huir, pero entonces aceptó; aún se notaba el olor del producto antihormigas. No tenía intención de fugarme: no era el momento ideal, porque él no confiaba en mí, y además, ¡no sé con qué podía haberle atacado! Antes de cualquier tentativa, tenía que saber cómo funcionaba su sistema, la alarma, las trampas, de lo contrario! no iría muy lejos. Aquel día solo quería que se quedara. *Me* sentía como un pez capturado al que hay que echar de nuevo al mar (lo vi un día en un documental sobre tiburones): hay que volver a habituarlo poco a poco al océano sujetándolo con la mano antes de devolverle la libertad. Yo tenía que acostumbrarme otra vez a la estrechez de mi cuarto, pero soler, contaba con la mano de R.

Estaba sentado cerca de la puerta, con el fusil estilo bastón, como el día anterior por la noche. Le pregunté qué era todo aquello de los limones, si se trataba de la última tendencia en decoración de interiores o qué, pero R. me explicó que era un truco natural para atrapar hormigas.

—No les gusta lo ácido. Es para evitar que vuelvan. Dentro de unos días los quitaré.

—¡Anda que no sabe trucos curiosos!

—Son cosas de mi madre. En cuestiones de jardín y bichos sabía un rato.

—¿Ya no?

—¿Cómo?

—Ha dicho «sabía»...

—Desde que vive en la ciudad ya no se ocupa del jardín. Tiene plantas de interior.

Había apretado los dedos sobre la culata del fusil, y le pregunté si iba de caza.

—No, la caza me parece algo repugnante. Matar animales está mal.

—¡La verdad es que del bien y del mal usted sabe un rato!

—¿No podrías parar durante treinta segundos?

—¿Usted hizo la mili? Mi padre hizo la mili. Y mi tío Samuel también.

—No.

—¿Y eso?

—Me declararon exento. Por la vista y un problema de espalda.

—Ah.

—Pero sé utilizar perfectamente un fusil, si es a lo que te refieres. No pongas esa cara de sorpresa, Madison, te conozco, con el tiempo que... Seguí unos cursillos de tiro en un club. Tengo otras dos pistolas.

No dije mas, simplemente me enfurruñé porque me molestaba que hubiera captado mi maniobra. Me preguntó si quería comer, hice un gesto de negativa. De modo que se levantó para marcharse. Antes de que cruzara la puerta, volví a suplicarle:

—Tengo que hacer ejercicio... ¡No se puede estar encerrado de esta forma!
¡Necesito correr, saltar! ¡Mierda, soy una niña!

—Ya te he dicho que lo pensaré. Si es que te calmas, por supuesto.

Así entré en mi etapa «Soy una santita».

Guéthary, 11 de julio,

viento fuerza 7, cielo despejado

Cariño:

Esta noche he soñado que volvías.

Me despertaba, me ponía un vestido, un vestido escarlata que no existe. Me calzaba los zapatos de tacón negros, los que se parecen a los de la dama sentada en la butaca azul de *Eleven AM*.

Eran las once, repicaban exactamente las once en el salón como campanas de Pascua.

El sol era deslumbrante, tan intenso que parecía una niebla espesa. Con la mano frente a los ojos avanzaba por el pasillo, bajaba la escalera y el sol no dejaba de irradiar, intenso y cegador.

En la cocina estabas tú, sentada a la mesa ante una taza de chocolate. Leías el periódico como lo hacías a veces, como una chica mayor, seria y concentrada, como si el futuro del mundo dependiera de ti.

Ha entrado tu padre. Llevaba un traje de color de cemento y en el reborde de tu mejilla ha sonado un beso.

Todo era normal. Quiero decir: como antes.

Yo estaba allí pero no estaba allí, como si el sol me eclipsara, ahogada en el exceso de luz e invisible a vuestros ojos. Todo volvía a ser normal pero yo parecía la única que se daba cuenta de hasta qué punto era extraordinario.

¡La alegría, Madison!

¡Este sol era la alegría! Una materialización de la alegría que se convertía en violenta, paralizante, algo parecido a la mística: un éxtasis.

Y, bañada con tu luz, me he despertado.

El negro imperfecto del dormitorio, la respiración de tu padre, esa respiración que —¡oh, monstruosa!— hubiera querido no oír.

El vivo, yo viva, tú muerta.

Yo espero: ausente.

Nadie puede imaginar el horror de ese despertar.

Haber creído hasta ese punto y darse cuenta de que no era ni sombra. Todo ful. Tu vuelta... ful.

Hubiera querido no despertarme jamás.

Hace tres años que me levanto Tú, me duermo Tú. Como Tú, bebo Tú, respiro Tú, ando Tú. En lo cotidiano, Tú. Nunca un descanso, nunca.

Anoche me reí: Amélie contaba su lamentable salida con un nuevo pretendiente, y me hizo reír. A carcajadas. La última vez fue aquel día, cuando percibí en tu mirada maliciosa los principios normales y corrientes de una crisis de adolescencia: con ese coco tuyo, la crisis habría sido durilla. «Esto promete», pensé. Esto promete.

Pero *después de que*, ciertas cosas me parecen prohibidas. Durante esta risa, este minuto de risa, no te he vivido Tú. Me habría podido suicidar, avergonzada, si en mi vientre no estuviera alguien.

Otro.

Puede que esta fuera la razón del sueño. Parece ser que a veces se sueña lo que más se desea en el mundo. Puede sonar extraño pero nunca había soñado con tu vuelta. La creía posible y no soñaba con ella. Me pregunto si este sueño es una señal, la señal de que yo también te abandono. De que necesito soñar, puesto que ya no espero.

¡Estas historias de médiums! El cielo por encima de la cabeza, ¡querida mía! Te devuelven el aliento, ¡y luego viene el puñal! Entre los omóplatos... te desgarran el corazón, te desgarran los pulmones!

Un pececillo rojo en una pecera rota.

«No esperes nada, Leo. Si la encuentran, no será gracias a esa mujer, ni a otra. No será gracias a un péndulo, una visión, una chorrada de ese tipo. No te dejes embaucar, amor mío. No esperes nada, te lo suplico. No esperes nada.»

He aquí lo que dice tu padre. Tiene razón, por supuesto.

PERO...

¿Cómo detener la esperanza? ¿Cómo detenerla, dime? La esperanza no es algo que pueda controlarse: es la vida misma. La humanidad misma. Y yo todavía soy un ser humano, a Dios gracias.

(¡Si pudiera creer en Dios! ¡Si pudiera creer que hay algo en vez de nada!)

Raphaël razona: desempeña su papel, el papel que yo le asigno. La roca. El acantilado. El lugar donde me arraigo para no descomponerme.

Pero también ha esperado, lo sé perfectamente. Su pragmatismo no es otra cosa que mentira. Personalizado para mí, espectáculo permanente del realismo presentado día tras día en el altar del infortunio: los tapices terciopelo sangre, las candilejas eléctricas, los cielos artificiales.

Tu foto en su cartera desde hace 1.123 días, Madi. Esa foto que él muestra en la calle, los bares, las gasolineras, y la gente mueve la cabeza, eternamente, como si fuéramos a molestarles, agredirles, pedirles dinero... Como si mendigáramos para encontrarte, cariño, ¡y ni una sola moneda llega a nuestra bolsa!

Pero ella ya está aquí.

Sí, cariño, tenía que ser una niña.

Habría preferido un niño, hubiera sido más simple. Por lo menos me parece que habría sido más simple. No sé: ya nada es simple.

Noto cómo se mueve, ¡es tan vigorosa! ¡Una auténtica guerrera! Ella lucha por ti y contigo. Ella te mueve a ti. Ella te conoce, ¿sabes?, le he hablado de ti. Y le hablaré de ti una vez y otra. Larry también nota algo, siempre se enrosca contra mi vientre, dulce, tierno, tranquilizador. Frota su cabeza contra ella, contra nosotros, escucha el latido de su corazón. Le hablamos de ti, cada cual a su manera.

Sí, y podría finalmente hablarle de ti a alguien que no te ha conocido pero merece conocerte. Me siento bien pensando en ello. Si dijera algo así a un desconocido, le parecería chocante. Cruel. Indecente, quizá. Los desconocidos no pueden comprender.

Salomé. Es su nombre.

Lo hemos escogido en función del tuyo.

Madison y Salomé. Salomé y Madison.

Como un poema, uno de tus poemas. Correspondencias, espejo deformante, anamorfosis. ¡Imagino ya el que podrías escribir, Madi! Tenemos la sensación de que nunca podréis existir la una sin la otra.

Complementarias..., dos hermanas.

Nada de sustitución. Nada de sucedáneo.

Será tan evidente que tendrás que volver...

Y yo me repito vuestros nombres, que hacen juego, Salomé, Madison, Madison, Salomé, y me saben a caramelo.

¡Y soy tan feliz...!

No me avergüenza esta felicidad. Tú la compartirás... tú la compartirás.

Su nacimiento es inminente. De modo que espero.

Una vez más, espero.

Nunca olvides que te quiero.

Mamá

El sueño azul de los niños muertos

Como siempre, había puesto agua en mi vino. Estábamos en su habitación de la rué des Canettes, eran las dos de la madrugada y Louison acababa de cerrar sus maletas.

—Quédate —me había pedido ella—. Quédate conmigo hasta que tome el avión.

Me había quedado: consideraba cada segundo de más a su lado como un segundo menos de sufrimiento. La estancia se había convertido en una leonera tal que habíamos tenido que subir a su cama para comprobar desde lo alto el contenido de su equipaje. La cámara de fotos (una Leica, naturalmente, «la misma que William Eggleston»); un kilo de películas de color, protegidas por saquitos antirradiaciones; una mochila que implicaba que aparte de las zapatillas cómodas para andar solo podría optar por otro par de zapatos.

—Decide, Stanislas. Será tu participación en mi expedición.

—El helio rojo —había respondido, sin vacilación—. Hace frío en Rusia. Incluso en verano.

Los botines encontraron su lugar en el equipaje y con eso aquello terminó. Ella estaba dispuesta a partir, mi sueño alzaba el vuelo. Había visto que metía unos preservativos en el neceser, pero no había hecho ningún comentario: había tirado la toalla. Ante la imagen de mi inmenso amor, la guerra estaba latente y yo no la citaba. Estaba con ella aquella noche porque me lo había pedido, porque yo lo necesitaba, pero temía que estuviera viéndola por última vez.

Preparó otro café. Era feliz porque se marchaba, sin embargo cierta tristeza en su mirada me hizo pensar que quizá me echaría de menos. Nos tomamos el café en silencio, sin saber qué más decir. Todo era ya partida... la ausencia, y el corazón oprimido. Ella estaba cerca de mí, tenía su mano entre las mías, sentía su olor y los latidos de su pulso, miraba cómo bebía, oía cómo respiraba, pero ya se había marchado. Louison en el este del mundo... tan lejos. Aquella noche, cuando aterricé allí, entre aquel descontrol de ropa y teleobjetivos, ella me regaló *immediate Family*, el famoso libro de Sally Mann del que Louison me había hablado el día en que nos conocimos y que yo había fingido conocer. Pero unas semanas después, cuando lo hojeé en su casa por primera vez en mi vida, mi reacción me traicionó.

—¡Dan ganas de hacer hijos solo para fotografiarlos! —había declarado entusiasta, olvidando mi propia mentira.

—Creo que de momento me contentaré con fotografiar a los de los demás...

Según Louison, maternidad y libertad no hacían buenas migas; no obstante, ella tenía en casa una obra que demostraba lo contrario: los tres hijos de Sally, en blanco y negro, unos niños de una belleza que cortaba la respiración. La pequeña, tumbada como muerta en las hierbas altas, la piel tostada por los rayos de una naturaleza pródiga, el sueño casi palpable en las hojas desparramadas. La mayor, desnuda y

provocativa, encaramada en el cuero blanco de sus patines con ruedecitas. El dorso del niño, carcomido por las negras costras de una varicela vencida. La menor manchada de barro, con los rizos al viento, el rostro insondable. El pipí en la cama, la ropa colgada. La muerte de un abuelo, las relucientes grapas sobre una ceja rota por haber jugado demasiado. El posible malestar de ver a aquellos niños con el cuerpo descubierto, la cara herida, se erradicaba con una gracia extraordinaria, una perfecta connivencia entre la fotógrafa y sus temas: la espontaneidad de la niñez tomada en toda su complejidad, hasta sus rincones más perturbadores. Del trabajo se Sally Mann se filtraba un amor tal que el rostro ensangrentado de un niño se convertía en la negación absoluta del voyeurismo: una simple hemorragia nasal, símbolo de la inocencia y de los veranos solares. Aquellas imágenes, lejos de ser chocantes, reflejaban el deseo de una madre de fijar para siempre a su prole *creciendo*, de fijar todo lo que es bello y todo lo que es feo en el proceso del crecimiento... la realidad pura de un niño que crece, el milagro de la vida ofrecido a la posteridad. Al descubrir este libro sentí por fin la fotografía como un arte completo, con un poder que hasta entonces se me había escapado.

El ejemplar que Louison me ofreció aquella noche estaba dedicado: «La ternura de determinadas miradas te hace avanzar. Gracias por la que tú me dedicas. XXX. L.». Me afectó, sin duda, pero ya no soportaba sus besos en X. En ellos no veía más que cruces, las cruces que yo trazaría por cada día sin ella, las cruces sobre las que se crucifica a las personas que demuestran un amor excesivo, los barrotes de la jaula en la que me había recluso al enamorarme. Mi mirada se perdió en la biblioteca: Louison se iba para seis semanas al otro extremo del mundo, pero *Twist* seguía allí, bien colocado en medio de los otros libros. Yo no lo reclamaba: ella tenía que devolvérmelo y lo sabía. Mientras el libro estuviera entre sus paredes, tendría que volver a verme. Entre ella y yo, tácitamente, Madison desempeñaba el papel de prenda.

—¡Recuerdo! —gritó de golpe.

Dio un salto, cogió la Polaroid y la apuntó hacia mí. Era la primera vez que me fotografiaba y yo me sentí violento, como un crío tímido al que se le obliga a cantar en público. Mi padre me había traumatizado con sus largas sesiones de pose durante las cuales nunca hacíamos «lo que hay que hacer», y luego con aquellos clichés en los que se nos veía, naturalmente, petrificados y feos como maniqués de cera. Pero Louison me cogió por sorpresa y mientras yo asistía en directo a la aparición de mi rostro en el rectángulo glacial, tuve que reconocer que había salido bien. En el margen blanco, apuntó con un rotulador indeleble: «*Stan in my kitchen*», después me pasó la cámara.

—Ahora tú.

No sabía cómo hacerlo, pero motivado por la idea de que podría llevar su cara a todos lados conmigo, le hice la foto. Aun con un encuadre horroroso, como siempre, estaba encantadora. Sacudió la foto para acelerar el secado, después anotó: «Yo misma se va a la guerra» y me la dio. Mientras la contemplaba, inmortalizada en película, ella pasó la palma de la mano por mi mejilla:

—Sé que no te doy lo que necesitas, Stan... No lo hago adrede, es así. Yo soy así. Pero por más incoherente que te pueda parecer, tengo ganas de proseguir este tramo del camino que he empezado contigo.

Cruces, tramos de camino, pedazos de esperanza amasados como las ramillas que se recogen para hacer un fuego en el campo. Me sentía mendigo. Me desabrochó la camisa, me acarició el torso... y mi lengua en su boca, como siempre sin comprender cómo había llegado allí. La noche de la partida encerró el intercambio de fluidos más volcánico de mi corta existencia, como si los invasores hubieran desembarcado, como si se hubiera declarado la guerra, como si nosotros tuviéramos que morir justamente postcoito... en una urgencia apocalíptica. En el punto álgido yo había susurrado: «Quédate»; el apocalipsis sienta bien al amor, pero una hora más tarde estábamos vivos, ella completamente, yo parcialmente, cada uno en un taxi que surcaba la aurora en direcciones contrarias. En aquel coche de pago que olía a pino, yo lamentaba no haberla drogado, dejado inconsciente, atado para impedir que partiera. Me odié por ser tan lamentable... no por pensar cosas parecidas, sino por no haber tenido el valor de poner en práctica aquellos pensamientos.

Louison tenía razón: yo no tenía huevos.

Dos días después me enteré de mi éxito en el Certificado de aptitud para enseñanza secundaria. No lo viví como algo glorioso: había perdido la única batalla que deseaba ganar. Lié mi propio petate, buscando alguna razón para alegrarme... la presencia del sol en el Atlántico mientras en París hacía un tiempo de fin del mundo, o el placer de encontrar allí a Antoine, exiliado desde hacía unas semanas. Mejor será decirlo: Antoine detestaba a Louison. Le parecía egoísta, vanidosa y por encima de todo bastante cursi. Hacía mucho tiempo que había dejado de odiar a las rubias simplemente por el color del pelo, y se había pasado el invierno agenciándose a todas las modelos de la capital, cuestión de «recuperarse». Creo que él se olía —sabía— que la mía me destrozaría el corazón, y como él mismo acababa de salir de un largo túnel, su amistad intentaba evitarme la catástrofe. «Te he explicado de qué va esto, chaval: ¡son parásitos!» Naturalmente, no le escuchaba porque en lo referente a ella no escuchaba a nadie, ni siquiera a aquella voz interior que me suplicaba cada noche que depusiera las armas. Era el momento ideal: Louison no estaba. Pero el vacío que dejaba me parecía insondable.

Arrastré mi desgracia hasta la estación de Montparnasse y en el tren me dormí enseguida. Me sentía agotado, febril. Me despertó después de tres horas de trayecto el primer mensaje de texto, muy inesperado, de una lista que iba a ser larga: «He llegado a Moscú. Lenin es inmenso, unos cuantos metros de altura... por todas partes. Tantos controles... ¡Yo misma tiene la impresión de ser una clandestina! XXX. L.». No pude volver a dormirme: en el otro extremo del planeta, Louison pensaba en mí! Había perdido una batalla, pero quizá no la guerra... Animado por estas palabras, decidí aprovechar lo mejor de mi mes de vacaciones: yo también debía tener algo que contarle en el momento del reencuentro, fascinante y victorioso con un fondo de verano indio. Hasta el fin del viaje me perdí en la contemplación de su rostro en la

Polaroid —ella radiante, yo ridículo— y cuando por fin llegué a Bayona, llovía a cántaros.

—No tienes suerte —constató mi padre colocando el equipaje en el maletero de su Megane—. Hacía semanas que no caía ni una gota.

Las cosas iban a arreglarse. Desde mi llegada, el tiempo se fue deteriorando de forma exponencial: el cielo, siempre negro; la lluvia, recia; el viento, fastidioso, y el océano perdía dos grados cada día... Parecía que hubiese importado mi tristeza en un globo meteorológico. Tenía ganas de excusarme ante los transeúntes con paraguas vueltos que intentaban a pesar de todo salvar sus vacaciones; gritar por las calles: «¡La culpa es mía! Perdonadme, ¡todo es culpa mía!», pues, por absurdo que pudiera parecer, yo sentía este diluvio así: mi corazón se había descompuesto, mi país me lo devolvía.

Las inclemencias duraron seis días, lo que no me molestó en absoluto pues me puse enfermo nada más llegar. Tiritaba de fiebre, deliraba hasta más no poder en el azul marino de mi dormitorio, con la garganta tan hinchada que solo soportaba el caldo preparado escrupulosamente por mi madre, quien por aquellos días lucía un nuevo peinado, digamos que aerodinámico. El doctor Lastiri llegó a esta conclusión: angina con flemón de origen bacteriano.

—¡Bienvenido a casa, hijo!

Me dieron antibióticos y me pasé la semana en la soledad infantil de mi cama de adolescente, al acecho del siguiente mensaje de Louison. Me enviaba noticias con regularidad, cada dos días más o menos, y ante aquello de «Un caballo negro cruza la ciudad, una chiquilla con un vestido rojo hace punto delante de una pared destrozada: yo estoy allí, observo, y mi mirada atónita mantiene el mundo en movimiento», yo intentaba estar a la altura con mis respuestas, a pesar de una temperatura que más bien me inspiraba una poesía del estilo de: «Estoy sacando los pulmones por la boca, caen chuzos de punta, pero aparte de esto, sin novedad». La echaba muchísimo de menos, aunque la verdad era que me alegraba que no me viera en aquel estado, pálido y lamentable, mimado por una madre que imaginaba que había sucumbido ante una neumopatía atípica, ridiculizado por una hermana que pasaba el tiempo de bar en bar «con moderación», interrogado por un padre preocupado por mi futuro, y sermoneado por un amigo falócrata con bronceado hawaiano, que me trataba de desecho patético y no me daba la menor opción de desmentírselo: la vuelta del hijo pródigo no tenía nada de positivo.

En cuanto me hube recuperado, a pesar de la ausente, aquellas vacaciones empezaron a parecer realmente vacaciones. Leí novelas, nadé, hice surf, bailé, pillé insolaciones, se me cayó la piel a tiras, me bronceé, me estresé (Louison falló cinco días en sus deberes, y entonces creí que un Igor cualquiera me la había quitado), jugué al tenis, al frontón, al balonvolea, preparé vinagretas, escribí cuentos, me agarré un montón de cogorzas (probablemente mi hígado notaba la adaptación necesaria), impedí a Antoine que destrozara el corazón de Mia, me peleé con Mia sobre el tema, me reconcilé con Mia, me peleé con Antoine, me reconcilé con Antoine, me responsabilicé de unas cuantas barbacoas, luché contra las olas, hice

excursiones por el Larrun, tranquilicé a mi madre, tranquilicé a mi padre, hable inglés, hice de alcahuete, hablé español, hice de alcahuete, monté en bici, fui en barco, asistí a un número incalculable de fiestas y a algunas comidas familiares: el único acontecimiento que vale la pena citar aquí fue la visita que hice, liándome la manta a la cabeza, a los padres de Madison.

No les había visto desde hacía más de dos años. La última vez, un 21 de marzo, el día de la primavera: la señora Etchart vino a ver a mi padre por cuestión del gato de Madi y, mientras esperaba el veredicto, intercambiamos unas palabras. Léonore procuraba dar el pego, pero aquella mujer tan guapa aquel día me pareció pálida y demacrada, hasta el punto de que daba un poco de miedo: Madison había desaparecido hacía más de nueve meses y se habría dicho que su madre tenía un embarazo invertido, que perdía kilos en lugar de ganarlos. En el otoño siguiente me fui para instalarme en París y no tuve más noticias de ellos que las de mis padres o, más triste, las de la prensa.

Cuando me enteré del nacimiento de Salomé, el 29 de julio de aquel año, me entraron ganas de verla. De verles. Me alegraba por ellos, pero aquel sentimiento sincero iba acompañado de una sensación rara, una especie de... incompreensión. Me preguntaba si aquella hija había sido fruto de una decisión o de un accidente; me sentía inquieto, triste, intrigado, atormentado por unos sentimientos contradictorios que aún hoy me cuesta explicar. Pero fuera el que fuese el motivo en aquel momento, me encontré tocando el timbre de la casa de los Etchart la mañana de la Asunción, fecha que iba a marcar un giro de lo más simbólico: me abrió Léonore, con el bebé en brazos, con un vestido de muselina azul y un aspecto radiante. Reaparecía ante mis ojos, con perfume a lavanda y té de jazmín, la mujer que había conocido en la época de Madison, siempre con ganas de broma, aquella con la que todos mis colegas fantaseaban. De entrada se sorprendió mucho al verme, pero me invitó a pasar a lo que ella llamaba el «living» con una alegría patente. La anticuada gracia de sus modales y su elocución tenían algo de anacrónico, como una mujer soñada en los cincuenta por un escritor nostálgico. Un nombre solemne, un padre artista y una madre sacrificada a la educación de sus hijas le habían conferido el encanto especial de una heroína de novela en la que el drama interior adoptaba una dimensión literariamente trágica.

Sirvió el té y luego se sentó en un gran sillón de mimbre cerca de la ventana.

—Disculpa, Stanislas, estaba alimentando a la pequeña. Me gusta ponerme aquí, al sol.

—¡Por favor! He aparecido de improviso...

—Nada de disculpas, me encanta verte.

Aparté los ojos un instante, mientras ella acercaba el bebé a su pecho. La estancia casi no había cambiado, pero me pareció más grande que en mi recuerdo, quizá porque siempre la había visto con Madison corriendo de sillón en sillón, contando a quien quería escucharla que había hecho un servicio «atómico» o que no me había ganado por poco, lo que era evidentemente falso, pero le hacía tanta ilusión que yo

asentía con aire humilde y contrito, una comedia ritual que nos divertía mucho. Su madre la llevaba todos los sábados por la mañana al Athletic Club y yo la llevaba muchas veces a casa en moto, algo que Léonore no soportaba. De todas formas, a pesar de ser de naturaleza inquieta, tenía confianza en mí, y a Madi le gustaban tanto aquellos paseos con la cara al viento que no se atrevía a prohibírselos. En realidad, alguna vez incluso me había invitado a comer, y mi joven alumna había asumido el papel de la anfitriona perfecta, sirviéndome vino con gestos de sumiller, con un giro aquí, otro allí, como un duende de Navidad. Los muebles seguían en su sitio, pero sin Madison, el salón parecía vacío.

Léonore miraba con ternura a su segunda hija y le hacía cosquillas en la planta de los pies para animarla a terminar su comida. La luz de verano envolvía su cabellera, que adoptaba un tono carmín, y una curiosa sonrisa flotaba en su rostro. Por un instante me recordó a la Gioconda.

—Felicidades —dije mirando a la recién nacida—. Es preciosa.

—¡Y encima tranquila! A menos que tenga hambre, es un angelito. Hemos tenido suerte.

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, su mirada luminosa se apagó en el acto. La tranquilicé con un gesto.

—Comprendo, no se preocupe. Madison estaría tan contenta... Me decía a menudo que le gustaría mucho tener una hermana. Un día que estábamos con Mia, incluso dijo que esperaba que fuera tan bonita como la mía... Y al verla, me doy cuenta de que es realmente como quería ella.

Léonore bajó la vista hacia Salomé, quien empezaba a dormirse, desconocedora de cuan incongruente podía ser su presencia en el mundo.

—Hace seis meses —murmuró—, la gente me miraba como a una víctima. Ahora me miran como a un monstruo. No sé qué es peor.

—Deje que hablen; no tienen otra cosa que hacer.

—¡No te imaginas hasta qué punto! Un día, hará unos dos meses, ¡un tipo me fotografió! Vino hasta delante de la casa, ¿te imaginas? Y me hizo la foto de lejos, ¡como si fuera un animal de feria! ¡Habría salido corriendo detrás de él, pero si hubieras visto mi barriga...!

—¿Llamó a la policía? Es delito violar así la intimidad de las personas.

—Sí, pero qué le vamos a hacer, están muy ocupados para ir en busca de los paparazzis domingueros... Además, estaba lejos...

Se levantó, colocó delicadamente el bebé en el cuco y se volvió hacia mí.

—Le escribo... A Madi... Sé perfectamente que es una idiotez. Un montón de cartas fantasma, sin dirección que poner. .. Pero necesito hacerlo. Necesito decirle que la quiero, dejar un rastro de ese amor.

De pronto, miró su reloj.

—No digas nada a Raphaël, ¿vale? De las cartas... Volverá de un momento a otro, ha salido a correr.

—Jurado y escupido.

Me sonrió, contenta de oír una expresión de Madison de boca de alguien.

—Una cosa... —empecé, pero me interrumpí.

—¿Qué?

Moví la cabeza.

—No sé. Yo... puede que esto le parezca fuera de lugar.

—¿Sabías que Madi está enamorada de ti?

—Lo sé, sí. Cosas de crías... A los diez años, Mia se quería casar con nuestro monitor de esquí. Patrick. Él la llamaba «Mariquita» por sus orejeras de peluche, y en aquel apodo Mia creía ver hasta dónde llegaba su pasión por ella. Un caso todavía peor, ¡él tenía treinta y cinco años!

—Lo que quería decir —sonrió Léonore— es que ella te quería. Tenía confianza en ti, una confianza ciega, que incluso me transmitía a mí. ¡Dios mío! ¡Yo que dejaba que la llevaras de un sitio a otro en esa máquina infernal...! Nada de lo que puedas decir me parecerá fuera de lugar, Stanislas. Además, las he oído de todos los colores.

Tomé un sorbo de té. Tenía tantas ganas de fumar que le pedí si podíamos salir al patio. Fuera, apoyó los codos en la balaustrada. Encendí un cigarrillo con un mechero de plástico que llevaba el lauburu vasco, puesto que tras la muerte de A. D. había perdido la «clase» que hubiera podido tener.

—He conocido a una chica —le dije después de aspirar una gran bocanada de humo.

—Así que ahora soy yo quien debe felicitarte.

—No, en fin, no creo que sea la mujer de mi vida... Es complicado. Pero ella es fotógrafa y...

De repente me di cuenta de que iba a evocar a Capdevielle y noté que palidecía.

—Siento mucho lo de su padre. Me entristeció. Ya sabe que le admiraba mucho.

Me puso la mano en el hombro: un gesto maternal, tranquilizador.

—Elegió su camino, como había hecho siempre, sin preocuparse de los demás. ¡En definitiva, me parezco mucho más a él de lo que hubiera querido! Esa muchacha... ¿cómo se llama?

—Louison.

—Louison. ¿Y dices que es fotógrafa?

—Le gustó mucho *Twist*. Muchísimo. Y... no sé. No tenía ninguna esperanza respecto a Madison... Sé que no debería decirle eso, pero... En fin, ahora ya no tiene importancia lo que yo pensara o dejara de pensar. Porque al ver cómo miraba esa

muchacha a la que quiero a la muchachita a la que quiero, de pronto supe que todo iría bien.

Me miró fijamente y no supe interpretar su mirada. Me sentí tan estúpido que deseé desaparecer entre el entablado de la terraza.

—Sé que parece una locura... Perdóneme, no sé por qué le cuento todo esto. No soy mejor que todos esos charlatanes que le hacen la vida imposible.

—Al contrario. No te imaginas lo agradable que es oírte, y no es que dé crédito a las intuiciones, yo me inclino más por lo racional. Pero si ella aún está ahí, con nosotros en alguna parte, necesita que sigamos creyendo en ella. No creo en Dios, Stanislas, pero creo en mi hija.

Vi que Raphaël se acercaba corriendo por la carretera, con la camiseta manchada de sudor. Nos llamamos.

—¡Vaya! ¡Stan! ¿Cómo estás? —me preguntó, estrechándome la mano con vigor.

—Muy bien, gracias...

—Perdona que tenga la mano sudada, ¡pero he corrido diez kilómetros!

—¡Vaya atleta! —dijo Léonore soltando un silbido antes de darle un beso en el cuello.

—¿A qué se debe el placer? ¿Te quedas a comer?

—No, se lo agradezco mucho... Mis padres han invitado a toda la tropa. ¡Como no vaya, me desheredan! He pasado un momento para saludarles... A conocer a Salomé.

—¿A que es un encanto?

—Una preciosidad —asentí—. ¡Han hecho un buen trabajo!

Raphaël se apoyó en la balaustrada y tomó la mano de Léonore. Al ver que apagaba la colilla, me dijo:

—¿Me das uno?

Abrí el paquete y dejé que lo cogiera él. Al constatar mi sorpresa, sonrió.

—Sí, he vuelto a las andadas. Alguno de vez en cuando. ¡Con lo que me costó dejar... esa porquería!

Encendí su cigarrillo y toda la ilusión que él pretendía crear quedó reducida a cenizas. Raphaël Etchart es un hombre alto, robusto, con una planta sólida; sin embargo tuve la sensación de ver a un niño.

—Y a ti, ¿qué tal te van las cosas? Sabemos algo por tus padres, ¡pero siempre es mejor dirigirse al Señor que a sus santos!

—He pasado el examen de Capacitación; el año que viene, cursillos y prácticas... El inicio de la vida activa... ¡El principio del fin!

—Muy bien —dijo soltando una bocanada—. Tienen que estar orgullosos de ti.

—Sí... supongo.

— ¿Y la tesina? Sade, ¿no?

Tuve un segundo de latencia al imaginar lo que podían pensar. Era tan difícil hablar con aquella gente... Tenía la sensación de que cada palabra pronunciada era una metedura de pata; en realidad aquello era muchísimo peor que dejar a una chica.

— El tema... lo había escogido antes... Quiero decir antes de que...

— Lo he entendido, Stan. No te quemes la sangre, no lo decía por eso. Es un tema perfecto. Algo salvaje, pero da mucho de sí. ¿Desde qué ángulo lo abordas?

— La circularidad. El hecho de que se repitan una y otra vez las mismas escenas, en circuito, dando la sensación de que el horror no acabará nunca. Eso es, el infierno: la repetición de lo mismo.

— Eso es, el infierno. La repetición de lo mismo —repitió él al pie de la letra—, ausente de golpe.

Vi que había llegado el momento de despedirme, sobre todo teniendo en cuenta que los invitados de mi madre no tardarían en llegar. El gato de Madi saltó sobre la barandilla y me dio un susto, como un lince fantasma surgido de la nada.

— ¿Cómo has venido? —preguntó Léonore rascando a Larry entre las orejas—. ¿Sigues con tu Piaggio?

— Mi padre me ha prestado su coche. He abandonado el scooter: ¡demasiado peligroso!

Ella me acarició la mejilla, exactamente igual que había hecho Louison la noche en que se fue. Pero en aquella caricia no había condescendencia, tan solo ternura.

— Gracias por pasar —me dijo Raphaël—. Siempre eres bienvenido, supongo que ya lo sabes.

— Muy amable. Felicidades de parte de mis padres.

— Salúdales de nuestra parte —añadió Léonore—. Seguro que me encontraré con tu madre en el mercado, ¡ahora que ya no estoy condenada a permanecer en la habitación!

Le di un beso, un apretón de manos a Raphaël y me fui. Antes de entrar en el Megane, me volví una última vez hacia aquel edificio típicamente vasco, de un blanco resplandeciente, en el que el entramado entrecruzado lanzaba besos rojos a los transeúntes.

La casa de los Etchart se llama Negua. Hacía 30 grados y brillaba el sol, pero al alejarme de allí lo que noté fue exactamente esto:

El invierno.

22 de diciembre, 10.14

No me lo puedo creer: ¡pasado mañana es Navidad! Por un lado me siento terriblemente triste y por otro especialmente emocionada.

TRISTE, evidentemente. Pienso en mi familia, en las comidas que organizábamos unos en casa de otros (a menudo en la nuestra, pues tenemos una casa fantástica y además chimenea). Papá compraba siempre el abeto más grande que encontrábamos, y aunque aquello no fuera muy «ecológico», decía que era la única ocasión del año en que teníamos derecho a transgredir nuestras convicciones (papá es muy estricto en cuanto al reciclaje y la protección de la naturaleza: debíamos separar los desechos en bolsas de colores diferentes y gruñía cada vez que yo tomaba un baño, ¡pero creo que todo eso es porque se culpabiliza de tener un oficio que destruye tantos árboles!). En mi iPod escucho un disco de Sufjan Stevens que se llama *Songs for Christmas*, canciones muy serias y muy alegres a la vez. Fue Samuel (el hermano pequeño de papá, a quien le gusta tanto la música que trabaja en un estudio de grabación en París) el que me lo regaló la última Navidad que pasé fuera de aquí. Hay coros, acordes de guitarra y cascabeles que danzan entre los acordes. En mí tiene el efecto de un bálsamo para las penas. Quiero decir: en este ambiente.

EMOCIONADA, porque: cuando R. me preguntó qué regalo quería este año, enseguida solté:

—Ropa, pero solo si puedo escogerla yo. Porque ahora sí que, como sabe, ya no puedo más.

Es un poco tonto, ya que aquí no me ve nadie aparte de él, pero aun así... Desde que tengo espejo no soporto verme tan mal vestida. Cada vez que me miro tengo la impresión de que veo una caricatura de mí, una vieja muñeca ajada entre las manos de una niña que no tiene nada de gusto, lo que me hunde la moral hasta el fondo de los mocasines (¡ya ves lo que hay!). Digamos que esta historia de elegir la ropa es un poco complicada: realmente R. no me puede llevar de tiendas. Así que empezó a vacilar, pero yo estaba decidida a conseguir lo que quería y, como dice Papy, cuando se me mete una idea en la cabeza, no se mete en otra parte.

—¿Y los catálogos para qué sirven?

Le di una buena lección y a la mañana siguiente vino con un catálogo de la Redoute. Me pasé todo el día espulgándolo en un estado de histeria total. R. me había fijado un presupuesto de cien euros, que no podía superar. Me quejé, preguntándole si su Compañía no le daba paga de Navidad, pero respondió que era todo lo que nos podíamos permitir.

Bueno. Menos da una piedra.

Tengo la impresión de que los precios han subido de una forma espectacular en dos años y medio. A eso se le llama «inflación». En cualquier caso, ¡hoy en día no se llega muy lejos con cien euros! Pero lo más importante: he pedido unas Converse. Ahora calzo el 37. Fatal, tengo los pies grandes. En fin. Serán todas negras, porque las de dibujitos eran mucho más caras. También he escogido una camiseta con cuello de pico, gris antracita con una guitarra amarilla dibujada, y unos vaqueros dignos de su nombre, rectos, sin nada y sobre todo SIN BORDADOS. Por fin me normalizaré un poco, ¡y rezo para que el paquete llegue a tiempo!

En el momento de hacer el pedido, R. me pidió que escogiera un seudónimo.

— ¿Para qué? ¡Ponga su nombre y su dirección y listos!

— Podría parecer raro, una ropa así enviada a mi casa...

De repente me di cuenta de que nunca me había planteado la cuestión. Me había obsesionado tanto el «dónde» podía encontrar él esa ropa tan sosaina que ni se me había ocurrido pensar en el «cómo».

— Con tanto tiempo —respondí—, ¿no le parece «extraño» a la gente que usted compre ropa de chica? Y lo de mi «menstruo», ¿cómo se lo monta?

— En los hipermercados... ya sabes, ¡mientras pagues! Además, cambio a menudo. No te preocupes por mí, tengo la situación controlada.

Claro. Es tonto pero no tanto. Entonces reflexioné sobre lo del seudónimo mientras preparaba café para los dos, y cuando cayó la última gota negra en la jarra, dije:

— ¡Punky Brewster!

Estalló en una carcajada, y ESO, eso NUNCA había ocurrido. Era totalmente increíble; a mí también me dio la risa, una risa salvaje de las que no puedes parar y que te dan el mismo dolor de barriga que una larguísima sesión de tenis. Estábamos allí, en mi cuarto, partiéndonos el pecho sobre el pedido de la Redoute, y las lágrimas de la risa iban emborronando las referencias que había copiado con tanto esmero. ¡Hacía tanto tiempo que no me lo pasaba tan bien que creí morir!

Nos calmamos y R. dijo que el seudónimo le parecía demasiado seudónimo. Así que escogí «Amélie Foret», en homenaje a mi tía preferida y a mi compañera preferida. Él lo escribió en el pedido y, por supuesto, salió antes de escribir su nombre y dirección en el sobre.

Para Nochebuena, me marqué una misión (con R. siempre me marco misiones, y cada pequeña victoria contra él me parece un paso más hacia mi liberación. Sé que me hago ilusiones, pero jugar a los detectives privados me gusta, es un poco como escribir en tu interior). Mi misión, pues: descubrir su verdadero nombre. Estoy convencidísima de que no se llama Raphaël. Me lo contó por lo de papá, pues lo planificó todo desde el principio y sabe un montón de cosas sobre mí. Debí de pensar que así me caería más simpático o algo así, pero yo REALMENTE necesito saber cómo se llama.

23 de diciembre, 15.11

Ya que estamos en Navidad, voy a contarte un cuento de Navidad.

Es la «Historia de la chica que sentía las estrellas».

Es un cuento inspirado libremente en un hecho real que tuvo lugar hace exactamente un año y un día.

Érase una vez una princesa de doce años y nueve meses. Era muy moderna para ser princesa: llevaba botas camperas, un vestido de noche de tafetán violeta (corto) y el pelo, rojizo, peinado en forma de corona encima de la cabeza. La princesa vivía una gran desgracia, pues desde hacía un año y medio era prisionera de un dragón de escamas en flor que escupía mentiras como otros escupen llamas. Atrapada en un torreón sin puerta ni ventana, la muchacha soñaba con sir Stanley, su príncipe encantador que, como ella esperaba, iba a liberarla tarde o temprano con su diestro caballo azul eléctrico.

Mientras tanto intentaba negociar con el dragón, que tenía un rostro increíblemente simétrico para ser un dragón. El monstruo no era muy feroz, pero tenía un antojo: que la princesa se enamorara de él (lo que, EVIDENTEMENTE, era imposible del todo, ya que ella quería a sir Stanley y le querría hasta el fin de sus días. Además, el dragón era muy viejo, como mínimo tenía dos mil años, y en la parte superior de la cabeza perdía escamas. Sir Stanley, en cambio, tenía un precioso pelo moreno que llevaba siempre a su aire, la tez pálida y delicada como la porcelana y una nariz larga, aguileña, que le daba aspecto de ave rapaz de gran majestad). La princesa se aburría mortalmente entre los muros de piedra y suspiraba por su familia y por su enamorado. Suspiraba también por ver el sol, por el aire puro, el color de la hierba, la suavidad del viento, pues nunca veía el exterior, ya que el dragón temía que intentara escapar. De todas formas, el castillo estaba rodeado por un terrible foso en el que nadaban unos cocodrilos imitantes cargados de explosivos, de modo que la princesa no podía tomar las de Villadiego. Digamos que el dragón estaba un poco paranoico.

Sir Stanley remoloneaba y la princesa estaba hasta el gorro de consumirse en la humedad del torreón. Y así pasó unos meses haciéndose la santita. A fuerza de portarse bien, se ganó la confianza del carcelero y consiguió permiso para pasearse por el castillo, eso sí, siempre con las puertas cerradas y las troneras atrancadas. El día en que cumplió doce años, el dragón le regaló un libro mágico con un montón de palabras fabulosas y un cuaderno en el que la muchacha podía explayarse; pero, con esto y todo, seguía languideciendo.

Llegó la Navidad. El año anterior, el dragón había hecho como si el nacimiento de Jesús no existiera, y la princesa, aislada del mundo, apenas se enteró de la festividad. Pero en esta ocasión parecía que el dragón había decidido celebrarlo y le preguntó qué le gustaría que le regalara.

—Salir —respondió ella—. Fuera.

Era lo que contestaba cada vez.

Pero contra todo pronóstico, el dragón aceptó, tal vez porque la princesa ya tenía un tono tan grisáceo que se le podía confundir con el muro del fondo. Prometió no gritar y mantenerse tranquila, y por la noche el dragón tomó la mano de la muchacha con su pata ganchuda para sacarla del torreón. Las troneras estaban sin atrancar y la princesa vio por primera vez una parte de lo que quedaba detrás de ellas. El dragón abrió una sólida puerta, bajó el puente levadizo y la princesa, totalmente histérica (aunque sin hacer ruido), por fin pudo sacar la nariz fuera.

Era la parte trasera del castillo. Allí había un jardín, como le había contado el dragón, aunque ella no le había creído. El jardín no era ni grande ni bonito: era más bien una especie de patio con un poco de hierba y unos grandes álamos como barricadas para disimular una reja que parecía muy tupida. El monstruo le había hablado de una encina centenaria que albergaba una cabaña para hacer cosquillas al cielo, aunque evidentemente aquello era una trola descomunal. Pero el descubrimiento de otra mentira resultó tan sorprendente que a la princesa le importó un pepino lo de que el árbol no existiera: el dragón siempre le había contado que el castillo estaba situado en un terreno remoto y desértico, lejos de cualquier civilización, cualquier pueblo y cualquier ser humano que hubiera podido rescatarla.

«¡Y un jamón!», pensó la princesa.

Se veían farolas, se oían calesas que pasaban por la calle y, al levantar la vista, vio tejados. El castillo estaba en medio de una aldea y, con cocodrilos imitantes o sin ellos, tenía VECINOS. La princesa se dio cuenta de que no estaba sola y estuvo a punto de desmayarse. Se recuperó, claro, no se cayó ni dijo esta boca es mía, pues el dragón ya parecía bastante molesto. Aquella noche de Navidad la muchacha comprendió por qué había tardado tanto en dejarla salir; de todas formas, de no haberlo hecho, la princesa habría muerto de tristeza, y él la quería demasiado para permitir que ocurriera algo así.

Con las piernas agarrotadas, se tumbó en la hierba y observó el cielo. Era un día superfrío, pero ella ardía por dentro. El cielo estaba muy claro, increíblemente majestuoso, con collares de diamantes colgados en la negrura, y el viento polar le picoteaba el rostro como una nube de erizos de mar. Se sentía tan feliz que le entraron ganas de llorar, pero no lloró: había demasiado oxígeno y las lágrimas no salían. El dragón se tumbó, torpe e inquieto, con su enorme esqueleto estremeciéndose junto a ella.

— ¿Dónde está Catherine? — preguntó la princesa.

Catherine era un bebé dragón monísimo, el culpable de que hubiera subido a la calesa negra y se encontrara enclaustrada en el torreón, pero aquella era harina de otro costal. El dragón frunció las cejas con tanta vehemencia que le cayó un puñado de escamas de la frente.

— Se marchó — respondió el dragón con su potente voz—. La he buscado por todas partes pero no la he encontrado.

«¡Y un jamón bis!», pensó la princesa, pero por supuesto no lo dijo en voz alta. Supuso que había pedido prestada a Catherine a alguien tan solo para enternecerla, o bien que se trataba de un bebé dragón errante del que se había deshecho enseguida. Un bebé dragón tiene que comer, salir, uno tiene que ocuparse de él, y ya tenía suficiente trabajo con la princesa. Soltó un suspiro y de pronto sintió mucho frío. En su casa, en la época en la que jugaba a la pelota con sir Stanley junto al **mar**, la princesa también tenía un dragón pequeño. Pensó que ya sería muy mayor. Que quizá incluso sabía escupir fuego.

En fin...

Al cabo de un momento, consintió en volver al castillo porque estaba helada hasta el fondo del fondo de los huesos. Preguntó a la bestia si algún día podría ver de nuevo el sol y el color del cielo.

Una vez más, con su potente voz de dragón, él respondió:

—Tengo que pensarlo.

24 de diciembre, 18.12

Al traerme la comida al mediodía, R. precisó:

—Esta noche te recojo a las ocho.

Lo de la cita estilo galán ya me lo había hecho el día que cumplía trece años. Quería un cuaderno nuevo, ya que él había inmolado el Cuaderno Burbuja, pero se negó («Si es para seguir hablando mal de mí y contar marranadas, no vale la pena»). Resultado: le puse morros. Había comprado una comida deliciosa, paté de pato, brioches, fresas y un borracho con nata; pero, por más que me apeteciera, no toqué nada. Tampoco quise soplar las velas, y él se puso nervioso. En lugar de un cuaderno, me plantó un jersey cuello cisne deprimente, y también un sostén porque se había fijado en que desde hacía un tiempo lo necesitaba. Cuando me lo dio se puso rojo como una amapola, lo que resultaba tronchante, pero claro, me guardé la risa dentro y no solté prenda en toda la velada. (Resulta que cuando unos días después tuve la regla por primera vez, se me ocurrió que había puesto veneno en la comida para vengarse y que estaba a punto de tener una hemorragia interna catastrófica, sobre todo porque me retorció de dolor como un gusano sanguinolento. En fin. De todas formas dos meses más tarde te tuve a ti. ¡Y hala! Otra victoria sacada del sombrero.)

De modo que es Navidad y R. vuelve con sus historias de galán. Pero resulta que estoy de buen humor.

De entrada, ayer, después de haberte dejado, me permitió salir al jardín. Hacía un día espléndido: el cielo estaba perfectamente azul de punta a punta, el sol era redondo y rojo... un espléndido día de esquí. el sol en una hamaca, con los ojos cerrados, imaginando ante mí las pistas de Peyregudes, la estación de los Pirineos donde papá me enseñó a practicar snow-board. Visualizaba la nieve, la cresta de las montañas, la gente con sus atavíos hidrófugos, los pequeños chalés de madera como miniaturas y los puestos de crepés. Con un pelín de esfuerzo, con solo la fuerza de la imaginación, ¡incluso olí la Nutella! Evidentemente sabía que R. estaba detrás de mí, como siempre dispuesto a saltar al menor movimiento, pero con todo fue una auténtica pasada. El trasteaba por allí con un rastrillo, ni siquiera le pregunté qué hacía, me importaba un bledo. Hacía siglos que no había tomado el aire en un día tan precioso y quería aprovecharlo al máximo. A eso se le llama: zanganear. Alguna vez, R. y yo arreglamos el jardín juntos o limpiamos el Volvo negro con la manguera, cosas de este tipo. Este verano me ha dejado salir un poco más de lo habitual, probablemente para que recupere fuerzas. Al principio le pregunté por qué no saltábamos sobre sus minas antipersonal y brincábamos tranquilos como un par de ardillas; me explicó que la reja de alrededor del jardín estaba electrificada, pero que

las trampas mortales se encontraban junto a la casa, es decir, en la calle. Sin embargo, yo nunca he podido ir hasta allí. Ahora que sé que alguien puede oírme, a veces pienso en pedir socorro, o incluso en arriesgarme a atravesar la reja, porque me pregunto si no me está vendiendo la moto con su supuesta parafernalia militar. Pero siempre tiene el fusil en la mano: dice que si no me alcanza con las balas, irá a matar a mis padres, a Amélie, a Stanislas y a toda la gente a la que quiero en el mundo. Sé que a mí no me hará nada. Pero a los demás... Cuando le imagino a punto de disparar contra el cuerpo de mamá o la cara de Stanislas, me dan ganas de potar. Me recuerda las noticias que veíamos por cable cuando Papy estaba en algún país en guerra, como Chechenia o Costa de Marfil. Normalmente, no me dejaban verlas, pero cuando viajaba a algún lugar especialmente peligroso, en casa veías continuamente las emisiones de la LCI, y entonces no era tan fácil vivir con los ojos cerrados.

En fin.

De modo que he recuperado el color, tengo buen aspecto y esta mañana en el espejo me he visto guapa, lo que no suele pasar, aunque R. no pare de dirigirme cumplidos. Y a la hora del desayuno me ha dicho que el cartero acababa de traer mi paquete de Navidad. ¡Qué contenta estoy! ¡Imagínate! Espero no haberme equivocado de talla, porque no confío mucho en R. en lo de tomar medidas... tenías que haberle visto con la cinta métrica de modista: como gallina en corral ajeno. En fin, todo un detalle por su parte lo del pedido en la Redoute, pues soy consciente de que a pesar de las precauciones corría un riesgo. Ya sé que el mundo no se pasa el día buscándome, pero con su paranoia también podía haber dicho *NIET*. De modo que decidí ser complaciente y que estuviera contento. Me puse el vestido que le gusta, el de las floréenas negras y los botones nacarados. Vamos a ver, no es que sea el peor: con las botas de india con flecos habría quedado súper (lástima que las botas de india con flecos son del 35). En cambio con los mocasines es un espanto, pero QUÉ IMPORTA: ¡dentro de dos horas me pondré las Converse!

¡ME LLAMO MADISON ETCHART Y VOY A RECUPERAR LA FORMA DE MADISON ETCHART!

Son las 19.42 en el bloque de goma rosa y los minutos van goteando, ¡goteando! Estoy harta de verlos gotear así, es como si cada uno durara horas y horas. Pero la espera es buena. Impaciencia, nada de miedo o aburrimiento como antes, al principio. Desde lo de las hormigas rojas, me aburro mucho menos. Después de mi etapa de santita, R. empezó a dejarme subir a la casa. Puedo ver la tele (nunca en directo, claro: graba cosas o me pone un DVD), he cogido libros de la biblioteca, y desde la noche que inspiró la «Historia de la chica que sentía las estrellas», saco la nariz fuera, aunque siempre bajo una fuerte vigilancia y no tan a menudo como quisiera, dos o tres veces al mes cuando me porto bien (es decir, cuando no le digo que preferiría palmarla antes que ver su jeta todos los días, por ejemplo). Pero cuento con la hora, el día, libros, bolis, un cuaderno y, dejando aparte las pesadillas que tengo a veces imaginando que R. mata con su gran fusil a toda la gente a quien yo quiero, casi podría decirse que llevo una vida normal.

«Casi.»

Es importante el significado de las palabras.

Deslumbrante y victorioso

En el Bayonne-Montparnasse, estaba tan emocionado como deprimido me había sentido el año anterior en el Marseille-Lyon a la vuelta de Bandol. Había pasado unas vacaciones excelentes, pero al cabo de unas horas iba a ver a Louison y estrictamente nada en el mundo podía ser mejor que aquello. Aunque me hubieran prometido el gordo, los laureles o la vida eterna, no los habría cambiado por aquel reencuentro: amar a Yo misma era peor que hacer un pacto con el diablo.

A lo largo de las semanas, sus mensajes fueron cada vez más tórridos y se habría dicho que deseaba verme. En mi caso, su ausencia se había asemejado a un largo suplicio de paja ininterrumpida, cuyo primer síntoma había sido la angina con flemón.

Estábamos a 2 de septiembre y no era yo el primero que había tenido la buena idea de volver a París: ante la fila de viajeros, con la barriga oprimida entre maletas y prole, abandoné toda esperanza de encontrar un taxi y me metí en el metro. La atmósfera era irrespirable. Aquello olía a sobaco, y la bolsa que llevaba encima, que pesaba como un muerto, me rompía los hombros. El 18 de agosto, Louison había cumplido veintitrés años: le llevaba *Noir Tokyo*, el antepenúltimo libro de Capdevielle y el más interesante aparte de *Twist*. Dejando a un lado las imágenes en sí, *Noir Tokyo* era un objeto precioso de trescientas páginas, con una cubierta como de lámina de roca: en cierto modo le había conseguido la luna, pues el ejemplar estaba firmado y, si bien Capdevielle no era célebre, esperaba que apreciara el detalle. Si hubiera tenido el mundo, le habría regalado el mundo, hecho realidad sus sueños dorados, alcanzado para ella las estrellas polares y las Américas, ¡pero no era más que un libro! Llegué por fin, en un estado lamentable y sudando, y me desplomé.

Eran las seis, Louison pasaría a las siete.

Bajo la ducha admiré mi bronceado, los prominentes pectorales, los radiantes abdominales, desbordante de confianza en aquel soberbio efebo al que el agua caliente había despertado. Pasé un tiempo indeterminado frente al armario escogiendo una camisa, como si rayas o cuadros fueran sinónimos de vida o muerte. A las siete en punto estaba listo, reluciente como una patena y, sin conciencia alguna de lo grotesco que resultaba lo que iba a hacer, encendí el incienso, manipulé la luz y puse en la pletina un *best* de Harry Connick Jr.; luego la esperé, más nervioso que un crío en Nochebuena, alternando pitillos con caramelos mentolados. He aquí en lo que ella me había convertido: una nenaza. Pero los minutos pasaban como gasterópodos por la esfera de mi reloj, 19.10, 19.20, «Yo misma se retrasa porque ha resbalado con la bici». Bueno, me dije, algo hemos avanzado, por lo menos avisa, pero aquel putito armatoste... ¿nadie se lo podía haber robado? De la misma forma que maldije mis huesos por no haberla esposado al radiador la noche en que se iba, me habría pegado yo mismo hasta hartarme por no haber aprovechado una noche oscura para desguazar para siempre la puñetera bici.

Llegó por fin con una hora de retraso y la tez de un rosado matrioska. Sin más preliminares que «No has cambiado/Tú tampoco», intercambiamos fluidos en cuanto hubimos cerrado la puerta. Es una forma de hablar, porque, a pesar de mi insistencia, nunca habíamos dejado los preservativos: tan pronto me soltaba un discurso sobre el aspecto liberticida de la píldora, como unas agobiantes teorías sobre la «excesiva intimidad» que implicarían unas relaciones en las que fuera técnicamente posible engendrar a un mortal; de cara a mi salud mental, evitaba pensar en sus motivaciones más evidentes. Aquella noche, esa situación tuvo al menos la ventaja de ahorrarme la pregunta letal: «*Viktor or not Viktor?*». Pues follar con ella me hizo el efecto de la curación que libera por fin a la persona de una terrible enfermedad, y mi restablecimiento habría quedado comprometidísimo por la imagen de un gigante ario dándole por detrás con el negruzco Kremlin como telón de fondo. Mi cuerpo se soltaba, mi sangre se fluidificaba, imaginaba cómo los glóbulos me oxigenaban los bronquios a modo de cortejo de medusas de color azafrán, «It Had to be You» sonaba a ritmo de jazz en mi cabeza, cada uno de mis músculos era un virtuoso en la cumbre de su arte: ¡aporread, pianos; vibrad, saxos; resonad, trompetas! Cual un tumor maligno agazapado en el fondo de los huesos, Louison me mataba a fuego lento; pero por un sórdido milagro surgía la remisión en cuanto la penetraba.

Estábamos aún húmedos cuando le regalé el libro. En la guarda había escrito: «Yo espero de tus ojos persistencia retiniana, cuanto más tiempo mejor. Con todo mi amor, feliz aniversario. Stanislas». Exaltado por nuestro encuentro, no había seguido el último consejo de Antoine: «Sobre todo, chaval, no le digas que la quieres, de lo contrario vas a convertirte en su último felpudo». Ahí estábamos: se secó sobre mi cuerpo con una sonrisa molesta, y luego volvió la vista para rebuscar en su bolso.

—Ya que A. D. murió... —dijo mientras me pasaba un pequeño estuche de terciopelo negro—. Lo encontré en San Petersburgo, en un anticuario. Me extrañaría que correspondiera a la época, pero bueno, es bonito.

Era un mechero, un gran mechero dorado con la estrella roja del ejército soviético. Encendí un cigarrillo a guisa de bautismo con la idea de violarla de nuevo, pero Louison empezaba ya a vestirse.

—¿Qué haces?

—¿No te lo he dicho? Inauguran una exposición... No puedo fallar, soy yo quien ha posado. ¿Te molesta?

La pregunta explotó en mis oídos como el estrépito de un edificio que se desploma.

—¡Si acabamos de encontrarnos! Quiero estar contigo, solo contigo... No tengo ganas de ver a toda esa gente, de pasar por convencionalismos, francamente.

—Nadie te obliga a ir si no te interesa.

La agarré por el brazo, tiré de ella hacia la cama y empecé a quitarle el vestidito negro que intentaba ponerse otra vez.

—Ya iremos otro día, Louison, solo quiero hacer el amor contigo una vez y otra...

—¡Stan! Hoy es la inauguración, ¡ya te lo he dicho! Tengo que ir. Es importante, ¡además hace tanto tiempo que no veo a mis amigos...! Estarán Pim's, François...

—Genial —dije, incorporándome para echar la ceniza en un vaso—, ¡lo que faltaba!

Se deshizo de mí, se abrochó el vestido, se puso los zapatos y luego me miró; yo seguía en la cama, claramente afligido. «*But not for me*», soltó el aparato de música y noté cómo crecían dentro de mi cabeza unas fibras de coco.

—¿Qué? ¿Te vienes?

Ella se fue en bici, yo cogí el metro, donde seguía reinando la misma letargia repugnante. Al llegar a la rué de Seine, descubrí *En cueros y en mi catre*, Louison a pelo en las paredes y su versión 3D danzando alrededor de su club de fans con una copita en la mano. Cuando me vio, me sonrió, pero hizo su aparición Pierre Marchal-Smetz y yo dejé de existir en el acto, engullido por el hormigón y las rampas con neón. Al no estar Tracy en el programa, Louison sacaba gran provecho de todo aquello y esparcía cantidad de afecto hacia el Supermacho. Salí a la acera, donde unos grupitos *arty* fumaban con el crepúsculo al fondo mientras discutían sobre la exposición y los senos de mi novia. Encendí un pitillo con el mechero ruso, no sin ciertas ganas de patalear de rabia: ¿por qué, Señor, no conseguía odiarla como una persona normal y corriente? Yo que había sido un cabrón de marca mayor, había destrozado a Alice, a Mathilde y a unas cuantas más, me había cepillado a muchas y si te he visto no me acuerdo y, de haber creído en Dios, habría visto en esta adicción estúpida el segundo círculo del infierno que reunía, según Dante, a quienes habían pecado por lujuria y a los que habían muerto por amor. Por encima de mi cabeza, el cielo estaba saturado de azul marino y tallaba en forma de lápidas las copas de los árboles. Eché una ojeada al interior de la galería: Louison hablaba con el fotógrafo italiano responsable de aquel calvario, un hombrecillo barbudo con cuerpo de pisapapeles que gesticulaba como un pelele montado sobre un resorte. No creo que ella se diera cuenta de mi ausencia, de la misma forma que apenas se había percatado de mi llegada, de modo que me marché; por primera vez en siete meses tuve la impresión de demostrar valentía. En Odéon, entré en un bar, pedí una cerveza, dos cervezas, tres cervezas. No tenía intención de esperarla, pero tampoco fuerzas para volver a casa, ver la cama deshecha, el condón anudado, el *Noir Tokyo* que, como pesaba demasiado, ni siquiera se había llevado. ¡Tantas historias que me había contado a mí mismo sobre el reencuentro! ¡Deslumbrante y victorioso! ¡Menuda gilipollez! Antoine tenía razón: estaba hecho un puñetero felpudo.

Al cabo de una hora, me llamó, pero no respondí. Dejó un mensaje irritado en el contestador preguntándome adonde me había ido, luego añadió en un arrebato de altruismo que si me apetecía apuntarme, se iba a cenar con Pim's y otros buenos amigos a un restaurante de aquel barrio. Terminé la cerveza y volví a casa.

R. se ha ido «a la ciudad» a comer a casa de su madre.

Ayer por la noche le pregunté qué pensaría la mujer si supiera que su niño, tan mayor y tan amable, tenía prisionera en el sótano a una cría. La pregunta no pareció gustarle. De todas formas, nunca quiere hablar de Mona. Al ser hijo único, intenté encauzar la conversación sobre el tema jugando a «Le comprendo, estamos cortados por el mismo patrón». Pero R. se limitó a decir que ya era vieja cuando nació él y que mejor así, ya que es un solitario.

Yo siempre pedí un hermano o una hermana pero, no sé bien por qué, mamá nunca quiso. La verdad es que no decía «nunca» sino «más tarde». A eso se le llama PROCRASTINACIÓN: lo he leído hace poco en el diccionario, entre «procordado» (un género de gusanos marinos) y «procreador», que significa «genitor», algo mucho más interesante en relación con lo que estoy contando. Mi procreadora, pues, hace procrastinación. Nathan Jaso tiene un hermanito pelirrojo fluorescente; Sabrina, un hermano mayor que se ha ido de casa; Stanislas, una hermana pequeña que en realidad es muy grande (como mínimo 1,75 m) y que se parece a Esmeralda tal como yo la imagino cuando leo *Nuestra Señora de París*, sin la cabra y las monedas de oro. Pero yo no tengo a nadie y estoy algo celosa. Ni siquiera tengo primos, ya que Amélie tiene el corazón hecho añicos y Samuel prefiere a los chicos. Ahora pienso que mis padres no se sentirían tan desgraciados si hubieran tenido otro hijo. Deben de preguntarse dónde estoy, y seguro que imaginan que en el cielo, aunque en realidad sé que no creen en el cielo. Mamá siempre tenía miedo de que me pasara algo, y una vez oí que papá le decía que no podía protegerme eternamente de todo porque al final acabaría por dejar de existir.

No pudo protegerme: pero aun así ya no existo. Me refiero a que yo sé que existo, que R. también lo sabe, pero ¿y ellos...? ¿Cómo pueden imaginar todos los demás que sigo existiendo?

Desaparecer. V. tr.

1. Dejar de ser visible o perceptible.
2. Dejar de existir.

Debe de ser la Navidad que me deprime.

Ayer por la noche, a las ocho en punto, R. vino a buscarme. Es un tipo terriblemente puntual. Se había puesto guapo: llevaba un pantalón con unos pliegues simétricos como su cara y una camisa blanca muy bien planchada. Me tomó de la mano como si fuera su novia en una película cursi y, a oscuras, subimos la escalera. Ya te lo dije: yo estaba de buen humor y le seguí el juego exactamente igual que Stanislas cuando ponía cara de que le había ganado en el tenis.

R. me dijo algún cumplido sobre mi ropa; yo respondí «Te diêws», y luego añadí: «La suya también está bien».

Abrió la puerta de arriba: en el salón había música clásica de fondo, estilo ambiente. Le pregunté de qué se trataba y respondió «Scarlatti». Me pareció más una enfermedad infantil que un músico, pero como siempre cuando hago alguna reflexión de este tipo, la guardé para mí. Luego explicó que hay dos Scarlatti, Alessandro y Domenico, que aquel era Domenico, la sonata para piano K141.

—Compuso más de ciento cincuenta —precisó, satisfecho.

Yo no entiendo nada de lo clásico, pero me gusta ver que tiene otras ocupaciones aparte de su coche. No era la primera vez que me ponía música, pero aquel día tuve la sensación de que la había escogido especialmente para mí. Es verdad, era bonita, así que le dije:

—Parece un gnomo que corre sobre un piano.

—¡Y que tiene mucha prisa! —añadió él, y aquello me hizo reír.

Nos sentamos a la mesa. Había puesto un mantel rojo y dorado, unas copas con pies muy esbeltos, como bailarinas, y platos AUTÉNTICOS. Eso aún no lo había hecho nunca, ni el día que cumplí trece años. En mi plato auténtico encontré un paquete envuelto en un papel azul: me pareció algo pequeño, pero estaba increíblemente impaciente por abrirlo; si no hubiera sido una niña tan bien educada, ¡me habría lanzado encima! R. me propuso un sorbo de champán: nunca lo había probado, y ya que aquí lo de tener experiencias nuevas no es algo que ocurra todos los días, dije que sí. Empezó a abrir la botella y yo crucé los brazos frente a mi cara, como siempre, pues mamá dice que si te alcanza un tapón de champán te puede reventar un ojo. Hizo «Fung» y R. me sirvió un dedo, con mucha espuma. Para él puso un poco más que para mí. Brindamos, «Chin, chin». Observé cómo las burbujas doradas daban vueltas en espiral hasta que llegaban arriba de la copa y noté un picor en la lengua. Es una chorrada, pero de pronto me sentí mucho más adulta.

Ya que no dejaba de mirar con ojos de pescadilla frita el regalo que tenía en el plato, R. acabó por decir:

—¡Vamos, ábrelo!

Evidentemente, no tuvo que decírmelo dos veces. Mientras arrancaba el papel, las manos me temblaban de emoción y el ruido al estrujarlo alteraba la sonata; entonces se fue a bajar el sonido. Yo desenvolví la camiseta, que me pareció chulísima aunque el amarillo de la guitarra no fuera suficientemente fosforito para mi gusto. Luego los vaqueros, exactamente como en la foto. Lo único que faltaba eran las Converse.

—Se les han terminado las existencias —me explicó R. al ver la cara que ponía —.Adjuntaron una carta en la que decían que entre dos y cuatro semanas repondrían el género. Lo siento mucho, Madison. Qué le vamos a hacer, es Navidad.

Los mocasines empezaron a picarme como si tuviera bichos dentro y me los quité.

—De todos modos, ¿puedo probarme los vaqueros y la camiseta?

— A mí me parece que estás más guapa con el vestido que llevas pero...

— ¡Es Navidad! — repetí, imitándole.

— Sí, es verdad. Es Navidad. Voy a buscar los entrantes mientras tú haces tus cosas de chica.

Se fue a la cocina. Me quité el maldito vestido, me puse la camiseta, que se me ajustaba a la perfección, y luego los vaqueros. Como no hay espejo en el salón, no pude ver el efecto, pero me parecieron un poco grandes (lo son, pero pienso que eso me motivará a engordar, ya que me he quedado bastante esquelética después de dar el estirón). R. volvió con unas gambas en un plato con flores pintadas y entonces me deshice en lágrimas.

— ¿No te gustan las gambas...? — preguntó, un poco alarmado.

Fui a enterrar la cabeza en aquel sofá con tanto adorno, no respondí y lloré, lloré, lloré, como una fuente con dos millones de náyades simulando derramar el agua. R. dejó el plato en la mesa, vino a sentarse a mi lado, aunque un poco lejos, en el otro extremo, y esperó. Creo que no entendía nada de lo que pasaba, de modo que no sabía qué hacer. Supongo que tú tampoco lo entiendes y tendré que explicártelo, porque el día que Stanislas lea estos cuadernos podría creer que soy una niña consentida, una espantosa princesita que lloriquea porque Papá Noel ha olvidado su juguete preferido cuando los adultos se han roto el coxis trabajando todo el año para poder hacerle regalos. Y yo no soy así NI MUCHO MENOS. Soy un poco coñazo, pero caprichosa no. Lo que pasa es que aquí todo toma unas proporciones delirantes. Pasan tan pocas cosas, que, cuando pasa algo, de golpe me parece que es increíblemente SÚPER o, por el contrario, especialmente CATASTRÓFICO (salvo alguna ocasión en que es lo uno y lo otro, como el día de las hormigas rojas). Esta mañana, ya calmada, me doy cuenta de que llorar de esa forma por unas Converse que además llegarán dentro de unas semanas (lo que en realidad es positivo, según el principio de Voltaire, porque conseguiré un placer diferido y un nuevo acontecimiento en el gran laberinto de goma rosa que me hace las veces de existencia) es una reacción exageradamente exagerada. Pero en aquellos momentos me destrozó, como si todas las esperanzas que había puesto en aquella velada se hubieran reducido a pan rallado, y mi moral se **hundió** hasta el fondo del fondo... de nada.

Al cabo de un rato, viendo que lloraba sin parar, R. preguntó con un hilillo de voz si habría preferido ostras. Entre lágrimas, me partí el pecho, pues en realidad me encantan las gambas y no soporto las ostras. Se lo dije y luego le pedí perdón.

— Estoy decepcionada por las Converse — le expliqué sorbiéndome los mocos —. Y los téjanos son demasiado grandes...

— Sí, pero la camiseta te va que ni pintada. Y si te comes las gambas y todo lo que tengo en la cocina, los téjanos te quedarán pequeños.

Me dio una servilleta de papel dorado, me soné y fui a comer gambas. Hace un tiempo que R. es realmente simpático, y me arrepentí de haberle echado a perder la fiesta. Entonces intenté ser amable durante el resto de la cena. Me sirvió otro dedo de

champán, comimos pollo con puré de castañas y de postre el típico tronco de Navidad pero helado, con figuritas de plástico que pude quedarme: un abeto, dos duendes que comparten una sierra y una seta del tipo amanita faloides muy simpática. Mientras comíamos le hablé del día en que Nathan me dijo que Papá Noel era una trola solemne y él me contó que nunca había creído en esto porque su madre estaba en contra. Me pregunto cómo se puede estar «contra» Papá Noel, y lo lamenté, ya que cuantas más cosas sé de Mona Lunel más pienso que tiene que ser una vieja ratonil, como decía papá en secreto hablando de la señora Jaso. Lo que no excusa que R. me haya encerrado en el sótano, pero digamos que no debió de pasarlo muy bien en aquella época en que llevaba esos jerséis amarillo mostaza. En fin. Todo eso para explicar que le pregunté qué pensaría su madre de esta historia de un cuarto con una chica escondida y se enfadó como nunca.

—Acaba el postre —dijo, y se levantó para recoger.

De la cocina me llegaba el ruido de platos y el gluglú del fregadero; fui hasta allí, no para molestarle, sino más bien para hacer las paces. Pero allí dentro vi el papel de embalaje de la Redoute que salía del cubo de la basura y aquello me recordó mi misión. Es decir, había que demostrar la ESTRATEGIA, y aquel era el mejor momento para desenfundar mi arma letal.

—¿Le ayudo?

—No, puedo solo —replicó en tono glacial sin ni siquiera mirarme.

—Yo no le he dado mi regalo —dije sacando de mi espalda una página de ti doblada en cuatro.

Entonces me miró. Cerró el grifo y se secó las manos con un paño. (Por cierto, R. tiene un congelador, ¡evidentemente! Cuando le pregunté por qué me había mentido INCLUSO en cuanto al frigorífico, me respondió que los Mister Freezer eran una porquería química que estropeaba los dientes. Ya sabes que con los dulces él siempre está erre que erre...) Se acercó a mí y le entregué la poesía. Volvimos al salón para estar más tranquilos, él se sentó en el sofá y lo leyó con mucha atención. A su espalda yo repetía los versos en silencio porque, claro, me sabía la poesía de memoria.

ME PREGUNTO

(Poema de Navidad)

Me pregunto por qué ya no hay bosques,
con árboles majestuosos y otoño de fuego

Me pregunto por qué ya no cae la nieve,
y los hombres bonachones y rechonchos desaparecieron para siempre

Me pregunto por qué la hierba ya no es tan verde,
y no hay más que homigón tan frío e inerte

Me pregunto dónde estarán los renos,
y el trineo de miel borrado en el cielo

Me pregunto por qué los amables dragones
secuestran a las princesas que no han hecho nada

Me pregunto por qué el sol es tan agradable
pero desaparece siempre en el fondo de la chimenea.

Y adonde va el hollín cuando todo se ha consumido.

M.E.

Levantó la vista hacia mí, y sus ojos brillaban. Parecía emocionado, angustiado, triste, pasmado, un verdadero *maelstrom* de sentimientos tras sus grandes gafas. Sin abrir la boca, se levantó y se fue al lavabo, al fondo del pasillo. Aproveché para correr de puntillas hacia la cocina y sacar el papel de embalaje de la basura: me sentía como un agente secreto en una película de acción, con un oído al acecho por si volvía R., intentando descubrir un secreto de Estado.

En el sobre plastificado se leía:

Rémy Lunel y Amélie Foret

Recogida paquete en Mam Baby / Centro comercial Belzunce

64130 Mauléon-Licharre

¡Lo sabía! ¡Raphaël, sí, sí, y un jamón!

Conozco el lugar, Mauléon-Licharre. No queda muy lejos de casa, a unos cincuenta kilómetros en dirección a Pau. ¡Pero lo de recoger el paquete en otro sitio no se me había ocurrido! El caso es que en casa no se hacen pedidos así (y a mí, en cuestión de tiendas, las que me flipan son las de segunda mano, con pingos que no lleva nadie, ¡y además el reciclaje es ecológico! Cuánto echo de menos ir con mamá a rebuscar en esos lugares que huelen a naftalina...). Oí el sonido de la cadena y dejé otra vez el papel en la basura, tal como lo había encontrado. Me planté en el salón, me senté en la tapicería raída amarilla con aspecto de aquí no pasa nada, mientras mi corazón tocaba un tam-tam desbocado.

—Perdóname —dijo a la vuelta, y se sentó a mi lado en el sofá—. Es un poema muy bonito —siguió—. Estoy contento de que lo hayas escrito para mí.

—¿Pues por qué pone esa cara?

—Soy un «dragón»... ¿de verdad es eso lo que piensas?

—Es una metáfora —dije encogiéndome de hombros—. Es poesía, no tiene que ofenderse. Además, digo que es amable.

—No estoy ofendido... Más bien triste. Creía que aprendiendo a conocerme, aprenderías a quererme. No pensaba que te sintieras tan desgraciada.

—Si me cae bien... Lo que pasa es que miente siempre, y no se puede conocer a alguien que miente siempre.

—Te mentí al principio, es verdad, no tenía más remedio que hacerlo... Pero hace mucho tiempo que no lo hago. Sabes todo lo que necesitas saber, te aseguro que... ¿Qué más querrías saber?

Hice como que pensaba y luego pregunté:

—¿A cuántos kilómetros está mi casa, por ejemplo?

—A unos trescientos —respondió sin pestañear.

No creo que sea verdad, me extrañaría que hubiera cruzado todo el departamento para ir a recoger un paquete. A partir de entonces no hice más preguntas, porque él no hacía más que venderme motos sin casco ni nada. Si quiero la verdad, tendré que descubrirla yo sola, como una persona mayor.

Aunque eso implique rebuscar en la basura.

Guéthary, 15 de agosto,
cielo estrellado, mar oscuro

Cariño:

Hoy ha pasado algo curioso: ha venido a vernos Stanislas, tu Stanislas. Tú cumpliste catorce años en abril, él cumplió 24 en mayo. Avanzáis en decenas paralelas, casi sin desfase, y nunca me había dado cuenta de ello. Cuando seas mayor de edad, si sigues queriéndole, aún será lo suficientemente joven para que todo sea posible. Incluso será más guapo, con las patitas de gallo en los repliegues de sus ojos y los mofletes de la infancia como nieve al sol, ¡solo a los hombres embellecen las arrugas! Lo que quiero decir, Madi, es que cuanto más tiempo pase, este amor de niña, imposible, irreal, puede convertirse en un hecho plausible. ¡Oh! Por supuesto que no me engaño. Si vivieras todavía aquí con nosotros, ya habrías pasado página. (¿Tal vez ya has pasado página...?) Pero yo me he quedado atascada contigo en este novio, con sus iniciales en rotulador en tus braguitas, en las suelas de tus zapatillas de deporte y grabadas con el cuchillo suizo en la madera de pino de tu mesa. Qué le vamos a hacer si ya es un poco mi yerno... Un yerno de cuento de hadas, el cuento que nos ha creado esa fantasía tuya, un yerno virtual; pero en cuanto lo vi llegar, vestido de lino blanco y téjanos azul oscuro, pensé que realmente en tu cabeza el príncipe encantador tenía este aspecto.

Sentía curiosidad por ver a Salomé, como todo el mundo, pero no era solo eso. No había vuelto a nuestra casa *desde que*, y enseguida he comprendido que presentía lo mismo que yo, a pesar de la presencia de tu hermana, a pesar de los rayos de sol difractados en el salón: el espacio excesivo, la asfixia del espacio excesivo. Se le veía violento, inquieto por si decía algo inoportuno, pero su torpeza dejaba al descubierto esa sinceridad que creo que ya no veo en nadie. Mi corazón, como una cuerda, se encogió, y tuve ganas de estrecharle entre mis brazos.

Está enamorado, pero tranquila, no durará: la pena en su mirada, cariño, era un libro abierto. Es joven, tonto. A esa edad, uno se encapricha de lo peor. Antes de tu padre hubo alguien; no, no mucho tiempo, apenas unos meses... sobre el filo de la navaja, cada paso a punto de caer. Lo conocí en la Sorbona: era mi profesor de historia medieval. Sé perfectamente que no parece algo excitante, dímelo a mí... Pero lo era, ¡y mucho! Un hombre mayor que yo y la erótica del poder... Yo no tenía más que veintidós años y aún estaba en casa. Vivimos una pasión loca, habitaciones de hotel —su idea del romanticismo, decía, una cama distinta para cada encuentro, flores en los jarrones, *room service* por la mañana, las impecables sábanas arrugadas con nuestros juegos y el asalto a los barrios, cada noche uno distinto—, éramos turistas en nuestra propia ciudad.

Hasta el día en que supe que en este torbellino no había ni una pizca de romanticismo: simplemente estaba casado. ¡La traición, cariño! Y sentirte ingenua, ¡como recién salida del huevo! Con aquel romance, Madi, me convertí en charco, en alcantarilla... y no salí con nadie más hasta Raphaël, a quien conocí tres años después en el Salón del Libro, donde Papy dedicaba *La Décadence des Sages*.

Aquel hombre, aquel primer hombre se llamaba Dimitri. De algún modo, gracias a él amé a tu padre. El amor verdadero: el que beneficia más que perjudica. Unos años después comprendí que aquel hombre me había atraído porque se parecía mucho a Papy. Algo corriente e ineludible: «¡El complejo de Edipo!». Tú no sabes cómo se llama pero también lo has vivido: Raphaël, a tus ojos, ¡era un dios viviente!

Y todo para decirte una cosa, cariño: no conozco a la tal Louison, pero conozco a Stanislas. Conozco la mirada en la que se rompe la tristeza cuando me ha hablado de ella.

¿Sabes? Ahora reconozco la desgracia con tanta facilidad...

Tu hermanita está bien, va cobrando fuerza y engordando día a día, como Larry en su época. Ya había olvidado ese perfume de bebé. Sería tan feliz si tú pudieras notarlo también, extasiarte como nosotros ante tanta perfección, las minúsculas uñas, los pies acabados de modelar, los labios tan pequeños, ¡y sin embargo tan ávidos! Como siempre que aparece un bebé, jugamos al juego de las dos familias. Tú tienes los rasgos Capdevielle, mi pelo, los ojos de Mounie, la nariz de Papy. Salomé no tiene más que dos semanas pero creo que es más Etchart: desde que nació pensé que se parecía a Raphaël, la boca fina, las cejas altas, el mentón contundente. Tú no has conocido a tus abuelos, pero el padre de papá tenía la misma frente que ella. Tiene aún los ojos azules, evidentemente, pero se ven claros, ¡y me gustaría tanto que hubiera heredado de mi parte las esmeraldas de tu tía!

Salomé sin familia... Solo papá y yo, Amélie, Samuel. Pienso que tú has tenido la suerte de conocer a un par de antepasados; y la ira contra mi padre renace en oleadas cuando miro a esa niña a la que despojaron de todo incluso antes de que existiera. Fotos, fotos, miles de fotos, he aquí lo que tendrá ella para poder quereros. ¡Pero no son más que papel!

De todas formas, gracias a ella estoy mejor. Me levanto Ella y Tú, respiro Ella y Tú, como Ella y Tú, y de la inmensa nada se reconstruye una apariencia de realidad. Pero tu padre... la pareja es un sistema de columpio, como aquel en el que jugabais Nathan y tú en el jardín, sentados uno frente al otro, siguiendo el contrapeso. Yo estoy mejor, pero Raphaël se desmorona. Para un padre, siempre es difícil al principio, el vínculo de fusión entre la madre y el pequeño, la lactancia, todas esas cosas se le escapan. Esas sensaciones, esos olores, esos gestos que vuelven a empezar todos los días, el llanto nocturno y las nanas... catorce años

atrás, cariño, el tiempo se remonta a lo largo de la cuna como un reloj invertido, destellos de memoria en los animalitos luminosos proyectados en las paredes, los despertares sudorosos en plena noche para comprobar que sigues ahí... que ella sigue ahí.

Él me ha sostenido durante esos tres años, y ahora me toca a mí. Pero al lado de él, no doy la talla. No soy una roca, cariño, soy tan poca cosa... Yo sedimento con demasiada lentitud y él se desmorona demasiado deprisa; *no sé qué hacer. ¡No sé qué hacer!* Ayudarle, pero ¿cómo? Intento sobrevivir por vosotras, por Salomé y por ti, pero no tengo fuerza suficiente para salvar a mi marido.

Tienes que volver, Madi. Oye mi plegaria, estés donde estés, bajo tierra, en España, en Bélgica, en Perú, no quiero volver a hacer girar mesas ni soportar tarots, no quiero volver a oír a los gendarmes con sus pistas borradas antes incluso de que se crearan, no quiero oír de nuevo latir mi corazón a cada cadáver de niña... un zapato... un jersey... una mochila...ya no quiero esos recortes de prensa «Aparece su hijo después de siete años de ausencia» amontonados ridículamente por la desesperación, ya no quiero tu habitación, el aspirador, el plumero y luego cambiar las sábanas para alguien que no duerme allí, que ya no duerme allí, el último libro de Harry Potter que acaba de salir en la mesilla de noche sin nadie que lo lea, ya no quiero el reflejo en los grandes almacenes ante un vestido que te habría gustado... ¿qué talla?... ¿Qué TALLA?

Ya no lo quiero; tu padre no puede más.

Te lo ruego, cariño, tienes que volver. Porque eres la única que puede salvarnos.

Nunca olvides que te quiero.

Mamá

En el norte

Estamos a 20 de abril, un día que no hay que olvidar: esta tarde he hablado con la Pelirroja.

La Pelirroja se llama Ellie, nombre que casa con ella. Es canadiense pero no tiene acento.

La Pelirroja es guionista.

A los cinco minutos me ha citado a Philip Roth.

—He decidido cambiar la ficción de ser yo misma por la auténtica y satisfactoria ilusión de ser otra persona.

Me ha invitado a un café y la he hecho reír. Es increíble pero le parezco divertido.

En estos momentos escribe el guión de una película de vampiros gore para el cine, algo muy gracioso en una chica que parece un hada. Sobre todo lo que no tengo que hacer es presentársela a Antoine: se enamoraría de ella.

—El pelo rojo —me explica ella—. La marca de las brujas. Persigo a personas que no existen, así evito meter la pata.

La Pelirroja es un personaje.

Mi bruja rubia, en aquellos días, me ponía morros. Sin noticias, la llamé al cabo de cuatro días, pues su ausencia me retorció las tripas en **cuanto** se me hubo pasado el enfado... siempre se me pasaba.

—Yo misma no puede, tiene una cita.

Esa pequeña comedia duró casi tres semanas, hasta que un sábado por la noche, muy tarde y muy borracha, llamó a mi puerta: necesidad de sexo, imagino, ya que, a pesar de nuestros problemas anexos, esta parte de la historia era perfecta y ella no tenía ninguna intención de sustituirme para esta actividad precisa. *Safe sex, safe love..*. Volví a encontrar, pues, mi isla, como uno que está a punto de ahogarse, con el chute de Louison en las venas, vivo otra vez.

—Cuestión de arte —me dijo, apoyándose en el codo, una vez acabado el asunto—. No tiene nada que ver con la sexualidad. Bueno, sí, pero es una idea de la sexualidad, una visión, una abstracción, ¿entiendes?

—Tus tetas no me han parecido muy abstractas, *baby*.

—¡Qué plomo eres a veces! ¿Crees que si tú escribieras una escena de jodienda, yo te montarías un pollo? No, claro que no, porque sería completamente ridículo.

—Si escribo una escena de jodienda, ¿es Yo misma quien me la inspirará!

—Un gran detalle, cielo.

—Yo tengo detalles. Ese es el problema. «Demasiado bueno, demasiado bobo», decía mi abuela.

—La mía decía: «A caballo regalado no le mires el diente».

—No veo la relación.

—Yo tampoco. Es por conversar. Tengo hambre, ¿vamos a comer?

—Son las cuatro de la mad...

—¿Y qué?

En el Pied de Cochon, cerca del vientre de Les Halles, Louison se echó entre pecho y espalda una chuleta con patatas fritas. Yo me tomé una caña mientras observaba cómo, carnívora como es, cortaba la carne con ansia bajo aquellas luces pálidas. A nuestra izquierda, una delegación de alemanes llenaba la mitad de la sala, entrechocando en lo alto, con empeño, sus tanques de cerveza. El cielo nocturno empezaba a iluminarse detrás de la vidriera y yo evitaba pensar en los exámenes — ¡mis primeros exámenes!— que tendría que haber estado corrigiendo en lugar de contemplar a una piraña con tacones de aguja zampándose aquel montón de carne a las seis de la mañana.

—Hay una exposición de Eggleston en Dunkerque —me dijo entre bocado y bocado.

—¿Cuándo?

—Mañana. Es decir, empieza mañana. Y mañana es domingo.

—Hoy, pues.

—Es verdad —respondió con la risa tonta—. Hoy.

—¿Vas a ir?

—¿Te apetece?

—¿Qué? ¿Quieres que vaya?

—Así nos paseamos, además hace buen tiempo. ¿Me acabo las patatas y nos vamos a la estación?

Era Louison. Era lo que me gustaba de Louison. Era infernal, pero a veces demostraba tanta espontaneidad... Siempre me dejaba pasmado aquella forma de tirar por el camino de en medio, algo que estaba en las antípodas de mi propio funcionamiento y que sin duda habría hecho refunfuñar a mi madre, lo que tampoco me molestaba.

A las siete y media subíamos a un TGV con destino a Dunkerque como unos descamisados, viajeros sin equipaje, solo ella y yo, las ganas de ver la Mancha y el maestro de la fotografía en color. En la SNCF la espontaneidad se paga cara, pero me sentía demasiado feliz para angustiarme por esas insignificantes cuestiones pecuniarias. Mi abuela también decía: «La felicidad pasa delante de la riqueza». Paulette Uhalde tenía mucho juicio.

Era la primera vez que iba a algún sitio con Louison, y de repente aquel tren en movimiento me pareció el lugar más bonito de la Tierra. Ella se durmió sobre mi hombro, con su cálido aliento en mi cuello, y yo contemplé el paisaje silencioso

desfilando hacia el norte. Era un domingo a primera hora, y el vagón iba casi vacío. En mi campo visual no había más que un viejecito minúsculo con el rostro completamente arrugado bajo una gorra de cheviot. En el asiento de al lado llevaba un maletín de médico antediluviano, de cuero negro, como los de los que practicaban abortos. Me pregunté por qué estaba allí, con aquel aspecto tan cansado, casi muerto. ¿Qué buscaría en el norte que fuera tan importante como para levantarse de madrugada? Me monté una historia triste para el maletín, tal vez cenizas, una urna funeraria, una María que había pasado a mejor vida, de la que había que esparcir las cenizas por los lugares donde nació el romance: un hotel, una playa, un dique de madera gris devorado por el tiempo. Y a mi lado, ¡Louison tan joven! La imaginé envejeciendo, le inventé una cara de señora, la piel suave que un día empezaría a fundirse, pero con los ojos verde caqui iluminados eternamente; y estaba dispuesto, por ella estaba dispuesto a eso: a hacerme mayor. Era una estupidez total, yo tenía solo veinticuatro años; pero por no perderla habría hecho lo que fuera, un hijo, una boda, endeudarme durante treinta años, el coquetón piso de tres habitaciones y el monovolumen, por sus preciosos ojos habría acelerado mi vida. Por desgracia, en aquella época ella no tenía ninguna de estas ambiciones, ni conmigo ni con nadie. Pero menos conmigo.

A gran velocidad llegamos a Dunkerque. Hacía un día precioso y la ciudad, relativamente lúgubre, parecía un decorado. Frente a la estación, vimos un antiguo hotel con fachada amarillenta, desconchada, con las cortinas hechas trizas, aunque conservaba la majestad de la arquitectura flamenca: una auténtica casa fantasma, muchísimo más inquietante que la del viejo Mendoza que aterroriza a los crios en la carretera de Guéthary con sus cabezas de lobo. Seguí con la vista al viejecito del maletín negro y me decepcionó mucho ver que no entraba allí, el fantasma en la casa de los fantasmas. Se limitó a subir a un autobús con destino a un lugar llamado Saint Nicolás y tuve que resignarme a dejar allí mi investigación imaginaria.

Como no conocíamos la ciudad, Luison y yo vagamos por sus calles en busca del LAAC, el museo de arte contemporáneo que acogía la exposición, y ella al cabo de poco se quitó los zapatos de tacón y siguió descalza, algo que sin duda hacía a menudo.

—No preguntes cómo ir a alguien que conoce el camino —me dijo con los zapatos en la mano—, ¡correrías el riesgo de no perderte!

—¿Proverbio chino?

—Yiddish, creo.

Con su Leica en ristre tomó fotos sobre la marcha, contenedores despanzurrados, flores de plástico en un escaparate oscuro, una brizna de hierba asfixiada entre dos piedras. Aunque fuera un culo de mal asiento, Louison aplicaba al pie de la letra el precepto de Leonardo da Vinci según el cual no hay que mirar en su conjunto algo que no se ha visto nunca, sino detalle tras detalle, y no abandonar nunca uno de ellos y pasar al siguiente antes de haberlo memorizado cuidadosamente. Ella, que había nacido para correr, podía permanecer diez minutos plantada delante de un trozo de pared en el que se balanceaba una margarita salvada de milagro o mirando fijamente

el extremo recortado de un campanario. Los paseos con ella avanzaban a trompicones, como quien da una vuelta en coche con alguien que no sabe conducir. Andar deprisa, caminar, engullir la vida, el olor, la luz, luego parar en seco durante un tiempo indeterminado. Entonces yo me sentaba en el borde de una acera, encendía un cigarrillo y la miraba mirar el mundo, los intersticios del mundo, entraba en ellos con Louison, aprendía a tener paciencia. Reinaba en Dunkerque una extraña atmósfera: las calles estaban desiertas, las tiendas, cerradas, no había tráfico. Apenas habían dado las diez y el propio sol parecía polvoriento. En el inmenso puerto industrial había amarrados paquebotes de casco naranja y azul, cargados con contenedores multicolores apilados como los cubos de un gigantesco juego infantil. Unos edificios de los setenta construidos deprisa y corriendo por promotores acelerados convivían con otros hechos con ladrillo rojo y con extraordinarias construcciones neogóticas; aquel curioso batiburrillo me provocó durante todo el día un sentimiento de tristeza y abandono, como esas canciones que, a pesar de su rítmica melodía, te sumergen en un abismo de nostalgia y consiguen hacerte llorar. En la frontera, a la espera... algo amargo como los huracanes, los desaparecidos, los velatorios imposibles.

Encontramos por fin *Spirit of Dunkerque*, objetivo primero de aquel breve viaje. El LAAC es un edificio construido hace poco del todo alucinante: de cerámica blanca, colocado como un artefacto extraterrestre en medio de un exuberante jardín repleto de esculturas a cual más sorprendente. A su alrededor, rodales de hierba medio seca, aceras destrozadas, caminos sin asfaltar mal conservados cubiertos de botellines y de papeles engrasados, llevaban a la playa; sin embargo, el museo de arte contemporáneo parecía un Edén pop e inmaculado surgido en medio de los desperdicios, y en él el trabajo del fotógrafo americano adquiriría todo su sabor. William Eggleston había captado, por medio de encuadres insólitos sobre temas descabellados, la quintaesencia de la ciudad, bruscamente singular en aquella serie de macros: pila de arena amarillo oro recortada sobre unos cielos insólitos de un turquesa virginal, contenedores-lego, indicadores plantados en el asfalto como símbolos mágicos, chicas de calendario anticuadas sobre un torniquete de postales; la industria pesada, el comercio marítimo, la naturaleza maltratada: una ironía de la mirada, curiosa y poética. Aunque solo fuera por aquellas imágenes, la borboteante hemoglobina de mi cuenta bancada no se había derramado en vano.

—¡Ah! —me dijo ella con cierto aire vengativo.

—¿Cómo que «Ah»?

—Tenías ganas de venir para estar conmigo, pero no te morías de ganas de ver la exposición, ¿me equivoco?

—Digamos que el placer de tu compañía supera el arte...

—¡Pero te mola!

—Me mola —afirmé en tono burlón, aunque fuera verdad.

Su lenguaje pulido, fruto de una buena educación, estaba salpicado de términos de adolescente de barrio, como una reivindicación inmadura de pertenencia a su época.

«Molar» era su palabra preferida, pero le seguían de cerca «peñazo» y «colgado». Desde que trabajo como profe, el argot me parece mucho menos exótico en la boca de las chicas; de todas formas, hoy los términos que utilizaba Louison están pasados de moda, en realidad lo estaban ya en su época, ¡pero se mosquearía mucho si me lo oyera decir!

Después del arte, el aparte: nos instalamos en la playa de Malo provistos de bocatas y Coca-Cola. El día era espléndido y las familias comían al aire libre: neveras, cochecitos y sombrillas chillonas esparcidas como instalaciones en la gran extensión de arena blanca.

—Lástima que no haya traído el bañador —dijo Louison tomando el último bocado de pollo con ensalada.

—¿No tienes agallas para meterte a pelo?

—Podría hacerlo... Pero ¡menuda cara pondrías!

—Ya sé que piensas que soy un ser abominable sin la menor fantasía, pero ¡yo me lanzo! —salté, quitándome la camiseta—. Yo soy un tipo de playa: cuando veo el agua, es irresistible, no puedo contenerme.

—¡Un poco lo que te pasa conmigo, vaya!

—¡Chorradas! —respondí dándole un toque en aquel pelo rubio.

Acto seguido, acabé de desnudarme y Louison, picada, me imitó: se quitó los Levi's y la blusa de seda gris a la velocidad de la luz. Mis calzoncillos pasaron desapercibidos, en cambio en las nalgas de ella, aún bronceadas, se distinguía una indecente marca de bañador en un lado y otro del minúsculo tanga de blonda, y el noventa por ciento de las personas que poblaban la arena siguieron con la mirada el avance de aquel cuerpo escultural hacia el mar, incluyendo a mujeres y niños (el diez por ciento restante roncaba, con la cabeza cubierta por un sombrero, ajenos al espectáculo). Reprimí aquellos celos que ya me habían reportado tres semanas de castigo y empujé a Louison hacia el agua. La pillé en el agua helada, pero ella se escurrió de entre mis manos como un jaboncillo y se propuso dejarme atrás haciendo braza. La alcancé enseguida —a veces aún era un hombre— y empezamos a retozar peor que crios de cinco años, a hundirnos mutuamente, a darnos el pico y acabamos sin respiración. Como no teníamos toalla, nos secamos en la arena, abrazados mirando al cielo, como un par de Robinsones. El corazón me latía tan deprisa que creí que iba estallar.

«Retozar.» ¡Qué verbo tan ridículo! Fuera de contexto me recuerda las películas eróticas de los años setenta, los leones marinos, los anuncios de chocolate Kinder. Soy consciente de que el vocabulario que utilizo para hablar de ella es tan lamentable como yo lo era entonces: Louison me atontaba como una novela de Barbara Cartland.

Para refrescarnos, nos bebimos unas cuantas cervezas en una terraza frente al mar, bajo la copa blanca de las farolas con forma de hélice. Aquel día había sido muy desconcertante, y recuerdo haber pensado que Louison tenía razón: vivir de aquella forma, sin pensar, encontrar la aventura a una hora de París, no hacerse preguntas,

aprovechar el día a día, las pequeñas cosas que aparecen, las que llegan por casualidad o las que se provocan... al fin y al cabo no era tan complicado. Me habría gustado decírselo, pero era incapaz de hablarle con franqueza, con lo que me había costado desde el principio esconderle mis sentimientos, incluso los más anodinos. De modo que, como siempre con ella, utilicé un sistema indirecto.

—¿Quieres que nos quedemos esta noche? —pregunté, envalentonado por las cervezas—. ¿Que busquemos un hotel y regresemos mañana?

—Cualquiera diría que te influyo, ¿eh?

—¿Qué respondes?

—Que es una buena idea. La única pega es que tengo que estar en París a las diez.

—Yo también, por la tarde doy clases.

—¡Chócala! —me dijo levantando la mano como una squaw, y yo la choqué.

Les Gens de Mer era un hotel años setenta que habría encantado a tía Zita. No quedaba lejos de la estación, tenía una vista interesante de la dársena del puerto y encima era de un Kitsch... En la fachada de hormigón blanco había dos hileras de puertaventanas con ángulos redondeados, y en la habitación que nos tocó había un estampado azul sintético desde el cubrecama hasta las cortinas. Apenas dentro, Louison abrió la ventana, se quitó el pantalón y me esperó con las manos agarradas al reborde, los muslos en tensión, el sexo abierto. La follé así, con el vientre contra su espalda, casi imperturbable ante aquel extraordinario vis a vis. El sol levaba anclas y en el cielo crecía una especie de aureola mientras los últimos rayos rojizos atravesaban las nubes. Estábamos excitados por lo remoto, aquella habitación desconocida, el baño en el mar, todo tenía un aire nuevo, incluso su cuerpo parecía haberse renovado, era más perfecto si cabe que el día anterior, con sal, con arena, tropical. Me agarraba a ella, a sus hombros, su nuca, su pelo, le acariciaba el vientre, los pequeños senos erectos bajo la blusa de seda que no se había quitado, redondos, palpitantes, pero entre la tela y la piel ya no sabía qué correspondía a qué, pues todo era suavidad, sudor y fiebre, y sin dejar de darme la espalda, me apretó las nalgas para que acelerara, para que llegara más al fondo, sus uñas pintadas de rojo penetraban en mi carne, dispuestas a infligir en ella una herida indeleble, la marca del demonio, se echó hacia delante, se arqueó un poco para hundirse más y dio con la cabeza contra el extremo del cristal, violentamente, unas cuantas veces, yo quise protegerle la frente con una mano pero se apartó, lo que quería eran los golpes, deseaba más fuerza, más profundidad, «al fondo del fondo, ven al fondo del fondo de mí», y el orgasmo que tuve aquel día no creo que vuelva a vivirlo nunca más.

No cenamos, no salimos de la habitación. La experiencia se repitió cuatro veces: sobre la mesa de imitación nogal, en la ducha de azulejos azul descolorido, en la misma moqueta áspera y, como colofón, en la cama; la esperanza irrisoria de dormir unas horas. Tenía la certeza absoluta y definitiva de haber descubierto el Amor, el

que lógicamente no existe más que en los «cielos bajos y cargados» de los poetas fallecidos, el que la realidad no ofrece al común de los mortales, esa A en la que solo Hollywood es capaz de hacer creer, con gran acompañamiento de violines y guionistas pagados en exceso. No me atrevía a dormirme por miedo a gritar «Te quiero» una vez bajada la guardia por el cansancio y el absurdo delirio de un rabo saciado. Pues todo aquello no era más que jodienda, una larga e intensa jodienda sin sentido, pero la invitación de Louison a acompañarla me había parecido la señal irrefutable de que el virus ya se había metido en sus carnes, de que el «tramo de camino» acabaría siendo una larga autopista florida en dirección al Olimpo. Estaba muy equivocado: aquella escapada era el gesto de gracia concedido por un torero con escaupines dorados. Aún no lo sabía, pero su seno en mi boca era el último pitillo del condenado.

21 de enero, 15.11

Eh, eh.

Piensa que la chica que te habla ahora lleva unas Converse negras, con suela blanca, puntera de goma, número 37, GB 4, EE.UU. 6, perfectamente perfectas. Acabo de escribir «S.U.» en boli Bic rojo en la suela, recuerdo de los viejos tiempos, y los vaqueros quedan tan bien con ellas que ni parecen tan grandes (puede que haya ganado algún kilo, ya que el dragón dietista ha hecho gala de algún gesto de generosidad en el campo del chocolate en estas fiestas).

R. me las ha traído con la comida al mediodía. Cuando ha soltado con una sonrisa estilo banana split: «¡Ha pasado el cartero!», no he abierto la boca en relación con la recogida del paquete porque a) es totalmente inútil + b) estaba tan contenta que no tenía ganas de montar películas. Sigo llamándole R.; hay menos riesgo de que meta la gamba si no me acostumbro a llamarle Rémy, tampoco en tu interior. Además, Rémy no le pega ni con cola. En mi clase había uno (pero con i), y el tal Rémy era pequeñito, siempre estaba exaltado, no paraba de gastar bromas a diestro y siniestro, hasta tal punto que todas las semanas terminaba en el despacho del director, del que salía con horas de castigo; así que para mí ese nombre es sinónimo de Humor y Cachondeo, y esa no es PRECISAMENTE la principal característica de R., no sé si me entiendes. Lo único que le pega un poco es el (do) re mi (fa sol), pues le gusta tanto la música clásica... Pero bueno. Dado que R. sigue adelante a pesar de sus trolas, vamos a dejarlo en R. En dos años y medio me he acostumbrado, qué le vamos a hacer, como diría mamá.

Así pues, R. me dijo que según las informaciones meteorológicas iba a nevar pronto y me prometió que cuando hubiera suficiente nieve para hacer un muñeco en el jardín podría salir (se diría que mi poesía le atormenta, lo que me parece positivo). Así que, con las Converse en los pies, la guitarra sobre el pecho, los vaqueros en las nalgas y el iPod en las orejas, representé delante del espejo lo que bauticé como «La danza del copo». Una especie de coreografía de lo más moderno que funciona a la perfección con un fragmento de PJ Harvey que tengo en la *play list*, ya que Amélie lo puso cuando cumplió treinta años y me chifló. «Kamikaze», se llama. Es una canción que te lleva a saltar como un enano y que va acelerándose por momentos, lo que me encanta. Además, habla de zona de guerra, de ejércitos de kamikazes cabalgando sobre caballos salvajes y de miles de naves espaciales en las galaxias (y en realidad puede que también de sexo, pero no estoy muy segura, ya que todavía no he conseguido un Harrap's aunque reclame, reclame y reclame, y que aparte de las caricias que me hago yo sola, chitón, no estoy muy puesta en el tema... No me atrevo a hablarte de esto por lo que le pasó al Cuaderno Burbuja. Yo no tengo nada de kamikaze. En fin). Como mínimo, «La danza del copo» te desahoga. No sé si funcionará para que la nieve caiga más deprisa, pero en todo caso con ella hago ejercicio, ya que cada vez acabo empapada de sudor.

Mi nuevo calendario lo compró R. en Navidades a los bomberos que pasan por las casas felicitando el Año Nuevo. Arriba tiene una foto de un cocker recién nacido en una cesta de mimbre, tumbado sobre unos cojines de terciopelo rojo. Me parece una

imagen de lo más deprimente, además de fea. Pero bueno, mientras tenga las fechas... Aparte de esto, nada nuevo que no sea lo de que acabo de dar con la palabra «Raclette» en mi lectura de la enciclopedia, ¡y cuánto me apetece ahora una! Tengo que preguntar a R. si tiene el utensilio para prepararla, aunque creo que es un plato demasiado lúdico para él. Después paso unas páginas y encuentro «Raptar».

Raptar. V.tr.

Secuestrar, retener a alguien contra su voluntad, por lo general con el fin de conseguir un rescate.

En cierto modo es lo que ha hecho R., pero intenta hacerme tragar que soy su «inquilina», su «visitante», como si yo hubiera escogido estar aquí, como si me hubiera prestado «voluntaria» para ser su amiga. ¡De voluntaria nada! Me siento como los chicos a los que envían para que les disparen en la guerra e intentan hacerles tragar que es eso lo que desean. Pero resulta que conmigo eso no cuela. Aunque sea amable con R., aunque R. sea amable conmigo, sé perfectamente que soy su prisionera y, haga lo que haga, ESTO no lo olvidaré nunca. Ya no le odio, ya no me da miedo, lo único que me da es lástima.

No creo que sea este el sentimiento que él quería inspirar en mí.

9 de febrero, 22.32

¡Hoy he «muñecodenieveado»! (Como conozco casi todas las palabras del diccionario, invento algunas, no te molestes.) R. me ha prestado unos guantes de jardinería y he hecho un muñeco ENORME en el patio. Todavía nevaba y los copos caían sobre mi cabeza como pequeñas plumas de pájaro blanco. Me he puesto las botas de agua porque no quería martirizar las Converse nuevas y he estado fuera por lo menos dos horas tomando bocanadas de oxígeno grandes como globos aerostáticos. Era la primera vez en tres años que veía la nieve, y me han dado ganas de gritar, de cantar, pero evidentemente eso habría significado: *Back to prison* sin pasar por la casilla de salida.

Me he contentado, pues, con hacer mi escultura, a la que he bautizado como sir Stanley, ¡sobre todo cuando le he colocado la zanahoria en el lugar de la nariz! R. me ha dado un par de trozos de carbón para los ojos y le he hecho la boca con una ramita (aunque Stanislas tenga los labios carnosos, casi como los de una chica), y ha quedado tan bien que lo ha fotografiado y me ha prometido que imprimiría la foto (lo que significa que tiene un ordenador en alguna parte, lo que pasa es que no sé dónde). Me ha dado miedo que quisiera hacerme una foto a mí, pues nunca había oído hablar de esa cámara, pero no. Podría ser que me hubiera fotografiado a mis espaldas, aunque no lo creo, por su paranoia: ¡serían pruebas! Las primeras veces que subí a la casa me preguntaba por qué me seguía con un trapo e iba limpiándolo todo detrás de mí como si yo fuera un perrito asqueroso. Hoy he entendido que borra mis huellas.

Cuando realmente he tenido demasiado frío, hemos entrado en la casa y R. ha preparado chocolate a la taza. Lo hemos tomado en el salón mientras veíamos un documental sobre Japón que yo le había pedido que me grabara. Allí hay unos jóvenes que están pirados, les llaman los *hikikomori* (término que en japonés significa «encerrarse», tal como explicaba el señor que hacía los comentarios): un buen día deciden POR VOLUNTAD PROPIA encerrarse en una habitación de la casa ¡y no salir más! Me ha dejado pasmada. Se veía a esos chicos (sobre todo son chicos, aunque también hay chicas, pero eso ya es más raro) que duermen todo el día, comen cualquier cosa, dejan que la basura se acumule a su alrededor y se pasan la noche jugando con videojuegos, leyendo mangas, haciéndose caricias reprensibles según R. y viendo vídeos guarros en internet. ¡Me gustaría preguntar a Hikari qué piensa de esto! Según el señor del documental, estos jóvenes son víctimas «de un malestar creado por la sociedad de consumo, la desaparición de la idea de familia, las condiciones de trabajo cada vez más precarias, la angustia del paro después de una formación de una gran competitividad que no deja nada al azar, en manos de la iniciativa personal y la creatividad». De modo que deciden vivir una regresión para detener el tiempo, huir de las responsabilidades de la vida de adulto; y a veces la regresión va tan lejos que se convierten casi en animales, atacan a sus padres cuando quieren entrar en su habitación, comen con los dedos y se revuelcan en sus excrementos (¡en los casos extremos, claro!), imagínate. También los llaman los *nolife*,

ya que el fenómeno se ha exportado a todos los países muy industrializados, incluso a Francia por lo que parece.

Hum... ¡Yo no he preguntado nada!

«En Japón se han registrado casos en los que el aislamiento ha durado doce años», decía el señor del documental con voz de ultratumba.

He mirado a R. y le he dicho:

—Supongo que no me tendrá aquí doce años, ¿verdad?

—¿Como? ¿Quieres una videoconsola?

—¡No bromeo!

—Precisamente te tengo aquí para que nunca te conviertas en algo así. Esos, a fuerza de exigirles que sean los mejores, que trabajen como máquinas, que ganen un porrón de dinero para comprar aún más cosas... ya ves el resultado.

—O sea que todo lo hace por mi bien.

—Exactamente.

—Sí. Lo único es que yo no he decidido encerrarme en un sótano y no ver nunca a nadie. Además, a mí me encanta la escuela, tengo una familia súper y soy muy creativa. ¿Le he hablado de mis sombreros?

—¿Sigues sin querer tutearme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por lo de siempre.

—Qué testaruda eres, Madison...

—¡Quizá por eso hago sombreros!

Creo que no lo ha entendido, así que he levantado la mirada hacia el cielo.

—Testaruda... Testa... Sombrero. *You see?*

—Ah,sí. *Very...funny.*

En estas, el padre de un *hikikotnori* ha explicado en la televisión LCD que durante tres años tuvo que llevar a su hijo todos los sábados a jugar al fútbol a un descampado desierto por la noche porque el chico no quería ver a nadie. Aquel señor debilucho lloraba a lágrima viva y detrás de él se veía una habitación que parecía una guarida, en la que el hijo estaba sentado con las piernas cruzadas, en calzoncillos, sobre la cama deshecha, con una mirada increíblemente vacía, sujetando un mando a distancia. A eso se le llama PENOSO. Y en voz alta he dicho:

—¡Penoso!

—No a todo el mundo le resulta fácil tener amigos —ha respondido R. con aire siniestro—. A veces, quedarte solo en la habitación evita problemas.

—¿Usted no tenía colegas cuando iba a la escuela?

—Los otros también me consideraban penoso.

—No era usted —dije bromeando—, ¡era su vestimenta! El peto y el jersey de cuello alto amarillo es un *look* especialmente especial. Una cosa, ¿su madre no tendrá algún problema con el amarillo? ¡En esta choza hay mogollón de amarillo!

—¿No te gusta mi decoración?

—No es su decoración, es la de Mona. Se ve a la legua. Es cursi, es feo y es hortera, como la casa de todas las abuelitas. Lo único suyo es la tele, el aparato de música, los discos... y los coches en miniatura, allí.

Ha seguido mi mirada hasta la biblioteca, donde tiene esos pequeños automóviles perfectamente colocados al tresbolillo, expuestos como si cada uno valiera un millón de dólares.

—Eres perspicaz.

—Cuando no tienes nada que hacer, algunos sentidos se desarrollan más, no sé si me entiende... Me he fijado en mogollón de cosas así.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que usted tiene que llamarse Lunel, como su madre, ya que su padre se largó cuando usted era un bebé. Otra cosa: que no se lo pasó muy bien en su infancia, estoy segura de que Mona nunca le dejaba salir. Así que se acostumbró a vivir encerrado y por eso no le parece grave lo que me hace a mí. Además, trabaja en una empresa que tiene algo que ver con la electrónica, los electrodomésticos, la electricidad o algo así, por eso tiene tanto arte en montar trampas, acondicionar sótanos y poner alarmas. Está increíblemente solo en el mundo, cree que nadie le quiere y pensó que si raptaba a una niña podría conseguir que esta fuera como usted deseara. Lo que pasa es que las niñas se hacen mayores y para que su plan funcionara tenía que haber elegido a un niño de pecho.

R. estaba superpálido, ¡si lo hubieras visto, parecía la luna!

—Tendrías que hacerte loquera —ha murmurado entre dientes—. ¡Es curioso cómo comprendes a la gente!

—No, precisamente, jamás podría comprenderle. Y no se puede querer a una persona si se es incapaz de comprenderla o de ponerse en su piel. A eso se le llama «empatía», ¿entiende? Yo no quiero ponerme en su piel porque lo que ha hecho, me refiero a secuestrarme, ¡me supera del todo! Y usted tampoco podrá comprenderme nunca porque nunca ha sido una niña de catorce años. Ya ve, no hay nada que hacer. Es una historia perdida de antemano. Y creo que ha llegado el momento de acabar de una vez. Antes de que yo sea como esos —he dicho señalando la tele—, antes de que me convierta en un lobezno rabioso que le coma la mano.

R. estaba completamente paralizado. Tenía la boca abierta y su cara **parecía** haberse combado como el cartón cuando se deja toda la noche bajo la lluvia. Puesto que el documental había terminado, he cogido el mando a distancia de la mesita y he

apagado el televisor. Me he levantado, he ido hasta la puerta que da al sótano y he dicho:

— Buenas noches.

He pasado la puerta y la he cerrado. Creía que R. se acercaría para abrirla, pero no. Luego he bajado sola, a oscuras, he seguido el pasillo a tientas (¡a ver si con todas sus técnicas no podía haber colocado una luz allí!), he ido hasta mi cuarto, he levantado la gruesa barra de metal, he entrado... y aquí estoy.

Me he autoencerrado. He hecho mi *hikikomori*.

Porque a R. no le gustan los golpes de efecto, los odia.

Unos minutos más tarde, he oído deslizarse la barra metálica en la puerta.

14 de febrero 00.00 en punto

No consigo dormir, es infernal.

R. me esquivo, casi no lo veo. Me trae comida dos veces al día, pero no dice ni una palabra y se marcha al instante.

Me siento horriblemente abandonada.

Además, hoy es San Valentín y pienso en Stanislas. Pronto cumpliré catorce años, y él, veinticuatro (el 16 de mayo). Y eso no nos rejuvenece, como decía Amélie. Ya sé que San Valentín es una fiesta horripilante inventada por los grandes almacenes, los restaurantes, los floristas y los pasteleros para que la gente se gaste todo el dinero (uno de los caballos de batalla de papá, ¡San Valentín!), pero no sé, me habría gustado celebrarlo un día... Pensaba que R. haría algo teniendo en cuenta que le gusta tanto desear no sé qué y no sé cuántos, pero está realmente enojado conmigo desde que le solté cuatro verdades. No me arrepiento de haberlo hecho, porque DE VERDAD que estoy hasta la coronilla de este espanto. Quería que entendiera que no soy perfecta, que no soy la niña perfecta que inventó en su sueño de chalado y que soy demasiado astuta para dejarme amaestrar como un caniche enano. Mierda, de verdad. De todas formas, está decidido: la próxima vez que vaya fuera me espabilaré para pasar a la parte de delante de la casa y poder estudiar sus historias de trampas y echar un vistazo al sitio. Encontraré la manera de escabullirme treinta segundos, y además en estos días no coge nunca el fusil porque soy buena y dócil como una alfombrilla de cama. NUNCA me dejará marchar, eso está clarísimo, ya he dejado de soñar: soy lo único interesante que hay en su asquerosa existencia, y si no me tuviera ahí, solo le quedaría la opción de meterse el fusil en la boca y volarse los sesos. Puede que no lo hiciera por su madre, pero en todo caso, sin mí, ya no tendría razón para vivir. Quien está desesperado hasta ese punto, no deja escapar la única cosa que lo mantiene vivo (¡aunque yo no sea una cosa, sino una adolescente con corazón, pulmones y sentimientos!).

Mierda y más mierda.

Y por culpa de Placebo en mis oídos, ¡me pongo a llorar! Eso te humedece y emborriona la tinta, un desastre, bastante pequeñas son ya tus páginas... En estos momentos todo es desastroso. Sé que dentro de mi desgracia tengo suerte; en las noticias había oído un montón de historias horribles sobre niñas violadas y torturadas en sótanos por tipos pirados; durante mucho tiempo me comí el coco pensando que R. sería como ellos. Pero R. me deja tranquila. Incluso pienso que me dejará siempre tranquila en ese aspecto; soy de la opinión de que nunca en su vida ha tocado a una chica, y además «hacer el amor» le parece algo asqueroso y degradante y más; ¡en serio! Cuando en una película hay una escena de cama, se pone rojo amapola y empieza a carraspear como si tuviera algo atascado en la garganta. De modo que como «secuestrada» no puedo quejarme. Lo que tampoco significa que lo tenga fácil.

«Hacer el amor.» Evidentemente, sé qué quiere decir, lo sabía antes de llegar aquí, de una forma nebulosa, claro, algo así como más o menos. Ahora veo un poco mejor de qué se trata porque en el diccionario enciclopédico vienen esquemas del cuerpo humano y de los órganos reproductores (¡menos mal que R. no lo hojeó con detenimiento antes de regalármelo!). Pero aun así, «hacer el amor»... Cuanto más repito esa expresión, más rara la encuentro.

Me pregunto si Stanislas sigue saliendo con Alice. Seguro que no, ha pasado tanto tiempo... Me pregunto si ha encontrado a otra tontaina con los dedos pintarrajeados, y si ahora mismo está con ella celebrando San Valentín. Me pregunto si ha cambiado, si puede ser que se haya casado (¡qué horror!, ¡imagínate!), si aún vive al lado de casa de Papy, si sigue haciendo sus excursiones al borde del mar con su scooter azul eléctrico. ¡Cuánto echo de menos el mar! En mi cabeza todo se va borrando cada vez más. Papá, mamá, Amélie, Samuel... incluso ÉL, Stanislas. Sus rostros pierden color y tengo miedo de que un día ya no pueda recordar cómo eran, ni mi casa, ni las playas, nada. También me pregunto qué ha sido de Sabrina, si saca buenas notas y si progresa en mates (¡era negada como yo para los números!), si aún está enamorada de Salagna la Chinche o si sale con otro, si se acaricia sola o si R. tiene razón y yo soy especialmente perversa, me pregunto si todavía tiene el pelo tan largo y tan increíblemente rubio y si aún piensa en aquel señor tan torcido que aterrizó en su terraza. También me inquieta Papy, porque Mounie murió tan deprisa que con los viejos nunca se sabe qué puede pasar, y solo pensar que él también puede haberse evaporado en el sistema solar me hunde la moral hasta lo más recóndito de las Converse.

Bueno, pues nada. Como ves, las cosas no van de primera.

Estoy a punto de convertirme en «ciclotímica» total, y eso es una mala señal.

Guéthary, 9 de noviembre,

6º, día claro, mar agitado

Cariño:

CATASTRÓFICO.

Eso es lo que tú dirías.

Esta mañana he limpiado tu armario, como hago cada mes desde hace tres años y medio.

Las polillas lo han atacado todo.

En tus jerséis (esos maravillosos jerséis que me obligabas a rebuscar en las tiendas de segunda mano de todas las ciudades a las que podíamos llegar) hay un montón de agujeros. A lo largo de las costuras del mohair de los ochenta, en el centro de las lentejuelas de las mangas japonesas, incluso en aquel vestidito de punto de color azul eléctrico que compramos en Alaia y que te quedaba enorme, pero que querías guardar de todas todas para cuando fueras «mayor».

¡Agujeros, Madison! ¡Agujeros en mi corazón, agujeros en mi memoria, agujeros en nuestra vida que se va deshilachando completamente! ¡Hilo tras hilo! Lo sé, eso es simbolismo, soy como mi padre... No son más que trapos, pero para mí esos trapos forman parte de ti y los bichos se están comiendo lo que queda de mi hija, ¡todo lo que queda de ella! Esas asquerosas polillas te devoran, cariño, en la oscuridad de los armarios, en secreto, con tal astucia que no deseo más que su exterminio. .. puro y simple.

Pena de muerte para los que te desgarran.

Lo sé, sé que no debería hablar así. Soy socialista, humanista, atea. No digas nunca a nadie que durante un segundo he pensado en esos términos. La desdicha me transforma en alguien que no quisiera ser.

En fin... no son más que insectos.

He salvado lo que he podido. He zurcido el vestido azul para cuando vuelvas: la parte agujereada sobre el huevo de resina y la vista cansada por la minuciosa labor. Recomponer su carne, recomponer su sangre, no es tarea fácil. He limpiado tu armario de arriba abajo, le he pasado ocho veces la aspiradora y un paño con lejía. El resto de la ropa, de todas formas, te quedará pequeño. Catorce años y siete meses: ¡estarás hecha una mujercita! Seguro que hoy ese vestido te iría bien.

Si me cruzara contigo en la calle, quizá no te reconociera.

Miles de millones. Hay miles de millones de crios en este planeta, ¡y te ha tocado a ti! ¿Por qué te ha tenido que tocar a ti?

Tu hermana tiene bronquiolitis.

Tengo que llevarla todos los días al quinesioterapeuta, aunque cuando la manipula parece que va a romperla a pedazos. ¡Es tan pequeña! Intento no llorar, pero lloro cada vez. He estado a punto de saltarle a la yugular a ese pobre hombre: me da la sensación de que la está matando, ¿me entiendes?, de que la va a matar. Ya sé que la curará... PERO... Menos mal que mañana tu padre tiene el día libre y podrá acompañarme allí. Sola es demasiado difícil de soportar.

Raphaël está extraño con ella. Frío. Distante. La coge muy pocas veces en brazos, evita tocarla. Ni una sola vez le ha cambiado los pañales. Creo que no puede evitar verte a Ti al mirarla. Intento decírselo, explicárselo: «¡No es culpa de ella! ¡No es su culpa, Raphaël!». Lo sabe, claro que lo sabe. Pero esa distancia, por mucho que él corra, no va a disminuir.

Y encima el otoño.

No soporto el otoño.

Fui a llevar flores a la tumba de Papy la semana pasada. En el cementerio había castañas por todas partes, pequeños erizos verdes que iban estallando bajo las ruedas del cochecito. Lloviznaba y, a pesar del impermeable, debió de coger frío. En los cementerios siempre hace más frío que en otras partes.

A ti no te pasaba nunca nada. Solo tuviste las enfermedades infantiles, esas sí, ¡todas! Sarampión, paperas, escarlatina, rubéola... y en este orden. Aparte de eso, nunca nada, ni un resfriado en invierno. ¡Mi niñita de acero! Espero que sigas igual de fuerte, con la sesera a resguardo en el fondo de la cabeza. ¡Espero que se las hagas pasar canutas a esas asquerosas polillas que te tienen alejada de mí!

Sí, sí. Ya lo sé.

Estés donde estés, hagas lo que hagas, estoy infinitamente orgullosa de ti.

Nunca olvides que te quiero.

Mamá

Ocho meses menos un día

Sin que nos hubiéramos visto en toda la semana después de nuestra escapada, ocupadísimos ambos con nuestros trabajos respectivos, Louison pasó a recoger *Noir Tokyo* el martes siguiente. Nunca había conseguido conocerla de verdad, pero aquella noche tuve la sensación de encontrarme frente a una perfecta desconocida. En Dunkerque habíamos pasado el día más bonito de nuestra historia, también el de más complicidad, y yo acariciaba la idea de que aquella corta aventura representara un giro crucial en nuestra relación. Así fue en definitiva, pero el giro no se produjo en el sentido correcto.

Le propuse el vodka ritual, ella declinó la invitación. ¿Un vinito? ¿Una infusión? ¿Un café?

—Que sea un café.

Mientras el agua hervía, todo el estudio parecía chisporrotear con una electricidad maléfica. Por lo visto, Louison tenía prisa: se sentó sobre una de sus nalgas en la mesa de la cocina, dispuesta a huir. «Ya se había ido», como antes de su periplo soviético, aunque en aquella ocasión era distinto. Yo notaba que pasaba algo pero ella afirmó lo contrario; había hastío en su voz.

—Estoy cansada, no es nada. He posado todo el día para un pintor... Un alemán. Ya había trabajado para él antes.

Articuló de una forma curiosa «Un alemán». Aquel tono neutro de psiquiatra sonaba falso como una postsincromización fallida. Parecía como si me estuviera anunciando la muerte de alguien, aunque sin que le afectara, como un proceso verbal. Aquello no encajaba, pero yo no conseguía entrar en el asunto; el malestar era nebuloso, parecido a los recuerdos empañados del día siguiente al de una cogorza. Había servido el café y nos lo habíamos tomado sin decir casi nada, en realidad sin mirarnos. No había puesto música, había dejado crepitar el silencio como un coleóptero atrapado en la tela de una araña. Yo tenía la vista fija en Louison, pero la mirada de ella era opaca, indescifrable. Tuve la brusca sensación de que una mano invisible me acababa de romper el tórax: cada vez me costaba más respirar. Temía que el órgano estallara, salpicara y se proyectara por las paredes, esparciendo sangre por toda la cocina. No es exactamente una metáfora: me encontraba muy mal, sentí un ataque de pánico. Empujé con gesto brutal la silla, y en el baño me tragué un Xanax. Siempre he padecido insomnio; Louison no lo había arreglado ni por asomo.

Cuando volví se había levantado.

—Tengo que irme, Stan.

—¿No te quedas a dormir...? —pregunté, aunque la respuesta era evidente.

—Me levanto pronto, tengo un montón de cosas que hacer. Gracias por el libro.

Se fue hacia la puerta, con *Noir Tokyo* en la mano, casi tan grande como ella.

—En bici no podrás...

—He venido en metro.

Abrió la puerta; en el umbral, puso en mis labios un breve beso, apenas un roce. Dio la luz del rellano y, mientras se volvía por última vez para mirarme, suspiré:

—Te quiero.

No fue una declaración; fue una súplica. La noche en que se iba a Rusia tuve miedo de verla por última vez.

Aquella noche, estaba seguro de ello.

Luego las cosas se desarrollaron exactamente como tenían que desarrollarse. Lo sabía; me negaba a admitirlo pero lo sabía: lo que iba a suceder se había definido de antemano la velada del 13 de octubre, ratificado, sellado, irrevocable.

Ocho meses menos un día, después de la noche de San Valentín.

Al día siguiente fui a la feria del Bois de Boulogne a celebrar ese aniversario que nunca tendría lugar. «La fete a Neu-Neu»: ¡aquello me iba como un guante! Aferrado a una atracción vomitiva, salté al vacío a 140 kilómetros por hora. En la ciudad, una atracción de feria es el único lugar donde se puede gritar.

La semana siguiente, me salté la Capacitación y seguí como un espectro las prácticas en Meaux. Mantuve permanentemente el móvil en el bolsillo, dispuesto a responder donde fuera y como fuera, incluso en un aula delante de treinta y cinco alumnos. Llamé, dejé mensajes: ella nunca respondió. Envié mensajes por el móvil, por el ordenador, cartas. Fui a su casa unas cuantas veces, pero el interfono permaneció desesperadamente mudo. Después de un mes de silencio, su móvil pasó a abonados ausentes. Me pasé toda una noche como un sin techo delante del portal de su casa hasta que por fin, de madrugada, alguien me dejó entrar. Fui a llamar arriba, a la buhardilla: nada. Golpeé con más fuerza, grité su nombre, nada. Me desgañité tanto que por fin se abrió una puerta, pero no era la suya. En la rendija de la puerta apareció un muchacho asiático en calzoncillos hawaianos con aire adormilado.

—No sacarás nada despertando a todo el edificio, tío. Louison se fue.

—¿Qué? ¿Cómo que se fue? ¿Cuándo vuelve?

—No vuelve, te digo que se fue. Se ha mudado. Hará una semana. Incluso la ayudé a bajar cajas, con su colega, el rubio. No sé qué llevaba ahí, pero pesaba como un burro ahogado.

Me quedé boquiabierto. Me sujeté a la barandilla para no caerme, pero la escalera de caracol empezó a girar ante mis ojos como un abismo hipnótico.

—Y ahora ¿puedo volver a meterme en el sobre o qué?

El tipo cerró la puerta. Se apagó la luz del rellano.

En la oscuridad, esperé a que mis piernas volvieran en sí, sentado en un peldaño, con la horrible sensación de que los pelos de mi torso se convertían en espinas. Luego tuve la impresión de estar muerto.

En realidad, no fallecí hasta que abrí mi correo electrónico unas semanas después, cuando las calles de París estaban a rebosar de luz y Papas Noel.

De: louison.g@hotmail.com 23/12 - 19.41

Querido Stanislas:

No sé muy bien por dónde empezar.

Los hechos, quizá.

Estoy en Berlín desde principios de noviembre. Me marché con Hans. Hans Fromm, el pintor. Cuando acepté seguirle, aún no sabía que estaba enamorada de él. No te engañé. Nunca, ni en Rusia, pues estoy segura de que te lo preguntas. Todo se decidió muy deprisa. Ya lo sabes: soy exagerada. Dejé la habitación, empaqueté los libros, la ropa, vendí en eBay los muebles. No tenía gran cosa: procuro no acumular porque lo mío no es quedarme siempre en el mismo sitio.

No sabía cómo decírtelo. Cuando nos fuimos a Dunkerque ya sabía que me iba. Aquel pequeño viaje fue para mí un «seminario de ruptura». Quería que tú lo aprovecharas, ¿me entiendes? No me apetecía echarlo todo a perder. Era mi forma de decirte adiós. No sé si la mejor, seguro que no, pero qué le vamos a hacer.

Descubrí esta ciudad, Berlín, hace tres años, con Pim's. Y caí rendida a sus pies. Cuando Hans me propuso que me fuera con él —mejor dicho, que volviera con él—, dije que sí. Sin reflexionarlo. Con su madurez de hombre de cuarenta años, me iba confiada. Vivimos en un piso maravilloso, en la última planta de un edificio catalogado. ¡Ciento veinte metros cuadrados! Eso me ha cambiado. Con tanto espacio, te da la sensación de que eres mayor, más fuerte, más libre.

París ya no me gustaba, ya estaba visto. ¡Francia...! Parece que se ha marcado como objetivo arrasar con un bulldozer todo lo que tenga algún interés, sea atípico o atrevido, en el campo del arte y en todos los demás. Ahí De Gaulle tenía razón: «Los franceses son terneros». Ya no me sentía a gusto en ese país, como si no fuera el mío. Aquí, en Berlín, todo me parece posible. Como después de la caída del muro todo se rompió, hay que reconstruir. En Francia todo se deteriora. Intentan desesperadamente mantener en su lugar unos cimientos obsoletos que no tienen otro objetivo que derrumbarse.

No estaba dispuesta a esperar con los brazos cruzados el desmoronamiento: he huido de la catástrofe.

¿Cobardía? Tal vez.

Tú no me conoces. Nunca me has conocido. Me has inventado, Stanislas; y las invenciones se esfuman.

Me ahogaba. París me ahogaba, tu amor me ahogaba, no estaba dispuesta a recibirlo, no sé, era un lío total. Te avisé pero no quisiste escucharme. Estoy triste porque seguro que me odias.

Mis pulmones se han abierto de nuevo aunque tenga miedo. Una nueva vida es complicada; me dejo arrastrar hacia donde me lleva el viento, navego siguiendo tan solo lo que veo en ese mar de posibilidades y aquí hago un buen trabajo. Espero no naufragar, si es que esa imagen te dice algo, a ti, que eres «un tipo de playa»

Merecías una explicación por mi desaparición. Seguro que esta no va a satisfacerte, pero yo soy como soy. Ya te lo he dicho otras veces: no lo hago adrede.

Espero encontrar algún día una tapa de libro que lleve tu nombre.

XXX

L.

P.D. *Twist* sigue conmigo, lo siento. Un acto fallido, sin duda. Te lo mandaré por correo cuando tenga un momento.

2 de marzo, 15.13

Te ahorro porque tú también, sanseacabó, pronto entregarás el alma y será otra vez un suplicio sustituirte. Intento que R. comprenda que necesitaría cuadernos POR ADELANTADO, pero creo que le molesta que escriba tanto; debe de preguntarse qué horrores cuento sobre él. Menos mal que el escondite detrás del zócalo es realmente efectivo. Lo veo perfectamente: cuando está aquí busca con la mirada dónde podríais estar. No se atreve a registrar porque sabe que me lo tomaría muy mal y a pesar de todo me tiene cierto respeto. Pero a veces me da miedo que me apunte con el fusil en la cabeza para obligarme a sacaros. Cuando pienso en esa posibilidad se me humedecen las manos, se me acelera el corazón y tengo la impresión de que me sube por el gaznate como si fuera a escupirlo por la boca. Creo que si llegara la ocasión, dejaría que R. me disparara antes que entregaros.

Estoy indisputada. No soporto estar indisputada. Cuando pienso que va a ser así cada mes durante los próximos años... es algo que me hunde la moral hasta el fondo del fondo de las Converse. Ya sé que eso significa que puedo hacer bebés; pero como no salgo nunca de aquí, tendré que sufrir toda esta condena en vano. De modo que ayer me pasé el día en la cama, y también la mitad de hoy. Esta mañana, antes de ir a trabajar, R. me ha traído una bolsa de agua caliente, una cosa de goma roja que da calor en el vientre, y estoy un poco mejor. Por fin ha dejado de estar de morros y me ha prometido una salida el sábado si hace buen día (estamos a martes): ha dicho que haríamos «el mantenimiento primaveral» del jardín. De modo que... ¿no te hueles mi misión del 7 de marzo...? No creo que aguante mucho más.

El domingo, cuando comíamos el platito preparado por Mona (un pastel salado con aceitunas, no estaba mal), le pregunté si tenía el cacharro con el que se prepara la *raclette*, y a que no sabes qué: NO, evidentemente. Le he pedido que compre uno, pero ni me ha escuchado porque además pronto se acabará la temporada. ¿Sabes qué me dijo?

—Veremos en invierno.

¡Imagínate! ¡En invierno!

Si me quedo un año más en este sótano le quito el fusil y me vuelo el tarro.

7 de marzo, 18.42

Nada que señalar.

Ha llovido todo el día y eso que ni siquiera había ejecutado «La danza del copo». Estaba tan decepcionada, que R. me alquiló un DVD para animarme: *Gattaca*, se llamaba, porque había pedido ciencia ficción.

En esa peli te pueden seguir la pista con cualquier cosa: te rascas la cabeza y, hala, ya has dejado tu ADN. La acción tiene lugar en un mundo futurista donde unas personas y unos ordenadores deciden desde que naces si estás programado genéticamente para una gran carrera o de entrada eres una nulidad que solo servirá para hacer la limpieza (lo que, evidentemente, me parece una chorrada, pues «querer es poder» y nadie tiene derecho a decidir a partir de los criterios de tus cromosomas si eres un genio o un negado. En ese mundo, ¡Papy habría sido basurero!). La cosa va de un chaval catalogado como NULIDAD que quiere usurpar la identidad de otro catalogado como GENIO pues el genio, Jérôme, va en silla de ruedas y la nulidad genética, Vincent, sueña con ir al espacio. Para conseguir engañar a todo el mundo, los dos chicos tienen que echar mano de unas astucias demenciales: Jérôme tiene que conservar el pipí, la sangre y los cabellos en una nevera, y Vincent tiene que esparcir por su cuenta fibras y rastros de ADN de Jérôme. ¡Imagínate la bulla! La verdad es que es un mundo que realmente pone los pelos de punta. Lo que pasa es que si yo estuviera en Gattaca me habrían encontrado hace siglos porque con todas las escamas que pierde R., seguro que habría dejado huellas en alguna parte (y yo también, con ese pelo tan largo que tengo). En fin. Era una película súper, pero la cosa no me ha servido para avanzar en mi misión, tú ya me entiendes.

En fin, por lo menos he dejado de sangrar.

13 de marzo, 18.11

Hemos limpiado el Volvo negro con la manguera —¡una vez más!— y no he podido hacer nada, no he podido apartarme ni UN SEGUNDO del campo de visión de R.

No abandono: llevará el tiempo que lleve. Y tengo tiempo para dar y vender.

22 de marzo, 13.55

He vuelto a darle la barrila para que me trajera un cuaderno nuevo: tomo medidas profilácticas. Me angustia mucho pensar que te acabarás pronto, pues escribir en tu interior me ocupa las manos y el cerebro, y con ello evito darme golpes contra las paredes y girar sobre mí misma hasta perder el equilibrio.

(Ahora mismo esto ha vuelto con más intensidad. Prefiero no hablarte mucho de ello, no quiero revolearme en el malestar como un cerdo en el fango, ya me entiendes. No creo que la complacencia pueda ayudarme.)

Ante la duda, dada su racanería y su cabezonería, intentaré no contarte muchas cosas inútiles. He recuperado *Crimen y castigo* de la biblioteca; ya estoy terminando con la maldita biblioteca, y después de *El Horla*, que es el último libro de la casa,

tendré que volver a ver cómo consigo que R. se rasque el bolsillo, pero como este es un tocho considerable, me ocupará un tiempo.

En cuanto acceda a alguna información digna de este nombre, te digo algo.

8 de mayo, 16.14

Cuidado, agárrate bien.

a) NO HAY trampas.

b) El portal de delante está cerrado con llave y tiene unas púas espantosas, pero no es infranqueable. TAMPOCO está electrificado.

c) Hay casas a la derecha, a la izquierda y enfrente. Pero la de R. está rodeada de árboles y arbustos muy tupidos, la gente no puede vernos desde fuera, y menos a mí, que no llego al metro sesenta y no tengo zancos.

d) Efectivamente hay una alarma y también una cámara de vigilancia. 1- R. la conecta por la noche. 2- Cuando se va de la casa. 3- Cuando estoy arriba con él. Aunque consiguiera encontrar la manera de mantener mi cuarto abierto, la alarma se dispararía. De modo que de noche no vale la pena: R. me pescaría antes de que hubiera dado tres pasos. ¿Y de día, cuando trabaja...? A eso se le llama: ruleta rusa. Puede que todo el sistema esté conectado a una empresa de seguridad o a la policía (en este país funciona así) y aparecería gente a rescatarme. Pero como R. entiende de electrónica, es probable que haya conectado todo el tejemaneje a su móvil y, de ser así, en un minuto de cronómetro estaría ahí para dispararme con su gran fusil.

e) Tengo unas revelaciones INCREÍBLES que hacerte.

f) Estoy acuartelada durante un tiempo indeterminado.

Así pues, trabajábamos en el jardín.

El problema es que en esta ocasión R. ha venido con su fusil, sin duda por la que monté la noche que cumplí catorce años: desde entonces vuelve a desconfiar de mí. Bebí demasiado champán y me provocó un efecto raro: de un manotazo mandé a tomar viento toda su colección de coches en miniatura y los pisoteé como una posesa. Pensé que se pondría a llorar, fue algo tan lamentable que acabé por dejarlo. Durante el último tiempo había estado muy tranquila, aunque seguía diciéndole cosas desagradables (que por otro lado no es **que** sean desagradables, son simplemente la VERDAD) y seguro **que** le chocó mucho verme tan violenta. En fin, lo que sea, pero hoy ha traído el fusil. En realidad no lo llevaba encima: estaba contra la pared de la casa. Con eso basta.

Enseguida comprenderás por qué de esa crisis de nervios de mi cumpleaños me arrepiento tanto que me dan ganas de morderme las uñas hasta arrancarme la mano. Claro que no podía prever lo que ocurriría, pero me da tanta rabia que sería capaz de

matarme, ¡te lo juro! He vuelto a darme golpes contra las paredes para castigarme, y ahora, escribiendo en tu interior, me duele que te cagas.

Yo arrancaba las malas hierbas en cuclillas en el patio y R. rastrillaba la parte donde está la grava con la minuciosidad de alguien decidido a que un vertedero público acabe pareciéndose a un jardín zen. Me daba la espalda, pero no sabía cómo montármelo para desaparecer. Pedí ir al lavabo, pero evidentemente quiso acompañarme sin posible negociación. Luego se me ocurrió simular un mareo o incluso hacerme una herida de verdad, como cortarme con unas tijeras de podar o algo con la esperanza de que iría a buscar algún remedio y me dejaría sola, pero hay que reconocer que como plan no tenía muchas posibilidades de funcionar. Pensaba, pensaba, pensaba hasta casi romperme la sesera, cuando de pronto LLAMARON AL PORTAL.

Eso no pasa nunca. Si R. me deja salir es porque sabe que no espera a nadie, ni siquiera una llamada. Era sábado, las tres de la tarde: no había ninguna razón para que llamaran al portal, pues R. no tiene un solo amigo en todo el planeta. Se quedó tieso como una estatua, dejó de rastrillar, con el mango hacia arriba, y se llevó un dedo a los labios mientras me lanzaba una mirada de las que te ponen la carne de gallina. Nos quedamos así, simulando que no estábamos allí. Pero al otro lado de la casa resonó la voz de una señora.

—¡Rémy! ¡Rémy! ¡Soy Mariette! ¿Me oyes, Rémy?

Por espacio de un segundo me planteé lo de pedir socorro, pero R. miró el fusil, luego a mí, luego el fusil y no me atreví a hacer nada. ¡La jeta que puso al oír su nombre! Estaba aterrorizado, se veía. Seguía haciendo como si nada, pero Mariette es una tipa de las de erre que erre.

—¡Rémy! ¡Sé que estás ahí, te he visto entrar! ¡Abre de una vez! ¡Te traigo el platito! ¡Rémy!

R. cogió el fusil y lo apuntó hacia mí. Me dio tanto miedo que solté un pequeño grito reflejo.

—¿Rémy? ¿Qué ha sido eso? ¿Estás enfermo? ¿Quieres que llame a un médico?

—¡Tranquila, ya voy! —gritó por fin R. mirando hacia el portal.

Luego añadió, bajito, entre dientes, como si escupiera: «La puta vieja de los cojones».

Era la primera vez que le oía decir una palabrota, ¡y encima dos seguidas! Me amenazó con el dedo y enfiló la senda para dar la vuelta a la casa sin abandonar el fusil. Por un segundo temí que quisiera disparar contra la señora, de modo que le seguí poco a poco, procurando que la grava no crujiera, pero dejó el fusil en un rincón. Me escondí en el ángulo de la pared y ahí, por primera vez, vi la parte frontal de la casa. La puerta por donde entramos y salimos al jardín es la de atrás, y cuando estoy en el salón, las cortinas del ventanal están siempre corridas.

R. abrió el portal y apareció una abuelita muy peripuesta con un conjunto rosa chicle y un tul blanco en la cabeza, parecía realmente un pastelito de nata. Llevaba en la mano un plato tapado con papel de aluminio.

—Vamos a ver, ¿qué demonios hacías, jovencito? —preguntó la señora en tono amable aunque un poco irritada—. ¿Tú crees que tengo que desgañitarme a mis años?

—Disculpe, estaba en el excusado.

—¡Huy!

Mariette se puso la mano delante de la boca, como para detener una carcajada, pero a R. aquello no le hacía ninguna gracia: se apoyaba ahora en un pie, luego en otro, como si realmente necesitara ir al «excusado».

—No es el día, Mariette... —dijo en un tono bastante impaciente—. No es domingo...

—¡Pero ya lo sabes! Mañana bautizamos a Jojo, ¡te lo repetí el domingo pasado! No quería dejarte sin nada. A tu mamá, que en paz descansa, ¡no le habría gustado que a su hijito le faltara la comida casera!

—Qué amable es usted, Mariette, no tenía que molestarse —dijo él tendiendo la mano.

—Son patatas al gratén, muy doradas, como a ti te gustan.

—Gracias.

R. cogió el plato y se dispuso a cerrar el portal, pero la abuelita pasó el brazo por el espacio entreabierto.

—¡Un momento, un momento! Pero ¿qué te pasa hoy? Tengo que llevarme los dos moldes que me dejé en tu casa, tengo que hacer pasteles para mañana y estoy sin cacharros.

R. se volvió hacia mí, pero yo retrocedí rápidamente y no me vio. Estaba rojo amapola y sudaba por un tubo, y eso que no hacía calor. Mariette aprovechó para meterse en el patio: se puso de puntillas como una jovencita y acercó su mano a la frente de R.

—¿Qué es eso? ¿Tienes fiebre o qué?

R. retrocedió bruscamente mientras negaba con la cabeza y repetía:

—No, estoy bien, estoy bien, estoy bien. Mire, Mariette, se los llevo a casa después, ¿vale?

—¿Qué te pasa, hijito? ¿No te acabo de decir que necesito los cacharros? Mañana nos vamos de madrugada y he de tener listos los pasteles. ¿Qué es eso tan urgente que tienes que hacer?

Cada vez se la veía más intrigada, y la camisa de R. se iba empapando por momentos. Echaba ojeadas hacia atrás para ver dónde estaba yo y asegurarse de que

no apareciera. La abuelita empezó a mirar hacia la casa forzando los ojos como si fueran gomas elásticas.

—¿Qué pasa, Rémy? ¿No estás solo?

Yo cogí el fusil que estaba contra la pared sin dejar mi escondite. No sé muy bien qué pensaba hacer con él, pero de repente me pareció una buena idea.

—Muy bien —dijo R., con aire enojado—. ¡Voy a buscar sus cacharros!

Vaciló, volvió de nuevo la cabeza hacia donde estaba yo, dudó otra vez y por fin dijo algo más amable:

—Acompáñeme.

He tenido un segundo de esperanza, pero volvió a cerrar el portal con llave. Cogió a la viejecita del brazo, como un chico bueno y servicial, y se fueron adentro. Probablemente pensaba que si la dejaba sola fuera, yo podía a asaltarla para que me ayudara. Mientras que si se la llevaba, yo no me atrevería a intentar nada porque la podía utilizar como rehén. El fusil lo tenía yo, pero Mariette es una señora muy mayor y la podía matar con cualquier objeto, incluso con un coche en miniatura espachurrado. (Ya ves, a veces consigo hasta ponerme en su piel: tengo miedo de que eso signifique que yo también empiezo a estar pirada... O bien que voy a convertirme en *profiler* y que trabajaré para el FBI, ¡lo que sería superchachi! En fin.) Así que no me lancé por las bravas porque me daba demasiado miedo que hiciera daño a la abuelita. Me quedé el fusil «por si acaso», me lo puse en bandolera y corrí hacia el portal. Nadie había saltado por una mina antipersonal y no creo que sea algo que pueda accionarse a distancia. Miré bien a uno y otro lado, hasta el fondo de la hiedra, y no vi ningún sistema de arcos, de flechas ni nada que se le pareciera. ¡No te cuento lo cagada que estaba de todas formas! Luego toqué con la punta de los dedos la reja: no pasó nada, y eso que R. siempre me había contado que la electrificación era PERMANENTE. Trepé por el portal y vi la calle, una callejuela limpiata con casas nuevas, lástima que estuviera desierta. Incluso había un triciclo azul metalizado en el jardín de enfrente, y aquel triciclo, no sé cómo expresarlo, me hundió la moral hasta el fondo del fondo de las Converse. Luego oí la voz de Mariette: bajé deprisa y me apalanqué otra vez en el ángulo de la casa.

Pero R. me había visto.

La señora no, porque estaba de espaldas, pero en un movimiento reflejo aferré el fusil contra mi cuerpo. Acompañó a Mariette (sería mejor decir que la empujó hacia fuera) y la señora seguía intrigada, con sus cacharros y todo. R. cerró el portal y corrió hacia mí.

Me levanté y le apunté con el fusil.

El arma era increíblemente pesada y, además, no sabía cómo utilizarla. De todas formas, aunque lo hubiera sabido, no habría sido capaz de disparar, de lo contrario haría siglos que le habría atacado con el rastrillo, el plato o las tijeras de podar. Siento decirlo, pero no soy capaz de hacerle daño. Al menos físicamente.

Y he aquí que R. me arrancó el fusil, me tapó la boca con la mano y me llevó hacia el interior de la casa, dirección sótano, billete de ida sin suplemento.

19.29

Acabamos de tener lo que se dice una discusión de narices.

R. ha llamado a la puerta, yo he dicho «Pase», la barra metálica se ha desplazado. Ha entrado con su fusil y, sin soltarlo un instante, ha puesto su trasero sobre mi cama. Yo estaba sentada en el suelo, sobre la alfombra azul, simulando leer *Crimen y castigo* (en realidad hace un montón que lo terminé).

Ya que no me decía nada, seguí haciendo ver que leía. El pasaje en el que tenía los ojos fijos era:

«— ¡Qué sufrimiento! —soltó Sonia en un grito doloroso.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? ¡Habla! —dijo él, levantando bruscamente la cabeza y mirándola con el rostro horriblemente descompuesto por la desesperación.»

De modo que, con el rostro horriblemente descompuesto por la desesperación, levanté bruscamente la cabeza y le miré:

—¿Hay una sola cosa que sea cierta en todo lo que me ha contado, RÉ-MY?

Se enfurruñó y no respondió. Yo volví a enfrascarme en el Dostoievski y empecé a leer en voz alta el pasaje siguiente:

«— ¡Levántate ! Vete enseguida, al instante, a un cruce, póstrate, besa primero la tierra que has mancillado, saluda luego al mundo entero en los cuatro confines de la tierra, y en voz alta di a todos: "¡He matado!". Entonces Dios te devolverá la vida. ¿Vas a ir?»

Levantando la vista hacia él repetí:

—¿Vas a ir?

Se sujetó la cabeza con las manos. Sus dedos hurgaron en el encrespamiento pardo de encima de los acantilados y entre el rizo menudo sobresalía la M en el meñique, brillante como un sol. Dijo algo, pero farfullaba demasiado y no le entendí.

—¿Qué?

—¡Yo no he matado! —lo repitió en voz más alta levantando la cabeza—: ¡Yo no he matado a nadie! —Luego añadió, despacio—: Solo he mentido un poco.

—¿Mentido UN POCO? Pues para que lo sepa, ¡le ha salido muy bien! «Mentido un poco», ¡no te digo! ¡No se llama Raphaël, la reja no está electrificada, no hay ni una maldita trampa en este garito, hay vecinos a porrillo y su madre la palmó hace mogollón de tiempo!

—No hables de mi madre.

—Sí, ¡voy a cortarme ahora!

Me levanté, hecha totalmente una furia. Me acerqué a él tan histérica que le di miedo: me apuntó con el fusil, pero yo sabía perfectamente que no iba a matarme, pues lo podía haber hecho antes de arriesgarse a que asaltara a Mariette.

—¿O sea que es ella? ¿La abuelita? ¿Ella es la que le trae los platitos los domingos?

No respondía y aquello me sacaba de mis casillas. Le zarandeé, sujetándolo por los hombros, como una madre peleándose con un hijo que se niega a confesar una trastada que ha hecho.

—¡Rémy! ¿Responde o qué? ¡Vamos! ¿Y ahora qué hay que hacer, diga? ¿Dónde está Mona?

—Es verdad. Está muerta. Es verdad...

Parecía un niño de cinco años y medio, te lo juro, daba grima.

—¿Cuándo? —pregunté, con autoridad.

—Antes de que llegaras.

—¿CUÁNDO?

—En octubre... del año anterior a tu llegada.

—¿Hace casi cuatro años que está muerta y sigue haciendo ver que está viva? Pero ¿por qué...?

—Yo no hago ver nada... mejor dicho, solo contigo. No sé, pensé que te tranquilizaría que tuviera madre.

—Vivían juntos aquí hasta la muerte de ella —afirmé, no era una pregunta—. ¿Qué le pasó?

—Nada. Es decir, nada especial. Un coágulo en el cerebro. Un día se cayó y se acabó.

—¿La empujó usted?

—No, ¡claro que no! ¿Qué vas a inventarte ahora?

—No sé, es usted quien no para de amenazar con matar a todo el mundo y de apuntar a la gente con un fusil. ¿Qué sé yo si no es una especie de Raskolnikov? ¿Me enseña los zapatos?

Evidentemente, no lo entendió, pues en toda su vida no ha leído más que *Automoto*. Se miró como un estúpido los pies y los horribles zapatones color marrón que llevaba y luego, de pronto, se levantó y me empujó con violencia contra la pared.

—No he matado a nadie, ¡qué demonios! No he matado a nadie, ¿lo entiendes? ¡A nadie! ¡A nadie! ¡A NADIE!

Gritaba mucho, nunca le había visto en aquel estado, pero no me desmoroné.

—Entonces, ¿qué?, ¿se aburría sin ella? ¿Quería una dama de compañía para sustituirla? ¿Estoy aquí para reemplazar a su madre? ¿A que ese anillo es de ella? La M de Mona, no de Madison.

—¡Dices chorradas! —respondió, pero su tono expresaba lo contrario—. Dices unas chorradas...

Después de aquello no pude sonsacarle nada más: me pegó una torta y se fue. Hace diez minutos me ha bajado un poco de patatas al gratén de las de Mariette, calientes, pues por lo visto algo de corazón le queda. Lo que significa que tardaré en volver a asomar las narices fuera; a ti te quedan un par de páginas con todas estas revelaciones.

Si no me hubiera dado el ataque el día de mi cumpleaños, no habría traído el fusil. Y de no haber tenido el fusil, yo habría podido pedir socorro, correr hacia la abuelita cuando aún estaba segura en la acera y toda esta mierda se habría acabado. Estaría calentita en algún sitio, en una comisaría, con caramelos, tabletas de chocolate y Orangina. Papá y mamá estarían de camino para recogerme, los policías habrían detenido a R. (sin hacerle daño) y los expertos en zumbados le interrogarían, así yo por fin podría entender qué es lo que no funciona en esa sandía demasiado madura que tiene por cabeza. Pero a mí me dio el ataque y él tenía el fusil.

17 de mayo, 12.12

Peor imposible. No solo no puedo asomar las narices fuera sino que tampoco arriba: SE ACABÓ.

Sigo sin cuaderno nuevo. Me sorprendes. Ni un libro nuevo. Con tanta historia ni siquiera he recuperado *El Horla*.

Leo y releo *El último día de un condenado a muerte*.

24 de mayo, 01.44

Nada. No puedo más, creo que estoy a punto de reventar como un pijama que ha quedado pequeño.

El tiempo se ha detenido.

Nada. Nada. Nada. Nada. Nada.

R. se ha asustado tanto que todo ha vuelto a ser como al principio, después del Día del Volvo Negro. Vuelvo a estar aislada y no sé si esto se acabará algún día. Ni siquiera tengo ganas de escribir. De todos modos, ya casi te he terminado y no me queda nada por decir. No sirve de nada contar cosas cuando no hay nada que explicar, es meter paja y, según la señora Piégay, meter paja es lo peor del mundo.

Pronto hará tres años que estoy encerrada: ¿a quién le interesa lo que me pueda pasar? No me pasa nada.

14 de junio

He asesinado tu última página para no asesinarme a mí misma.

El día de nuestro «aniversario», de los tres años, R. se vengó. A más no poder.

¿Te acuerdas de que en invierno te conté que había hecho un muñeco de nieve? Aquel día, R. hizo una foto. Tenía que dármela pero hasta hoy no lo había hecho (claro que todo va fatal entre nosotros desde la historia de Mariette).

Esta mañana me ha traído un sobre.

Lo he abierto. He sacado la foto de sir Stanley, que estaba muy bien.

Pero había otra.

Era una foto de mamá.

En la foto, mamá tiene una barriga enorme.

He mirado a R., y R. ha dicho:

—Si yo quiero sustituir a mi madre, ya ves, tu madre te sustituye a ti.

Y se ha marchado.

En la imagen, abajo y a la derecha, pone 11.06. La fecha, en letras digitales rojas. Es de hace tres días.

Supongo que tendría que estar contenta.

Pero la verdad es que tengo ganas de morirme.

LIBRO III

Guéthary, 14 de abril

19°, mar tranquilo

Cariño:

Mi chica mayor...

¡Quince años!

Si aquel día me hubieran dicho que cumplirías quince años sin que hubieras reaparecido, sin que supiéramos nada de lo que te había sucedido, seguro que me habría tragado todos los frascos de pastillas de una sentada y hoy dormiría bajo tierra.

Ahora, por supuesto, no me lo puedo permitir. Salomé me necesita, Raphaël me necesita. No quiero morir: solo quiero saber. Lo de no saber me mata, Madi; nos mata a todos. Lo que voy a escribir tal vez parezca infame, PERO a veces he llegado a desear que encontraran tu cadáver.

Evidentemente, eso no es lo que quiero decir. Eras una chiquilla tan lista, tan perspicaz... ¡Tan madura para tu edad! Sea lo que sea lo que ha pasado, seguro que te has convertido en una joven inteligente y sé que comprenderás los paradójicos sentimientos que cruzan mi corazón.

La espera es algo terrible, Madi. A veces lo que me gustaría es tener un lugar donde poder llorarte.

Voy a hablarte de cosas más alegres, pues tengo algo que explicarte.

Igual no te lo crees: ¡Amélie tiene novio!

Cuando estaba a punto de cumplir los treinta y cinco, cuando creíamos que todo estaba perdido después de Vadim, ¡por fin tu tía encontró el gran amor! Le ha costado tiempo pero si es el adecuado —como lo fue tu padre para mí— no habrá tenido ninguna importancia: al fin y al cabo, ¡yo tuve a Salomé después de los cuarenta! Lo más gracioso es que se trata de un hombre al que ha tenido años y años ante sus ojos, pero nunca le prestó atención. Las penas de amor no te dejan ver más que lo que quieres, qué se le va a hacer. Amélie no es distinta a mí. No es distinta a ti. Ni distinta a nadie: todas somos iguales.

Ese hombre también trabaja en el Museo del Mar: da de comer a los animales. Se pasó años mirándola sentada tras su mostrador, pero ella, por supuesto, solo tenía ojos para los oceanólogos, los biólogos, los ornitólogos, todos esos popes del mar acristalado, esos científicos enjaulados. Tampoco es distinta a , nuestro padre. Y si eran extranjeros, exóticos, con la aureola del misterio de las tierras lejanas, ¡mejor que

mejor! De modo que un muchacho del país, que se pasaba el día manipulando el pienso, pues... De todas formas un hombre que da de comer a los tiburones y acaricia las focas... ¿te imaginas? A mí me recuerda a Johnny Weissmuller. Pero ya lo sé: yo soy de otra época.

Hace unas semanas anunciaron el cierre del museo por obras: durarán tres meses. Y él, Mathis, pensó: «¡Tres meses...!, ¡No voy a sobrevivir!». Y se lo dijo. La misma noche que lo habían anunciado, se fue a verla y, mirándola a los ojos le dijo:

«Tres meses sin verla, Amélie, no sobreviviré.»

Ella lo miró por primera vez.

A veces basta con mirar las cosas de frente para que empiecen a existir.

A veces lo que parece imposible está al alcance de la mano.

Así pues, hija, miraré tu regreso de frente.

Hoy he decidido creer en los milagros.

Feliz cumpleaños, Madi.

Raphaël y Salomé se unen a mí para quererte.

Mamá

24 de julio, 15.34

Hace tres meses cumplí quince años. Me pregunto qué aspecto tiene, fuera, una chica de quince años.

Hace mucho que no escribo, pero todo se complicó mucho y por mi propio bien voy a callarme los detalles.

ME LLAMO MADISON ETCHART.

Que quede claro.

Mis téjanos se han quedado cortos (ahora mido un metro sesenta y seis) y muy anchos. R. me compró ropa nueva, pero es horripilante y no me la quiero poner. Menos mal que las Converse aún me entran, aunque el dedo gordo toque la punta.

Me cuesta escribir, más que al principio. Tengo los dedos entumecidos como los de una persona mayor.

Después de la historia de la foto, me puse enferma. No sé si fue porque mamá estaba embarazada pero pasé un período muy malo, puede que el peor de estos cuatro años (quizá salvo el de antes de Dora, pues no entendía nada de lo que me pasaba). Tuve una fiebre tremenda que no bajaba con nada: R. seguro que no me daba la medicación adecuada. Duró unas semanas, aunque la palabra «semana» realmente ya no tenía sentido, ni «día», ni «mes», ni «hora». Siempre pensé que si me sucedía algo así podría ser EL FIN. Menos mal que me encontraba en un estado en el que no era del todo consciente. En esa época tuve muchas visitas: venía un gnomo llamado Samy, que se sentaba en la taza del váter, y también Larry, aunque era enorme y sabía hablar. No me percataba de que se me había ido totalmente la pinza y a veces me daba la impresión de tener el cuarto lleno de personas y animales raros que no paraban de hablar todos a la vez y me entraban ganas de darme cabezazos contra las paredes para que todo aquello parara. Tenía la piel como papel viejo, amarillenta y arrugada con herpes rojos: toda hecha jirones.

Empecé a reponerme hacia octubre: en cualquier caso, a R. le había entrado el canguelo y al cabo de poco pude volver a salir (primero de noche, pues temía que reapareciera Mariette, y luego también de día, pero ni te cuento la vigilancia).

Físicamente, recuperé las fuerzas; pero en mi cabeza seguía la debacle. Durante todo ese tiempo dejé de marcar cruces en el calendario. Así que estaba totalmente descolocada en cuanto a la estación del año y cuando volví a salir por primera vez me resultó rarísimo el crujido de las hojas muertas bajo mis pasos. En la oscuridad se habría dicho que eran miles de millones de insectos muertos.

Ciclotimia.f.

Anomalía o constitución psíquica en la que se alternan períodos de excitación (inestabilidad, euforia) y de depresión (apatía, melancolía). Cf.: psicosis maníaco-depresiva.

Había explicado que me estaba convirtiendo en ciclotímica. Pero después de mi enfermedad solo he pasado períodos de apatía. Lo más espantoso es que, según la definición del diccionario, sería algo de constitución, me refiero a estructural, cuando mi anomalía es coyuntural. En fin. No hace mucho que he recuperado mi «normalidad». A ti, te tengo desde hace unos meses. R. debió de pensar que me ayudaría a mejorar, pero no conseguía escribir. Tenía la cabeza como la crema de gruyer y solo deseaba dormir. Todo eso para decir que durante este año mi vida se ha parecido al sótano oscuro, ese de allí, el de detrás de la puerta.

Hace unas semanas que percibo luz, y de unos días a esta parte no he visto a Samy. Tengo la impresión de que me han expulsado de las tinieblas. Lo que pasa es muy especial: es como si yo fuera el cielo y en mi interior se hubiera producido una tempestad de una intensidad extraordinaria y larguísima. Y de pronto un día ¡puf! Todo se despejó de golpe y porrazo, barrido por el viento. Así es exactamente cómo me siento: como cuando escampa.

12 de agosto, 11.02

Puesto que no me queda otra, me planteo bajo un nuevo prisma la historia del bebé que vendría a ser un Yo de recambio.

En primer lugar, en esta foto (que he clavado con **chinchetas** por encima de mi mesa plegable al lado del sir Stanley de nieve), mamá está muy guapa y se la ve en forma, lo que me alegra porque estaba muy preocupada por ella. Además, se ve mi casa: ¡ya casi no me acordaba de cómo era!

En segundo lugar, le había dicho a tu predecesor que toda esta historia no habría sido tan horrorosa para mis padres si hubieran tenido otro hijo para consolarles después de mi «partida».

En tercer lugar —y es lo más importante—, eso de que ahora tenga un hermanito o una hermanita aumenta mi furia para escaparme.

Te aviso: estoy en fase maníaca.

Yo soy insustituible. Me refiero a que para papá y mamá soy insustituible. En un momento determinado mi cerebro hizo como si no fuera así, pero ahora que he recuperado el equilibrio me doy cuenta de que era una estupidez pensar eso. Evidentemente, R. no lo puede entender pues no ha tenido unos padres decentes. Sé que ha cometido un error y voy a demostrárselo. Es probable que pensara que después de enseñarme esta foto haría lo que él quisiera, pues aquello me hundiría tanto el corazón hacia el hipogeo de las Converse que nunca más sería capaz de

volver a la superficie. No ha funcionado para nada, y en definitiva R. tampoco estaba tan contento. Hizo esfuerzos, me compró varias cosas a pesar de ser tan roñoso (¡lástima que tenga tan mal gusto!), pero no había nada que hacer: mi cuarto era una sepultura.

De todos modos, R. no me conoce. No conoce a Twist. Y Twist acaba de salir a flote en una escalera mecánica de entre los vivos.

Escúchame bien: voy a salir.

Aún no sé cuándo ni cómo, pero te lo juro escupiendo aquí mismo, ahora mismo: VOY A SALIR DE AQUÍ.

26 de octubre, 23.57

Hoy R. ha cumplido treinta y cinco años.

Nunca habíamos celebrado su cumpleaños, pero esta vez, ya que el número es redondo, decidió que era importante. Todas estas «ocasiones» son como una columna vertebral que me mantiene en pie. Vértebras con forma de fechas para estructurar el tiempo, una especie de pasillo rodante salpicado de huesecillos y confeti que avanza por la vida casi a mis espaldas. De modo que cada vez pongo buena cara porque todo eso me evita sentirme hecha polvo.

Cenamos juntos en el salón: R., para darme una sorpresa, había alquilado un cacharro para la *raclette* (me ha hecho reír cuando me ha contado que lo había alquilado. De verdad, te lo juro). Había pensado mucho en la cuestión, y, como regalo, le propuse ayudarle a darle otro aire a la casa.

—No puede seguir viviendo en casa de su madre —le dije—. Y yo tampoco tengo ganas de vivir en casa de su madre.

Es una casa súper. Si lo pintáramos todo de blanco y tiráramos todas estas cutreces de cuadros, quedaría chachi.

—¿Estarías de acuerdo en quedarte si lo hiciéramos? ¿Estarías contenta de verdad?

Con una espátula deslicé el queso en mi plato, con cuidado de que cayera sobre el jamón, y me encogí de hombros.

—Ahora que me han buscado sustituto... No creo que tener otro bebé sea lo mejor *del* mundo cuando el primer hijo ha desaparecido. En fin, no me parece muy... edificante. No sé. Tal vez, después de todo, igual resulta que nosotros congeniamos. Con tal de que yo pudiera tener una vida normal... me refiero a si accedo a quedarme.

—¿Qué entiendes tú por «normal»?

—No se haga el tonto, ¡lo sabe perfectamente!

—¿Salir a la calle, pasearte sola, cosas así?

—Sí, cosas así. Una existencia auténtica, ¿qué si no? Libertad. Quiero decir que antes, cuando vivía con mis padres, iba a la escuela, al cine o de paseo, pero siempre volvía, ¿lo entiende? Pues entre nosotros podría ser igual.

Hubo un tiempo muerto, y luego R. ordenó:

—Tutéame.

Le miré estilo «¿Y eso a qué viene, qué relación tiene?».

—Si me tutearas podría pensar que vas de buena fe. Que no sigues queriendo jugármela.

—Rémy —dije muy seria—, ya hace la tira de tiempo que nos conocemos. Me refiero a que si no le... si no te viera más, te echaría de menos.

Evidentemente, lo que buscaba era jugársela. Lo que no significa que aquello fuera totalmente falso. Sé bien, aunque eso parezca delirante, que a fuerza de codearse con un único ser viviente ese ser acaba por convertirse un poco como en la familia de uno. No hay más que ver las historias de recién nacidos abandonados en la selva que acaban criados por lobos. Pues eso, por mucho que sean lobos, bichos horribles con enormes dientes que se comen a las abuelitas en los cuentos y dan miedo, para el bebé son tan importantes como unos verdaderos padres humanos.

DIFERENCIA CAPITAL: Nunca he sido bebé.

Es decir, en esta chabola. Es lo que intenté explicarle la noche del documental sobre los *hikikomori*; pero R. siempre se hace el despistado, como si fuera más tonto de lo que es en realidad. De modo que adopté una nueva estrategia. Las reformas implicarían mucho jaleo, me permitirían ver la casa de arriba abajo e incluso tal vez daría con el sitio donde guarda el ordenador (¡eso con mucha suerte, claro!).

Sea lo que fuere, aceptó, probablemente porque esa casa también le parece siniestra. La cuestión es que yo había metido toda la carne en el asador. Me había maqueado un poco, aunque no en exceso, estilo «señorita en flor, pétalo de rosa, tez delicada», siguiendo un modelo explicado con dibujos en una de las revistas de anormales de su madre (que en realidad son las revistas de la vecina de enfrente que R. recoge para mí cuando ella las tira a la basura; «algo es algo», como decía Mounie). Como regalo por mis catorce años había pedido maquillaje: aquello le hizo refunfuñar porque tenía miedo de que yo pareciera un «coche robado», expresión que yo no había oído en mi vida. ¡Pero había sido una buena idea! Después, pasé unos meses sin salir al exterior y los colores artificiales me ayudaron a no parecer tanto una momia que respira. En fin, me maqueaba, me ponía el vestido estampado con flores (que ahora me queda corto, o sea, «sexy»), me había soltado la melena, que se ondulaba estilo sirena sobre mis hombros, y creo que estaba realmente guapa. En realidad, R. me lo ha dicho:

—¡Estás realmente guapa!

Resultado: este fin de semana irá al Bricomarché.

6 de noviembre, 20.31

A eso se le llama RE-VEN-TA-DA.

Estoy en un estado lamentable: esta historia de las reformas es el único deporte digno de este nombre que he practicado en cuatro años y te juro que es un martirio: ¡no puedo ni levantar los brazos! Nos hemos pasado el día pintando paredes, zócalos y techos. Primero el salón, luego la habitación de R., luego la de Mona, y la semana que viene, doblete. La habitación de Mona no la había visto nunca, ¿y a que no sabes cómo era?, amarilla de arriba abajo, un amarillo feísimo, color pipí. En fin, ya está arreglado: todo está pintado de blanco. Bueno, color «cáscara de huevo», para ser más precisa.

R. me pasó un viejo mono grandísimo que me arremangué y sujeté con grapas, ¡si me hubieras visto la pinta! A eso de las dos, hicimos picnic en el suelo en medio del salón, sobre una lona de protección. Yo preparé los bocatas como hacía mamá cuando nos íbamos de excursión a pie: corté el pan, lo unté con mantequilla, metí las lonchas de jamón y las laminillas de pepinillo perfectamente equidistantes entre sí. R. y yo, curioso: como una pareja de recién casados que se traslada, de esas que salen en las películas románticas americanas, con la única diferencia de que no nos dábamos aquellos babosos morreos al pasarnos el rodillo (menos mal). Debo confesar que a pesar de las agujetas ha sido un día más bien divertido, y no solo por su interés estratégico. Igual que cuando trabajamos en el jardín, cuando limpiamos el Volvo negro con la manguera, incluso cuando paso el aspirador por mi cuarto, es reconfortante activar las manos. R. estaba de buen humor y yo también: para animarme ha puesto la radio y ha sintonizado una emisora de música actual, electropop y rap; eso sí, no ha parado de hacer comentarios de viejo aguafiestas, como si tuviera dos mil quinientos años. He oído muchísimas canciones nuevas, pero los locutores nunca decían de qué se trataba (lo que me ha indignado, pero pasemos).

Por primera vez desde hace mucho tiempo, a pesar de las películas y los documentales grabados, he tenido la impresión de vivir en el presente y no en un tiempo invisible que solo existe para mí. Realmente me he dado cuenta de que el mundo seguía girando ahí fuera. Me refiero a que lo sabía, claro, pero ha sido algo mucho más concreto. Tanto que me ha motivado cantidad para llevar a cabo mi misión. Pero, evidentemente, R. ha dejado la alarma conectada todo el tiempo, las puertas cerradas con llave, sus ojos, clavos de olor, como cámaras ultrasofisticadas con detector de movimiento. Las ventanas estaban abiertas por los vapores de la pintura, pero las contraventanas, medio cerradas. Me ha contado que había comprado una película en la que una chica gritaba «Socorro» y que, si yo gritaba, diría a los vecinos que era la tele. De todas formas yo no tenía intención de gritar: es una mala estrategia y además peligrosa. En la habitación de Mona he visto algo que me ha dado una idea mejor. Y te lo digo así de claro: que llegue pronto la Navidad. Te dejo, necesito dormir.

11 de noviembre, 19.09

—Mira, podría declarar en tu favor... Quiero decir, ¿y si lo dejáramos todo ahora? Nunca me has hecho daño, es verdad... Les diría que has sido amable... ¡que incluso es probable que me salvaras la vida durante mi enfermedad! No tendrías que estar mucho tiempo en la cárcel... y yo iría a verte... Te escribiría cartas y poesías... ¡Te haría un sombrero especial para ti! Y cuando salieras, podríamos ser colegas, ir al cine, te invitaría a comer a casa... ¿No?

No respondió y ahora ya no me habla. Pensando en que mi misión podría peligrar, no insistí. Digamos que era una última tentativa para que todo acabara bien. Pero esto no puede acabar bien. Está pirado, está pirado, qué le vamos a hacer.

21 de noviembre, 2.47

Leo los cuentos de Maupassant, y de noche tengo miedo. Pero es el último libro de la biblioteca; pienso que tiene que ser algún tipo de señal, de modo que me esfuerzo.

16 de diciembre, 21.11

«Listo», como decía Nathan Jaso: POR FIN se acabaron las reformas. Trabajando solo los fines de semana por culpa de la Compañía, sin contar los morros que me puso R. ante mi proposición de que se entregara tranquilamente a las autoridades, la cosa ha durado la tira de tiempo.

Hoy es domingo: hemos esperado a que Mariette trajera el «platito» y en cuanto lo ha hecho (lasaña), hemos empezado con lo que yo he bautizado como «La selección de las cutreces». De entrada, R. se rebeló contra esta denominación, que calificó de «burda», pero yo repliqué que nunca en mi vida había tratado de «puta vieja de los cojones» a las abuelitas encantadoras que te traen exquisitos platitos. A bote pronto, no supo si tenía que exasperarse o no pero, como lo dije en tono de guasa, lo dejó y se lanzó a «La selección de las cu treces». Actividad que consiste en:

- 1) Propulsar las mamarrachadas de paisajes ridículos hasta el fondo de la basura.
- 2) Quitar todos los recargadísimos marcos llenos de muertos de las paredes y hacer un álbum (porque los recuerdos en realidad no pueden tirarse).
- 3) Deshacerse de la vajilla de plástico. Me he acostumbrado a la auténtica y no voy a dar marcha atrás por X o Y o incluso Z (ahí discutimos un poco: dijo que era un despilfarro y yo respondí «Ni hablar, es limpieza», y él dijo «Sí», y yo dije «No», ya

ves un poco el tipo de conversación altamente filosófica, pero en fin, como siempre en esa época, conseguí decir la última palabra.

4) Tirar las lámparas de las mesillas de noche y también la alfombrilla de mouton que hay junto a la cama y que está manchada de chocolate (sabía que no podría recuperarla).

5) Seleccionar los objetos y clasificarlos en tres categorías:

I- Aceptables

II-Negociables

III- Abominables

Quedó claro que la categoría I se quedaba en la casa, que habría que discutir sobre la categoría II, y que la categoría III se iría directamente a la casilla de reciclaje del tablero de juego sin ganar los 200 euros. Evidentemente, hubo un máximo de III, bastantes discusiones tumultuosas y muy pocos Aceptables sin discusión. Te incluyo los detalles porque el objetivo de esta operación (teniendo en cuenta que está claro que ni por un segundo me he planteado instalarme con R. al estilo de *La casa de la pradera*) era recuperar un objeto concreto sin que él sospechara que dicho objeto concreto formaba parte de un plan concreto para una utilidad concreta.

En la habitación de Mona había un busto de chica en mármol, simplemente una cabeza y unos hombros sobre un falso libro de mármol. Pesa bastante, pero consigo levantarlo porque no es muy grande. Por supuesto, esta escultura es de una fealdad inconmensurable, pero yo la he metido en la categoría I.

—¡Vaya! —dijo R., algo sorprendido.

—Sí, es guay. Se parece a Sabrina. —Luego añadí para darle lástima—: Era mi mejor amiga.

Seguimos con la clasificación, nos peleamos sobre la categoría II y luego cenamos para celebrar el trabajo llevado a cabo. Mientras tomábamos el café, oyendo aún a Scarlati, dije:

—Creo que tengo una idea para mi regalo de Navidad.

—¿Sí...?

Dijo «Sí» frunciendo el entrecejo tras aquellas gafas tan grandes, pues cada vez que pido algo sabe que será una cosa que le molestará o que valdrá mucho dinero o lo uno y lo otro. Precisamente por eso mi plan era perfecto.

—La estatua... la de tu madre. Es que me encanta. ¿Crees que podría tenerla en mi habitación?

(Me resulta difícilísimo tutearlo.)

17 de diciembre 13.55

Siringa f.ARQUEOL.

Tumba real del Egipto faraónico, cavada en la roca con forma de galería.

Devoro el final del diccionario enciclopédico. Estoy en la página 2209. Cuando lo haya acabado, tal vez me atreva por fin a hacer lo que he decidido hacer. Mientras tanto, hago chuletas.

Punto final

Aquel 4 de abril, cuando los inspectores vinieron a entregarme en mano la carta de Madison, tuve la impresión de que una patada en el culo me enviaba de regreso al pasado.

Eso, evidentemente, antes de leerla.

Después de un año chutándome antidepresivos, había empleado todos los medios para borrar a Louison y al mismo tiempo a Twist, Twist en todas sus formas: el libro, la historia, la niña. Voy a ahorrarnos los sórdidos incidentes que animaron mi vida pos Querido Stanislas: quien haya vivido una pena de amor sabe a qué me refiero. Escondí mi depresión a mis padres, no era cuestión de encontrarme encerrado en una habitación acolchada por «conducta suicida latente», pero desde el pasado invierno estoy mejor. Incluso fui capaz de dar el pego en las pasadas Navidades: comí, bebí, bromeé. El curso escolar en Meaux transcurre con normalidad, al menos mejor que el anterior, algo que tampoco es tan difícil.

No quería oír hablar más de amor. Antoine intentaba sacarme de casa y, cuando no podía, me inflaba a películas de acción cargadas de testosterona, una terapia brutal que acabó por dar sus resultados, pues gracias a las copas semanales que me obligaba a que nos tomáramos juntos conseguí recordar a la Pelirroja. El efecto desinhibidor de las cervezas multiplicado por diez con las píldoras milagrosas me llevaba a soltarme y a expresar el incipiente deseo de «reencontrarla». Cuando se enteró de que de nuevo era una chica a la que nunca había dirigido la palabra, me trató de «supererotómano», aunque con cariño, pues en su opinión mi interés por alguien que no fuera Yo misma era el indicio de una curación inminente.

He cenado unas cuantas veces con Ellie desde aquel primer café que tomamos por iniciativa suya.

Con Ellie todo es sencillo. Claro. Fácil.

Me parece guapa, pero no me impresiona.

Yo le parezco guapo: le encantan los jerséis de rayas.

Ante ella no pretendo ser quien no soy, ella no espera que sea otro. Cuando le hablo, me escucha. Cuando la escucho, me interesa. No busco en sus respuestas algo que no está allí, no doy siete vueltas con la lengua en la boca antes de emitir un sonido. Como diría Madison, a eso se le llama UN DIÁLOGO. La conozco desde hace quince días y han sido días límpidos.

Desde el Jardín du Luxemburg hasta aquel 4 de abril pasé tres años oyendo latir un corazón que no era el mío. No imaginaba que Madi pudiera cambiar mi vida hasta tal punto: sin embargo... Desde que abrí su carta, ahora hace un mes, se desencadenó una metamorfosis: potente, rápida e irreversible.

¡Stanislas!

Te parecerá rarísimo tener noticias mías, ya que hace casi cinco años que no nos hemos visto.

Tranquilo, a todo el mundo le parece raro.

Mis padres me han dicho que ahora vives en París. Como sabes, también vive en París mi tío Samuel, de modo que algún día iremos a verle y quizá todos juntos podamos organizar un picnic en los jardines del Palais Royal, que son realmente los más bonitos que conozco del mundo (pero aún no he visto mucho del mundo). En fin, por el momento no me dejan viajar. Tengo constantemente la nariz tapada y según los médicos estoy demasiado «frágil».

Lo que quería contarte es que durante todos estos años he echado mucho de menos los jardines. En casa de Rémy Lunel solo había un patio, aunque él intentara hacerme tragar que era otra cosa para que sonara mejor. Esa era su especialidad: hacerte creer que las cosas eran mejores de lo que parecían por su aspecto, incluso él estaba convencido de ello, seguro. Lo que pasa es que casi siempre las cosas son el cero a la izquierda que parecen, y no confesárselo a uno mismo es faltarse al respeto. No sé si me entiendes, pero pasemos.

No ha sido fácil cada día (a eso se le llama UN EUFEMISMO) y cada día he pensado en ti. En mi familia también, claro, en todos vosotros, en mis amigos, en Larry, en mi abuelo, mucho en mi abuelo, y también en Salomé, aunque no la conociera todavía. Pero a ti te dedicaba un pensamiento especialmente especial. Una vez me dijiste que escribir era salvar la propia vida. En aquellos momentos no lo entendí bien porque era demasiado pequeña. Pero allí, cuando por fin pude poner en palabras lo que sentía, mi existencia se hizo de pronto más soportable; creo que me lancé para seguir tu ejemplo, y tenías razón. En otra época escribía sobre todo poemas, porque era divertido trastear con la forma, era un poco como hacer sombreros, un tipo de ensamblaje. Pero en casa de Rémy Lunel tenía que EXPLICAR. De verdad. Porque las cosas puestas en frases es como si fueran menos graves: si se acuestan sobre papel, las angustias que te roen estilo hámster diabólico se transforman en cosas materiales que cuando uno quiere puede romperlas. En cualquier caso, se hace posible, y estoy segura de que comprendes exactamente de qué te hablo.

No creo en Dios, pero durante estos cinco años he comprendido mejor a los que creen en él, y sobre todo el principio de la confesión. En realidad es un poco como lo del psicólogo... ¿Sabes que voy a uno? Mejor dicho, a una, a la doctora Ramos. Es amable, pero no resulta tan efectiva como mis cuadernos. En fin, dejémoslo aquí. Perdona, voy de digresión en digresión.

Bueno.

Evidentemente, cuando terminó todo, la policía me acribilló a preguntas. Hasta el punto de que, como sabrás si lees los periódicos, ya no queda casi nada (esta historia me provoca un auténtico *maelström* de sentimientos. Sé que parecerá increíble, pero me da mucha rabia lo que pasó...).

Hablé de los cuadernos a los investigadores, porque soy sincera, pero también dije que no los entregaría a nadie más que a ti. Respondieron algo de «pruebas del caso» y se pusieron nerviosos; yo no quise saber nada. ¿Qué me van a contar a mí? Siempre he sido testaruda, ¡pero ahora soy la pesadilla de quienes no soportan a los testarudos! He escondido los cuadernos porque evidentemente imaginaba que todo el mundo me los querría quitar en cuanto se conociera su existencia; pero cuando yo tengo algo en la cabeza no lo tengo en otra parte. Así que tienen que contar con mi consentimiento: solo les mostraré el escondite si tú y yo llegamos a un acuerdo. Empezaron a hablar de pesquisas, pero la doctora Ramos me ayudó explicándoles que por mi «bienestar» y mi «recuperación» no tenían que contrariarme. Llegamos a un compromiso: yo te doy mis cuadernos, tú eres el primero que los lee y luego los entregas a la policía, quien te hará una copia para nuestro GRAN PROYECTO.

Estoy segura de que durante todos estos años te han pasado un montón de cosas, buenas y malas (aunque espero que hayan sido sobre todo buenas). Mi madre me dijo que eres profesor de francés y también que renunciaste a ser escritor. Te lo diré francamente: no puede ser. Porque ese gran proyecto hace demasiado que está en mi cabeza. Si aún estoy viva y más o menos cuerda (es decir, no mucho más zumbada que cuando era pequeña y jugábamos al tenis) es gracias a esto. Gracias a ti. Gracias a la esperanza que he puesto en ti y en nosotros PARA EL DÍA EN QUE YO SALGA. Lo sé perfectamente, tienes casi veintiséis años y yo sigo siendo una cría, de modo que no hablo de sexo (lo preciso, ¿eh?, nunca se sabe, teniendo en cuenta que estás al corriente del lugar que ocupas en mi corazón).

Estoy hablando de un libro. Los libros me han mantenido viva, Stanislas.

Quiero que cojas mis cuadernos, que los leas y que cuentes mi historia (y también la tuya). Porque está claro que cada cual tiene una. Todo el mundo tiene una historia. Los que no tienen historia es que están muertos. El libro será como una prueba de que sigo viva, y además quiero que mi hermana (¡que es una pasada!) sepa dónde estaba yo cuando ella nació. Pero no quiero tener que contárselo yo. No quiero contar nunca nada más. He dicho todo lo que tenía que decir en mis cuadernos y ahora solo quiero... vivir.

Mi madre también tiene una historia. El otro día me confesó que durante todo el tiempo que no estuve allí me escribió cartas. Se lo rogué y

por fin me las enseñó, pero no quiso que las leyera, ¡incluso las quería echar al fuego! Se lo rogué de nuevo y vi lo que había ocurrido: no las quemó, simplemente las guardó en algún lugar que aún no he conseguido descubrir (aunque no renuncio a ello). Pero en cuanto recupere el aplomo, seguro que quiere participar en nuestro gran proyecto. Si se lo pides tú, estoy segura de que a ti sí te confiará el cofrecito de madera en el que las ha escondido (incluso a mi padre, ¿te imaginas? De verdad que es de locos pensar que las dos nos escribíamos en secreto... La gente dice que hoy nos parecemos como dos gotas de agua. Es guay esto de la genética).

Sea como sea: cartas en forma de libro, y se convierten en una novela. Por otra parte, los libros puede leerlos todo el mundo.

Si estás de acuerdo, podemos quedar para celebrar el fin de la guerra el 8 de mayo. Y ese día pondré mi vida en tus manos. He escogido un día de fiesta para que no tengas que abandonar a tus alumnos. Además, debes tener tiempo para pensarlo, ¡qué menos!, porque puede que mi petición parezca una chaladura. Yo ahora tengo que acostumbrarme de nuevo a la libertad. Te juro que no es tan fácil. En fin.

Los policías insistieron en que te harían llegar esta carta ellos mismos, como si valiera un millón de dólares y mandarla por correo fuera demasiado peligroso. Me disculpo por adelantado por la molestia, no es muy agradable ver aparecer en casa a la policía y oír hablar de una niña de quien todo el mundo se había olvidado hasta el pasado 29 de marzo.

En fin, espero que TÚ no me hayas olvidado.

Espero tu respuesta (y los policías también, y la doctora Ramos, y mi abogado, y mis padres y mi tía y mi tío Samuel, ¡y creo que el mundo entero!). Supongo que te han avisado: no digas nada a nadie. Los periodistas me acosan como si fuera una estrella de cine, hasta el punto de que papá habla de mudarnos (pero eso ni en sueños).

Te mando, desde lejos y desde el mar, muchos besos.

M.E.

Sí, Madi, a menudo las cosas son el cero a la izquierda que parecen. Mi historia con Louison era el cero a la izquierda que parecía.

Madison aún no tiene dieciséis años pero en pocas palabras me ha aclarado lo que me negaba a comprender: no me respetaba a mí mismo, me había vendido en rebajas en la acera de los espejismos, había malvendido mi vida.

A ella, a Madi, ese hombre le robó cinco años de existencia, pero en su caso no pudo hacer nada. Y durante cinco años luchó por vivir. Estaba encerrada, secuestrada, recluida, de verdad, a la fuerza. ¿Y yo? ¿Qué había hecho yo? Yo me

había enclaustrado. La cárcel era yo mismo, una mentira, por debilidad. La pena es egoísta; la complacencia, fácil. En el fondo no hay nada tan cobarde como ser desgraciado. Al leer esta carta he sentido vergüenza. Y esta mañana, al abrir el buzón, he encontrado aquel libro que creía haber perdido: *Twist*, enviado desde Alemania. A Louison le hicieron falta dieciséis meses para cumplir su promesa. Metida entre dos páginas, en un sobre de color malva, la última pieza del puzle: la última puntuación de una catástrofe amorosa:

Querido Stanilas:

La realidad supera la ficción, siempre lo he creído.

Aquí también la historia ocupa los grandes titulares, y creo que ha llegado el momento de que entregue a Madison «Para el profe de tenis que más mola».

Imagino lo que puedes sentir, pues hoy consigo meterme en tu piel. Hace unos meses me enteré de que estaba embarazada. Mellizos, un niño y una niña. Yo, que no quería hijos, ¡a finales de verano tendré dos de golpe! No tenía previsto «engendrar mortales», pero ahora que están aquí, me alegro. Como sabes, tengo cierta capacidad de adaptación... El día D te enviaré fotos. Tenías razón: será bonito fotografiar a los propios hijos. Nada que ver con fotografiar a los de los demás.

La carrera de Hans va bien; yo he empezado a trabajar para unas revistas. En realidad no hablo alemán —¡esa lengua es imposible!—, pero aquí, en Berlín, te las arreglas con el inglés corriente. Mis hijos serán trilingües desde la cuna, ¿te imaginas? No te hablo de ellos para entristecerte —si todavía estás triste por mi culpa—, sino porque el embarazo me cambia. Me porté mal contigo y la cobardía de la que a veces te acusaba era también la mía. Pero no eras aquel a quien yo esperaba, y eso, por desgracia, no puede controlarse. Imagino que tienes la sensación de haber sido utilizado como una especie de pasatiempo; seguro que fue un poco así, debo confesarlo. Pero tú te dejaste. A veces la víctima consiente, y creo que en el fondo siempre supiste lo que había: no estaba enamorada de ti, nunca lo estuve, y tú lo sabías. Te apreciaba, por supuesto; me dabas el reflejo de mí misma (¡Yo misma!), la imagen que necesitaba en aquella época. Pero lo que tú querías, Stanislas, no era tanto a mí como una idea del amor, una idea infernal, novelesca, una especie de cine interior que tú mismo te proyectabas en el fondo de tu cama. Viviste para mí como se vive en los libros, pero no soy una heroína de ficción, Stan, soy simplemente una mujer llena de defectos, narcisista, inmadura y cruel, al menos eso era.

Sé que no hay «reparación» posible, pero espero que, a pesar de todo, nuestra historia te habrá enseñado algo. No pretendo darte lecciones, no debes tomarte así lo que voy a decirte; pero no olvides nunca que una pareja es una asociación de beneficios recíprocos. Una relación en la que se sufre todo el tiempo —y creo que ese era tu caso conmigo— no es digna

de ser vivida. Una historia de amor, Stanislas, no es una toma de rehenes. Era consciente del desequilibrio; pero tú y yo... ¡era tan cómodo...! Perfectamente instalada en una confortable butaca ante la chimenea, ¿por qué iba a salir al frío?

Sea como sea, te lo repito: me porté mal. No lo dije entonces porque no tenía idea de que hacía sufrir a la gente. Esa era la verdad entonces: no lo hacía adrede. Pero hoy, Stanislas, te pido perdón.

Louison (arrepentida)

Y aquella mañana, frente a mi buzón, lloré por fin. En los brazos de Madison, *Twist* contra mi corazón.

21 de diciembre, 19.12

- ¿Rémy...?
- ¿Qué?
- ¿Qué harías si yo desapareciera?
- ¿Cómo, desaparecer?
- No sé... si muriera, por ejemplo.
- No puedes morirte, solo tienes quince años.
- Pero a veces pasa.
- ¿Por qué hablas así? Esas cosas no se dicen.
- Vale, pero ¿me respondes, por favor?
- Seguro que también me moriría.

Exactamente lo que pensaba.

25 de diciembre, 00.12

Ella está ahí.

Me mira con sus ojos de piedra ahuecados y sus curiosos tirabuzones inmóviles.

Se diría que ya me está juzgando.

Me pregunto qué pensaría de todo esto el Niño Jesús.

13 de enero 11.23 Página 2289.

Tramar. V. tr.

1. Formar (un tejido) cruzando los hilos de la trama con los hilos tirantes de la urdimbre. Sin tejer.

2. Disponer por medio de maniobras ocultas. Sin maquinar, urdir.

El diccionario enciclopédico tiene 2.432 páginas.

22 de enero, 15.15

Ahora mismo he acabado una pequeña sesión de la danza del copo con «Kamikaze».

Tengo la piel completamente enrojecida.

Esta mañana he observado mis senos con gran atención. ¡Y pensar que había creído que no crecerían nunca! Era pequeña por aquellos días. En la época de Dora era REALMENTE pequeña. No creo que hoy R. fuera capaz de hacer que picara el anzuelo con una historia de un gato, ni loca. Me da la impresión de que tengo mil años, como la chica de mármol y tirabuzones inmóviles.

Mounie decía siempre: «Si la juventud supiera, si la vejez pudiera». Acabo de comprender lo que significa.

No hace mucho, R. intentó hacerme creer que fuera había estallado la Tercera Guerra Mundial a causa del petróleo y del terrorismo islamista.

Pero no le creí.

Bulos, bulos, bulos.

De todos modos, es algo que me inquieta un poco.

Me dan miedo las guerras. Creo que ni cuando sea una viejecita hecha y derecha conseguiré comprender por qué las personas se matan unas a otras por nada, es decir, por petróleo, poder, fronteras, dioses que se parecen como dos gotas de agua, lo único que no tienen el mismo nombre. Papy decía: «Es la naturaleza intrínseca del hombre». Decía que somos la única raza de la Tierra capaz de matar por el placer de hacerlo. Papy odia la guerra pero, curiosamente, parece comprenderla. Una vez me explicó que un filósofo alemán, Nietzsche, había escrito que todas las grandes cosas se hacen por encima del Bien y del Mal. Claro que algunos toman la teoría al pie de la letra y creen que para ser poderoso a la fuerza hay que aplastar a los demás; o sea, que según Papy, por eso hay guerras, atentados, violaciones, incluso peleas en el autobús. Pensé en Lionel Dalante, quien siempre quería ser el primero de la clase, no era amable con nadie a excepción de con los profes, cuyos mocasines lustraba a lametazos, y pregunté: «Pero ¿en realidad no?». Papy respondió que para ser poderoso hay que ser uno mismo hasta el final y en cualquier circunstancia, lo que no significa dominar a los demás, al contrario, librarse de su juicio, de su moral y de su influencia. No lo comprendí, y Amélie le dio unos golpecitos en la cabeza conminándole a que me dejara en paz porque solo tenía diez años. Así que se enfadó (mi abuelo es de los susceptibles). Subí a mi habitación para anotar todo en una libreta, pues creía que era importante, como todo lo que explica Papy. Este filósofo también escribió: «Dios ha muerto», y así se convirtió en una celebridad en el mundo entero. Por otra parte, cuando hablé a R. de Nietzsche, R. citó: «Dios ha muerto». Anda que no es célebre la frase.

Yo solo quería explicarle que no era útil retenerme a la fuerza para ser «alguien». Que podía ser poderoso sin tener a una niña prisionera en el sótano, pues el poder

estaba en su propio interior, como en cada uno de nosotros: le bastaba con decidir lo que quería ser de verdad y lo sería automáticamente porque la humanidad es lo más fuerte del universo.

—No creo que DE VERDAD quieras ser un criminal, Rémy.

Una vez más no pilló nada. ¡Pero él tiene treinta y cinco años! Creo que R. está «por encima del Bien y del Mal», pero en el mal sentido del término. En fin.

Supongo que intento encontrar excusas al contarte todo esto. En el diccionario enciclopédico, en la entrada «Nietzsche», he leído:

«Hay que disparar contra la moral.»

Seguro que es mejor eso a que te disparen a ti.

4 de febrero, 16.42

Vuelvo a coger la pluma un segundo porque por fin he leído la auténtica definición de la palabra «viril». «Viril» quiere decir: «Propio del sexo masculino». Pretender como Papy que significa «fuerte» es como decir que todos los hombres son fuertes y que las mujeres no lo son nunca, pues una mujer no puede ser «viril».

Vaya. Papy también cuenta trolas.

La trola debe de ser viril.

11 de febrero, 16.29 Página 2432.

Zzz... Interj.

Onomatopeya que denota un ruido, un silbido ligero y continuo (zumbido de insecto, ruido de un latigazo, etc.). «La dama hunde un largo alfiler de sombrero en su sombrero, zzzzz, ¡a través de los sesos!» (Green).

Eso está hecho.

14 de febrero, 23.45

Había decidido que.

Quería estrechar a Stanislas entre mis brazos el día de San Valentín, a Papy, a papá y a mamá y a todas las personas que quiero en el mundo, porque es la gran fiesta del

AMOR. Quería conocer a mi hermanito o hermanita antes de que él o ella olviden que existo por haber crecido demasiado sin mí.

Había decidido que. Pero no basta con decidir. Nunca basta con decidir. Nietzsche dice tonterías, como todos los demás.

Mi plan es perfecto: es simplemente cuestión de *timing*. Resulta que hace un par de meses que el *timing* siempre es malo.

MIEEERDA.

Y más mierda.

Voy a contarte las cosas como tenían que haber pasado. Te las contaré como si hubieran sucedido de verdad porque será un proyecto del futuro y hará que existan OBLIGATORIAMENTE. Una especie de repetición en forma de frases, por decirlo de alguna forma. Una evasión blanca.

A eso se le llama: tomar carrerilla para saltar mejor.

Es sábado.

Estoy en mi mesa plegable, escribo un poema. Es un poema que se titula «La chica inmóvil». De vez en cuando miro a mamá en el jardín, su gran barriga delante y mi casa detrás. Mi casa se llama Negua: quiere decir «Invierno», en vasco. En estos momentos fuera hace un frío helador y no puedo salir; a R. le da demasiado miedo que vuelva a ponerme enferma.

Toco la cabeza de la chica inmóvil colocada sobre su libro de mármol inmóvil, frente a mí, eternamente bien peinada, con esa curiosa sonrisa en los labios que te mosquea un poco. Tiene la cabeza fría. Cierro los ojos, hago como si fuera ciega, toco su cara. Tiene la nariz muy pequeña, nadie la tiene así en la vida real.

Espero, porque sé que R. pronto me traerá la comida. Son las 12.29 y este tipo, cuando no trabaja, es pautado como el papel de música.

El minuto pasa en el bloque de goma rosa y el pestillo hace su ruido de pestillo detrás de la puerta de hierro. Entra R. Parece que está de buen humor, me sonrío. Lleva un jersey de rombos azules y verdes por encima de una camisa con florecitas azules, y un pantalón de pana de canutillo verde abeto igual que los rombos. Sé que él opina que va «conjuntado». Hace mucho que dejé de hablarle de su *look* porque no hay NADA que hacer. Creo que el buen gusto es algo innato. En cualquier caso, realmente es demasiado tarde para reeducarle.

De modo que yo también sonrío. Le digo que me alegra verle, que le he echado de menos toda esta semana en que ha trabajado tanto.

—La Compañía está en fase de reestructuración y no quisiera que me echaran.

Finjo que lo entiendo, que me pongo en su piel, que estoy orgullosa de que tenga tanta ambición, aunque sigo sin saber de qué van sus trapicheos, y en realidad me importa un pepino. Me muestro amable, parlanchina y mimosa, pero en la comisura de mis ojos está siempre la chica inmóvil.

Digo:

—Hay un problema con el agua. Parece que la ducha está completamente atascada. Lo siento, creo que es por mi pelo, es tan largo...

Sé que adora mi pelo y que NUNCA, NUNCA querrá que me lo corte, de modo que preferirá jugar a los fontaneros.

Tengo los cuadernos escondidos bajo el colchón, para poder cogerlos rápido, muy rápido.

R. me dice qué coma porque eso va a enfriarse.

Es verdad que los huevos fríos son superrepugnantes.

Me siento, pues, frente a mi mesa plegable y como. El sale de mi cuarto y cierra la puerta. Cinco minutos después vuelve con unas tenazas y un barreño de plástico. Sigo comiendo, sigo sonriendo. Al pasar, me toca el pelo con gesto cariñoso. Me río. Cojo un trozo de pan y rebaño la yema del plato. Mi corazón golpea tan deprisa que parece un caballo al galope en la playa, y mi respiración se convierte en jadeo, pero claro, no es cuestión de que él lo note. La miga de pan no consigue deslizarse en mi garganta, se queda atascada por encima del plexo solar y duele cosa mala. Me levanto, como para digerir. R. me mira y yo sigo sonriendo, eternamente. Digo:

—Eres muy amable por ocuparte de esto —y mi voz parece un enorme chicle sepulcral escupido desde la boca de una cueva.

R., tenazas en mano, se pone a cuatro patas, se inclina bajo el pequeño lavabo y empieza a estudiar el sifón. Todo parece que transcurre a cámara lenta. Mi cuerpo pesa como si fuera de plomo, pero mis manos agarran a la chica inmóvil y la levantan de la mesa plegable, sin ruido. Tengo la sensación de que me voy a morir, pero mis brazos aguantan y, casi a mi pesar, la chica inmóvil se acerca a la cabeza de R., veo el pequeño claro en la cima, en medio del bosque encrespado, y me concentro en ese punto, con todas mis fuerzas, para evitar que el corazón se me haga añicos a fuerza de golpear en mi interior como una pelota que no para de rebotar. De repente, la chica inmóvil da un beso, un lánguido beso que emite un ruido sordo.

De entrada no pasa nada. R. no se mueve, sigue arrodillado frente al sifón, como si fuera un ídolo inca.

Luego, el cuerpo de R. se desploma y su frente, lentamente, se golpea contra el hormigón del suelo.

La chica inmóvil cae a su vez. En la caída estalla uno de sus tirabuzones. Os cojo a los tres de debajo del colchón y corro hacia la puerta. La abro. La vuelvo a cerrar. Una vez fuera, coloco la gran barra metálica.

Espero que R. no esté muerto. No quiero ser una asesina.

Subo la escalera a la velocidad de la luz y mi cabeza no para de esperar que R. no esté muerto. Sé que no tengo que ir a comprobarlo. Me he dicho mil veces: «Aunque sangre, Twist, aunque el beso sea demasiado fuerte, no irás a comprobarlo». Y me lo repito una y otra vez. NO IRÉ A COMPROBARLO.

Arriba, el sol. Todos los postigos están abiertos. La calefacción está encendida y el vaho cubre todos los cristales, como la falsa escarcha que se pone en las ventanas en Navidad para adornar.

Tal como estaba previsto, la alarma no está conectada.

Voy al portal.

Hace un frío terrible, solo llevo un vestido, pero en realidad tengo demasiado calor.

El portal está cerrado. Lo zarandeo, pero sé que es inútil: el portal siempre está cerrado. Así que trepo. Tengo cuidado con las púas de metal, que se levantan hacia el cielo, como alabardas, pero en mi interior me he entrenado mucho. MUCHO.

Salto. El vestido se desgarran pero da igual: es de un feo que echa para atrás.

Corro. Corro a casa de Mariette. En su jardín, en alguna parte (¿una piedra, una planta, un agujero en la pared?), escondo los cuadernos. Tamborileo en la puerta. Tamborileo y aparece ella en el umbral con su traje de color chicle y el tul de nata montada en la cabeza. Me dice:

—¡Hola!

Entro y, desde el otro lado, veo la casa de R. Esa puta casa de los cojones. Parece distinta vista desde aquí.

Mariette coge el teléfono pero al mismo tiempo me prepara un chocolate caliente porque ahora tengo un frío terrible. En el horno hay un pastel, lo huelo. Es el de manzana caramelizada: ¡ese le sale siempre buenísimo!

Por teléfono, explica a la policía que tiene allí a una señorita ¿que se llama...?

Madison. MADISON ETCHART.

La policía dice que llega enseguida. La policía dice que no hay que preocuparse, la policía dice que todo ha acabado.

Yo lloro explicando que tengo miedo de que la chica inmóvil haya asesinado a R. con su beso de mármol.

Mariette se ríe bajo su tul.

—Vamos, pequeña, ¡con lo dura que tiene la cabeza!

Y al cabo de poco, bajo el sol, las sirenas.

He aquí lo que tendría que haber pasado. He aquí lo que pasará.

Jurado y escupido.

Si miento, que vaya al infierno.

*Guéthary, 1 de mayo,
cielo despejado, mar claro*

Querido Stanislas:

Tendría que dejar de escribir.

Con mi hija recuperada, las palabras ya no tienen sentido: lo único que importa es el reencuentro, nuestras pieles y nuestros perfumes, el calor de nuestros cuerpos y todas esas cosas que nada, salvo quizá Dios, es capaz de expresar.

Pero ella y tú me lo habéis pedido, por tanto tengo que satisfaceros. Madison dice que en cierto modo te debe la vida. En realidad, creo que no debe la vida a nadie más que a sí misma. Estoy tan orgullosa de ella... no puedes hacerte idea.

Tú aún no has tenido la suerte de verla. Si no me equivoco, no tardarás.

A los ojos de todo el mundo, Raphaël y yo habíamos perdido a una niña y ha reaparecido casi una mujer. La imaginan extraña, lejana y diferente, pero se equivocan. Lo creas o no, Stanislas, es como si nunca se hubiera marchado.

Hemos vivido cinco años como si fuera a volver de un momento a otro. Cada llamada hacía que nos latiera el corazón: ¿será una esperanza o una desgracia? Un cuerpo minúsculo que había que reconocer en el blanco de acero de los depósitos de hospital... no, no, no es ella, se lo aseguro, señores, ¡no es ELLA! Un zapato envuelto en plástico, por favor, no es el suyo, un pedazo de camiseta, unas bragas manchadas... pero se lo suplico, ¡no maten la esperanza! Por favor, unos minutos más, unos días, unos meses... ¡Un poco más no cambiará nada! ¡Unos minutos más! ¡Solo unos minutos!

Y salíamos de allí y volvía la esperanza, una esperanza esclerosante que nos ponía enfermos, nos paralizaba en el espacio y el tiempo como un reloj partido en una película rayada.

Inmovilidad. Años de inmovilidad.

Y sonó el teléfono.

Aquel día, el 29 de marzo, a las 18.34, el teléfono sonó.

Raphaël se desmayó. Pura y simplemente su cuerpo se soltó.

Me precipité hacia él. Le abracé, abrió los ojos. En su mirada vi la desesperación de haberse despertado, el terror una vez más de que hubiera sido un sueño y nada más, esa desesperación sin fondo que tan bien conozco.

«¡Es verdad —chillé—, es verdad, amor mío! ¡Esta vez es verdad!»

Y lloramos. Uno contra otro lloramos y nos estrechamos tan fuerte que nos hicimos daño.

No podría describir lo que sentí.

Para eso tampoco creo que existan palabras.

La mujer policía llamó a la puerta; entramos lentamente en una sala atestada. Ella estaba sentada allí, llevaba unos vaqueros informes y un jersey verde pistacho. ¿Lo primero que pensé?

Ella no soporta el verde.

Nos miramos durante mucho tiempo sin hacer el menor gesto.

No sé qué significa «mucho tiempo», fue un mucho tiempo de madre.

Pero de pronto Madison se levantó y se lanzó hacia nosotros. Se lanzó hacia nosotros como un animal, con una fuerza que contrastaba con la delgadez de su cuerpo, aquel cuerpo tan demacrado que al estrecharlo contra el mío temí que se partiera en mil trozos.

Se habría dicho que contenía aquellos sollozos desde hacía siglos y siglos.

Aquellos sollozos... eran un diluvio.

Luego decidieron que teníamos que salir. Raphaël gritó, se negaba a abandonarla. Madison lloraba y nos tendía los brazos como un recién nacido, pero la gente de la sala —dos inspectores, un abogado, un médico, una psicóloga— le impidió seguirnos.

¡A nuestra propia hija! ¡Le impedían seguirnos!

Nos empujaron hacia fuera y en el largo corredor con paredes desconchadas unos cuantos gendarmes tuvieron que dominar a su padre; yo decía, «Chis... Chis... no pasa nada... Chis...», pero estaba como él: teníamos la sensación de que nos la quitaban por segunda vez.

Los primeros días caminaba muy lentamente, como un potrillo que acabara de nacer.

En medio del jardín, de repente dijo:

«Cortadme el pelo.»

No me canso de mirarla. Durante un segundo es una chica de dieciséis años; un segundo después, tiene once años y medio.

En brazos de su padre tiene once años y medio.

En casa, ha recorrido todas las estancias y se ha extasiado sin rencor ante cada uno de los cambios: «La lámpara, ¡qué bonita! ¡Y las cortinas nuevas! ¡Qué curioso, parece más grande!». Sin embargo, la hizo feliz encontrar su habitación, en la que nada había cambiado, intacta y familiar como si esos cinco años no hubieran sido más que una noche. Abrió el

armario, tocó su ropa, que se le había quedado pequeña. No creo que en su mirada hubiera nostalgia, solo fascinación al descolgar de la percha el vestido de Alaia. Lo apretó contra su cuerpo y se acercó al espejo.

«Ahora me queda bien.»

Desde aquel día lo lleva siempre.

Cuando vio a Larry, su rostro se arrugó: «Al menos él sigue vivo». El gato se acercó inmediatamente a ella y empezó a maullar alrededor de aquellas piernas que parecían dos palillos. Con un poco de ingenuidad casi se podría decir que la había reconocido.

Con Salomé en su regazo, lloró por mi padre. Le conté que, como homenaje, aquel día leí su poema. Miró a su hermana y luego cuchicheó en su oído:

«Ojalá lo hubieras podido conocer...»

Cada mañana, cuando abrimos los ojos, nos cuesta trabajo creer que todo esto es cierto.

Las primeras noches, Raphaël y yo, cogidos de la mano, nos quedábamos en su habitación para verla dormir. Luego una noche sonrió: aquella sonrisa graciosa que no han alterado los años de horror, aquella sonrisa que yo sería capaz de reconocer entre miles, la sonrisa de mi hija, de mi hijita:

«No voy a levantar el vuelo. He vuelto, no me marcharé nunca más. Ahora vosotros también podéis dormir.»

Después de 1.780 noches de coma artificial, Raphaël y yo nos sumergimos en un sopor sin sueño: nuestra más bella pesadilla dormía apaciblemente en la habitación de al lado.

Evidentemente: Hawai.

Nueve de la mañana, pleamar. Un tiempo espléndido. Me siento en la arena fría, miro al frente toda esta vida sobre la ola, vertiginosa. No sé desde dónde llegará... Madi. Miro de hito en hito el campo nublado por la espuma y me doy cuenta de que vuelvo a vivir.

A la derecha de Guéthary, LA ola mítica, a la que todos los surfistas del mundo comparan con Sunset Beach. En los buenos tiempos, esa larga recta se extiende sobre un fondo de rocas a lo largo de doscientos cincuenta metros. El *Take off* se sitúa en pleno océano, el descenso es largo, más de veinte segundos cuando la ola es buena. La primera sección es algo floja, luego viene la del *Inside*, veloz y hueca... el tubo. El fin de la ola, consistente y rápido; el núcleo, duro y amortiguador: aquí se viene para existir.

Madison ha escogido para el encuentro el lugar más bonito de toda la costa oeste y también el más simbólico. Al igual que su abuelo, siempre le han gustado los signos. Ya de pequeña, en el tenis, hacía todo tipo de rituales mágicos antes del saque. Cuando charlábamos, caminaba sobre la línea de la pista como si fuera la maroma de un funámbulo, y si se apartaba de la raya, su deseo se anulaba. Era demasiado lista para creer en ello; no era más que un juego en el que te embarcaba, te deslizabas con ella en el tubo Madison y por nada del mundo habrías abandonado.

No sabía qué esperar.

La niña que había dejado a mi pesar —dejado en todo el sentido del término, aquel sábado para llevar a Alice a comer en San Sebastián, luego todos aquellos meses en manos de una chica que nunca me quiso, Madison utilizada con fines personales, *Twist* convertida en una prenda que no sirvió para nada, ¡la cobardía en lo más alto de la marea alta, y yo revoleándome en su interior!—, esa niña se había convertido en otra persona. Y yo saqué lo que llevaba dentro. Después de más de un mes, gracias a ella, pude explicarme lo que llevaba dentro, dejé salir el pus que circulaba por mis venas pulsando todas las teclas de un teclado AZERTY, quise a Louison, odié a Louison, renegué de Louison, perdoné a Louison: soy *Louison-free*, *Louison-proof*, me escribí, mal que bien, con penas y fatigas, con la máxima sinceridad posible, en todo lo que tuve de pueril, de servil, de imbécil, y de todo lo terminado en «il» de lo que no estoy nada orgulloso.

Pero ¿y a ella?, ¿iba a ser capaz de explicarla?

Lo más increíble es que no tuve que hacer nada.

Sentí que algo obstruía el horizonte. Ante mis pupilas, el sol de primavera atravesaba la fina piel de sus dedos separados. Me volví, desapareció el ocultador y ella estaba allí, de pie por encima de mí, ¡tan bonita! Bonita como una mujer, esbelta, con las mejillas hundidas pero los pómulos redondeados, el cuerpo ágil, los senos tersos, casi no me atrevo a escribirlo, los senos tersos, las nalgas tersas, la piel diáfana

y el pelo corto, ¡como llamas! Sus ojos fueron lo único que reconocí al instante. Me sonrió, divertida por mi incomodidad y mi aire de asombro. Me dio la mano para ayudarme a levantarme, se la sujeté, y aquella mano era frágil como la porcelana.

— ¿Has visto? ¡Me he hecho mayor! Era lo mínimo que podía decirse.

Anduvimos a lo largo de la playa durante mucho rato. De pronto cogió mi mano y yo la dejé hacer. No era un gesto de flirteo, algo dulce, de hermanos.

—Tú, Stan, has envejecido.

— ¡Qué amable...!

Ya no soy la ilusión de una preadolescente: simplemente soy un chico, y ella, una chica. De vez en cuando ella miraba a los chiquillos de su edad en bañador, preparándose para meterse en el agua, y en aquellas miradas había ansia. Toda la adolescencia no vivida, evidentemente... ¡tanto tiempo por recuperar! ¡Tantas cosas por conocer! ¡Toda una vida por devorar después de la anorexia!

Llevaba un vestidito de punto de un azul muy vivo, ceñido, y botas camperas como cuando era pequeña. Una cazadora gris marengo le protegía los hombros y hacía que su pelo se viera aún más escarlata. Las camperas dejaban en la arena unas huellas atípicas, los mirones la seguían con la vista como se sigue un barco en la línea del horizonte. No la reconocían, hoy en día no se ha publicado ni una foto de ella, se ha pagado muy bien a unos cuantos para que esto no suceda, ¡se cuenta incluso que algunos periodistas han muerto extenuados! No, los mirones no la perdían de vista porque, en aquella playa, Madison era una estrella que eclipsaba el sol.

Por ella algún día un hombre se convertirá en pueril, servil, dócil, débil, imbécil. A eso se le llama: lo previsto. Compadezco a ese hombre... a esos hombres. Pero tantas penas de amor inexorables... ¡la felicidad de que puedan existir me desborda!

«La felicidad de que estés viva me desborda, Madison.»

Se lo habría querido decir, no lo hice.

Creo que mi rostro lo decía por mí.

No hablamos de «lo que pasó». En su gran bolso de cuero azul metálico me traía su vida («¡Por todos mis cumpleaños con retraso!», dijo ella con auténtico éxtasis suspendido en el rostro). Aquella confianza estuvo a punto de conseguir que me echara a llorar; una confianza intacta después de tanto tiempo, la misma que demostraba agarrada a mi espalda con sus minúsculos brazos en la Piaggio de antaño. Me parece tan extraño que me haya elegido...

De vez en cuando, un velo opaco recubría la vertiente de sus ojos. Era una tristeza que en aquellos momentos yo no conseguía captar. Hoy comprendo que pensaba en El, en el que la había convertido en una asesina. El, el Dragón, desaparecido en el incendio que él mismo provocó en la mazmorra la noche en que Madi se evadió. Y la

cárcel reducida a cenizas, del suelo al techo. De la «habitación» de Madison no queda nada, para desesperación de los investigadores,

Nada más que papel.

En mi propia habitación, en aquel dormitorio de niño que ha envejecido un poco, he leído sus cuadernos. Los tres. Por orden. Algunas páginas arrancadas, de las que ella no quiere comentar nada (se encogía de hombros, «Dibujos, poemas, no sé qué más»), tantas revelaciones y tantos misterios, ¿qué importancia tienen? Los he leído, he reído, he llorado, en un estado de alegría inverosímil, todas esas personas que había frecuentado, que antes conocía tan bien, hace cinco años, Madison, Léonore, Capdevielle, todos esos rasgos familiares de personajes más vivos aún que en mi recuerdo... era magia. Pasé la última página del último cuaderno: el «proyecto», tan próximo a lo que debió de pasar efectivamente unas semanas después.

Y yo también viví ese «*maelström* de sentimientos»: el terror de pensar que el Día del Volvo Negro fue un poco culpa mía, el daño colateral de otra historia de amor.

He cerrado el cuaderno.

He mantenido la palma de la mano sobre la cubierta, sobrecogido por la espantosa emoción de sentirme casi triste de que todo hubiera terminado y, como cuando se acaba una novela maravillosa, me he quedado mucho rato así, inmóvil y agitado, asimilando la evidencia.

Había nacido un escritor. Y no era yo.

LA CHICA INMÓVIL

Parece de mármol pero no lo es. Murmura palabras que nadie comprende, pues su voz como un lago profundo se expande alrededor de vosotros y de mí, sordos.

Parece que no tiene mirada pero os juro que puede ver a través de la piedra que los párpados forma. Ve que el mundo no es como parece ser engaños y rodeos y la miseria como norma.

Parece que no tiene pulmones pero están escondidos en el interior de un libro que no se puede abrir, creo que vosotros y yo la oímos respirar cuando el Bien y el Mal se unen para lo peor urdir.

Parece tan triste pero, mirad, ¡puede sonreír! ¡Oh! No está muy claro, quizá es incluso algo impreciso. Mas detrás del mármol lo dirá todo conciso... Pongamos que al menos todo lo que se podrá decir.

Parece que no tiene cerebro bajo su pelo inmóvil,
no es más que una calma momentánea en la negra tempestad,
no os dejéis engañar por su aire aturdido
pues bajo el frío hielo un horizonte se ha urdido
y un día por la noche quedaréis sorprendidos
cuando en vuestra mirilla
veáis cómo ha crecido.

Madison Etchart,

29 de marzo, Chéraute (64)

Agradecimientos

Gracias a Olivier Abbou, Thibault Lang-Willar y Raphaël Gianelli-Meriano.

Gracias a mis padres.

Fin